
ENCADENADOS
votos malvados
USA TODAY AUTORA MÁS VENDIDA
JANE HENRY

ENCADENADOS

UN ROMANCE OSCURO DE LA BRATVA DE ENEMIGOS A AMANTES

VOTOS MALVADOS

LIBRO CINCO

JANE HENRY



ÍNDICE

Sinopsis

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Epílogo

Preestreno
Meet Jane

Encadenados: Un romance oscuro de la Bratva de enemigos a amantes

Copyright © 2024 por Jane Henry

Todos los derechos reservados.Esta es una obra literaria de ficción. Cualquier nombre, lugar o incidente es producto de la imaginación del autor. Las similitudes o parecidos con personas reales, vivas o fallecidas, acontecimientos o establecimientos, son puramente coincidenciales.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, escaneada o distribuida de ninguna forma o por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso por escrito del autor, excepto para el uso de citas breves en reseñas de libros.

La reproducción, transmisión, distribución no autorizadas o el uso de la obra con derechos de autor en el entrenamiento de Inteligencias Artificiales (IA) es ilegal y constituye una violación de la ley de derechos de autor de EE. UU.

Diseño de portada por Popkitty

Fotografía de portada de *Michelle Lancaster* (https://www.michellelancaster.com/)

SINOPSIS

En las oscuras sombras del submundo de la Bratva, donde mi familia reina, no hay reglas, solo poder.

Mi vida es en blanco y negro. Cada decisión está diseñada para proteger a mi familia y aplastar a nuestros enemigos.

La confianza es un lujo que no puedo permitirme.

Entonces llega *ella*: Isabella Morales, disfrazada de chico, rebosante de desafío y peligro.

Fruto prohibido, la hija de un cártel rival, guarda secretos que podrían desmoronar todo por lo que he luchado. Dejarla vivir podría ser mi perdición.

Pero ahora es mía.

Cuando intenta huir, la atrapo. Juro que la castigaré por lo que ha hecho y le enseñaré que no hay escapatoria. Pero Isabella no es una cautiva cualquiera. Medio loca, intrépida y seductora, Isabella hace que la línea entre captor y cautiva se desdibuje rápidamente.

En un mundo donde la lealtad se compra con sangre y miedo, Isabella es la única debilidad que no puedo permitirme. Pero a medida que nuestros enemigos nos acorralan, nos vemos obligados a navegar por el letal juego de poder y engaño.

La ataré a *mí* y la haré mía en una batalla donde la rendición es el pecado supremo.

CAPÍTULO 1

ISABELLA

Sonrío a la fría noche de otoño, casi dando saltos de alegría.

Este disfraz es *jodidamente genial*. Literalmente, nadie sospecharía jamás quién soy en realidad.

No ha sido un disfraz de última hora. Joder, he estado practicando todo el día cómo llevarlo.

Primero, el bigote falso, porque ni el mejor de los disfraces podría ocultar del todo mis raíces latinas. Los colombianos llevan la barba como una insignia de honor; su «sombra de las cinco» ya aparece a mediodía. Tengo que camuflarme a la perfección. Con un gesto rápido y ensayado, me he aplicado base de maquillaje para darme un aspecto más áspero. Mi objetivo es parecer *rudo* y *malote*. El contorno me ha afilado la mandíbula y un lápiz de cejas me ha añadido la cantidad perfecta de barba incipiente.

Me niego a cortarme el pelo, así que eso ha supuesto un pequeño desafío. Lo llevo peinado hacia atrás y enrollado alrededor de la

cabeza, oculto bajo una gorra negra. Abulta un poco, pero nadie se va a fijar en eso.

Necesitaba una silueta masculina, así que he tenido que ponerme un compresor de pecho para aplanar mis senos, gracias a los generosos genes de mi mamá. Al menos *algo* me dio. La ropa ha sido hasta divertida: una sudadera oscura con capucha que disimula mi figura y unos pantalones anchos con múltiples bolsillos para darme algo de volumen y un aspecto rudo, combinados con botas de combate. Necesitaba algo masculino y práctico para moverme en silencio y pasar desapercibida.

Para imitar el lenguaje corporal masculino, he adoptado una postura encorvada y una posición más amplia, y mi forma de andar es más deliberada y pesada. Aunque me vieran, nunca sospecharían quién soy en realidad. Lamentablemente, tengo que disimular el sexi contoneo de mis caderas. Debo hacerlo de forma consciente, ya que forma parte de todo mi personaje para atraer las miradas y la atención de cualquier hombre en un radio de cincuenta metros. Una chica debe usar todos los dones que tiene.

Sin embargo, esto es solo temporal. Y jodidamente *necesario*.

Y cuando he estado lista para salir, me he adentrado en The Cove —el territorio de caza de nuestros enemigos— solo para ponerlo todo a prueba.

No voy a mentir, me lo he pasado condenadamente bien. He hablado con una voz más grave cuando ha sido necesario: he pedido un café y he preguntado por una dirección solo para asegurarme de que pasaba la prueba.

No solo no me ha dirigido nadie ni una sola mirada extraña, sino que he pillado a unas cuantas chicas echándome el ojo.

—Hola, guapa —dije con mi voz de tío a una rubia esbelta cerca de un Starbucks. Se sonrojó, pero no respondió, y luego le susurró algo a su amiga a mis espaldas, a la que le guiñé un ojo. Je.

La verdad es que no querría ser un hombre ni por todo el oro del mundo. Me encanta ser mujer, joder. Pero, maldita sea, ha sido divertido interpretar un papel durante un rato.

Y ahora estoy lista. Ahora es la hora de la verdad.

Me armo de valor y aprieto la mandíbula. Ahora doy el siguiente paso.

Si los Romanov me vieran ahora, seguiría estando jodida, pero al menos no sospecharían quién soy en realidad. Escaparé —siempre lo hago— y *ellos* no se enterarán de nada.

Intercepté una comunicación entre Aleksandr Romanov, uno de los altos cargos de la Bratva Romanov, y su esposa, Harper. Tienen hijos pequeños y noches largas y en vela, así que supuse que tarde o temprano bajarían la guardia, y no me equivoqué.

Quiero decir, cualquier otra persona podría haber pasado por alto la pequeña pista, pero cuando Aleksandr le dijo a su mujer «*otra noche que se alargará*», y ella respondió, «*por favor, ten cuidado, está muy oscuro ahí y no me fío de que estés seguro*», supe exactamente adónde iban.

«¿Quiénes vais?», preguntó ella.

El corazón me dio un vuelco con su respuesta: *«Todos nosotros».*

Es raro que *todos* los hombres Romanov estén juntos.

Algunas de sus esposas trabajan para ellos; sé de buena tinta que la nueva mujer de Viktor, Lydia, llegó a *prenderle fuego a su ex*. No obstante, los Romanov siguen en la Edad de Piedra. Ellos lo negarían. Joder, sus esposas cobran un sueldo, pero a mí eso no me impresiona. Que me enseñen un grupo de la Bratva con una mujer con *poder* de verdad. Con *autoridad*. Liderazgo.

Eso sí que me impresionaría.

El crujido de una rama a varios metros a mi izquierda hace que me paralice en seco. Me quedo quieta como una cierva acosada, escuchando. Los Romanov no llegarán hasta dentro de varias horas, pero es fundamental que no me vean.

Espero, conteniendo la respiración. Escuchando. ¿Hay alguien más aquí o es solo un animal?

Pasa un instante. Otro.

Nada.

Sigo adelante. Sé perfectamente adónde ir: el almacén abandonado, bien escondido tras una ruta de senderismo en The Cove, está fuertemente protegido con videovigilancia. Si los Romanov me ven en alguna cámara de seguridad, solo verán a un tipo cualquiera haciendo una excursión fuera del sendero.

Puede que se pregunten cómo se han destruido sus grabaciones de seguridad, pero para entonces, ya tendré todo lo que necesito.

La oscuridad y el silencio amplifican cada sonido, haciéndome extremadamente consciente de mi entorno. Solo me queda alrededor de un kilómetro y medio de caminata para llegar a la entrada, pero la noche es joven. No podía arriesgarme a conducir cerca de aquí por miedo a que me vieran.

—¿Quién anda ahí? —retumba la grave voz masculina en el silencioso bosque. El corazón se me detiene una fracción de segundo.

Joder.

Me quedo quieta y me pongo la capucha, apartándome para esconderme tras el enorme tronco de un árbol. El corazón se me acelera. ¿Han enviado gente antes de tiempo? Nunca antes habían traído guardias al almacén.

Quizá se están volviendo más cautelosos.

Mi respiración es superficial mientras los pasos se acercan. Afortunadamente, tengo una vista excelente, incluso con la capucha bien calada. Aprieto la mano alrededor de mi cuchillo mientras fijo la vista en mi objetivo. No necesito *matar* a ninguno de sus guardias. Al menos, todavía no. Solo necesito incapacitarlo y, posiblemente, mutilarlo.

Se acerca a menos de diez metros, pero explora a su alrededor y niega con la cabeza. ¿Está solo? Saco las diminutas gafas de visión nocturna que he traído y echo un vistazo a través de ellas. Debe de ser un nuevo recluta. Parece lo bastante joven y asustado como para cagarse en los pantalones.

Ah, Romanov, ¿por qué me lo habéis puesto tan fácil? Pensaba que seríamos buenos rivales.

Se aleja de mí y regresa al almacén. *Luz verde.*

La parte trasera del almacén no tiene cámaras ni entradas. Pero para mí, eso es un reto que acepto con gusto. Es perfecto.

Escalo la fachada del edificio usando un desagüe oxidado y varias cornisas. Mis dedos se aferran con fuerza, mi cuerpo tenso ante la posibilidad de que me vean. Cuando escalo, estoy totalmente concentrada, colocando mentalmente los pies y las manos en posiciones que no puedo ver.

Una oleada de emoción me recorre cuando alcanzo la ventana más alta, en el segundo piso, que está entreabierta y con las bisagras oxidadas. Está lejos de las rutas de patrulla principales y de cualquier equipo de vigilancia. Como usan este lugar en contadas ocasiones, no lo han asegurado tanto como sus residencias. Jamás habría soñado con intentar infiltrarme en una de sus casas particulares.

Fuerzo la ventana con cuidado para abrirla y me deslizo dentro justo cuando el haz de una linterna ilumina el suelo cubierto de hojas. El corazón se me sube a la garganta. Me agacho y espío desde el

borde de la ventana mientras el guardia inútil pasa de largo, se apoya en la pared y saca el móvil.

Cuando *yo* alcance una posición de liderazgo en esta familia —y, joder, que lo conseguiré—, voy a despedir a ese vago de mierda. Cuando mi respiración se calma y él se ha ido, llega el momento.

La puerta de esta habitación vacía está cerrada con llave. Bien. Pensaba que esto sería aburrido. Me habría decepcionado no poder forzar ninguna cerradura hoy. Con la facilidad que me da la práctica, hago mi magia y fuerzo la cerradura en menos de un minuto.

Vaya, vaya. En serio, chicos, un pequeño desafío no estaría de más.

Me muevo en silencio por el pasillo en penumbra, tanteando cada pisada por si las tablas del suelo crujen. Me deslizo entre las sombras por si alguien había entrado sin que lo viera, hasta que encuentro un altillo sombrío justo encima de la planta principal. Subo rápidamente la escalera de mano. Es un punto de observación perfecto para observarlos sin que me vean.

Supongo que podría haber hecho algo un poco más seguro. Colocar un micro, tal vez. Pero, joder, ¿qué gracia tiene eso? Es noche cerrada, todo el entorno está sumido en sombras iluminadas solo por la luz de la luna; es espeluznante, tenso y peligroso. Mi favorito.

Me acomodo en mi escondite. Faltan unas horas para que lleguen, pero el corazón todavía me martillea en el pecho. He esperado *tanto* tiempo para esto. Toda la trayectoria de mi vida está en juego.

Me recuesto en la pared. Aquí huele un poco a rancio, con el persistente aroma a aceite de motor y a metal. Me recuerda al trabajo duro y al esfuerzo físico. Nadie sospecharía jamás lo que hacen realmente en un lugar como este. Solo yo, quizás. No me costaría mucho imaginarme exactamente a qué clase de perdedores traidores y enemigos de dos caras traen aquí para torturar e interrogar. Yo lo sé bien. La tortura era la especialidad de mi padre y sigue siendo el deporte favorito de mi hermano.

Cierro los ojos y pienso en el futuro, más allá de donde estoy. Dicen que la visualización es la clave para aferrarse a un objetivo, para hacer que las cosas sucedan de verdad. Si eso es cierto, lo tengo *ganado*, porque ya puedo imaginar lo que se siente al dar órdenes, al chasquear los dedos y ver a hombres hechos y derechos acobardarse ante mí. Ya puedo oír el respeto en sus voces y sentir la oleada de poder recorriendo mis venas cuando me llamen su reina.

Salgo de mi ensoñación al recordar los ojos fríos y desaprobadores de mi padre. Me mataría por lo que estoy a punto de hacer.

Literalmente.

Es la mitad de la maldita razón por la que estoy aquí. Me miro las manos con el ceño fruncido y me toco una cutícula rebelde. Me he cortado las uñas y me he quitado el esmalte rojo sangre para mi disfraz.

—Si pudieras verme ahora, padre.

If you could see me now.

Para mi padre, las mujeres eran un medio para un fin. Una clase inferior de ciudadanas, inútiles en su afán de dominación, salvo por su capacidad para dar descendencia. Supe desde muy joven que se me consideraba inferior por mi condición de *mujer*. Mi hermano Javier, en cambio, era mucho más valorado.

Sacudo la cabeza y me centro en la tarea que tengo entre manos.

Tomo notas mentales y repaso mi plan de nuevo.

Fui a ver a Viktor y le di el soplo. Mi hermano me daría una paliza de muerte antes de asesinarme con sus propias manos, pero si alguna vez se entera, será demasiado tarde para él. Si mi plan sale bien, claro.

Esa es una de las varias razones por las que tiene que desaparecer. Ya me encargaré de eso.

Van a venir todos: Mikhail, el mayor y uno de los más peligrosos. Tomó el mando cuando murió su padre y ahora gobierna toda The Cove, la zona entre Coney Island y Manhattan. El siguiente al mando es Aleksandr, el genio de los ordenadores, seguido de Nikko, el asesino del grupo. Tiene ojo de francotirador y una puntería perfecta, pero no le daré un blanco.

Viktor también estará aquí. El más grande de todos, cubierto de tatuajes y cicatrices, Viktor es el músculo del grupo: su leal pitbull en forma humana. Ollie, el silencioso y callado que trabaja en relaciones internacionales, ha vuelto de Moscú gracias a mí. Estuvo una temporada en Colombia, según mis fuentes, y sé de buena tinta que ese hijo de puta está mucho más jodido de lo que aparenta.

El hermano menor, Lev, también estará aquí, pero él no me preocupa. Según mi información, es prácticamente un crío. Javier se la tiene jurada a Lev, pero no estoy del todo segura de por qué, y no estoy segura de que importe. Javier odia a todo el que ve como una amenaza personal.

Saco mis gafas de nuevo y examino la planta de abajo. Hay una mesa con mapas y documentos detallados. Vaya. Interesante. Me gustaría echarles un vistazo más de cerca, pero no me atrevo a arriesgarme a salir de mi escondite.

Reprimo un grito cuando un chillido ensordecedor rasga la noche. Me quedo lo más quieta posible. ¿Humano?

No... no. Un gato montés, supongo, o cualquier depredador salvaje que tengan por aquí. Cuando mi respiración se calma, repaso lo que sé de los Romanov.

La parte más difícil de todo esto es que los Romanov son leales hasta la médula. Cualquiera de esos hermanos daría la vida por los otros, incluidas sus esposas, hijos, hermana y madre. Eso hace que sea casi imposible conspirar contra una familia tan entregada los unos a los otros. No hay un eslabón débil que explotar.

¿Mi familia? Ja. Por suerte para mí, somos unos animales sedientos de poder, ansiosos por matar por un buen hueso. Solo es cuestión de saber qué hambre avivar y apartarse del camino antes de la matanza... *y* asegurarse de no acabar siendo la devorada.

Aunque no aprendí mis habilidades para nada.

Me reclino en el desván, oculta entre las sombras. La lluvia golpea con más fuerza el tejado de chapa y su sonido incesante ahoga cualquier cosa que pudiera oír del exterior. No importa. Aparecerán. Cierro los ojos, solo para descansar un poco. No puedo arriesgarme a quedarme dormida y que alguien descubra que estoy aquí, pero sienta bien tomarse un respiro.

Me ciño más la sudadera ancha. Hace un frío del carajo aquí dentro. El frío del aire y el repiqueteo de la lluvia me adormecen y tengo que luchar para mantener los ojos abiertos. Ha sido un día largo y la noche no ha hecho más que empezar.

Mi concentración flaquea cuando un recuerdo aflora sin ser invitado.

Soy una niña, de solo diez años, de pie frente a mi padre en su despacho. Me estoy tragando las lágrimas por lo que he visto y oído: otra pelea entre mi padre y mi madre. Él ganó. Siempre ganaba, y ya entonces supe que era solo porque era más fuerte y poderoso.

En ese momento hice un juramento: esa *jamás* sería yo. Nunca dejaría que un hombre me pisoteara, sin importar cuánto dinero tuviera, lo poderoso que fuera o lo que intentara usar en mi contra.

—No llores —espetó mi padre, con sus ojos negros, despiadados e impasibles. Me fulminó con la mirada mientras se recostaba en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho—. ***Las emociones son para los débiles, Isabella. Serán tu perdición si las dejas.***

Sentí un escalofrío al oír sus palabras, incluso mientras hacía el solemne juramento de rebelarme contra él. Uno de los primeros pasos hacia la edad adulta es darse cuenta de que los adultos no

siempre tienen razón. No era verdad. Las emociones no son para los débiles.

La *cobardía* es para los débiles.

Las emociones son humanas.

Mi determinación se endurece.

No soy mi padre y ya no tiene ningún poder sobre mí.

Aprieto la mandíbula y reafirmo por qué estoy aquí: no permitiré que el legado de odio y fría indiferencia de mi padre me defina a mí o a la gente de Colombia.

Usaré mis habilidades para proteger a la gente que quiero y le daré a mi hermano la justicia que se merece. Protegeré el trono y el legado de mi familia.

Pero primero... los Romanov.

Me enderezo al oír el sonido de unos pasos pesados que se acercan. Contengo la respiración al oír unas voces masculinas y graves. Sonrío para mis adentros en la oscuridad.

Abajo, la puerta se abre con un crujido.



CAPÍTULO 2

LEV

—¿Quién más ha venido esta noche? —pregunta Ollie, que camina a mi lado mientras nuestros pasos son amortiguados por el suelo húmedo del bosque. Una lluvia fina salpica la fría noche de otoño y las gotas resuenan en la chaqueta de cuero de Ollie mientras nos acercamos a la entrada de nuestro almacén abandonado. Escondido en lo profundo del bosque, lejos de cualquier carretera principal, este lugar nos garantiza la privacidad y la discreción que necesitamos. A lo lejos, el leve olor a humo se mezcla con el del musgo húmedo, sugiriendo la presencia de una hoguera.

—Todos —respondo con voz grave, pero firme. Ollie enarca las cejas en silencio, reconociendo la gravedad de la situación. Es raro que nos reunamos todos así. Viktor ha recibido un mensaje inquietante hace poco y, cuando se lo transmitió a Mikhail, nuestro *pakhan*, se dio la voz de alarma. Nos convocaron a todos de vuelta a The Cove.

Un crujido a mi izquierda me llama la atención. Me giro bruscamente y mis ojos escudriñan el entorno apenas iluminado. —Solo es un animal —masculla Ollie. Para cualquier otra persona, eso podría no

ser tranquilizador, pero yo prefiero enfrentarme a un oso negro o a una serpiente venenosa que a uno de nuestros enemigos.

Nadie conoce este escondite, y pretendemos que siga siendo así. Hace años, este almacén se utilizaba aparentemente para reparar maquinaria pesada y equipos industriales, una tapadera plausible para su remota ubicación y el ruido que generaba. Su verdadero propósito era mucho más clandestino: una planta encubierta de fabricación y montaje de armas. Tras la muerte de mi padre, lo adquirimos a través del amigo de un amigo. Un regalo, dijo él.

Al acercarnos a la entrada, veo la enorme camioneta negra de Aleksandr, casi oculta en las sombras. Ahora sé cómo han llegado los demás. Aleks, nuestro segundo al mando y genio de la tecnología, y su mujer comparten una casa en The Cove. El joven guardia que Aleks contrató monta guardia junto a la puerta principal. Le hago un gesto con la cabeza y él me lo devuelve. Si algo no estuviera en orden, a estas alturas ya lo sabríamos.

Ollie se hace a un lado y me permite acceder al panel de seguridad. Paso el pulgar por la pantalla de identificación, echando una última mirada por encima del hombro mientras Ollie hace lo mismo. Ya es instintivo, una forma de asegurarnos de que no nos han seguido. La pantalla parpadea en verde y la puerta se desbloquea. La abro de un empujón, preparándome para lo que me espera.

—Mantente alerta —le susurro a Ollie—. No sabemos qué nos espera dentro. —Podrían ser solo mis hermanos. Podría ser alguien a quien han traído, o varias personas. No podemos permitirnos bajar la guardia.

Dentro, el almacén está débilmente iluminado y las sombras se alargan por el suelo de hormigón. El olor familiar a aceite y metal flota en el aire, un recordatorio de su propósito original. Nos movemos en silencio, con cada paso calculado. Este es nuestro dominio, pero nunca bajo la guardia.

Aleks ya está aquí, inclinado sobre una mesa cubierta de mapas y documentos. Levanta la vista cuando entramos, y en sus ojos agudos parpadea el reconocimiento y la preocupación.

—Mikhail está esperando —dice con voz grave—. Tenemos que darnos prisa.

Asiento con la cabeza mientras la mente se me acelera. El mensaje que recibió Viktor era críptico, pero alarmante. Algo gordo se avecina y tenemos que estar preparados.

—Lev, Ollie. —Mis hermanos nos saludan con la cabeza, uno por uno. Les devolvemos el gesto, pero no tenemos tiempo para gilipolleces.

—Manos a la obra —digo, ocupando mi lugar en la mesa. Mis hermanos se acercan y cada uno de nosotros asume su papel a la perfección. Mikhail, el líder, el hermano mayor de todos. Aleksandr, el segundo al mando y un protector feroz, vigila cualquier amenaza cibernética contra nuestra familia. Viktor, el guardaespaldas de la familia, y Nikko, nuestro sicario personal.

Esta es nuestra familia, nuestro legado. Haré lo que sea para protegerlo.

Bajo la tenue luz del techo, el pelo castaño dorado de mi hermano mayor, Mikhail, casi le cubre los ojos; su piel bronceada muestra la tinta que lo marca como un Bratva. De niño le temía, y con razón, pero ahora que todos hemos crecido es diferente. Aun así, Mikhail será nuestro líder de por vida.

—Alguien le hizo una visita a Viktor —dice Mikhail.

—Ya.

Mikhail señala a Viktor con un gesto de cabeza, quien acerca una de las sillas plegables y se sienta. La silla cede bajo su peso. A su lado, nuestro hermano mayor, Nikko, nos saluda con un movimiento de barbilla y se cruza de brazos sobre el pecho. Nikko fue quien nos

enseñó a Ollie y a mí a disparar. Es un excelente maestro y un tirador aún mejor. Pero en cuestiones de estrategia, prefiere mantenerse en un segundo plano y observar.

Viktor frunce el ceño. —Lydia y yo recibimos la visita de nada más y nada menos que Isabella Morales.

Asiento. El Cártel de Los Sangre Dorada, o LSD, es uno de los más temidos de toda América. Una visita de Isabella no es una buena noticia, aunque sería un puto desastre que su hermano Javier nos hiciera una visita a nosotros. Sobre todo a mí.

—¿Y?

—Dijo que nuestros enemigos están más cerca de lo que creemos. Que tenemos que reunir a todo el mundo, cerca de casa.

Ollie frunce el ceño. —¿Y por esto me has hecho volver de Moscú?

Mikhail asiente. —Queríamos comprobar la veracidad de su declaración antes de hacer suposiciones o movimientos.

Ollie observa a todos pensativamente, pero no dice nada.

—«Más cerca de lo que creemos» —repito—. ¿Se refiere a un topo?

—Es posible que sí, o podría referirse a que su hermano está planeando un ataque —dice Aleks pensativo.

—Oh, eso también lo dijo. —Viktor frunce el ceño—. Y dijo que cuando ataque, será rápido y despiadado.

—Eso sí que me lo creo —dice Mikhail, recostándose en su silla, con los ojos oscuros pero meditabundos—. Javier Morales sabe perfectamente lo que hace. Hay una razón por la que no nos metemos con ninguno de ellos, a pesar de que una alianza nos vendría muy bien.

Mi mente bulle, la adrenalina agudiza mis pensamientos mientras intento encajar los detalles como si fueran un rompecabezas. —

Javier Morales está afincado en Colombia. ¿Se le ha visto por aquí cerca?

Aleks, la figura más alta y posiblemente más imponente de la sala, que se alza sobre todos nosotros, niega con la cabeza. —No. En cuanto Viktor me avisó, me centré en la vigilancia que tenemos en Colombia y descubrí que Morales sigue allí.

Asiento. Por supuesto, no tiene por qué ser él quien nos ataque. Podría ordenar un ataque o un golpe en cualquier momento. El alivio momentáneo de su información no dura mucho. El peligro que representa Morales es omnipresente. Su alcance se extiende mucho más allá de la proximidad física.—Entonces alguien más está jugando esta partida por él. Alguien cercano. Alguien que puede actuar en su nombre.

La mirada de Mikhail se agudiza y asiente lentamente, con un brillo peligroso en los ojos. —Sí. Tenemos que averiguar quién y rápido.

La habitación se queda en silencio por un instante, con el peso de la situación oprimiéndonos a todos. Aleks rompe el silencio, con tono decidido. —Aumentaré la vigilancia y veré si podemos rastrear cualquier actividad inusual. Si Morales tiene un agente aquí, lo encontraremos.

—Isabella ha venido a mi jodida *casa* —espeta Viktor.

Frunzo el ceño. —¿Cómo ha entrado?

Ollie niega con la cabeza. —Es por lo que es conocida, hermano. Se dice por ahí que esa mujer está hecha de vapor y humo. En un momento está ahí, y al siguiente, ha desaparecido. Puede forzar cualquier cerradura, escapar de cualquier prisión o grillete.

Entonces será pequeña, seguramente. Esbelta. Ágil.

Joder, me encantaría ponerla a prueba. Ver de lo que es capaz *de verdad*.

—¿Tenemos alguna pista?

Silencio. Aleks niega con la cabeza.

—¿Y dónde está Kolya?

Mikhail se remueve, con el ceño fruncido, antes de responder. —Sigue en Moscú. Le cancelaron el vuelo, y he creído que era mejor no presionarlo con esto ahora mismo.

Viktor ladea la cabeza con curiosidad. —¿Qué significa eso? ¿Qué coño…? —El tono gélido de su voz hace que los demás nos quedemos quietos. Somos hermanos, pero nadie le falta al respeto a Mikhail sin atenerse a las consecuencias.

Mikhail le sostiene la mirada a Viktor mientras este aprieta las manos en puños. Aunque todos le somos leales a Kolya, Kolya acogió a Viktor bajo su tutela como si fuera el hijo que nunca tuvo, aunque solo le saca unos doce años. Nuestro padre no podía intimidar a Viktor como al resto de nosotros por el puro tamaño que tiene el tío, así que se lo endosó a Kolya para que lo entrenara con la excusa de que Viktor era «demasiado rebelde». Aunque todos sabíamos la verdad.

Kolya era una figura fraternal para Viktor, incluso más que para el resto de nosotros. Todavía lo es.

—Significa que nos guardamos para nosotros todo lo que podamos —espeta Mikhail, con la mirada fija en Viktor, desafiándolo a que lo contradiga.

Viktor se pone en pie. —Una mierda. Significa que no te fías de tu puto *mentor*.

Ahora ambos hermanos están de pie, casi tocándose con las puntas de los pies. Viktor tiene los ojos entrecerrados y Mikhail aprieta los puños. Es imposible saber quién ganaría en una pelea de verdad: Viktor es más fuerte que el resto de nosotros juntos y sin duda barrería el suelo con cualquiera en una pelea a puñetazos, pero Mikhail es el *pakhan*, y si Viktor le pone una mano encima, la perderá.

Así que sí, esto *no* va a pasar.

Me interpongo entre los dos y les pongo una mano en el pecho a cada uno. —Si empezamos a pelearnos entre nosotros, *cualquiera* nos vencerá.

Ambos me fulminan con la mirada, pero ya no soy un crío, y puede que sean mayores, pero estoy a su altura.

Niego con la cabeza. —¿Qué coño vais a conseguir con una meada para ver quién la tiene más larga? Mikhail ha mantenido esta información en el círculo íntimo, así que supongo que hay datos que no quiere que se filtren. No es un desaire a Kolya, y estamos perdiendo un tiempo precioso.

Solo está aquí el liderazgo, ninguno de nuestros subordinados ni capitanes.

—Exacto —dice Mikhail—. Y cualquier cosa importante que desenterremos se la diremos a todo el mundo inmediatamente. Así que *siéntate*, hermano.

Tiene que haber otra razón por la que ha elegido este lugar y el círculo íntimo, pero esperaré para averiguarlo. Todos lo haremos.

Viktor aprieta la mandíbula, pero finalmente se sienta. La silla se dobla y cruje esta vez.

—Refrescazme la memoria —dice Aleks, aclarándose la garganta—. ¿El principal método que usan los LSD para ganar dinero?

—Drogas —aporta Ollie. Como nuestro principal director de relaciones internacionales, conoce los entresijos de nuestros rivales mejor que nadie—. Están metiendo heroína a saco. Los LSD se están extendiendo como un puto virus.

—Han crecido, ¿no? —pregunto.

—Sí —confirma Aleks, deslizando los dedos por su tableta—. Después de aquellas redadas del año pasado, están intentando

consolidar su poder. The Cove es un objetivo prioritario.

Se les conoce por ser una organización despiadada originaria de Colombia, pero con facciones ahora repartidas por toda América. Son conocidos sobre todo por su extenso narcotráfico, en particular de cocaína y heroína.

—Ah, claro —digo—. Fueron los que extraditaron por aquellas redadas de drogas de alto perfil del año pasado, ¿verdad?

—Eso es. Y se dice por ahí que han extendido su influencia hasta Nueva York. Tienen a The Cove en el punto de mira por nuestra ubicación y conexiones.

Asiento. —Por no hablar de nuestra afiliación con varios grupos. —Debido a varias nupcias recientes de mis hermanos, nos hemos convertido en contactos cercanos de otras potencias clandestinas, pero todavía no tenemos contactos al sur de la frontera.

—Exacto.

Me acaricio la barbilla y pienso en ello. Aleks vuelve a su tableta y sus dedos vuelan sobre las teclas.

—El cártel está liderado por Javier Morales Junior, hijo del difunto Javier Morales. Javier es famoso por su habilidad para evadir a las fuerzas del orden mientras mantiene un control férreo sobre sus operaciones —murmura Aleks, negando con la cabeza.

Asiento, continuando con el encaje de las piezas del rompecabezas. —No solo son conocidos por el narcotráfico, ¿verdad? Y tienen un topo en las fuerzas del orden aquí en The Cove.

Aleks asiente. —Blanqueo de capitales, contrabando de armas y trata de seres humanos. Su presencia aquí en América lo corrompe todo. Necesitamos que los expulsen de The Cove, joder.

Aun así, nada de lo que hemos sabido aquí no podríamos haberlo discutido en nuestro cuartel general de The Cove. Interesante. Hay algo más.

—Pero para echarlos de verdad, debemos saber su próximo movimiento. ¿Qué baza tenemos contra ellos?

Aleks asiente. —Hemos tenido a uno de nuestros nuevos reclutas en sus filas durante los últimos tres meses. La advertencia de Isabella llegó justo después de su información.

Ah. Ya está. Por eso estamos aquí.

Apostaría dinero a que es Dmitri. Dmitri Petrov se unió a nuestras filas tras la muerte de nuestro enemigo hace varios años y después de pasar numerosas pruebas para demostrar su lealtad hacia nosotros. Preferiría morir antes que traicionarnos.

—Joder —murmuro, negando con la cabeza—. Si descubren que es uno de los nuestros…

—Sí, está jodido, pero que muy jodido —aporta Aleks—. Dijo que era un riesgo que estaba dispuesto a correr para demostrar su lealtad. Ahora mismo, ha conseguido convencer a la hermana de Carlos Cabrera de que la quiere.

Ollie interviene. —Carlos Cabrera es el principal sicario del cártel, la mano derecha de Morales. Nuestro colega ha utilizado a la hermana de Carlos para obtener información que de otro modo no tendríamos.

—¿Como cuáles?

—Como la ubicación de sus pisos francos aquí en Estados Unidos, los horarios de sus envíos, los contactos de su proveedor e incluso el nombre de uno de los funcionarios corruptos que tienen en nómina.

—Mierda. Está jugando a un juego letal, pero esa información es de un valor incalculable —asiento.

—Sí. Ya hemos conseguido interceptar dos grandes cargamentos de droga gracias a la información que ha recopilado para nosotros. Hemos dejado pasar algunos, incluso locales, porque obviamente no queremos que sepan que les seguimos la pista.

—Joder.

De repente, Aleks se queda tan quieto que me dan ganas de comprobar si sigue respirando. Es como si alguien acabara de pulsar el botón de pausa en nuestra conversación. Se vuelve hacia mí y saca el móvil. Lo observo con interés.

Mi móvil vibra.

Aleks
Tenemos visita.

Hay una razón por la que me ha enviado el mensaje a mí primero y no al chat del grupo. Viktor ya estaría merodeando, listo para reventar cráneos, y Nikko habría desenfundado su arma. Sabe que soy más lento a la hora de reaccionar y más metódico en mi forma de actuar.

Un escalofrío me recorre la espalda y me pongo derecho al instante. ¿Nos han encontrado tan pronto? ¿Nos han rastreado hasta aquí? No estamos listos.

Mantengo la compostura.

¿Ah, sí?

Aleks
Señal biométrica en el altillo. Hay alguien aquí.

Aleksandr se toma la seguridad tan en serio que siempre tiene lecturas biométricas de todos nosotros. Por lo visto, también tiene el escáner en su iPad.

—Lev —mi mirada se clava en Mikhail cuando me llama por mi nombre.

Asiento.

—Suelta el puto móvil y presta atención —parpadeo lentamente, lo miro, bajo la vista al móvil y vuelvo a levantarla hacia él. La

comprensión aflora en su rostro mientras Nikko y Viktor hablan en voz baja.

Aleks al chat de grupo
Que nadie se mueva. No respondáis. Alguien está observando desde el altillo. Dejad que se encargue Lev. Es el más rápido y letal en situaciones de espacio reducido. ¿Lev?

Una estrategia encaja en mi cabeza, se despliega ante mí. Tenemos que movernos.

Viktor, sigue hablando. Suelta alguna gilipollez sobre Lydia y su familia o la boda o algo. Mikhail, finge que tienes que atender una llamada. Nikko, ve a un lugar seguro donde puedas sacar el arma sin que te vean desde el altillo y, en cuanto Ollie y yo nos acerquemos, cúbreme. Ollie, tú y yo iremos. ¿Qué armas tenemos aquí?

Mikhail
Tengo una pistola y una navaja

Aleks
Yo también

Nikko
llevo dos pistolas cargadas hasta los topes, pero el puto arsenal está en el coche

Aleks
¿has metido tus mierdas en mi COCHE?

Mikhail
Déjalo, concéntrate

Ollie
bomba de humo en el bolsillo de la chaqueta, podría venir bien ya que es un altillo. Pistola.

Viktor
Mis putos puños

Al menos uno de vosotros que se quede con Nikko. Ollie, prepárate con la bomba de humo y, por el amor de Dios, explícame luego por qué coño llevas eso encima.

Ollie
la discoteca de anoche. Vamos.

Ollie puede parecer un buen tipo, pero es un pervertido de cojones. Ni siquiera quiero saber qué más lleva consigo.

Viktor empieza a decir tonterías sobre jardinería, Lydia, fuegos artificiales y mierdas así. Mikhail se disculpa para coger el móvil y hacer una llamada falsa.

—Voy al baño —les digo—. Vuelvo enseguida.

Camino en dirección al altillo para evaluar la ubicación. ¿Está cerca de una ventana? ¿A qué altura está? ¿Podemos quitar fácilmente la escalera de mano del altillo? Paso por delante y lo anoto todo rápidamente: está apartado de cualquier ventana, a unos tres metros del suelo, y la escalera parece clavada. En este caso, eso no es bueno.

Entro en el baño y finjo usarlo. Vuelvo rápidamente a la habitación donde están mis hermanos. Ninguno me mira, pero mi móvil vibra enseguida con otro mensaje.

Mikhail
¿Plan?

He de admitir que me encanta que, esta vez, me esté cediendo el mando. Mi padre se debe de estar revolviendo en su tumba. *Imagínatelo, gilipollas, el que más odiabas en realidad sabe lo que se hace.*

Tenemos dos opciones, dado que es un altillo con una sola vía de acceso. O uno de nosotros sube y lo baja a la fuerza, o le exigimos que baje por su propia voluntad. No hay forma de que lleguemos sin que se dé cuenta y no hay otra manera de alcanzarlo.

Viktor
Bajadlo. Arrastradlo hasta aquí y dejadme que le enseñe cómo tratamos a un traidor.

Niego con la cabeza y respondo.

Preferiría exigirle que baje por su cuenta. Cualquiera que subiera a por él estaría en desventaja. Sería un suicidio. La escalera está asegurada, no hay forma fácil de hacerle caer. Si no obedece, lo ahumamos para obligarlo a bajar arrastrándose. Una vez que esté aquí… nos aseguraremos de que se arrepienta de haber entrado sin permiso.

Nikko
Listo.

Mikhail
Vamos.

Aleks
Voy a ello.

Ollie
Yo te cubro.

Levanto la cabeza y miro fijamente la oscuridad que hay sobre la escalera del altillo. Me siento un poco estúpido porque parece que estoy mirando al vacío, pero confío en Aleks. Si dice que hay alguien ahí, es que hay alguien ahí.

Asiento hacia mis hermanos y me encaro con el altillo.



CAPÍTULO 3

ISABELLA

MIERDA.

Mierda.

Algo ha cambiado aquí dentro. El parloteo ha cesado, y uno de ellos se dirige hacia aquí. ¿Lev?

Me alejo de la escalera de mano con todo el sigilo del que soy capaz. No puedo arriesgarme a mirar abajo, no ahora. Mientras sopeso mis opciones, algo dentro de mí se estremece ante la idea de ser atrapada por un grupo de miembros de la Bratva dominantes, cabreados y llenos de tatuajes. Es la emoción de la persecución, el subidón de adrenalina cuando piso el acelerador y veo cómo la velocidad sube hasta las tres cifras. La certeza absoluta de la emoción.

Apago el móvil por si así es como me han detectado. En cuanto me enteré de que teníamos un topo en nuestro grupo, fui a avisar a la hermana de Carlos. Me importa una mierda si los hombres lo saben, pero ella es mi amiga y no quiero que se enamore de un mentiroso.

Dios, ¿cómo ha podido? Sin embargo, no puedo arriesgarme a enviar un mensaje de texto, no ahora, cuando podrían interceptarlo.

Evalúo rápidamente mi situación.

Soy la que está en el desván, lo que me da ventaja. Puedo fingir que no estoy aquí y obligarlos a que vengan a por mí, obviamente, y cuando lo hagan, los derribaré uno a uno. Solo haría falta una patada rápida en el cuello o la cabeza si se me acercan.

Sin embargo, tendría que incapacitarlos, y lo peor es que, si los hiero y no los mato, es como herir a un animal rabioso. Vendrían a por mí sedientos de sangre. Y si *mato* a alguno de ellos, en cuanto descubran quién soy, le declararán la guerra a mi familia.

Puede que sea inevitable, pero me gustaría elegir el momento oportuno.

Una voz profunda, autoritaria e inequívocamente enfadada restalla abajo. —Sabemos que está ahí arriba. Muéstrese.

Joder.

Al menos mis instintos no se equivocaban.

Me pego al suelo y echo un vistazo abajo con el mayor sigilo posible. ¿Cuál de ellos es? Tengo más posibilidades con unos que con otros. Si me acerco a Nikko o a Viktor, saltaré por una ventana.

Me concentro. Esa no es la voz de Viktor, así que vuelvo a mirar. Miro dos veces. ¿Es... Lev?

Según mi investigación, Lev Romanov era joven, todavía un adolescente, pero es obvio que pasé por alto algunos puntos cruciales. Lev no es en absoluto un niño, ni en edad ni en estatura. Aunque no es del tamaño de un elefante pequeño como Viktor, no es *pequeño*. Alto y musculoso, merodea como un tigre ágil, listo para atacar, y hay una frialdad en su mirada y en su semblante que me provoca un escalofrío por la espalda.

¿Qué *comen* estos tíos?

Tiene una presencia imponente y unos ojos afilados de un azul gélido que parecen fríos y calculadores. Su pelo corto y oscuro tiene un ligero rizo. Viste una camiseta negra ajustada que deja al descubierto su pecho y sus bíceps esculpidos, y su postura sugiere que está listo para saltar a un ring de lucha.

En otras palabras, tengo mucho trabajo por delante.

¡Mierda!

¿Y si no me muestro? ¿Qué pasa entonces?

—Ha oído algo que no debería, y lo sabemos. Esto no tiene por qué acabar mal para usted, pero podría. —Maldito mentiroso. No soy tan tonta.

No respondo. —Tiene cinco segundos antes de que suba. Uno.

No hay ni una puta posibilidad de que diga la verdad. Nadie escucha a escondidas a los hermanos Romanov y vive para contarlo. Me pregunto cómo definiría él «mal».

Miro a mi alrededor como si antes se me hubiera podido pasar una vía de escape y volver a mirar pudiera hacer que apareciera una por arte de magia.

—Dos.

Cierro los ojos y aprieto los dientes. No voy a salir, y si quieren venir a probarme, voy a...

Algo golpea el suelo a mis pies y el aire frente a mí se llena al instante de un humo acre y quemante. Caigo al suelo unos segundos demasiado tarde, justo después de inhalar una bocanada tóxica de los gases.

Farfullo y toso.

Recuerda, eres un hombre. No te delates.

Madre mía. ¿Quién coño lleva bombas de humo encima?

Estoy a cuatro patas, intentando arrastrarme lejos de aquí y hacia la escalera del desván, pero he perdido el rumbo. Me duelen las rodillas en el suelo frío y duro, y cuando avanzo a gatas, ahogo un grito cuando una astilla se me clava en la palma de la mano. Resuello, el aire en mis pulmones me duele. Daría cualquier cosa por aire fresco y puro.

Busco a ciegas la escalera y me obligo a recordar que debo mantenerme fuerte, a recordar que no puedo rendirme ahora. Soy una luchadora, y que me superen en número un puñado de tíos no significa una mierda. Dejaré que me detengan y luego, a la primera oportunidad, escaparé.

Siempre lo hago.

Siempre.

Unas manos fuertes me agarran la muñeca sin piedad. Ahogo un chillido. No puedo sonar como una mujer ni actuar como tal de ninguna manera.

—Suéltame —gruño en el registro más grave que puedo conseguir—. Me rendiré. Me da un ataque de tos.

Como no me suelta, forcejeo con las muñecas para liberarme, pero me arrastra hacia la escalera. La astilla en la palma de la mano me duele, y las lágrimas por el humo me corren por la cara. Me doy la vuelta para que no me vean. Me lanzo con todo el cuerpo hacia abajo, liberándome, y *empujo*.

—*Joder*. Veo la silueta de quien sea caer unos cuantos peldaños, pero se agarra al barrote y se sujeta con fuerza. Balancea las piernas para volver a subirse y empieza a trepar hacia mí de nuevo.

Apenas puedo ver por el humo que me quema los ojos, pero me tomo un instante para echarme hacia atrás y darle una patada. Mi

patada falla por mucho. *Joder.* Normalmente soy mucho mejor que esto.

Me tira de los brazos y me acerca a la escalera. Le lanzo el peso de mi cuerpo. Lucha, tambaleándose, pero usa el peso de mi cuerpo como palanca. El humo me ha puesto en desventaja. Luchar con todas mis fuerzas es torpe, pero es que no veo un pimiento y apenas puedo respirar.

Me retuerzo y grito, y cuando una mano aparece a la vista, me agacho y le hundo los dientes en la carne. Él maldice y brama, pero no me suelta.

Con un brazo firme sobre mí, me acerca hacia él y me sube a la escalera del desván. Grita a sus hermanos abajo. —Es pequeño y lucha como un cabrón. Lo voy a tirar. Tardaré una eternidad en bajarlo a pulso por esta escalera. *¡Cogedlo!*

Ahogo un grito cuando los hombres forman rápidamente una red humana con sus brazos. Araño a Lev y consigo avanzar un par de centímetros, pero no grito por miedo a delatarme. Con un gruñido, tira de mí de nuevo hacia el borde del desván. Nos tambaleamos. Está de pie en una escalera, por el amor de Dios; las probabilidades de que nos caigamos los dos...

Me da un tirón y me lanza en volandas. Salgo disparada por los aires. Casi me parto la lengua de un mordisco para no desgañitarme a gritos. Cierro los ojos y caigo en un montón de brazos que apenas se tambalean con el peso y el impacto de mi cuerpo.

El corazón me late tan deprisa que no puedo respirar.

Este es el peor escenario posible.

He visto a Viktor darle palizas a gente hasta dejarla irreconocible. He visto grabaciones de Nikko disparando desde una distancia imposible, y ese cabrón no falla nunca.

Tengo pruebas en vídeo de Aleksandr estrangulando con sus propias manos a un hombre que amenazó a su mujer, con el rostro completamente desprovisto de emoción humana mientras la vida se escapaba de su víctima. Una vez, Mikhail arrasó la guarida de un rival armado solo con una pistola, aniquilando a todo el que se interponía en su camino, dejando un rastro de sangre a su paso y ganándose así el apodo de *el Tigre de Siberia.*

Y Viktor... Dios santo, por algo lo llaman el Puño de Hierro.

Pero Lev... Lev es diferente. No es que sea más amable o más gentil, en absoluto. Me basta una primera mirada a sus ojos para saber que impone respeto como los demás y que daría la vida por lealtad. Es decir, espero que no se llegue a eso, pero no nos engañemos. Sin embargo, parece calculador. Observa antes de reaccionar.

Veo un breve destello de sorpresa antes de que Viktor me agarre de ambos brazos, apenas protegidos por la gruesa sudadera, y me ponga de pie. Levanta un puño y los demás le dejan un amplio espacio.

—Se ha atrevido a invadir nuestra intimidad —dice con un gruñido. No puedo huir. Si me golpea, yo... Lev se lanza sobre mí desde atrás, tirándome al suelo mientras el puño de Viktor vuela. Ha estado tan cerca de pegarme que he sentido el zumbido del aire al pasar su palma.

—¡No lo hagas! —grita Lev—. No has visto lo que yo.

Viktor ruge y golpea la pared, descargando el puñetazo que iba destinado a mí. Una nube de polvo se levanta mientras el pladur se amontona en el suelo. Se me revuelven las tripas.

Lev me sujeta a distancia y me sacude hasta hacerme castañetear los dientes.

—No es un chico.

Joder.

Con un movimiento brusco, pasa el pulgar por mi mandíbula, mostrando una mancha oscura de maquillaje de ojos en su piel, como una huella dactilar de tinta.

—A no ser que la última moda sea dibujarse la barba incipiente con maquillaje —dice negando con la cabeza—. Los chicos de hoy en día...

Agarrándome firmemente del brazo, me acerca más a él.

—¡No! —grito, olvidándome de usar la voz más grave cuando me alcanza la gorra y me la arranca de la cabeza. Tira del elástico hacia abajo, y un dolor agudo me explota en el cuero cabelludo. *Joder.* Unas ondas espesas y brillantes caen sobre mis hombros. Se me cae el alma a los pies, pero me mantengo entera. No me derrumbaré ahora.

Lev, que todavía me sujeta con fuerza, entrecierra los ojos.

—No eres un chico —dice, más para sí que para nadie. Trago saliva mientras su agarre se intensifica y parece estar procesando esta nueva información.

Trago saliva.

—Usted tampoco.

No sé cuál de los dos está más sorprendido.

—Asegurad el perímetro —espeta Mikhail, señalando a Ollie y a Nikko con la barbilla. Salen corriendo.

Le sonrío a Lev y me río.

—Adelante. Será mucho más fácil luchar si algunos de ustedes se van. Estoy sola. Aunque, sinceramente, chicos, deberían despedir a ese vigilante inútil que han contratado ahí fuera. Si trabajara para mí, le metería una bala en la cabeza.

Lev frunce el ceño y entrecierra los ojos. Me paso los dedos por el pelo. Ahora que saben que soy una mujer, tengo una reputación que

mantener. Si tan solo tuviera un brillo de labios.

—¿Quién es usted? —exige, con su voz convertida en un susurro peligroso.

Pongo la mano en su mejilla, con su mano aún rodeando mi muñeca.

—Me decepciona profundamente que no me conozca, *mi querido jefe*. Haría una reverencia para saludarle, pero me está sujetando con demasiada fuerza para poder hacerlo —le digo con una sonrisa —. Aunque, sinceramente, no soy nadie importante. —Me echo el pelo hacia atrás.

Entrecierra los ojos.

—Eso ya lo veremos.

Viktor niega con la cabeza.

—Vaya, si es la mismísima princesa colombiana. *Princesa loca.* Lev, te presento a Isabella Morales.

Aprieto los dientes. Qué audacia la suya al usar el apodo de mi hermano para referirse a mí delante de ellos. *Odio* ese nombre.

Mikhail da un paso al frente, sus ojos oscuros me lanzan chispas.

—Te presento a tu nueva prisionera, hermano. Ya me darás las gracias.

¿Prisionera? Bueno, sigo viva y, a todos los efectos, eso es un punto a favor de ser capturada por los Romanov.

La mandíbula de Lev se tensa mientras me rodea, llevándome las manos a la espalda. Hago una mueca de dolor, pero eso no lo detiene. Supongo que es mejor que recibir de lleno el puño de hierro de Viktor. Me gusta mi nariz.

Me sujeta las muñecas contra la parte baja de la espalda.

—¿Quién más ha venido con usted?

—Nadie —digo con sinceridad, enfadada porque mis ojos bailan con lágrimas contenidas por lo fuerte que me está sujetando. La palma de la mano me late con la astilla aún clavada bajo la piel, pero mi mente va a toda velocidad.

Puedo dejar que me lleve. Puedo fingir que me está haciendo daño y que no me rendiré fácilmente. Tendré que luchar, lo que podría ser hasta divertido. Y entonces estaré allí mismo, en su cuartel general, y podré averiguar todo lo que pueda.

Oh, Dios mío. Si no me matan, lo que sigue siendo una clara posibilidad... esto podría salir bastante bien.

Nikko y Ollie vuelven a entrar.

—No hay moros en la costa. Decía la verdad. Está aquí sola.

Lev asiente.

—Ollie, registra el desván y asegúrate de que no tiene teléfono ni ningún otro dispositivo de comunicación.

Se me encoge el estómago. Obviamente, tendrán que quitarme el teléfono. Pero eso no importa. Encontraré la manera de comunicarme.

Tengo que hacerlo.

—Solo tengo un teléfono —les digo—. Lo encontrarán ahí arriba. No tengo nada más.

—No os creáis ni una palabra de lo que dice —gruñe Viktor, con sus enormes brazos cruzados sobre el pecho.

Dejo escapar un suspiro fatigado.

—No tiene por qué hacerlo. Adelante, búsquenme micrófonos o lo que sea. —Miro a Lev y le guiño un ojo—. Quizá quiera desnudarme para hacerlo.

Sin inmutarse, se acerca a mí y me sostiene la mirada.

—Oh, créame, me aseguraré de que no lleva absolutamente nada encima.

Una punzada de miedo me atraviesa el pecho.

—Creía que todavía era un adolescente —le digo con una voz que es un bajo ronroneo—. Dejo que mi mirada se deslice desde el fuerte corte de su mandíbula hasta su cuello y la amplitud de sus poderosos hombros, la línea de sus músculos visible incluso bajo la tela de su camisa. Su cuerpo está prieto y perfectamente afinado, con bíceps curvados. La fuerza personificada. Me lamo los labios—. Nunca me he alegrado tanto de equivocarme en mi vida.

Su mirada se vuelve amenazadora mientras me aprieta las muñecas con más fuerza. —¿Ha estado escuchando a escondidas a mi familia? Ha oído información que no tiene nada que ver con usted. Sabe que su vida me pertenece por lo que ha hecho, ¿verdad?

Mikhail se ríe entre dientes, y el sonido me provoca un escalofrío por la espalda. —Joder, me encanta lo leal y trabajador que eres, hermano. Llévala a tu casa. Interrógala a fondo mientras Aleks busca información para ver si LSD sabe algo de su presencia aquí.

Ladeo la cabeza. —¿Llaman *LSD* al cártel más poderoso de toda Colombia como la estúpida droga que usan los pringados? —resoplo —. El Cártel de Los Sangre Dorada merece más respeto que *eso.* Y no, no tienen ni idea de que estoy aquí. ¿Acaso no saben que en mi familia se espera de mí que pare y luego escupa mocosos? —Pongo cara de asco—. Ustedes, los hombres, actúan como si hubieran descubierto el Santo Grial. Siento decirles que, en realidad, no soy nadie importante.

Lev sonríe y niega con la cabeza. —Oh, eso ya lo veremos.

Le guiño un ojo. —Lo espero con ansias.

Viktor da un paso hacia mí. —No nos tiene ni una puta gota de respeto a ninguno. —aprieta los dientes y mira a Lev con rabia—. Ya sabes cómo iría esto si estuviera bajo la custodia de cualquier otro.

Lev se yergue en toda su estatura, todavía sujetándome con un agarre de hierro. —Es más peligrosa de lo que parece, y pretendo descubrir exactamente quién es y qué sabe. Y créeme, hermano —su voz baja a un tono amenazador—, no me tomo esta responsabilidad a la ligera.

Uh, oh.

Viktor asiente, apaciguado, y me clava la mirada una vez más. —¿Seguro que no necesitas ayuda con esto? Estaré encantado de echarte una mano. —Si tuviera la mano libre, le lanzaría un beso solo para ver cómo le palpitaba esa vena del cuello.

—¿Cómo está Lydia, grandullón? —observo con deleite cómo su cara se pone roja como un tomate.

—Muchas gracias por el ofrecimiento —dice Lev, rezumando sarcasmo—. Pero te prometo que lo tengo todo bajo control. Incluida ella. —Ollie baja del altillo con mi móvil en la mano. Se lo da a Aleksandr, el alto.

Joder.

Si mi hermano se enterara de esto, me *mataría*. Trago saliva.

—Escanéalo —dice Mikhail—. Nos reuniremos mañana por la mañana, cuando hayas tenido la oportunidad de sacar todo lo que puedas de su móvil y Lev haya tenido la oportunidad de interrogarla.

Aleksandr frunce el ceño mirando el móvil y, en segundos, ha conseguido saltarse la contraseña. *Dios mío,* lo que podríamos hacer en mi familia con un cerebro como ese. Me quedo mirando, mitad horrorizada y mitad asombrada. —Vaya, princesa —dice, negando con la cabeza—. No la quieren nada, ¿eh? Ni un solo localizador activado.

Es lo primero que dicen que me escuece.

Capullo.

Se guarda mi móvil en el bolsillo trasero del pantalón.

—Abra Snapchat, ya que está con mi móvil, ¿quiere? No me gustaría perder la racha —digo con un suspiro exagerado—. Cien *días.*

Ninguno de ellos se molesta en responder. Espero que Lev viva cerca de Polina, su hermana. Probablemente sea la única de toda esta familia con la que me llevaría bien, aunque seguramente me odia a muerte porque *soy* una enemiga.

—Mañana —dice Mikhail—. Se levanta la sesión. Lev, ¿necesitas un guardia aquí?

—Sí —digo—. ¿Por qué no contrata a ese gilipollas inútil que me dejó pasar prácticamente por delante de sus narices? Eso será divertido. Quizá saque fotos cuando me desnuden.

—Vale, se acabó —dice Lev, claramente al límite de su paciencia. Me sujeta ambas muñecas con la mano izquierda y, con la derecha, se las arregla para desabrocharse el cinturón y sacarlo de las trabillas. Lo miro con una fascinación que roza el horror. ¿Va a pegarme delante de todos, así sin más?

Ante mi reacción, tiene la desfachatez de reírse.

—Oh, bien, un atisbo de miedo. Empezaba a preocuparme por haber secuestrado a una sociópata. Lo tendré en cuenta. Siento decepcionarla, pero esta vez solo quiero que cierre la puta boca.

Me pega un tirón hacia su pecho y me pasa el cinturón alrededor de la boca, formando una mordaza. El cuero caliente se me clava en los labios. Lo muerdo con fuerza. Me siento como un puto caballo.

—Toma —dice Aleks, llevándose la mano a la cintura. En un rápido movimiento, se desabrocha el cinturón—. Por si necesitas otro. —Se lo lanza a Lev, que lo atrapa en el aire con el puño.

¿Para qué coño necesitaría *otro*? ¡Argh!

—Tengo un cuchillo —dice Viktor, lanzándoselo a Lev. Es como si todos estuvieran contribuyendo para un regalo, y el regalo soy yo, servida en una puta bandeja de plata.

—Aquí tienes unas bridas —dice Ollie.

Lev sonríe. —Oh, no deberíais haberos molestado.

Suspiro y pongo los ojos en blanco. Tendría una respuesta deliciosamente sarcástica, pero, por desgracia, no puedo hablar con esta maldita mordaza entre los dientes. Me empuja hacia la puerta, pero luego parece pensárselo mejor. —Podría interrogarla aquí —dice, pensativo—. Pero si la llevo a casa, tengo muchas más herramientas a mi disposición. —Asiente—. Sí, vámonos a casa, pequeña espía. Tenemos que charlar.

CAPÍTULO 4

LEV

Es mi puto día de suerte.

Mikhail me dijo, después de la boda de Viktor y Lydia, que yo era el siguiente. Mis hermanos se han ido casando en rápida sucesión; nuestro plan para superar a The Cove como el grupo más poderoso de la Bratva está en pleno apogeo. La forma más eficiente de consolidarnos como una fuerza a tener en cuenta es expandir nuestras filas. La segunda, y más duradera, es echar raíces permanentes.

Matrimonio. Votos. Hijos. Ninguno de los matrimonios en mi familia hasta ahora ha sucedido de la manera «habitual», al menos no la habitual en la cultura occidental. Aquí, cogemos lo que queremos.

¿Y ahora mismo? Quiero a una princesa colombiana de piernas largas con la piel bronceada, una boca descarada y un cuerpo que rivaliza con el de una gimnasta olímpica. La imagen de su pelo espeso y brillante cayendo de la gorra de béisbol y enmarcándole la cara como un velo se quedará conmigo para siempre. Sus ojos, brillantes e inquisitivos con un toque de locura de atar, son

inolvidables. Esa monada de nariz respingona y esa boca insolente piden a gritos ser domadas. Su cuerpo en forma y esbelto, pequeño pero poderoso, es como un cartucho de dinamita bien envuelto.

Apuesto a que sabe a whisky y a pecado.

Lo descubriré.

Está sentada a mi lado con ropa de hombre arrugada. Eso tiene que desaparecer.

Echo mano al cinturón que tiene detrás de la cabeza y lo desabrocho.

—¿Qué llevas debajo de esta mierda? —le pregunto, señalando la sudadera y los pantalones cargo arrugados.

Me guiña un ojo y su sonrisa revela unos labios carnosos y de un rojo cereza que atraen mi atención como un imán. Estoy hipnotizado por la seductora curva de su boca. Ya no disimula su voz para que parezca la de un hombre, y su tono natural más agudo resuena; cada nota es un tentador afrodisíaco que remueve algo en lo más profundo de mi ser.

—Nada, aparte de ir como Dios me trajo al mundo y este estúpido cacharro de tortura para aplastarme las tetas —se inclina hacia mí y su piel cálida roza la mía—. Trago saliva; ya la tengo dura solo por su cercanía. Es jodidamente preciosa. —¿Por qué no lo compruebas por ti mismo? De todas formas, tienes que registrarme para ver si llevo micrófonos, ¿no? —se recuesta en el asiento, con una plácida expresión de curiosidad en su hermoso rostro—. Me muero de ganas de quitarme esto. Siento como si llevara un suspensorio en las tetas.

—Yo me muero de ganas de verlo por mí mismo. Créeme, eso va a pasar. Hasta ahora, mis técnicas son una auténtica mierda. No solo no parece intimidada, sino que parece jodidamente excitada.

Quizá no sea solo la mirada de sus ojos.

Quizá *de verdad* está como una cabra.

Tendré que pedirle a Aleks que investigue sus antecedentes.

Aunque una parte de mí se estremece ante esta idea. Nunca me han atraído las mujeres normales. Dame una pizca de fuego y hielo y caeré de rodillas para venerarla.

No digo que sea algo bueno.

No estamos lejos de mi hogar, una casa que he comprado hace poco, después de la boda de Viktor. No quería echar raíces aquí enseguida, no con Ollie en el extranjero y el trabajo que Mikhail necesitaba que hiciera en varias ciudades del mundo. Pero después de que Lydia y Viktor se casaran, supe que mi sitio estaba aquí. Y después de que Mikhail me dejara claro que me tocaría casarme más pronto que tarde, supe que The Cove era donde echaría raíces. La mayoría de mis otros hermanos ya viven cerca, así que en cuanto esta casa salió al mercado, me hice con ella. Sospecho que Aleks tuvo algo que ver, pero quién sabe.

Llegamos a mi casa en plena noche, con la finca iluminada por focos.

—Hala —dice Isabella a mi lado—. No está mal para ser el más joven.

Aprieto la mandíbula y no respondo. No dejaré que me provoque. Ser el más joven de una familia de pitones no te hace menos pitón.

Esta casa es un poco excesiva para un soltero, pero cuando la compré sabía que lo más importante era la ubicación. Estoy a ocho kilómetros del cuartel general y cerca de Viktor y Lydia, con fácil acceso a la autopista. Apenas tuve que hacer modificaciones, salvo un puñado de detalles de seguridad, como las puertas de hierro forjado instaladas en la entrada, flanqueadas por pilares de piedra.

Cuando las puertas se abren, un largo camino de entrada pavimentado se extiende ante nosotros, bordeado de setos recortados. A lo largo de todo este sendero hay cámaras de seguridad discretamente colocadas, ocultas junto con detectores de

movimiento por infrarrojos. Con solo pulsar un botón, puedo acceder a todas las cámaras de mi casa, y lo hago a menudo.

—¿Tú solo en un sitio como este? —pregunta con un deje de burla —. Una parte de mí se pregunta si se toma algo en serio. Seguro que tienes alguna amante, algunas concubinas escondidas por ahí, ¿no? Te perderías aquí dentro, ¿a que sí?

—La llenaré con una esposa e hijos algún día —le digo—. No me preocupa.

Una sombra cruza sus facciones y aprieta la mandíbula. Me pregunto por qué.

La casa en sí tiene tres plantas, construida con una piedra tan oscura que parece absorber la luz de la luna. Es alta, con ventanas arqueadas y una pesada puerta de entrada reforzada con bandas de hierro; es sencilla pero robusta.

Los focos iluminan nuestro camino, proyectando sombras que danzan sobre la intrincada mampostería. El camino de entrada se curva alrededor de un espacio vacío donde antes había una fuente. Eso era demasiado para mi gusto.

Tengo sensores de movimiento ocultos en el jardín, un sistema de alarma de última generación y los gruesos muros están reforzados. El único balcón, el de la suite principal, está protegido con barandillas de hierro.

Si fuera de día, se verían el jardín y los bancos tallados en piedra. Me encanta esta casa. Es mía. Como el más joven de la familia, eso es importante para mí. Al crecer, heredaba las cosas de todos. Nunca me faltó de nada, no desde que los Romanov me acogieron siendo muy pequeño, pero mis padres eran pragmáticos y aprovechaban bien todo lo que tenían.

—Será difícil que alguien escape de un sitio como este, ¿verdad? — dice con voz burlona, con la cabeza ladeada. No parece en absoluto intimidada o asustada… sino emocionada.

Tengo mucho trabajo por delante.

Cuando quieras.

—No difícil. Imposible.

Se ríe levemente, un sonido bonito y musical.

—Oh, no, definitivamente no es imposible, *mi cariño*.

Es un desafío, entonces. *Ella* es un puto desafío.

Aparco el coche delante de la casa. Ya lo moveré por la mañana. —Quédate ahí —ordeno. Ella me dedica una sonrisa burlona. Me inclino hacia ella y apoyo la mano en la parte superior de su muslo, presionando para inmovilizarla. —Eres mía, Isabella. Harás lo que yo te diga. No me pongas a prueba. No me provoques. Renunciaste a tu vida y se la entregaste a mi familia con tus decisiones, así que lo que suceda a partir de ahora es por pura compasión. Le aprieto la parte superior del muslo. Me duele la polla. —¿Te ha quedado claro?

—Mmm, *sí, señor* —dice, arrastrando las palabras con sensualidad—. Oigo y obedezco.

Joder.

Me lamo los labios y trago saliva, acercando mi boca a su oreja. —Buena chica. Ahora voy a rodear el coche para abrirte.

Le abro la puerta y la cojo del brazo. Sus músculos se tensan bajo mi mano. Imagino qué se sentiría al tener su cuerpo esbelto y tenso atrapado bajo el mío.

Ya llegaremos a eso.

Ahora es mía. Ha quebrantado la ley universal entre el cártel y la Bratva. Tengo derecho a matarla por lo que ha hecho. Eso desencadenaría un ataque de su hermano, pero hasta él haría lo mismo si la situación fuera a la inversa. Si Polina alguna vez intentara algo tan peligroso como lo que ha hecho ella, la

extraditaríamos para mantenerla a salvo…, si es que lográramos recuperarla.

Cuando llegamos a la entrada, me agacho y cojo el paquetito que Aleks me ha dejado.

Camina obedientemente a mi lado, observándolo todo. —Estoy impresionada —dice mientras entramos—. Mi familia no es que viva en la pobreza, pero esto… esto es deslumbrante.

Pongo los ojos en blanco. Como si los halagos la fueran a llevar a alguna parte.

—Mira esto. Se nota que es una casa de lujo. Esos suelos. ¿Son de caoba? Esos techos altos y las molduras. Dios mío, Lev, tienes una lámpara de araña de cristal en el comedor.

Se me había olvidado.

—Pero es segura, mira. Esas ventanas parecen reforzadas, y apostaría a que tienes cámaras apuntando a cada centímetro de este lugar. Y esos espejos no son solo de adorno, ¿verdad?

Sí, claro que no lo son. Los espejos ofrecen una visión inmediata de todos los ángulos visibles de la casa.

—Oye, si salimos a cenar, pagas tú —dice—. Evidentemente, te lo puedes permitir.

Se me crispan los labios.

—¿Te ha comido la lengua el gato, guapo?

—¿Alguna vez hablas sin coquetear?

—¿Quién, yo? Claro que no. ¿Por qué ser tan banal? —Sonríe, y sus ojos dorados se iluminan—. Me alegro de haber conseguido por fin que te abras un poco.

A la vez que me arrepiento a medias de haberle quitado la mordaza, lamento haberla amordazado. Siento que tengo los pensamientos y

las acciones revueltos como si fueran huevos. Hay algo en ella que es embriagador y enigmático.

Me encanta oírla hablar. Me encanta ver cómo se mueve. Estoy fascinado con la forma en que funciona su mente.

Y estoy deseando doblegarla.

CAPÍTULO 5

ISABELLA

¡Ay, caramba!

Casi no me puedo creer la suerte que tengo.

Sí, sí, me ha secuestrado uno de los chicos Romanov. Esto... uno de los hombres. Y sí, sí, ya sé que esas reglas férreas que establecimos desde la Edad de Piedra *técnicamente* significan que estoy sentenciada a muerte.

Como sea.

El caso es que estoy *en su casa.* He saltado directamente a la boca del lobo.

Apenas puedo creer que no se me ocurriera a mí. Si lo hubiera seducido desde el primer día... Aunque, en realidad, esto podría ser lo más útil, porque así él piensa que todo ha sido idea suya.

Debo hacer que siga pensando así.

Me fijo en cada detalle. Aunque mi familia no vive precisamente en la pobreza, ninguna de las propiedades era *mía.* A ninguna mujer se

le ha permitido jamás poseer propiedades en Los Sangre Dorada. De donde yo vengo... *nosotras* somos la propiedad.

Así que no es solo la opulencia y la belleza de su casa lo que me atrae. Es que es *suya.* Su propiedad. Su castillo.

Estoy medio enamorada... hasta que me lleva al sótano.

Bajamos unas escaleras y dejamos atrás el lujo y la luz del piso principal. Aquí está más oscuro y fresco. Me estremezco, todavía mojada por haber corrido bajo la lluvia hasta el almacén.

Sinceramente, he tenido días mejores. Me ha pegado un buen tirón de pelo ahí atrás. Aún me hormiguea el cuero cabelludo. Tengo el pelo tan espeso y pesado que hasta llevarlo en coleta puede darme dolor de cabeza, y ya empezaba a dolerme allá arriba en el desván. No recuerdo la última vez que comí algo. Ahora, la cabeza me martillea como si alguien le hubiera puesto una caja encima y la estuviera aporreando.

La mano me late por culpa de la maldita astilla, y él me ha estado zarandeando como si fuera una muñeca.

Y algo me dice que solo está calentando.

Pero no pasa nada. No se llega a ser como yo sin haber practicado seriamente aceptar el dolor y la incomodidad. Joder, en las circunstancias adecuadas, puede que hasta me guste.

Aquí hay poca luz, las sombras danzan en las paredes mientras me hace bajar unas escaleras. El aire es más fresco y está oscuro. Ah. Este debe de ser su gimnasio. Cuando mis ojos se acostumbran a la penumbra, distingo varios aparatos de gimnasio de alta gama: un banco de pesas, algunas mancuernas y poleas. Las paredes están cubiertas de espejos, que amplían el espacio y me hacen sentir extrañamente expuesta. El aire fresco huele como cualquier gimnasio, a una mezcla de metal, goma y un toque de sudor.

Es espacioso, con techos bajos y un suelo de hormigón fresco. Ahhh. Quizá por eso me ha traído aquí.

Sea lo que sea que planee hacerme, no quiere estropear esos preciosos suelos de arriba.

Hay tuberías a la vista que recorren el techo y, en una de las paredes, reluce una hilera de estanterías para pesas, llenas de mancuernas y pesas rusas de varios tamaños.

Espero que me dé suficiente libertad para explorar esto un poco más.

La pared de enfrente está dominada por un gran espejo de cuerpo entero, ligeramente empañado, y en el centro de la sala hay varias máquinas de ejercicio: una cinta de correr, un banco de musculación y una máquina de poleas. Ni una mota de polvo en ninguna parte, lo que indica un uso frecuente.

—Alguien se toma muy en serio sus entrenamientos —señalo. No responde.

El corazón se me para de golpe cuando veo la parte izquierda de la sala. Al lado de un grueso saco de boxeo que cuelga del techo hay algunas otras cosas: pesadas cadenas y cuerdas de hierro, obviamente utilizadas para entrenar, pero también aptas para... otros fines. Sí, esas cuerdas son geniales para entrenar el torso, pero... se pueden usar para otras cosas.

Mmm. Mi captor tiene un lado perverso. *Por supuesto* que lo tiene.

Esto no hace más que mejorar por momentos.

Junto al saco de boxeo hay algunos ganchos de suspensión más, probablemente pensados en su origen para colgar sacos de boxeo, pero que sin duda se pueden usar para suspender a una *persona.* Esos bancos de pesas tienen correas de cuero, del tipo que se usaría para sujetar un pie durante un entrenamiento, pero estoy segura de que él podría usarlas también para otro propósito.

Miro a mi alrededor y veo balones medicinales. Ese sistema de poleas cerca de las bandas de resistencia podría tener un buen uso. En la esquina hay un dispensador de agua.

La doble función de esta sala es evidente. No estoy segura de si alguna vez la ha usado para lo que me va a hacer a mí, pero está claro que lo ha pensado antes.

Es una lástima que no sea yo la que interrogue. Podría divertirme un poco aquí.

Trago saliva, de repente nerviosa, cuando me lleva hacia el saco de boxeo.

—Bueno, vamos al lío.

El corazón se me acelera. Se me seca la boca. Me recuerdo a mí misma que es esencial mantener la calma y no dejar que el miedo me domine. Parpadeo rápidamente, inspirando por la nariz y espirando por la boca para mantenerme concentrada.

—De pie —ladra—. Si intentas algo, te electrocutaré con el táser, así que no se te ocurran ideas.

Ah, ¿tan peligrosa soy? Excelente.

Me pongo de pie y asiento.

—¿Vas a buscar micrófonos? —le pregunto, moviendo las cejas.

Aprieta los labios y me sostiene la mirada.

—Mmm.

—Te he dicho que no llevo ninguno, pero si quieres empezar así la fiesta, vamos allá —le guiño un ojo.

Con el ceño fruncido, me coloca frente a él y se lleva la mano a la cinturilla del pantalón. Observo cómo saca una navaja.

Dios. ¿Estaré perdiendo facultades? ¿Cómo no me he dado cuenta de eso antes? Trago saliva con fuerza mientras se acerca a mí con ella, rajando mi disfraz hasta que cae hecho jirones a mis pies.

—No mentías —dice, casi sorprendido, cuando me quedo de pie ante él, solo con la banda alrededor del pecho, sin ropa interior.

Me encojo de hombros.

—¿Para qué llevar ropa interior? Solo estorba, si me entiendes.

No muerde el anzuelo, sino que mueve la navaja y la presiona contra la parte inferior de la banda. Inspiro bruscamente mientras la corta de un tajo. Joder, qué navaja tan afilada. No puedo evitar estremecerme cuando me roza la piel, pero me deja completamente intacta.

La tira del sujetador cae al suelo y mis pechos generosos se balancean, libres. Mis pezones se endurecen cuando él se acerca y su aliento me hace cosquillas en la piel.

—Gracias a Dios —digo con voz pastosa, afectada por su cercanía y la amenaza de una cuchilla—. Por suerte para ti, nunca conocerás la tortura de llevar sujetador, y ese pequeño artilugio de tortura era unas cien veces peor.

—Quieta —espeta—. Y cállate, o volveré a amordazarte.

Suspiro y asiento. Le soltaría un *sí, señor* solo para burlarme de él, pero me ha dicho que me calle.

Y ahora, la parte divertida.

Saca algo pequeño y compacto de la bolsa que lleva delante. Ah. Parece una especie de escáner o un aparato de esos que encontrarías en un aeropuerto.

—Eres fuerte —dice, pensativo—. Apostaría a que la mayor parte del equipo de aquí te resulta familiar.

Asiento. Lo es, y no tengo permitido hablar. No es que siga las reglas siempre, pero hay un momento y un lugar para todo, y necesito conservar la energía para no perderme nada. Me rugen las tripas de hambre.

—¿Tienes hambre? Bien. Eso podría ser útil.

Maldita sea.

Bueno, por suerte para mí, estoy muy versada en el ayuno, así que puede matarme de hambre y estaré bien. Pero si me deja sin agua...

Coge el aparato y me escanea desde la coronilla, bajando por el lado de la cara hasta llegar al cuello. Me escanea el cuello con cuidado. Emite un suave zumbido mientras lo pasa por mi cuerpo, y la pantalla se ilumina a su paso. Esto es tecnología punta.

El escáner pita de vez en cuando, pero él no se detiene. Al parecer, los pitidos son normales, probablemente le dicen que estoy viva, pero no mucho más. Sin embargo, al pasarlo por la parte baja de mi abdomen, mira atentamente.

—Sin DIU —dice, sorprendido.

—Pues no. No quiero una de esas malditas cosas dentro de mí.

Él asiente.

—Bien. Yo tampoco quiero una de esas malditas cosas dentro de ti.

¿Es una especie de maníaco de la vida sana o... tiene algún problema con los anticonceptivos?

—¿No eres virgen?

Resoplo.

—Pues claro que no. ¿De verdad pensabas que era virgen?

Me lanza una mirada fulminante antes de poner los ojos en blanco.

—No.

—Bueno, no tenías por qué responder *tan* rápido.

Su agarre en el escáner se tensa, pero respira hondo. Parece desconcertado, de alguna manera. Me pregunto por qué.

Me da una palmada en la cara interna del muslo para que separe las piernas. Se me contrae el coño y el clítoris me palpita ante la cercanía de su mano fuerte y el escozor del azote. Mmm. Joder, podríamos divertirnos juntos. Nunca me han interesado los hombres normales, pero ¿el tipo criminal? Eso ya es otra cosa. Aunque ninguno de los hombres de mi entorno despertaba mi interés. Demasiado machos y demasiado conocidos. Este, sin embargo...

Escanea el interior de mis dos piernas. Trago saliva mientras mis pezones se endurecen dolorosamente y la humedad se acumula entre mis muslos. Hace demasiado tiempo que no me toca un hombre, y la última vez apenas fue memorable.

Cuando llega a la parte superior de mi muslo izquierdo, se queda mirando el tatuaje que llevo, una apretada corona de enredaderas con una caligrafía elegante y fluida que dice *Fuerza y Libertad.*

Me lo hice el día que cumplí dieciocho años, y nadie de mi familia se enteró. La hermana de Carlos, Renata, era la única que lo sabía.

—Curiosa elección para un tatuaje —dice—. ¿Qué significa?

Trago saliva.

—Fuerza y libertad.

Contárselo resulta extrañamente íntimo.

Me escanea hasta los dedos de los pies, sube por las piernas y recorre mi culo hasta que finalmente queda satisfecho.

—Quizá decías la verdad —dice, pensativo—. O quizá no. Vamos a ver.

Sé que no ha encontrado nada, pero eso no le impide volver a llevar el escáner a mis pechos. Lo desliza por la punta de mis pezones

endurecidos. Me esfuerzo por mantenerme quieta, intentando con todas mis fuerzas no mostrar cuánto me afecta.

Podría probar muchas tácticas diferentes, pero este podría ser su método más eficaz. No puedo dejar que se dé cuenta.

Sin decir palabra, me ahueca el culo con una de sus manos fuertes y ásperas, las palmas callosas rozando mi delicada piel.

—Y esta cicatriz —dice al notar la marca blanca en mi omóplato—, ¿de qué es?

—Tendrías que preguntárselo a Javier —digo con una sonrisa triste. Sí, ese es un recuerdo de mi hermano.

—¿Te la hizo tu hermano? —pregunta con un gruñido grave. ¿Está... enfadado? ¿Molesto porque su «premio» está dañado? ¿Ofendido por no habérmela hecho él mismo?

—Mmm. Todo un hombre, ¿verdad? —No puedo evitar el veneno en mi voz.

Es el diablo encarnado, y lo odio.

—Lo mataré, joder —espeta él.

—No si llego yo antes —replico, y lo digo muy en serio. No dejaré que nadie más se cobre la venganza que me pertenece.

Fui *yo* a quien él hirió. Fui *yo* la que estuvo bajo su yugo. Fui *yo* la frustrada por sus tácticas machistas, y seré *yo* quien reclame su trono.

Lev me lanza una mirada curiosa, pero no responde.

—No hay micrófonos —dice, asintiendo con satisfacción—. Ahora pasemos a lo bueno.

El corazón me late desbocado. Me mojo al instante. Debo de estar loca.

Puede que esto no acabe tan bien para mí. O para él, en realidad.

Trago saliva y sacudo la cabeza como si me burlara de su amenaza. Si me cala por completo, no lo demuestra.

—Ven aquí.

Estoy atada y paralizada, como si alguien hubiera pulsado un interruptor y me hubiera congelado. Con el ceño fruncido, me hace girar y me da una palmada en el culo. En circunstancias normales, eso me excitaría, pero solo sirve para descongelarme. Suelto un gritito y me pongo en pie de un salto, caminando hacia donde me indica que vaya.

La máquina de poleas se alza frente a mí. En estas circunstancias, bien podría ser el cepo o un instrumento de tortura medieval. El frío brillo metálico de las poleas y las pesas refleja la dura luz del sótano, proyectando sombras espeluznantes en las paredes.

¿Qué hora es? Debe de ser medianoche, o puede que incluso de madrugada. Estoy cansada, hambrienta y dolorida, pero no me quebraré.

No lo haré.

Cuando le echo un vistazo, sus ojos oscuros son indescifrables. El peso de nuestra situación me oprime. En cualquier momento podría acabar con mi vida, pero ¿en qué lugar lo dejaría eso a él? La ironía es que lo único que me mantiene a salvo es mi identidad..., que también es mi mayor condena.

La tensión en el ambiente es palpable. Me estremezco, no por el frío, sino por no saber qué va a pasar. Él no parece tan cansado como yo, sino lleno de energía y casi emocionado. A ver, tiene a una mujer desnuda a su merced. La verdad es que no lo culpo.

—¿Disfrutando de las vistas? —pregunto, logrando de alguna manera mantener un tono ligero y no delatar el miedo que late en mis venas con vida propia.

—Parece que a ti te gusta la atención —dice con suavidad.

Pongo los ojos en blanco, intentando ocultar mi creciente pavor. —Bueno, no todos los días tengo tanto público para mi rutina de ejercicios.

Su risa grave y oscura hace que mis nervios destrozados se estremezcan. —Esto no es ninguna rutina de ejercicios, Isabella.

Finjo un jadeo. —No —digo con la voz cargada de sarcasmo—. ¿Vas a hacerme confesar mi adicción a los dulces y mi espantosa falta de cardio?

Un atisbo de sonrisa tira de sus labios. —Son más bien tus actividades extraescolares las que me interesan.

Me echo el pelo hacia atrás, pero me tiene bien sujeta. Con movimientos hábiles, me levanta ambas muñecas por encima de la cabeza. Estiro el cuello para ver lo que hace, pero no consigo verlo bien. Aunque no es necesario, porque al instante siguiente mis muñecas quedan atrapadas en unas ataduras.

Oh, oh.

Allá *vamoooos.*

—Solo estoy intentando aprender todo lo que pueda sobre ti, por supuesto. Me intrigas.

Él resopla. —Claro.

—Adelante, Lev. Dale con todo —lo desafío, abandonando el deje burlón de mi voz—. Los látigos y las tácticas de intimidación no me quebrarán. Y, sinceramente, no te tengo miedo.

—Bien —responde él—. El miedo debilita a la gente. A mí me gustan mis mujeres fuertes.

Sus mujeres. ¿Por qué me invade una repentina necesidad de saber exactamente quiénes han sido *sus mujeres*? Él no es nada para mí. No me importa.

No estoy *celosa. Dios.*

Acciona una palanca y contengo un jadeo cuando mis muñecas se elevan tanto por encima de mi cabeza que me quedo de puntillas. Tiene acceso completo a mi cuerpo desnudo.

Y algo me dice que va a aprovecharlo al *máximo*. Cierro los ojos con fuerza y me preparo para algo. Lo que sea. Pero cuando pasan largos minutos, finalmente me atrevo a abrir un ojo.

Está de pie frente a mí, con el rostro inescrutable mientras contempla su obra. Cuando se encuentra con mi mirada, no habla, pero algo cálido y delicioso se despliega en mi vientre.

Podría funcionar, ronronea mi instinto. *Podríamos conquistarlo todo juntos.* Si tan solo pudiera conseguir que viniera a mí, que se doblegara lo más mínimo, podría tener a este hombre comiendo de la palma de mi mano. Lo quiero a él. Nos quiero a *nosotros.*

Parpadeo, intentando liberarme del hechizo que ejerce sobre mí. No funciona.

Lento, metódicamente, como si estuviera puliendo motas de polvo de una posesión preciada, desliza su mano por todo mi cuerpo. Empieza por mis hombros, sus manos calientes al tacto. Baja por mi espalda, hasta la zona lumbar, hasta que llega a mi trasero. Observo el contorno de su erección con aprecio, su gruesa polla tensa en sus pantalones. Me humedezco los labios.

A continuación, desliza las manos por mis muslos, bajando por las pantorrillas, hasta los pies.

—¿Cuál es tu régimen de entrenamiento? —me pregunta, tomándome por sorpresa—. Tu cuerpo es un absoluto pilar de perfección.

Su elogio me reconforta. No me lo esperaba.

—Como sano. Corro para hacer cardio. Nado en cada oportunidad. Entreno la fuerza cinco días a la semana. Pero, la verdad, *mi querido*

jefe, no es justo. Heme aquí, toda desnuda y expuesta, y solo puedo adivinar lo que hay bajo tu ropa.

Una comisura de sus labios se alza, pero no muerde el anzuelo.

Se coloca frente a mí y se acerca tanto que el calor de su aliento roza mi piel. Sopesa mis pechos en sus palmas y roza mis pezones con sus pulgares. Hago todo lo posible, pero no puedo reprimir del todo un murmullo de aprobación. Dios mío, qué bien sienta que me toquen así.

Afortunadamente, me consuela saber que estoy loca. La mayoría de las mujeres probablemente se recriminarían por ansiar el tacto de su captor. ¿Yo? Nunca en mi vida he estado más excitada.

CAPÍTULO 6

LEV

Si Kolya, nuestro mentor, estuviera aquí, me advertiría que tuviera cuidado con esta. Me recuerda a una venus atrapamoscas. Te atrae con su néctar dulce y seductor, pero cuando un insecto desprevenido se posa en la trampa, esta se cierra de golpe, atrapando a su presa antes de sorberle la vida. Es despampanante, la mujer más guapa que he visto en mi vida y, sin embargo, cada uno de mis instintos me dice que me dé la vuelta y corra en la dirección opuesta.

Kolya no solo nos entrenó físicamente, enseñándonos a perfeccionar nuestros cuerpos para convertirlos en instrumentos afinados tan potentes como un arma, sino que también nos enseñó a tener resiliencia mental. Si he de ser sincero, ese entrenamiento ha sido mucho más útil que el físico. Cualquier patán puede enseñarte a ponerte cachas con macros y proteínas. Este hombre nos enseñó a perseverar.

He puesto en práctica su entrenamiento y voy a tener que hacerlo ahora. Porque no importa que sus ojos sean como chocolate fundido, cálidos y sensuales de la mejor manera posible, enmarcados por unas pestañas largas, espesas y negras. No importa

que sea tan guapa que me duela el corazón; el tipo de mujer por la que los hombres pierden la fe y el tipo de cuerpo que los hace venderle el alma al diablo.

No importa que Isabella Morales sea lujuria y pecado envueltos en un lazo. Voy a quebrar a esta mujer aunque me cueste la vida.

Debo hacerlo.

Hasta ahora, ha respondido favorablemente a que la traten con rudeza, así que es probable que eso no funcione. Aun así, por intentarlo no se pierde nada.

Está suspendida con los brazos por encima de la cabeza, lo que me ofrece una vista impresionante de su espalda esbelta pero esculpida y de su culo firme y redondo, que quiero lamer y morder y *joder* hasta que grite. Unas piernas tonificadas y bronceadas, curvadas con un encanto femenino. Y eso es solo la vista desde atrás.

Joder.

No he encontrado ninguna prueba de nada en ella, ni siquiera un dispositivo de seguimiento. De verdad que me desconcierta. No puedo creer que la LSD permita que una mujer de su talla y belleza se pierda de vista. Seguro que alguien vendrá a buscarla en cualquier momento.

¿O no?

Pero no. Ningún rastreador en su móvil. Nada en su persona. Y aunque Isabella controla bien sus expresiones, no ocultó el destello de dolor que cruzó su rostro cuando Aleks dijo algo sobre que su familia no sabía ni le importaba dónde estaba.

Es una mujer independiente, pero hay grietas en su armadura... Y pienso aprovecharme de ellas.

Por si acaso, le paso una vez más el aparato que me ha dejado Aleks, pero no esconde nada.

Ahora que he terminado con eso, puedo pasar a cosas más importantes. Primero, intentaré la intimidación física. Es el método más fácil y algo me dice que podría gustarle.

Doy vueltas a su alrededor, observándolo todo. Los pezones duros y la forma en que se muerde el labio cuando respiro sobre ella. Le ahueco el culo, sujetándola con mi gran palma. Veo cómo traga y cómo se le dilatan las pupilas.

Es tan fácil excitarla. Ojalá fuera así de fácil sacarle información.

Quizá de verdad no tiene nada que contarme, pero lo dudo.

¿Cuál es su debilidad? ¿Cómo la quebraré?

Me coloco detrás de ella y, lentamente, busco la hebilla de mi cinturón. Recuerdo la imagen de este metido entre sus dientes mientras lo desabrocho y lo saco despacio de las trabillas.

Me pregunto si alguna vez la han azotado. Si fuera a darle unos azotes, usaría la mano. Pero no estoy aquí para excitarla a ella, ni a mí, ya puestos.

Me pregunto si esto la hará hablar o la excitará. Quizá la cabree. Quizá ambas cosas.

Ya estoy duro como una piedra para cuando el cuero ha salido de las trabillas. Me aseguro de tomarme mi tiempo para que oiga el sonido del cinturón al desabrocharse y el zumbido al sacarlo por completo.

Lo doblo y agarro la hebilla con el puño.

—Vamos, Isabella. Veamos qué tienes que contarme.

Intenta mirar por encima del hombro, como para asegurarse de que sus sentidos no la han traicionado.

—Ya te lo he dicho. Nadie sabe que estoy aquí. No tengo más información que darte.

No sé si alguna vez me dirá la verdad. Miente con la misma facilidad con que respira. Supongo que es parte de su encanto.

Es la hora.

El primer golpe chasquea contra su culo, un azote medido y deliberado. Aunque se pone de puntillas, apenas emite un sonido. La visión de la marca roja en su culo me pone duro de cojones.

—¿Estás segura de eso? —pregunto, echando la mano hacia atrás antes de azotarla de nuevo. Le doy dos, tres, cuatro azotes fuertes en el culo hasta que la piel queda marcada de un rosa rojizo intenso, pero ella solo niega con la cabeza y menea el trasero.

—Te lo he dicho —dice con voz cantarina—. Y azotarme solo va a excitarme, no a sacarme más información. —Vuelve a sacar el culo —. Así que adelante. Dame todo lo que tengas. Por favor, dime que solo me estás calentando y que tienes más que *eso.*

Zorra descarada.

No dejaré que me provoque, pero tampoco que me humille. Hago restallar el cinturón una y otra vez, aun con cuidado de no golpear demasiado fuerte, incluso cuando una vocecita dentro de mi cabeza me pregunta «*¿por qué?*».

¿Por qué tengo miedo de herirle la piel? ¿De hacerle daño de verdad? Necesito respuestas, y las necesito ahora, joder.

El siguiente latigazo la hace gritar. Abro la mano, suelto el extremo del cinturón y lo hago restallar de nuevo. Ella se estremece, pero aun así solo se retuerce entre sus ataduras y se burla de mí. —Ahora sí que sí. Eso es. Si estás intentando excitarme, estás haciendo un trabajo *excelente.* El ronroneo grave de su risa me hace apretar los dientes antes de estampar el cinturón contra su culo; el golpe más fuerte que le he dado hasta ahora. Me satisface ver el verdugón que deja el cuero. Oír su grito de dolor.

—Dime —espeto—. ¿Qué sabes? Si no sabes nada, ¿por qué viniste a ver a Viktor? Te estás contradiciendo, Isabella.

Le doy otro correazo en el culo, cruzándolo sobre la marca anterior. Lo bueno del cinturón es que la intensidad va en aumento; cada golpe magnifica el anterior. No me son ajenos los juegos eróticos en la cama. Sé cómo hacer que escueza y cómo hacer que ese escozor dure. A un hombre se le puede interrogar con los músculos. Una mujer necesita un toque mucho más fino.

Como sigue sin responderme, le separo las piernas de una patada, vuelvo a preparar el cinturón y se lo estampo contra su coño desnudo y perfectamente rosado. Inspira con un siseo y aprieta los párpados, pero no se me escapa el brillo de la humedad en sus labios vaginales. Trago saliva con dificultad, ignorando la embriagadora neblina de excitación que amenaza con cegarme.

La azoto una y otra vez, pero no se mueve. Joder, lo juro, con su gemido ahogado y la forma en que ha cerrado los ojos, está al borde del subespacio, por el amor de Dios.

Tiro el cinturón al suelo y le agarro el pelo. Se lo aferro con el puño y le echo la cabeza hacia atrás de un tirón. —Dímelo.

Abre la boca de golpe, pero no dice ni una palabra.

—Si no me lo dices, averiguaré quién te importa. Probaré diferentes métodos para sacarte la verdad. Dolor, miedo, quizá incluso un placer bien merecido.

Estoy decidido a quebrarla mentalmente, la forma más eficaz de obtener información de la mayoría de los prisioneros. Al oír eso, abre los ojos de par en par, con las pupilas dilatadas por una ardiente excitación. Se lame los labios perfectos.

—Por favor, hazlo —dice en un susurro entrecortado.

Vale, esto no está funcionando.

Vuelvo a coger el cuchillo y, lenta y deliberadamente, lo afilo delante de ella. El sonido del metal raspando contra el metal aumenta la tensión en la habitación, y juraría que parece *excitada*.

—¿Juegos con cuchillos? —pregunta con el mismo tono que se usaría para hablar de un manjar delicioso—. Mmm.

Le presiono la hoja entre los pechos, el frío metal hace que la piel que toca se vuelva blanca.

Su respiración se acelera, su pecho sube y baja. Sus ojos, grandes y luminosos, se clavan en los míos con una mezcla de miedo y excitación.

—¿Vas a decirme algo ya?

Traga saliva con fuerza y se pasa la lengua por los labios para humedecerlos. Me duele la polla de solo imaginar lo jodidamente bueno que sería tener esa boca preciosa, carnosa y con un mohín, rodeando mi verga.

Otra opción, si la necesito. Lo tendré en cuenta.

Deslizo el cuchillo hacia abajo, lo justo para dejar el rastro de una línea en su piel. Ella ahoga un grito, arqueando la espalda hacia la hoja.

—¿Qué quieres saber? —susurra con voz ronca.

—¿Qué planea tu hermano? —Giro la hoja y trazo la curva de su pecho. Gime suavemente, apretando los puños. Es la primera señal de debilidad. Entonces, no es impenetrable.

—No te muevas, Isabella —le espeto—, mi voz una orden en voz baja.

Me encanta cómo suena su nombre en mi boca. Me encanta tenerla a mis órdenes. Ganarse la atención de una mujer como esta sería la mayor alegría de un hombre. Ganarse su devoción, su triunfo absoluto. La belleza es efímera, pero su fuego y su brillantez, su

espíritu indomable y su feroz inteligencia tras esos ojos cautivadores... eso es lo que pone a un hombre de rodillas.

Su respiración se vuelve errática mientras continúo mi lento y tortuoso camino con la hoja. El cuchillo pasa sobre su estómago, y observo cómo sus emociones se reflejan en su rostro: excitación, una clara excitación, y algo que insinúa miedo.

—Buena chica —la elogio en voz baja. Sigo probando. Cada palabra y cada movimiento, una prueba de fuego. Me detengo con el cuchillo justo encima de su pubis. Lo dejo ahí, una amenaza silenciosa. Cuando se muerde el labio y reprime un gemido, giro el cuchillo para que la dura protuberancia del mango quede en la uve entre sus muslos. Presiono. Se desliza con facilidad entre sus pliegues húmedos. Ella se arquea y gime.

—¿Quieres correrte, Isabella? ¿Quieres una *recompensa*? —doy vueltas al mango del cuchillo y lo presiono más profundamente entre sus piernas.

Su boca se entreabre en un jadeo silencioso, sus ojos llenos de horror y expectación. Sosteniéndole la mirada, presiono el mango más adentro. Se le entrecorta la respiración mientras lo meto y lo saco.

—Te gusta esto —digo en un susurro grave—. Pequeña guarra sucia. Una sonrisa maliciosa ilumina su rostro y abre más las piernas.

—Mira quién fue a hablar —dice en un susurro entrecortado. Un hilo de su excitación me moja los dedos. Reduzco el ritmo y observo su reacción, luego saco el mango de la hoja lentamente, muy lentamente, hasta que está casi fuera. Ella gime y se retuerce, su pelvis arqueándose cuando se lo vuelvo a meter en sus pliegues calientes y húmedos. Lo giro y esta vez presiono mi pulgar contra su clítoris.

—Oh, Dios —gime mientras marco un ritmo.

—Vamos a oírlo —le susurro al oído—. ¿Qué planeaba tu hermano?

Dejo la hoja quieta. Ella intenta forzar la fricción, pero su postura lo hace imposible. La muevo solo un poquito. Separa las piernas y gime.

—No lo sé —dice, pero esta vez no me mira a los ojos.

Le meto el mango hasta el fondo y su cabeza cae hacia atrás. Lo tiro al suelo, me arrodillo frente a ella y le abro las piernas de par en par.

He encontrado el método de interrogatorio que podría funcionar con ella. Le separo las piernas y deslizo la lengua entre los pliegues de su coño. Dejo que la punta pruebe la gota más pequeña de su excitación. Trago, controlándome a duras penas.

—Oh, *Dios* —dice, forzando las muñecas en el esfuerzo por mantenerse quieta. Susurra un torrente de algo en español que no logro identificar, pero oigo algunas palabrotas mezcladas.

Destrozaré a esta mujer, cueste lo que cueste: azotes, dolor, intimidación sexual.

—¿Qué sabes? ¿Quién te ha enviado? —La rabia se cuela en mi voz. Me doy cuenta de que no es solo su presencia lo que supone una amenaza, sino el desafío mental que representa.

—No puedo decírtelo —dice con un gemido—. Deja de preguntármelo, joder.

Le agarro los muslos y le mordisqueo el clítoris. Ella chilla y se estremece, pero no se me escapa cómo su coño se contrae alrededor de mis dedos cuando me hundo en ella. La lamo, una pasada lenta y deliberada de mi lengua por sus pliegues antes de retirarme y sostener su mirada con la mía.

—Ya sabes —digo con pereza. Le hundo los dedos en su interior, pero los mantengo quietos—. Dime lo que sabes.

Ella niega con la cabeza. —No puedo.

—Oh, cariño —digo, negando con la cabeza antes de volver a lamerle el clítoris—. Puedes y lo harás. Ninguno de ellos sabe dónde estás, ¿recuerdas? No hay nadie aquí para salvarte. Nadie para rescatarte.

Sus ojos me fulminan con la mirada y aprieta los dientes. —No necesito que ningún puto hombre me salve.

Suelto una risita. Mi aliento en sus muslos hace que se le ponga la piel de gallina. —Estás desnuda y atada con cadenas en mi sótano. Sin ningún localizador. Nadie a quien le importe una mierda dónde estás o qué haces. —Niego con la cabeza—. No sé por qué te resistes.

—Quizá porque no tengo nada que contarte —espeta ella.

La abro de piernas, trago saliva y la lamo una y otra vez hasta que su clítoris palpita y ella gime al borde del orgasmo. Se muerde el labio como si se aferrara a la vida.

—¿Por qué le tienes tanto miedo a la verdad, *mi querido jefe*? Dime, Lev. ¿Qué te pasó? —sonríe, y sus ojos me lanzan una mirada peligrosa a pesar de que están llorosos—. ¿*Quién te hizo daño*?

Tiene demasiado control de la situación. Joder, está desnuda y atada en *mi* sótano. Soy yo quien la ha azotado, la ha amenazado y la ha llevado al borde del orgasmo sin dejar que se corra, y, sin embargo, basta el ronroneo seductor de su voz para que se me ponga dura como una roca.

Joder.

He terminado aquí.

Por ahora.

Estoy a la vez frustrado e intrigado por su resiliencia. Soy cauto, pero curioso. ¿Cómo puede mantener tanto el control?

—Eres una puta mentirosa —digo. Respiro contra la piel sensible y húmeda de la cara interna de sus muslos. Deslizo la parte plana de la lengua a lo largo del borde, y ella intenta girarse hacia mí como si suplicara en silencio mi lengua allí donde quiere aliviar la presión. Le doy un azote en el culo y la sujeto en su sitio—. *Yo* estoy al mando de esta situación, nena. *Yo. No tú.* Harás lo que yo diga. Y como no me has dado ninguna información... —Le doy una última pasada con la lengua que la hace temblar antes de echarme hacia atrás y ponerme de pie—. Tendrás que ser castigada. —Niego con la cabeza —. Esto no ha terminado. *Averiguaré* todo lo que sabes.

Me doy la vuelta y me alejo. Me río entre dientes al oír su grito de frustración justo antes de que la puerta de la sala de entrenamiento se cierre de golpe.

Esa mujer es una amenaza, una bomba de relojería que podría destruir todo por lo que tanto hemos luchado. No lo permitiré.

Es exasperante... e intrigante. Pero, por encima de todo, mi deber es para con mi familia.

Seguirá siendo una prisionera.

Voy a *doblegarla*.

CAPÍTULO 7

ISABELLA

La puerta se cierra de un portazo y mi grito resuena en el sótano oscuro y húmedo, aún impregnado del persistente olor a sudor y hierro. Me duelen las muñecas por el frío metal de las ataduras, pero la incomodidad alimenta mi determinación. Me niego a que me dobleguen, ni Lev ni nadie.

Pasan los minutos. Las horas. Lo espero y me permito imaginar qué estará haciendo. ¿Comiendo un filete? ¿Viendo un partido de fútbol?

¿Haciéndose una paja con la imagen de mi cuerpo desnudo colgado de su techo y el sabor de mi excitación todavía en su lengua?

Gilipollas.

Tengo la boca completamente seca. Tengo que mear. Me ha dejado palpitante y a punto de suplicar por un desahogo. Tengo frío, me duele el culo a morir y tengo tanta hambre que me comería casi cualquier cosa que me diera, incluso esos asquerosos *kholodets* que les gusta comer, una especie de manjar gelatinoso que se sirve en Rusia.

Bueno, quizá *eso* no me lo comería, pero ahora mismo caería muy bajo.

Ja, ¿a quién quiero engañar? Ya he caído más bajo de lo que jamás creí posible. Encadenada en el sótano de mi enemigo, luchando contra el hombre que tiene mi destino en sus manos.

Incluso si un hada madrina lo golpeara con su varita y decidiera concederme la libertad... lo que él no sabe es que no me aceptarían de vuelta. Ahora soy mercancía averiada y mi hermano probablemente ya esté bailando de alegría por su buena suerte. Imagínese qué fortuna: no hay necesidad de repartir nuestra herencia.

No puedo permitir que los Romanov creen que me han vencido.

Esto *tiene* que ser en mis términos.

Inspiro hondo para calmarme. Parpadeo.

Concéntrate.

Demonios, he estado en peores situaciones. Mi difunto padre una vez intentó casarme con un capo de la droga colombiano. Yo tenía quince años y estaba planeando mi fiesta de quinceañera, uno de los acontecimientos más importantes en la vida de una joven, ya que marca la transición de la niñez a la edad adulta.

Al parecer, mi padre pensó que eso significaba que era hora de venderme y usarme para procrear. Él y mi madre discutieron. Ella lanzó el jarrón que le había regalado su madre al otro lado de la habitación. Se hizo añicos. En respuesta, mi padre la hizo añicos a *ella*.

Después de que le dieran el alta en el hospital, se fue. No sé cómo se las arregló. No la culpo por haberse ido, la verdad. La culpo por haberme abandonado.

Parpadeo y vuelvo a concentrarme. Pensar en eso no me va a ayudar ahora. He superado aquello. Soy mejor que el pasado que

dejé atrás. *Dejaré* un legado, y no será el de una mujer que se acobardó ante un hombre.

Respiro hondo y trazo un plan. Bien, estoy encadenada. Volverá en algún momento, ya sea para torturarme de nuevo o para soltarme e intentar otra cosa. Hasta fue tierno que me llamara mentirosilla. Por supuesto que estoy mintiendo. Podría darle tanta información que llenaría cuadernos y cuadernos y diezmaría sistemáticamente todo lo que mi hermano ha construido y espera construir todavía.

Sin embargo, no puedo hacer eso, y no tiene nada que ver con ninguna lealtad de pacotilla hacia mi familia. *Soy yo* quien se hará con el control de ese cártel después de que me deshaga de mi hermano. No entregaré las llaves del reino por todo el dinero del mundo, y mucho menos por una amenaza de dolor.

Ja. Me divierte que siquiera considere la idea de intimidarme para que soltara prenda. A mí el dolor me da vida. Me pone.

Me calmo y me concentro en mi respiración. Por supuesto, sé exactamente cómo voy a salir de aquí, pero podría tener una cámara apuntándome, así que debo ir sobre seguro.

Miro por la habitación, buscando alguna fuente de vídeo. Tardo un minuto. Es difícil concentrarse cuando estoy tan hambrienta. La vista se me nubla constantemente. Y la *sed*. Dios mío, apenas puedo tragar.

Lev Romanov me ha subestimado. Pensó que podía encadenarme y dejarme aquí, y no veo ninguna prueba de que se esté grabando. Supongo que confiaba bastante en estas cadenas que tiene.

Pero no tiene ni puta idea de con quién está tratando. En mi tierra me llaman *La Sombra*. Puedo ser escurridiza y silenciosa, capaz de escapar de cualquier cosa.

Y hasta desnuda, estoy preparada. Con dedos hábiles y sigilosos, manipulo la horquilla de mi pelo. Llevará un poco de tiempo, pero puedo abrir esta cerradura.

Mientras trabajo, con los dedos moviéndose por pura memoria muscular, sus últimas palabras resuenan en mi mente.

Esto no ha terminado. Averiguaré todo lo que sabes.

No todo, *mi querido jefe*.

¿Crees que puedes doblegarme? Me he entrenado toda mi vida para situaciones exactamente como esta: para resistir y sobrevivir.

Aprieto los dientes y me concentro. Reprimo una risita cuando siento que la cerradura cede bajo mis dedos.

Sí, nene, soy *así de buena*.

Clic.

Ese sonido apenas audible es la música más dulce para mis oídos.

Me quito las cadenas en silencio. Ahora que estoy libre, tengo que moverme rápido, con cada movimiento calculado para que no se dé cuenta. El corazón se me acelera con la emoción del desafío. No soy una damisela indefensa. Soy Isabella Morales, y nadie me mantendrá jamás en una jaula.

Evalúo rápidamente mi ropa. Destrozada. *Mierda*.

Me calzo los zapatos. Son aparatosos, y daría cualquier cosa por unos leggings ajustados y una camiseta de tirantes, pero por ahora tendrán que servir.

Me dirijo en silencio hacia la puerta, con los cinco sentidos en alerta máxima. El sótano es difícil de recorrer, pero he observado lo suficiente como para conocer la distribución básica. Empujo la puerta para abrirla y una rendija de luz me guía. Contengo la respiración al salir al pasillo; me giro y cierro la puerta con llave detrás de mí. Eso lo retrasará, al menos.

Avanzo por el sótano a oscuras, con los pies silenciosos sobre el suelo frío. Cada sonido parece amplificado: el crujido de una tabla del suelo, el zumbido lejano de la maquinaria. El corazón me

martillea en el pecho, y la adrenalina recorre mis venas. Tengo que salir, encontrar un camino hacia la libertad. La adrenalina me hace sentir que podría escalar una pared si fuera necesario.

Puede que tenga que hacerlo.

Tiene cámaras de vigilancia y guardias; eso lo sé, pero lo que no sé es dónde está *él*. Eso podría matarme. ¿Sus guardias tienen rutas de patrulla? ¿Hacia dónde apuntan las cámaras?

La libertad está tan cerca que puedo saborearla. Me tiemblan las manos mientras fuerzo otra cerradura, pero me obligo a mantener la calma.

Se oyen pasos fuertes que se acercan. Me meto rápida y sigilosamente en un armario lleno de escobas y productos de limpieza. Contengo la respiración, abrumada por el familiar aroma a lilas del *Fabuloso*.

Los pasos me rebasan. ¿Es Lev, que vuelve, o es otra persona? Si descubre que me he ido...

Cuando no hay moros en la costa, salgo del armario y me dirijo tan rápido como puedo hacia otra puerta cerca de las ventanas, que me dice que esta me conducirá a la libertad. Pruebo la cerradura. El pulso se me acelera cuando el pomo gira.

Síííí. La abro. El aire fresco de la noche me da en la cara cuando salgo. Es de madrugada; el alba despunta en el horizonte. Estoy agotada y hambrienta y, sin embargo, el corazón me late con euforia. *Lo he conseguido.*

Todavía tengo que llegar a la salida y luego encontrar la forma de irme de aquí. Ni siquiera sé dónde vive.

Pero, al acercarme a la salida, una sombra se cierne delante de mí. Me quedo helada. No puedo respirar. ¿Es... uno de sus guardias o...?

No.

Una sonrisa lúgubre asoma a los labios de Lev. Está de pie, con las manos en jarras.

—¿Ibas a alguna parte?

Su voz es dura y fría, y sus facciones no muestran ninguna sorpresa.

Maldita sea.

El pánico y la frustración me invaden, pero me obligo a mantenerme erguida.

—No puedes retenerme aquí.

Él entrecierra los ojos.

—¿Que no puedo?

La frustración, mezclada con admiración, centellea en su mirada.

—Eres *muy* ingeniosa; eso he de reconocerlo. No fui lo bastante cuidadoso con las ataduras. Pero no, Isabella, no vas a ninguna parte.

Me muevo con rapidez. Cuando intenta agarrarme las muñecas, desvío el golpe y, al ver la sorpresa en sus ojos, aprovecho mi oportunidad. Le doy un empujón en el pecho, haciéndole perder el equilibrio; me doy la vuelta y echo a correr.

Soy más rápida que él. Suelta una maldición a mi espalda mientras me persigue, jadeando, pero forzar cerraduras no es la única habilidad que he aprendido para una huida rápida.

Me está ganando terreno. Siento el calor de su aliento detrás de mí, y él juega con ventaja porque sabe algo que yo desconozco. No tengo ni puñetera idea de adónde voy. Y al final, esa es mi perdición. Casi me estrello contra una valla metálica que tengo delante. Me detengo en seco.

Antes de que pueda reaccionar, se me echa encima y me sujeta el brazo con un agarre de hierro.

—¡Suéltame! —grito, pero es inútil. Es demasiado fuerte y está *furioso.*

—No —espeta—. Tienes suerte de que te haya dejado con vida. Si por un momento piensas que voy a dejarte escapar, te equivocas. Suelta una sarta de maldiciones en ruso. Como te haya visto alguno de mis hombres... Aprieta los dientes y se quita la camiseta de un tirón.

Me cae sobre los muslos. Está caliente y huele a él, pero estoy jodidamente cabreada.

Le sostengo la mirada; el desafío me quema en las entrañas. Me planteo darle un rodillazo entre las piernas, pero me tiene tan bien sujeta que me temo que lo desviaría con facilidad y me haría aún más daño del que ya piensa hacerme. Sé que estoy en un lío muy gordo.

—Te quedas aquí.

—Puedes encadenarme, pero eso no me convierte en tuya. Discutir así parece infantil y mezquino, pero no puedo evitarlo.

Un atisbo de sonrisa asoma a sus labios.

—Qué creída eres. Crees que todo gira en torno a ti, ¿verdad?

No respondo. Su reproche me escuece.

—¿Qué te hace pensar que no puedo retenerte aquí?

Resoplo.

—¿Piensas tenerme encadenada aquí para siempre? —replico, con la voz firme a pesar de que los nervios me tiemblan—. Incluso así, encontraría la manera. Para mí, una cerradura no es más que un juego. Ya lo verás.

—Tengo otros métodos para mantenerte a raya.

Dios mío. Quiero estamparle la mano en esa cara suya, tan arrogante y guapa como el pecado.

—No me intimidas.

Me acerca más a él, con un brillo furioso en los ojos.

—Ni siquiera lo he intentado todavía.

Sonrío con suficiencia.

—Atrévete.

Él sonríe, enseñando los dientes.

—Oh, pienso hacerlo. Pero primero, vamos a devolverte a tu sitio.

¿A mi... sitio?

Se me acerca más; su presencia es abrumadora. No me había dado cuenta de lo grande que era hasta ahora. Comparado con sus otros hermanos, parece un poco más pequeño, pero... comparado conmigo, la idea de usar la palabra «pequeño» para describirlo resulta casi ridícula.

Y, desde luego, ahora soy consciente de lo fuerte que es.

Maldita sea, concéntrate, Isabella.

Parpadeo, sorprendida por su repentina proximidad. A pesar de todo, no puedo ignorar lo bien que huele: cálido, especiado y masculino. Su rostro, ahora a centímetros del mío, resalta su mandíbula afilada y su barba más poblada. Sus ojos me atraviesan.

—Estás perdiendo el tiempo. No voy a doblegarme. Sin embargo, cada vez me cuesta más luchar contra él. Me duele todo; estoy hambrienta, terriblemente cansada y sedienta.

Sus ojos brillan con una diversión escalofriante, un desafío danzando en sus profundidades.

—Ya veremos —murmura, su voz es un susurro bajo y peligroso que me provoca un escalofrío. Me aparto de él y me tambaleo. Caigo de rodillas. El aire frente a mí parece temblar. Soy vagamente consciente de que maldice detrás de mí antes de inclinarse hacia mí. Aprieto los dientes, dispuesta a luchar si va a hacerme daño otra vez, pero en lugar de eso... no lo hace.

Me levanta en brazos. El mundo se vuelve un poco borroso y desenfocado. Parpadeo, esperando a medias haber caído en un sueño, pero está claro que no es así.

Quizá quiera que me recupere para poder interrogarme más. Me parece justo. Si su plan incluye comida, agua y algo de sueño, será perfecto.

No me he alejado mucho de la casa. Me digo a mí misma que, si estuviera *bien,* lo habría bordado. Me habría escurrido entre sus dedos como arena fina. Estoy en inferioridad de condiciones. Esa es la única razón por la que me ha atrapado.

Pero incluso mientras caminamos, mi mente está bullendo de posibilidades y un atisbo de esperanza aflora. Esto no tiene por qué ser un simple y predecible juego del gato y el ratón... ¿o sí?

En la penumbra de la madrugada, una ligera brisa me acaricia la mejilla. Me arriesgo a mirar a Lev y veo que su rostro está estoicamente serio, decidido. Es un hombre con una misión, pero no parece enfadado ni resentido, como yo esperaba.

Sin embargo, he investigado a estos tipos. Sé cómo son. Conozco sus puntos fuertes. Sus debilidades. Lev Romanov es un estratega de corazón. Es astuto y despiadado, y no puedo permitirme olvidarlo nunca. Lev es como un maestro del ajedrez... siempre va varias jugadas por delante de su oponente.

Haría bien en recordarlo.

Huele ligeramente a madera quemada y musgo húmedo mientras subimos a su porche. Esta casa es impresionante, muy diferente de

aquello en lo que me he criado. En mi hogar, crecí en una gran casa de estilo colonial con paredes de estuco y tejas de terracota, lo tradicional de donde vengo. Su casa, sin embargo, está apartada de la ciudad. Una estructura grande e imponente con aspecto de fortaleza, que demuestra su necesidad de seguridad y control. Es moderna y minimalista, y de algún modo parece encajar a la perfección con un hombre como él... o al menos, con lo que sé de él.

Sus brazos a mi alrededor son cálidos.

Eso no importa.

Es tan fuerte que camina conmigo en brazos como si yo fuera una pluma. Soy pequeña, sí, pero, aun así, hay algo innegablemente atractivo en que te dominen de esta manera.

Cuando llegamos a la puerta, esta se abre sola. Estoy un poco confusa mientras intento ver cómo lo ha hecho, hasta que me doy cuenta de que hay un guardia en la puerta. Mirándome con hostilidad.

Me pregunto si será amigo del pringado al que delaté. Qué más da.

—Aparte la vista —gruñe Lev, y el guardia casi se desnuca al obedecer.

Camina conmigo hacia una habitación con la puerta abierta de par en par y luego me deposita en un gran sofá tapizado. Como todo aquí, como *él*, la habitación está amueblada de forma minimalista y práctica, pero a dondequiera que miro veo indicios de seguridad de alta gama con un toque moderno. Las paredes son de un gris austero y funcional, solo un tono más claro que el del sofá y el del sillón a juego que hay cerca.

Unas cámaras discretas me parpadean desde las esquinas del techo, sus lentes siguen cada uno de mis movimientos. Un recordatorio de que aquí no hay privacidad y de que no se fía de nadie. El suelo es de madera noble barnizada y, en la esquina más alejada de la

habitación, hay un elegante y moderno escritorio de líneas rectas y negras con monitores, ordenadores y todo tipo de aparatos. Tendré que echar un vistazo más de cerca cuando haya descansado y comido.

Se da un golpecito en el reloj de la muñeca y ladra órdenes en ruso. No entiendo ni jota de ruso, pero un momento después, cuando la puerta se abre y el tipo de seguridad entra con una botella de agua y un plato de comida, puedo aventurar qué estaba pidiendo.

—Bebe —ordena, tendiéndome una botella de agua. La cojo con gratitud y debo de hacer una mueca de dolor al sostenerla sin darme cuenta, porque frunce el ceño—. ¿Qué te pasa en la mano?

Me miro la palma de la mano. La astilla de antes está firmemente clavada bajo la piel, que la rodea en carne viva, roja e hinchada.

—*Maldita sea* —maldigo entre dientes—. Me he clavado una astilla en el maldito desván. —Le dedico una sonrisa—. Estaba tan distraída con tus métodos de tortura, tan agradablemente eficaces, que se me olvidó por completo.

Frunciendo el ceño, se levanta y coge de nuevo su móvil, ladrando otra orden.

—¿Siempre le hablas así a tu personal?

—¿Así cómo?

—¿Como si te hubieran ofendido personalmente y, si no hacen lo que dices, los matarás? —Sonrío con dulzura y doy otro trago de agua antes de echar un vistazo a la comida de la bandeja: pan, mantequilla y una cuña de queso. La típica comida de prisionero, pero con estilo.

—A mí no me ofenden. Eso es infantil y una pérdida de tiempo. En cuanto a hacer lo que digo, ya saben lo que les conviene. Ahora, come. —Su tono es brusco—. Tomaremos un desayuno en

condiciones después de que descanses, pero necesitas comer algo ahora.

—¿Engordándome para la matanza? —pregunto con dulzura antes de untar el pan con mantequilla y darle un buen bocado. Se me hace la boca agua y el estómago me ruge. El último mes antes de venir aquí, me sometí a un estricto régimen para definirme. Hace siglos que no como pan.

Su expresión permanece severa, pero hay un atisbo de algo más suave en sus ojos. —Limítate a comer. Necesitas recuperar fuerzas. Tenemos un largo día por delante.

El esfuerzo de mantener la cabeza erguida se está volviendo demasiado, y aunque nunca se lo haría saber, incluso hablar me resulta agotador ahora mismo. Disfruto de la sencilla comida, incluso bajo su mirada impasible y penetrante.

No habla ni hace preguntas, y se lo agradezco. Después de tener comida y agua en el estómago, me recuesto en el sofá. Aquí dentro hace calor y estoy agotadísima. Me duelen la espalda y el culo por donde me ha golpeado, y esta maldita astilla...

—Dame la mano. —Abro los ojos de golpe. Ni siquiera me había dado cuenta de que los había cerrado y no recuerdo que él haya ido a buscar el botiquín, pero aquí estamos.

Vuelvo a cerrar los ojos y le doy la mano. Me pesan muchísimo los párpados. ¿Me habrá drogado? A estas alturas ya ni me importa. Necesito descansar, y mañana haré mi siguiente movimiento.

Su mano, cálida y áspera, sostiene la mía. Me duele como un infierno cuando me abre la palma, así que entreabro un ojo, pero no me estremezco. No temo al dolor ni a la incomodidad. He aprendido a sobrellevar ambos. En su lugar, lo observo con curiosidad mientras hurga en mi palma con unas pinzas de metal.

La piel, dolorosamente enrojecida, grita cuando hinca las pinzas, pero no me muevo. Observo su esfuerzo concentrado, la forma en

que frunce el entrecejo.

—No te tomes esto como que te estoy tirando los tejos, pero de verdad que eres el más guapo de todos tus hermanos. ¿Lo sabes o eres de esos tíos que no tienen ni idea de que son preciosos?

Los hombres Romanov son deliciosos ejemplares de la perfección masculina, y su única hermana es absolutamente despampanante. Pero este tío... hay algo en su semblante melancólico, en la calidez de sus ojos, en la carnosidad de su boca seria y en la fuerza contenida de su cuerpo musculoso que cumple con *todos* mis requisitos.

Resoplo cuando por fin agarra la astilla con las pinzas y tira de ella, pero un segundo después siento un alivio casi instantáneo. Suelto el aire lentamente.

—La belleza es efímera —dice, encogiéndose de hombros—. Algún día todos seremos pasto de gusanos. —Aplica desinfectante en mi palma antes de ponerme una tirita.

Cierro los ojos y me río por lo bajo. —Pasto de gusanos. Me gusta. —Es como una forma pragmática de vivir el rollo del «solo se vive una vez». Si solo se vive una vez, más vale aprovecharla al máximo.

Cierro los ojos y la cabeza se me va hacia atrás. Estoy agotadísima. Voy a descansar los ojos solo un minuto. Me está diciendo algo, pero su voz es lejana. Suena como si estuviera bajo el agua y él hablara por encima de mí.

Algo cálido y suave cae sobre mí. Mi subconsciente empieza a atar cabos.

Los Romanov. Estoy viva. Mi hermano. El cártel. El poder.

Visiones de bodas y anillos y coronas llenan mi cabeza, y caigo en un sueño profundo.

CAPÍTULO 8

LEV

Miro el reloj y ahogo un gemido. Las nueve de la mañana.

No puedo seguir así, durmiendo en posturas y sitios de mierda solo para no perderla de vista. Tengo cosas que hacer, y vigilarla, aunque cuente con la ayuda de mi equipo, sencillamente no va a funcionar.

Algo tiene que cambiar.

Me pongo en pie y me doy cuenta de que no se mueve. Mikhail esperará que lo llame para ponerlo al día, y no tengo casi nada que contarles, salvo que Isabella Morales es inquebrantable.

¿Pero es eso cierto?

Si quisiera llegar hasta ella de verdad, podría presionar más. Se vino abajo con la tensión sexual a la que la sometí, y si me apoyara en eso…, sí. Sí, eso muy probablemente funcionaría. Pero no parece que en realidad esté ocultando nada.

La observo antes de irme. Dormida, tiene las manos bajo la barbilla. Parece casi una niña, sin nada de esa reserva y esa energía tan

valiente que la definen. Se ha agotado. Y siento una satisfacción nada desdeñable al saber que he tenido algo que ver con eso.

Aquí estará confinada y a salvo, y bajo estrecha vigilancia.

No es que eso la detuviera ayer. Intentará escapar de nuevo, sin duda, pero probablemente no de inmediato. Seguramente querrá ducharse, comer algo y tal vez conseguir algo de dinero antes de hacerlo.

Guardo un fajo de billetes en el cajón del escritorio.

Quiero que se desahogue. Que se estrelle ahora contra los barrotes de la jaula, porque cuanto antes lo haga, antes se dará cuenta de que no escapará jamás.

Si fuera un hombre, ya estaría a dos metros bajo tierra, y nosotros estaríamos planeando nuestra estrategia para enfrentarnos a los LSD. Pero no es un hombre.

Joder, claro que *no es un hombre.*

Atiendo la llamada en la mesa de la cocina; tengo el iPad configurado con la pantalla partida: a la izquierda, la figura durmiente de Isabella; a la derecha, mis hermanos.

—Buenos días —les digo mientras pongo en marcha la cafetera.

—Vaya, buenos días, rayito de sol —dice Aleks con una sonrisita—. ¿Qué tal *tu* noche?

Resoplo y cojo una taza. Me pregunto si tomará café y, en caso afirmativo, cómo se lo toma. Pongo mi taza en su sitio y pulso el botón; el intenso y delicioso aroma del expreso caliente inunda la habitación. Me giro para mirar a la cámara. —Agotadora —le digo con sinceridad—. Pero no puedo decir que sea el peor trabajo que he tenido nunca.

Mikhail sonríe con seriedad. —¿Te reveló algo cuando la interrogaste?

Caliento leche y frunzo el ceño, pensativo. Pulso el botón de espumar y observo cómo se bate la leche. —Más de lo que ella cree —digo, encogiéndome de hombros. Vierto la espuma en mi taza, me doy la vuelta y vuelvo a sentarme a la mesa. Miro la pantalla antes de dar más detalles. Ella se da la vuelta en sueños, quizás a punto de despertarse. La manta ha caído a un lado, dejando al descubierto su cuerpo perfecto. Empieza a estirarse.

—¿Nos lo vas a contar? —dice Viktor con voz sombría, inclinándose hacia la pantalla con el ceño fruncido. Nunca le perdonará que se colara en su propiedad sin ser vista. Se lo toma como una amenaza personal contra su mujer.

Y no se equivoca.

—Sí. La estoy vigilando en otra pantalla. Bueno, pues no lleva ningún dispositivo de seguimiento encima. Está sola de verdad, lo que ya es revelador de por sí. No sé nada más sobre por qué está aquí.

Mikhail mira fijamente a la cámara que tiene delante. —¿De verdad la has interrogado, hermano? Sé que es más difícil al ser una mujer.

Tomo un sorbo de la taza antes de responder. Asiento. —Sí. Podría haber continuado, pero estaba agotada y exhausta. Y yo también. Ha sido un día jodidamente largo. Además, casi se escapa.

Mikhail se ríe entre dientes. —¿Y qué tal le salió?

Me encojo de hombros. —No llegó muy lejos.

—He descubierto algunas cosas —dice Aleks, mirando su tableta—. Y corroboran lo que dices, Lev.

—Adelante —digo, recostándome en la silla, con la mirada fija en Aleks.

Él levanta la vista de su tableta. —El hermano de Isabella ha estado haciendo algunos movimientos. Sus alianzas están cambiando y ha

roto relaciones muy importantes. Parece que se está preparando para algo gordo.

Me tenso y aprieto la taza con más fuerza. —¿Cómo qué?

Aleks teclea un par de veces en su tableta y muestra una serie de documentos y fotos. —Ha estado en contacto con algunos de nuestros antiguos enemigos. Se habla de una especie de cambio sísmico de poder; obviamente, tiene que ver con desmantelar lo que hemos construido aquí en The Cove.

Mikhail maldice. Cuando asumió el cargo de *pakhan* tras la muerte de mi padre, su primer plan fue destruir a nuestros mayores adversarios. Sin embargo, fue como arrancar las putas malas hierbas de un jardín. En cuanto eliminábamos la amenaza del más grande, aparecían otros más pequeños y resistentes. Nadie quiere vernos fortalecernos, pero con cada año que pasa, eso es exactamente lo que hemos hecho.

Hemos aprendido a esperar desafíos. Pero los LSD pueden ser el reto más importante al que nos hemos enfrentado.

La expresión de Mikhail se vuelve seria. —¿E Isabella? ¿Cómo encaja en todo esto?

Aleks se encoge de hombros. —No lo sé. Quizás su hermano la esté usando para que sea los ojos y los oídos del cártel. O tal vez esté más implicada en sus operaciones de lo que pensábamos en un principio.

Niego con la cabeza. Por alguna razón, no creo que eso sea cierto. Isabella no es el tipo de persona que se deja utilizar por ningún hombre, y no puede disimular el odio puro que siente por su hermano. Aleks continúa. —Quizás su presencia aquí no sea una coincidencia. A lo mejor la enviaron para recopilar información, para encontrar nuestros puntos débiles.

—No... no creo que sea eso. De todos modos, sigue siendo una amenaza para nosotros, pero aún no he llegado a saber *por qué*. Me

jugaría la vida a que no trabaja para su hermano. ¿Habéis descubierto algo más?

—Sí —continúa Aleks—. Bueno, en realidad ha sido Aria. —Aria, la mujer de Mikhail, es aún más hábil que Aleks y a menudo encuentra capas ocultas de información que nos dan una visión más amplia y completa del mundo que nos rodea y de las amenazas que acechan en él—. Ha indagado a fondo en su pasado. Puede que tengas razón, Lev, porque parece que no ha sido del todo leal a su familia. Hay rumores de que ha saboteado sus operaciones. Cosas como liberar a cautivos, especialmente a mujeres que iban a ser vendidas. Ir en contra de órdenes directas, etcétera.

—Joder —mascullo—. Seguro que a su hermano le encantó eso.

—Sí —dice Aleks—. Hay un registro aquí de una visita a urgencias del año pasado. Parece que tenía un brazo roto y un ojo morado. La visión se me tiñe de rojo y la taza cae con estrépito sobre la mesa. Solo un puto cobarde le levanta la mano así a una mujer. Un puto cobarde.

—Tranquilo —dice Mikhail—. Piénsalo. ¿Qué haríamos si Polina saboteara nuestros planes?

—Joder, ya lo *ha* hecho —digo, negando con la cabeza—. La inclinación de mi hermana por ser compasiva y justa la ha metido en un montón de líos. —No le pegarías, Mikhail.

—Claro que no —responde.

—¿Entonces qué estás diciendo? —le espeto.

Viktor gruñe y las cejas de Aleks se le disparan hasta la raíz del pelo. Mikhail se aclara la garganta. —Cuidado, Lev.

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente.

—Lo que digo es esto: no vas a perder los estribos con su hermano por una especie de caballerosidad fuera de lugar. —Se inclina hacia delante—. ¿Ha quedado claro?

Estoy temblando por el esfuerzo de contenerme. No saben cómo es ella. Nunca he visto a una mujer tan tenaz y jodidamente brillante como Isabella Morales. Si un capullo de mente estrecha y polla pequeña cree que pegarle es la forma de conseguir que obedezca, ten por seguro que *no* lo voy a olvidar.

Suelto el aire.

—Lev —dice en tono de advertencia. Pero ya no puede intimidarme como antes. Cuando era joven y salvaje, antes de sentar la cabeza y de ser admitido oficialmente en la Bratva Romanov, mis hermanos mayores ejercían de guardianes. Me mantenían a raya, me hacían obedecer las normas y me enseñaron disciplina y respeto, y, como adulto, se lo agradezco.

Pero a veces se olvidan de que ya no soy aquel niñato jodidamente rebelde e impredecible.

Aun así, Mikhail es mi *pakhan*, y le debo lealtad y respeto. Sé que es así.

Asiento. —Sí. Entendido. Isabella es un comodín.

—Exacto —dice Aleks—. Lo que la hace tan peligrosa como muy valiosa. —Deja la tableta en la mesa—. Tenemos que decidir cómo manejarla. Si su hermano se entera de que está aquí, las cosas podrían agravarse rápidamente.

—No es una cuestión de si se enterará —dice Ollie en voz baja—, sino de cuándo. Casi me había olvidado de que estaba ahí.

Asiento. Tiene razón. Tomo otro sorbo de expreso, con la mente a toda velocidad. Su feroz resistencia, sus habilidades y ahora esta nueva información dibujan un panorama interesante, aunque complejo. No es un simple peón. Mis sospechas sobre ella son correctas: tiene su propia agenda.

—Voy a vigilarla de cerca —digo, decidido—. No os equivoquéis. Si intenta traicionarnos, descubrirá lo que pasa cuando te cruzas con la

Bratva.

Mikhail asiente. —Bien.

No permitiré que nada ponga en peligro a mi familia, ni siquiera la mujer más hermosa que he visto en mi vida.

Vuelvo a mirar la pantalla donde yace Isabella y levanto la taza. Parpadeo. Miro con más atención. *Mierda.*

Se ha largado, joder.

—Hijo de puta —mascullo—. Ahora vuelvo. La alarma que indica que ha cruzado el límite de mi propiedad resuena. Uno de mis hermanos se ríe entre dientes y otro suelta una maldición en ruso.

Pulso en la grabación de vigilancia y veo claramente por dónde ha escapado. Es una ratoncilla escurridiza que se mueve con facilidad de un lugar a otro sin ser detectada. *Joder.* ¿Cómo voy a mantener a esta mujer a raya?

Me obligo a mantener la calma mientras veo la grabación para ver cómo escapó y cómo llegaré hasta ella. Se mueve en silencio por mi casa, usando su habilidad para forzar cerraduras para sortear varias puertas. Sus movimientos son precisos y calculados, y hay una pequeña sonrisa en sus labios y un brillo en sus ojos que me dice que se lo está pasando en grande.

Jodida mocosa. Ya nos ocuparemos de eso más tarde. Está a unos pasos del patio sin escapatoria posible. Activará las luces de seguridad y alertará a los guardias.

Tendré que encontrar otra manera de mantenerla encadenada.

Salgo corriendo y la alcanzo justo cuando suena la segunda alarma. Se gira bruscamente hacia mí, con los ojos momentáneamente muy abiertos.

—Joder —masculla.

Camino hacia ella, con pasos deliberados y medidos, flanqueado por mis hombres.

—No tienes ni idea de las ganas que tengo de tumbarte sobre mis rodillas y azotarte ese culo hasta que grites pidiendo clemencia —mascullo cuando llego a su lado. Con destreza, le cojo las muñecas, se las sujeto a los costados y me la echo al hombro—. Si no fuera porque te gusta, joder.

—¿Ah, sí? —dice en tono burlón. Para ella esto es un juego, un puto *juego*, como si no hubiera vidas y reinos enteros en la balanza. Mi determinación se quiebra y le doy un azote en su perfecto y terso culo. —Mmm —canturrea—. Hazlo otra vez, por favor.

Cierro la mano en un puño, deseando volver a azotarla, pero no si me lo está pidiendo.

—No sabes cuándo rendirte, ¿verdad?

Ella suspira. —Nunca dejaré de intentar escapar. No podrás retenerme aquí para siempre. Lo sabes.

—Como si tu hermano fuera a venir a rescatarte. No lo creo. —Estamos a unos pasos de la casa. Puede que haya intentado escapar dos veces, pero no ha llegado muy lejos. Investigamos tu pasado. Sabemos cuál es tu situación con él.

Subo los escalones hacia mi puerta trasera.

Lucho contra un creciente respeto y una reticente admiración por su espíritu. Sin embargo, no puedo permitirme mostrar debilidad.

—¿Ah, sí? ¿Crees que ya lo sabes todo?

Le aprieto el culo con la mano, recordando cómo casi cedió cuando la excité. Quizá *esa* sea mi clave.

La azoto de nuevo, esta vez más suave, antes de pasarle la palma de la mano por el culo. —Todavía no, pero lo sabré. Lo que sí sé es esto.

—¿Mmm? —dice con voz baja y seductora. No sabía que una mujer pudiera coquetear mientras está echada sobre mi hombro, pero ella lo hace a la perfección—. ¿El qué, guapo?

La bajo de mi hombro y la deslizo a lo largo de mi cuerpo. Se me endurece la polla. La atraigo hacia mí y le sujeto la barbilla con firmeza. —Hay otras maneras de mantenerte atada a mí.

Parpadea, confundida. No me molesto en explicarle nada, sino que la cojo de la mano y vuelvo a la cocina, donde mis hermanos siguen esperando, charlando entre ellos. Me siento y la mantengo frente a mí, agarrándole la muñeca con firmeza, inamovible.

—Ah, la has encontrado —dice Mikhail—. Bien hecho. —Chasquea la lengua—. Está jugando con fuego, Isabella.

—¿Y qué? —dice con altanería—. Es la mejor clase de juego que hay, *pakhan*.

Reprimo una sonrisa. Esta chica tiene un par de ovarios de la hostia.

Viktor suelta un largo suspiro de resignación. —Mi mujer estaría de acuerdo.

Mujer.

Sí.

Mujer.

Mikhail me mira, como si se hubiera dado cuenta al mismo tiempo que yo. —¿Te está costando mantenerla a raya, Lev?

Asiento con la cabeza mientras una sonrisa maliciosa se extiende por mi cara. —Sí y no. Podría encadenarla a la cama. Podría mantenerla colgada en mi sótano. La verdad es que sería una vista excelente mientras entreno.

Isabella pone los ojos en blanco, pero está tensa.

—Necesito una forma de atarla a mí permanentemente.

—Sí —dice Mikhail, asintiendo, mientras los demás se enderezan, con nuestro siguiente movimiento claro—, hay otras formas más efectivas de encadenarla a ti, ¿no es así? Ha llegado la hora, Lev.

Asiento. Los demás miembros de mi familia han cumplido con su deber.

Mikhail se casó con Aria cuando lo acababan de nombrar nuestro líder. Ella se había infiltrado en nuestras filas y necesitaba protección; la unión fue mutuamente beneficiosa. Aleks se casó con Harper en un matrimonio concertado entre dos familias. Nikko se casó con Vera, otro movimiento de poder estratégico para alinear a ambas familias, y el matrimonio de Viktor con Lydia tuvo un impacto similar en nosotros.

Ninguna de las uniones que habíamos forzado, concertado o impuesto de cualquier otra manera fue por amor, sino por necesidad. Cada matrimonio fortaleció a nuestra familia y profundizó nuestras raíces aquí en The Cove. Cada niño que nuestra familia acogió se convirtió en un hilo en el intrincado tapiz de nuestro legado, uniéndonos y consolidando nuestro reinado.

Es mi turno.

Los métodos convencionales no van a mantener a Isabella atada a mí. Necesito algo permanente. Y si la conozco bien y conozco su dedicación a la vida mafiosa, la mejor manera de asegurarlo es hacerla mía, le guste o no.

—Estás pensando lo mismo que yo —dice Mikhail, con la mirada fija en la mía.

Asiento y le aprieto la muñeca con más fuerza. —Por supuesto. Votos. Matrimonio. —Le pongo la boca en la oreja—. Cogerá mi apellido y la dejaré preñada.

Isabella se queda quieta. Un murmullo sordo recorre a mis hermanos.

—Sí —dice Mikhail—. La mayoría de nosotros hemos dado este paso. Enfurecerá sobremanera a Morales, y no podrá hacer nada al respecto.

Finjo pensármelo. —Estoy de acuerdo.

La mirada de Isabella se vuelve maliciosa y calculadora. Me dedica una sonrisa de suficiencia, con la furia reflejada en su mirada. Intenta fingir que está por encima de querer asesinarme. —De verdad, de verdad necesito hablar con tu hermana.

—De verdad, de verdad que no.

Algo dentro de mí se estremece al tenerla atada a mí de una forma que no puede controlar. Aunque «amar, honrar y obedecer» es ridículo con una mujer como ella, pero estará unida a mí de una manera que ni siquiera ella, con todas sus habilidades, podrá frustrar.

Mi tono es frío y calculado cuando vuelvo a mirar a la pantalla. —No me ha dejado otra opción. Como no puedo controlarla a través del miedo, tendré que atarla a mí con algo más fuerte.

Isabella parece atónita por mis palabras. Podría ser la primera vez que la sorprendo de verdad. Entrecierra los ojos y aprieta sus pequeños pero firmes puños.

—Si crees que obligarme a casarme contigo me hará obedecerte, estás delirando, joder.

Viktor chasquea la lengua. Aleks resopla. Mikhail, sin embargo, sonríe. —No tengo ninguna duda de tu excepcional capacidad para hacer que esto funcione, Lev. Tengo plena fe en ti.

Me levanto, le suelto la muñeca y la atraigo hacia mi pecho. Intenta apartarse, liberarse del fuerte agarre que tengo sobre ella, pero no se lo permito. Lucha con fiereza. Su desesperación es evidente.

—Prepara la ceremonia —le digo a Mikhail—. Quiero que esto ocurra lo antes posible.

Isabella grita, pataleando y forcejeando, pero no puede escapar. —¡No puedes hacer esto! ¡Nunca seré tuya por voluntad propia!

Es interesante que no diga nada sobre su hermano. Me inclino hacia la pantalla. —¿Puedes encargarte de eso, Mikhail?

Él asiente. —Por supuesto. Dalo por hecho. Llévala al cuartel general de la familia.

—Bien. Voy a desconectar para poder ayudar a mi prometida a... *prepararse.*

Cierro la llamada y aparto el iPad de un empujón.

La giro para que me mire a la cara. Mi voz es baja y amenazante cuando le agarro la mandíbula como un tornillo de banco y la obligo a mirarme a los ojos. —Sabes que tengo derecho a matarte. Pero sería una forma terrible de arruinar los beneficios potenciales que nuestro matrimonio podría traer a mi familia.

Sus hermosos ojos se abren de par en par, pero aprieta los labios y se niega a responder. —No necesito tu voluntad, preciosa. Necesito que me obedezcas.

—¡Obligarme a casarme contigo no cambia nada! —Intenta apartarse, pero no puede—. Tampoco llamarme preciosa.

Sin embargo, esa protesta es más débil. Mucho más débil.

Aflojo mi agarre y deslizo la mano por su cuello. Su pulso se acelera bajo mis dedos, una señal tangible de su miedo y su desafío.

—Ahí es donde te equivocas. Un matrimonio entre un Romanov y un Morales lo cambia *todo.*

En un movimiento rápido, la pongo delante de mí. Grita, revolviéndose y luchando con todas sus fuerzas, pero apenas noto sus esfuerzos. Mi agarre se tensa. Espero que sepa lo inútil que es luchar contra mí.

—Lo dices como si ni siquiera fuéramos individuos. Como si *yo* no fuera Isabella y *tú* no fueras Lev. —Se le quiebra la voz—. Como si nuestras identidades no tuvieran sentido y el fin justificara los medios.

Resoplo y niego con la cabeza. —No lo entiendes, Isabella. Pero lo harás. Quién eres tú, quién soy yo, eso no importa en el gran esquema de las cosas. Nada de eso importa. —Aprieto los dientes—. Y cuanto antes dejes de luchar contra lo inevitable, mejor te irá.

Sus ojos se encuentran con los míos, una mezcla de furia y algo más arremolinándose en sus profundidades. ¿Comprensión? ¿Resignación? Me inclino, mis labios rozando su oreja mientras le murmuro: —Ambos sabemos lo que tenemos que hacer ahora. —Esta unión forzada encenderá una cadena de acontecimientos que casi escapará a nuestro control.

Suelta un suspiro entrecortado, como si entendiera la gravedad de nuestra situación. —Ahora estamos juntos en esto, te guste o no —digo, con la voz más suave, pero no por ello menos firme—. Siento cómo una lenta sonrisa se me dibuja en los labios. Estar casada conmigo *la* obligará a estar encadenada a mí... y a mucho más. —Podemos luchar contra ello... —le rozo la mejilla con los labios—. O aceptarlo. Hacerlo nuestro.

No sé por qué siento la necesidad de tenderle una rama de olivo. Joder, sabe Dios que no se lo merece.

Deja de forcejear, con el cuerpo tenso contra el mío, y, por primera vez, siento una pizca de algo parecido a la sumisión.

—Cuido *muy* bien de lo que me pertenece —digo en voz baja antes de apartarme—. Vamos a prepararte. Tampoco te mantendré cautiva. Puedes moverte con total libertad por la casa. —La suelto y me dirijo hacia la puerta, deteniéndome justo antes de salir. Una fugaz mirada de esperanza desesperada cruza su perfecto rostro—. Adelante, inténtalo cuanto quieras, Isabella. No hay escapatoria. Te

cogeré. Te daré caza. Y te arrastraré de vuelta al lugar al que ahora perteneces.

Le dedico una última y prolongada mirada, dejando la puerta abierta a propósito al salir. Quiero que sepa que la libertad es una ilusión; que los verdaderos lazos que nos unen son inevitables.

Joder, qué ganas tengo de verla con un vestido de novia.

Llevando mi anillo.

Pronunciando los votos.

Engendrando a mi hijo.

Cuanto más lo pienso, más me empalmo.

No sé por qué no se me ha ocurrido antes.

CAPÍTULO 9

ISABELLA

Miro fijamente la puerta abierta.

Miro fijamente su espalda mientras se aleja.

Se me encoge el estómago. Los acontecimientos de los últimos días se han ido completamente de las manos. Ya casi no sé ni lo que quiero.

Pero sé quién soy. Puede decir lo que quiera. Puede obligarme a tomar su apellido, y lo hará. Pero soy Isabella Morales y *siempre* seré Isabella Morales.

Y nunca, jamás, por muy impotente y hundida que estuviera, he dejado que mis circunstancias dictaran mi futuro. Puede que haya nacido en una familia que me valoraba como a una ciudadana de segunda, i*pero eso no lo convierte en realidad!*

Bien. Lev Romanov va a casarse conmigo. Le doy vueltas a las posibilidades en mi mente y lo analizo todo.

Sí. Sí, puedo usar esto en mi propio beneficio, *y lo haré*.

La tensión todavía flota en la cocina cuando me duele la barriga por una razón completamente distinta. Me *muero de hambre*.

Bueno, pues nada. Ponte cómoda, ha dicho él.

Encantada.

Lev cuida su cuerpo como si fuera un deportivo de alta gama. Pues ¿adivina qué? Yo también.

Abro la nevera y no me sorprende en absoluto encontrarla bien surtida e impecablemente limpia. Excelente. Alguien está contando sus macros... tenemos al menos una cosa en común. No es que él cocine... Parece que la mayoría de las cosas en su nevera son comidas precocinadas de algún tipo de servicio de reparto a domicilio.

Cojo un plátano y un yogur antes de ir al gimnasio del sótano.

Necesitaré energía para el día que me espera.

Miro a mi alrededor en la cocina. ¿Será esta *mi* cocina? ¿Viviremos aquí?

En ese caso, podría gustarme. No le vendría mal un poco de color, quizá algo de verde o algunas plantas y, definitivamente, más tazas de café, pero es una cocina grande, de concepto abierto y con electrodomésticos de alta gama.

Me preparo una taza de café solo y bien cargado y me la bebo despacio mientras considero las posibilidades.

He luchado contra él. Y seguiré luchando. Pero no se equivoca. Que nos casemos podría ser excepcionalmente ventajoso. Dice que quiere hacerlo para mantenerme encadenada a él o lo que sea, pero hacen falta dos para bailar un tango, y yo *no* pienso rendirme sin más. Ni de coña.

Esta podría ser la forma perfecta de neutralizar a mi hermano. Una vez que me siente en el trono de Los Sangre Dorada como la esposa

de Lev *Romanov*... ¡*Joder*, rodarán cabezas! Él puede ser el puto rey todo lo que quiera mientras *yo* reine como *reina*.

Encuentro un único conjunto de ropa en una habitación de invitados que me servirá para entrenar. La tensión de antes todavía flota en el aire mientras me dirijo al gimnasio.

De verdad que necesito entrenar. Necesito despejar la mente, y el ejercicio siempre ha sido mi forma de concentrarme. También necesito mantenerme fuerte.

Sus guardias entran, como si supieran que no deben subestimarme.

El gimnasio es espacioso y está bien equipado, un testimonio de la dedicación de Lev a su propio entrenamiento. Tengo una fugaz visión de nosotros dos entrenando juntos y la reprimo rápidamente.

No es mi amigo.

Pero podría serlo. Podríamos gobernar juntos.

Cada vez que contemplo la idea, me pregunto si estoy más loca de lo que pensaba. Aun así...

Echo un vistazo rápido a mi alrededor y me dirijo directamente al saco de boxeo, vendándome las manos con la soltura que da la práctica de alguien que ha pasado innumerables horas entrenando. Cada puñetazo impacta con un golpe seco y satisfactorio, un ritmo que calma mi mente inquieta. Joder, qué bien sienta romper a sudar.

Tengo los nudillos dormidos, me duelen las manos, pero me da igual.

—Carlos, por ser un gilipollas machista y hacerle daño a mi mejor amiga —mascullo.

PUM.

—Mi padre, por pensar que podía enseñarme a ser un robot sin cerebro y por pegarle a mi madre.

PUM.

—Javier, por no tener ni una pizca de decencia humana. Podría enumerar una letanía de acusaciones contra él, pero en su lugar dejo que mis puños hagan el trabajo.

PUM. PUM. PUM.

Entrecierro los ojos mirando el saco. —Por Lev, por tener el descaro de estar tan jodidamente bueno y ser un completo gilipollas.

Golpeo el saco una y otra vez, perdiéndome en la repetición hasta que el sudor me nubla la vista y jadeo en busca de aire.

—Vaya —dice una voz grave y divertida a mi espalda—. No sé si debería besarte o azotarte sobre mi rodilla.

Me giro en redondo y veo a Lev de pie en la entrada, observándome. Su mirada es intensa, una mezcla de curiosidad y algo más que no logro descifrar del todo. La comisura de sus labios se eleva y sus ojos me recorren con pereza. Me sorprende ver cómo traga saliva con fuerza, su nuez subiendo y bajando, como si le estuviera afectando. Estoy cubierta de sudor, la camiseta corta me deja el vientre al descubierto. El pelo se me pega a la frente y al cuello, y estos guantes de boxeo son el doble de grandes que mis manos. He tenido días mejores.

Bueno, dos pueden jugar a este juego.

Besarte o azotarte sobre mi rodilla.

Me lamo los labios. No ayuda el hecho de que la sangre me bombea por las venas y que ya sé lo que puede hacer con esa boca. Solo puedo imaginar lo que se sentiría sobre su regazo. Yo patearía y gritaría y lucharía contra él, y él me dominaría.

Y joder, me encantaría.

Ahora que he decidido que voy a aceptar esto y a sacarle el mejor partido, me estoy dando permiso para apreciar de verdad el lado

bueno de la situación. El tío está buenísimo.

Las mujeres siempre hablan de los brazos de los hombres, o de sus espaldas, o de lo buenos que están cuando se quitan la camiseta. Pero ¿yo? Joder, a mí dame un hombre con *hombros*. Hombros en los que pueda anclarme cuando me embista o morder cuando me abra paso para ponerme encima.

Ahora es mi turno de tragar saliva y recorr*erlo* a *él* con la mirada. Dios, la gente subestima el efecto de una simple camiseta blanca ajustada sobre unos hombros bien definidos, unos bíceps esculpidos y unos abdominales marcados.

Grrr.

Aun así, probablemente no debería dejar que se me acercara sigilosamente de esa manera.

—¿No tienes nada mejor que hacer que mirarme? —le suelto, actuando como si su intromisión me molestara un poco.

Se acerca; sus movimientos son tranquilos y deliberados. —¿No sabía que eras tan habilidosa?

Pongo los ojos en blanco y me vuelvo hacia el saco de boxeo. ¿Acaso llama él habilidad a reventar un saco de boxeo a golpes? —Sí, cariño, hay muchas cosas que no sabes de mí.

No se va; en su lugar, se acerca a un banco de pesas cercano. Por el rabillo del ojo, lo veo colocar varios discos en una barra que probablemente pesan lo mismo que yo. Vaya, qué sorpresa.

Por un momento, entrenamos en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. A mi pesar, no puedo evitar mirarlo. Sus movimientos son fluidos y precisos, su técnica es de manual, un testimonio de su propio entrenamiento y disciplina. Es jodidamente disciplinado, y eso, para una mujer como yo, me pone bastante.

Al cabo de un rato, me detengo y me seco el sudor de la frente. —¿Por qué estás aquí, Lev? ¿Intentas vigilarme?

Deja las pesas en el suelo y se seca las manos con una toalla. —No todo gira en torno a ti, preciosa. Me guiña un ojo.

¿Está... coqueteando?

—Estoy aquí por la misma razón que tú. O quizá solo necesitaba una distracción.

Entrecierro los ojos, escéptica. —¿De qué?

Duda y luego me mira, con una expresión inesperadamente sincera. Aparta la mirada y al principio no responde. Espero. Finalmente, se encoge de hombros. —De todo. Vuelve a levantar la barra.

No sé por qué, pero su sinceridad me pilla con la guardia baja. Por un instante, veo al hombre que hay detrás de esa fachada despiadada y el peso de sus cargas. Es un atisbo fugaz, pero suficiente para remover algo dentro de mí.

—No eres el único que tiene cargas —digo en voz baja—. Todos libramos nuestras propias batallas.

Asiente como si reconociera mis palabras. —Lo sé. Y a veces, es más fácil olvidarlas durante un tiempo.

Nos sumimos en un silencio cómodo. La tensión se disipa como una tormenta que pasa. Empiezo a comprender que, bajo nuestra animosidad mutua, tenemos algunas cosas en común: dolor, responsabilidad y el instinto de supervivencia.

Hoy toca core, pero ¿quién lleva la cuenta? Tengo agujetas, pero eso no me impide hacer planchas y abdominales con ganas. No hablamos.

Finalmente, me apetece una ducha y un desayuno en condiciones, así que me dirijo a la puerta.

Cuando me dispongo a salir, Lev me llama: —Isabella.

Me doy la vuelta, esperando.

—No estás sola en esto —dice, con la voz más suave que le he oído nunca—. Recuérdalo.

No respondo, pero sus palabras resuenan en mi cabeza mientras me alejo. Por primera vez, me pregunto si habrá una forma de salir de este lío en la que podamos encontrar una pizca de entendimiento. Una especie de tregua.

Joder, es que nos vamos a casar.

—Necesito ropa. Y... cosas —le digo.

—Haz una lista —dice, entre un curl de bíceps y otro. Observo el brillo del sudor en su frente y los músculos esculpidos de sus brazos. Trago saliva.

—¿Y luego qué?

—Me encargaré yo.

Frunzo el ceño. —¿Cuánto tiempo vas a tratarme como a tu prisionera? ¿Incluso si me caso contigo?

Deja caer la pesa al suelo y se yergue en toda su estatura, con las manos en jarras. —Todo el puto tiempo que haga falta. Para siempre si es necesario.

Reprimo un gruñido.

Levanta una cantidad de peso ridícula y empieza a hacer press de banca.

Fanfarrón.

Empieza a levantar pesas. Necesito encontrar algo que lo distraiga.

Oooh. Glúteos.

Me coloco delante de él, sintiendo el peso de su mirada mientras cojo una barra. Con una lentitud deliberada, la coloco sobre mis hombros. Le echo un vistazo para asegurarme de que tengo toda su

atención y luego me concentro en el espejo que tengo delante. Me aseguro de captar su mirada en el espejo mientras desciendo en una sentadilla profunda, con una forma perfecta y movimientos controlados. Me levanto, los músculos de mis piernas y glúteos se tensan con el esfuerzo, sabiendo que no puede apartar la vista.

Repito el movimiento; cada sentadilla es una mezcla de seducción controlada. Su atención se desvía por completo de su ejercicio para observarme, y una sonrisa se dibuja en la comisura de sus labios. Añado un pequeño contoneo extra a mis caderas al subir de cada sentadilla, sin apartar mis ojos de los suyos. La tensión en la sala se vuelve más densa, cargada.

Su reacción es inmediata e intensa. Se detiene a mitad de levantamiento, las pesas suspendidas en el aire mientras lucha por mantener la concentración.

—No sabía que fueras tan habilidosa —le provoco.

Sus ojos se clavan en mí, y un destello de diversión y admiración brilla en su mirada. Niega con la cabeza. —No me lo estás poniendo fácil —masculla, el grave gruñido de su voz se oye en el silencio de la sala. Observo cómo deposita las pesas con un clic controlado, sin romper nunca el contacto visual.

—¿El qué? —pregunto con falsa inocencia—. Estoy entrenando. No es culpa mía que tengas la mente en las nubes.

Se reclina en el banco, cruzando los brazos sobre el pecho, y me observa abiertamente, con la mirada cada vez más oscura con cada sentadilla que hago.

¿No hace más calor aquí?

—Una técnica impresionante —dice finalmente, con la voz teñida de desafío—. ¿Pero puedes mantenerla?

Sus palabras suenan a reto. Sé tan bien como él que no está hablando de sentadillas.

No puedo apartar la mirada, y él tampoco.

Mis labios se curvan en una sonrisa juguetona mientras hago otra sentadilla, manteniendo la posición un segundo más, solo para provocarlo. Me levanto lentamente, mis movimientos fluidos y deliberados. Cuando se me acerca, hay un destello de desafío en sus ojos. Se coloca detrás de mí, coge unos cuantos discos más y los añade a la barra, con movimientos deliberados y calculados. Enarco una ceja.

Esto no va de pesas, y ambos lo sabemos.

—¿Crees que no puedo con eso? —le provoco. He elegido pesas más ligeras de lo normal solo para poder picarle. Tampoco quería que supiera cuánto peso soy capaz de levantar.

—Averigüémoslo —dice, reclinándose de nuevo contra la pared y volviendo a cruzar los brazos.

Niego con la cabeza y empiezo otra sentadilla. Pesa *mucho*. Consigo hacer las primeras repeticiones con facilidad, pero me estoy cansando.

Sin decir palabra, coge dos discos más.

—Sigue —ordena, con los ojos clavados en mí—. A ver qué tienes.

Capullo.

Hago otra sentadilla, esforzándome. De nuevo, consigo bajar y, con esfuerzo, llego hasta arriba, solo para encontrarlo esperándome con dos discos más.

—¿Qué coño haces?

—Dijiste que podías con ello. Demuéstramelo.

Hago otra sentadilla y luego otra. No puedo respirar. Me tiemblan las piernas.

No voy a dejar que gane.

Subo de golpe con una descarga de adrenalina, la furia recorriéndome las venas. Me quito la barra de los hombros y, antes de que pueda lanzarle la maldita cosa, la sujeta con una mano y la levanta sin esfuerzo. Se aparta de mí y la arroja lejos, donde se estrella contra el suelo y sale rodando, mientras los discos giran como muelles tensos que se desenroscan.

Antes de que pueda reaccionar, se vuelve hacia mí con los ojos encendidos. Avanza con una gracia depredadora. Retrocedo, pero he esperado demasiado. Es demasiado rápido. Forcejeo, pero estoy agotada por el entrenamiento y mi tiempo de reacción es más lento. En segundos, me tiene inmovilizada en el suelo.

—Con las pesas no se jode.

—¡Has empezado tú!

Joder, ¿qué tengo, doce años?

—¿Crees que puedes hacer lo que te da la gana? —gruñe, con su voz resonando como un murmullo grave en mi oído—. ¿Crees que puedes provocarme, entrenar medio desnuda y esperar que te quite las manos de encima?

Abro la boca, sin saber qué responder. Por supuesto que creía que podía provocarle. Creía que podía entrenar medio desnuda. No estoy segura de si alguna vez di por sentado que me quitaría las manos de encima...

Me da la vuelta con facilidad y su mano se estrella contra mi culo. El escozor es inmediato y me estremezco. Un calor abrasador me recorre por dentro.

—Necesitas aprender algo de disciplina —murmura en un tono oscuro. Soy totalmente consciente de lo excitado que está. De lo excitada que estoy *yo*. Dios mío, estoy que ardo. Me azota otra vez; cada golpe es lo bastante seco como para hacer que mi clítoris palpite, pero solo lo justo para que el dolor no eclipse la deliciosa excitación que me recorre. Estoy sin aliento y temblando.

Me gira de nuevo y me ahueca la barbilla, inclinándome la cara para que mi mirada se encuentre con la suya. La intensidad de sus ojos me provoca un escalofrío por la espalda. Estoy que *ardo*. Toco un lado de su cara, la palma de mi mano se encuentra con su barba incipiente y él se inclina, reclamando mi boca con un beso castigador que no deja lugar a dudas. Lev Romanov me desea, y le tengo pillado el puto punto.

Nuestras lenguas se enredan y nuestros alientos se mezclan. Sabe a menta y a vodka. Quiero más. Mis manos se abren paso hasta su pelo y tiro de él para acercarlo mientras profundiza el beso. Mi cuerpo se arquea bajo el suyo y una mano grande y cálida me rodea la parte baja de la espalda y me sujeta contra él. La longitud de su erección presiona contra mi vientre.

Cuando rompe el beso, su respiración es agitada. Reprimo un gemido. Quiero que vuelva.

—Me vuelves loco —masculla.

—Bien —mi propia voz tiembla—. Me gusta mantenerte en vilo.

Con un gruñido, vuelve a reclamar mis labios. Nuestros cuerpos se amoldan. Soy vagamente consciente de que aparta la fina capa de tela que hay entre nosotros y busca mi coño. Le muerdo el labio cuando me acaricia el clítoris, lo que me vale un fuerte pellizco.

—¡Joder! —Mis caderas se sacuden.

—Compórtate —gruñe.

—Nunca.

Eso me vale un pellizco en el pezón, el muy capullo. Me duele el clítoris. Sus manos recorren mi cuerpo, su tacto es posesivo y resuelto. Me estremezco cuando sus dedos trazan el contorno de mi cintura y la curva de mi cadera antes de deslizarse bajo mi camiseta. Suelto un jadeo cuando su palma sube. Nunca en mi vida he

deseado tanto que me tocaran los pechos. Su pulgar roza mi pezón, arrancándome un gemido.

—Ahora eres mía —susurra contra mi boca.

—¿Es una promesa o una amenaza? —no reconozco mi propia voz—. Demuéstramelo.

Vuelve a capturar mis labios. Su mano deja mi pecho y desciende por mi estómago antes de engancharse en la cinturilla de mis leggings. —Mmm... —gimo, ansiosa por más. Dios mío, qué bien sienta. Jadeo, con las uñas clavadas en sus hombros mientras me acaricia con experta facilidad. Con cada caricia estoy al borde de la locura.

Baja más, su boca deja un rastro de fuego a su paso. Cuando llega al triángulo de mi sexo, me dedica una sonrisa maliciosa. Y con eso me remata. Puedo resistirme a muchas cosas, pero la sonrisa maliciosa de un dios del sexo listo para comerme el coño es mi kriptonita.

Asiento, suplicando sin palabras.

—Cuéntamelo todo —dice con voz melosa.

—Mmm... —me muero de ganas. No hay necesidad de contenerme con él. Vamos a aplastar a Javier y a tomar el control del cártel. Puede tener lo que quiera de mí. Solo que se lo daré a cucharaditas para mantener una apariencia de control.

—¿Qué quieres saber? —susurro. No espera más. Su boca desciende sobre mí, lamiendo, rodeando y volviéndome loca. Gimo y mis caderas se elevan para encontrar su boca.

—El próximo plan de Javier.

—No lo sé, pero puedo averiguarlo. Tengo fuentes. Gente dentro. Sé que tiene hombres en La Cala vigilándote. Saben dónde está tu cuartel general.

Me recompensa con otra deliciosa pasada de su lengua.

—Su lugarteniente principal. ¿Quién es?

—Carlos Cabrera —frunzo el ceño—. Eso deberías saberlo.

Me muerde el clítoris y grito: —¡Oye!

—Lo sé. Era una prueba. El siguiente al mando.

Le doy un manotazo en los hombros, pero él solo reacciona con otra lamida que hace que se me encojan los dedos de los pies.

—Háblame de Carlos —ordena.

—Es despiadado, leal a Javier, pero tiene debilidad por el dinero. Sobornarlo es una opción.

Otro remolino de su lengua me hace jadear. Enredo los dedos en su pelo.

—¿El escondite de Javier?

—Es un complejo en las colinas a las afueras de la ciudad, pero no lo encontrarás allí —consigo decir entre jadeos—. Es su piso franco y punto de encuentro. Muy vigilado. Aunque puedo conseguirte los planos.

—¿Rotaciones de seguridad?

—Mmm...

Me lame de nuevo. Joder, Lev me tiene calada. Puede intimidarme todo lo que quiera, pero la verdadera clave es usar el sexo como cebo.

Da igual.

Tararea aprobadoramente, enviando una sacudida de placer que me recorre. —¿Envíos? ¿Cuándo y dónde?

—Jueves alternos. A medianoche. Muelles de la zona sur. La semana que viene hay un nuevo envío: drogas, armas, de todo.

—Buena chica —dice con voz melosa. Ay, joder, cómo me gusta *eso*. Cuando vuelve a lamerme, casi veo las estrellas. Estoy a punto de correrme.

—¿El mayor punto débil de Javier?

Me muerdo el labio, intentando concentrarme con todas mis fuerzas a través del creciente aturdimiento. —La paranoia. Odia la traición. Amenaza a las familias de sus hombres. Si consigues poner en su contra a alguien cercano, lo desmantelarás todo.

Él sonríe. —Creo que ya lo he hecho.

—Puedes aferrarte a esa idea. Te la concedo —digo con magnanimidad—. Si me dejas correrme en tu boca ahora.

Su boca vuelve a su tarea.

Mi cuerpo tiembla y mis caderas se elevan mientras me lame hasta llevarme al orgasmo. Exploto de placer. El éxtasis inunda mis venas y grito su nombre mientras enredo los dedos en su pelo. Gimo, ahogándome en un placer que me recorre una y otra vez en oleadas de perfección hasta que me derrumbo en el suelo bajo él.

—Eres increíble —me susurra al oído—. Juntos acabaremos con él.

Se incorpora apoyándose en el codo. Me dedica una mirada larga y profunda. Se inclina y me roza la mejilla con un beso antes de levantarse y marcharse.

Me quedo mirándolo.

Diría que me ha utilizado, si no supiera de sobra que me he dejado por completo.

Abro la puerta de mis aposentos temporales, una habitación lujosa que con cada hora que pasa se parece más a una jaula de oro, y el

recuerdo persistente de lo que hemos hecho hace que me cueste caminar.

¿Qué. Acaba. De pasar?

CAPÍTULO 10

LEV

DEAMBULO por los pasillos en penumbra.

Me he duchado. He comido algo. He intentado dormir, pero solo podía pensar en Isabella, que dormía en la habitación al final del pasillo.

Pero mi mente no deja de darle vueltas a lo que ha pasado hoy.

A lo que pasará ahora.

Casarme con Isabella es una jugada estratégica, pero ella es mucho más de lo que esperaba.

La deseo. A ella entera. La imagen de ella corriéndose debajo de mí se me ha grabado a fuego en la memoria para siempre. La deseo con unas putas ganas terribles.

Todo en ella me persigue. Su rebeldía, su espíritu, su belleza.

Al pasar por el despacho, que tiene una biblioteca anexa, me doy cuenta de que una luz tenue se filtra por debajo de la puerta cerrada. Curioso, la abro con cuidado y me encuentro a Isabella

sentada en uno de los mullidos sillones, con un libro en las manos. Alza la vista, sobresaltada.

—¿No puedes dormir? —pregunto mientras entro en la habitación y cierro la puerta a mi espalda.

Se encoge de hombros, como si intentara parecer indiferente. —Es un sitio precioso, pero no deja de ser una prisión.

No puedo evitar sonreírle. —¡Qué dramática! Veo que ya te has puesto cómoda.

No lleva más que una camiseta blanca ancha y unas bragas.

Se encoge de hombros. —Es un talento especial que tengo. Su mirada se oscurece y baja hasta mi entrepierna. —¿Y tú? ¿Te has puesto *cómodo*?

Gruño y no respondo, lo que hace que se ría a carcajadas. No hay suficientes duchas en el mundo para erradicar las ansias que siento por ella.

Su sonrisa elocuente lo dice todo. Pequeña mocosa. —Tu colección de libros es impresionante.

Me acerco al carrito de las bebidas y me sirvo una copa. —¿Quieres una?

No duda. —Whisky, solo, por favor.

—Los libros ya estaban aquí cuando compré la casa. No los toco.

Excepto cuando sí lo hago, pero no puedo evitar contenerme, no contarle todo sobre mí.

Le doy el vaso y me siento frente a ella. Nuestras rodillas casi se tocan. Permanecemos en silencio durante varios minutos, con el peso de lo que está por venir flotando entre nosotros. Finalmente, rompo el silencio.

—No eres lo que esperaba —admito, encogiéndome de hombros mientras remuevo el líquido de mi vaso.

Ella enarca una ceja. —¿Ah, no? ¿Y qué esperabas?

—Una niña asustada. Alguien que se acobardaría y suplicaría clemencia, o alguien que llegaría con aires de superioridad y sed de sangre.

Ladea la cabeza. —Vaya. He sido demasiado buena.

Niego con la cabeza. —No, «buena» no es una palabra que usaría para describirte. Pero es mucho más fácil llevarse bien contigo de lo que esperaba.

Le da un sorbo a su bebida, pensativa, antes de responder. —Tenemos un enemigo común, Lev.

Doy un sorbo yo también. Lo tenemos.

—¿Y qué hay de ti? Sabes un montón de cosas sobre mí, y yo apenas sé nada de ti. ¿En qué tuviste que convertirte para sobrevivir en tu mundo? Tú tampoco eres lo que yo esperaba.

Eso me sorprende. Por alguna razón, no había considerado que ella tuviera ninguna expectativa sobre mí. —¿Qué esperabas?

—Pensaba que eras un adolescente rarito.

Me río a carcajadas. —Lo fui. Érase una vez.

Me dedica una sonrisa de aprobación. —Bueno, señor, puedo decir con certeza que esos días han pasado.

Mmm.

Me reclino, estudiándola. —La gente en mi mundo —*nuestro* mundo — no permanece inocente.

—No —dice con tristeza—. Tienes que morir o convertirte tú mismo en un monstruo.

Exacto.

—Sí.

Volvemos a quedarnos en silencio, ambos perdidos en nuestros pensamientos.

—El matrimonio no es solo una estrategia. —Me termino la bebida de un trago—. Es una forma de protegerte.

Sus ojos relampaguean. —No necesito a un hombre que me proteja. Sé cuidarme sola.

Joder. Ya empezamos otra vez. —Pero quizá no tengas por qué hacerlo. ¡Dios, mujer, ahora estamos juntos en esto!

Aprieta los puños y se da la vuelta.

Me pongo en pie de un salto. Se acabó la charla de enamorados. Vamos a casarnos, le guste o no. Me termino la bebida y miro por encima del hombro.

—Duerme un poco. Mañana nos vamos a la casa de mi familia.

Maldigo mientras me voy. Oigo cómo su vaso se hace añicos a mi espalda.

CAPÍTULO II

ISABELLA

Estoy sentada en esta... *prisión.* Una prisión bien decorada y muy cómoda, sí, pero sigue siendo una puta prisión.

La habitación en la casa de su familia es extravagante... por lo que he visto, al menos. También está impecablemente limpia. Mi mamá lo aprobaría, aunque nunca entendió el amor de los estadounidenses por los tonos neutros y el blanco. Pero, aunque esta habitación es preciosa, sigo sintiéndome como si estuviera enjaulada.

Prácticamente lo estoy.

Se aseguró de recordármelo antes de irse a ayudar con los preparativos o lo que sea, olvidando nuestra conversación anterior.

Durante todo el día, he oído a gente ir y venir al otro lado de mi puerta. Los hombres de Lev se mueven a toda prisa, haciendo arreglos. No deja nada al azar, asegurándose de que no tenga ninguna posibilidad de escapar. He probado las ventanas, las cerraduras, incluso los conductos de ventilación. Ha cubierto todas

las posibles vías de escape. Me reuní con su familia, hablamos de la boda y luego me trajo a esta habitación.

Supongo que lo de la libertad no se aplica *aquí.* Pero la verdad es que, si me lo propusiera, podría escapar incluso de esta habitación, pero escaparme de aquí ya no tiene el mismo atractivo que antes.

Estoy mirando por la ventana cuando la puerta se abre de golpe y Lev entra. Está tranquilo, sereno, en todo momento el estratega frío y despiadado que he llegado a despreciar. Cuando sus ojos se encuentran con los míos, el fuego de su mirada aviva las llamas de la mía.

Es astuto, malvado e intrépido... *y lo deseo.*

Joder, cómo deseo a este hombre para mí sola.

Sí. Sí, nos va a ir muy bien. Quiero decir, tendremos nuestros más y nuestros menos.

—Está todo listo —dice—. Ya casi estamos.

Me alegro de que no pregunte: *¿Y tú?* Porque la respuesta sería un «ni de coña». Intento recordar el destello de lo que sea que vi en él antes. Intento recordar la promesa que me hice a mí misma de hacer que esto funcione.

Aprieto los puños, luchando contra el impulso de estallar.

—Estás cometiendo un error —espeto—. Nunca seré tuya por voluntad propia.

Él se acerca y, por un momento, veo un destello de algo en sus ojos, pero desaparece tan rápido como ha llegado.

—No tienes elección —responde—. Cuanto antes lo aceptes, más fácil será para los dos.

Le lanzo una mirada fulminante que finjo, siguiéndole el juego, con la mente a mil por hora.

Le dejaré pensar que ha ganado.

Mientras se da la vuelta para irse, dejo que mi postura se relaje ligeramente, con un atisbo de derrota. Sé que hay algún tipo de vigilancia aquí. Lo sé. Todo forma parte del plan. Cuanto más dócil parezca, más probable será que baje la guardia. Y cuando lo haga, yo estaré lista.

—Volveré pronto.

Abro la boca para detenerlo, pero la puerta se cierra tras él con un chasquido. ¿Por qué tarda tanto?

Respiro hondo, obligándome a mantener la calma. No puedo permitirme perder el control ahora. Puede que este matrimonio sea una trampa, pero también es una oportunidad. La usaré para aprender todo lo que pueda sobre las operaciones de la Bratva y sus debilidades. Recopilaré cada dato, cada fragmento de información, y lo usaré para derribar no solo a Lev, sino a todos los putos demás. Mi hermano no sabrá ni qué le ha pasado.

Esta noche seré su esposa, pero eso no me convierte en suya. No de verdad. Esperaré mi momento, interpretaré mi papel, y cuando sea la hora, atacaré.

Lev cree que es el único que está jugando, pero se equivoca. Está tan jodidamente equivocado.

El sol se abre paso entre las nubes al otro lado de las pesadas cortinas. Esperanza. Hay esperanza.

Me paro frente al espejo y tomo una decisión. Le seguiré el juego. Le dejaré pensar que ha ganado. Esperará que luche, así que se lo daré, y puede que hasta lo disfrute muchísimo.

Sí. Esto podría funcionar muy, muy bien.

Podría salir de aquí si de verdad quisiera; sé que podría.

¿Y entonces qué? Por mucho que lo intente, por muchos recursos que consiga, nunca podré tomar el control de mi familia por mi cuenta y reclamar la posición de poder que me corresponde. Si pudiera, ya lo habría hecho.

Tengo todas las de perder. Pero con la ayuda de los Romanov...

¿No había dicho que estaba listo? Ahora que ha llegado el momento, me estoy impacientando.

Finalmente, la puerta se abre con un crujido y me tenso, esperando a otro guardia. En cambio, es Lev. Entra y cierra la puerta suavemente tras él. Por un momento, nos quedamos mirándonos, el silencio pesado y cargado. Esta vez, no me fulmina con la mirada como antes, sino que parece un poco más... contemplativo.

—¿Qué? —pregunto, con la voz más cortante de lo que pretendía. Trago saliva cuando frunce el ceño y aprieta los labios.

Recuerdo cómo fue estar encadenada en su sótano. Recuerdo la tensión erótica entre nosotros.

No responde de inmediato, simplemente camina hacia la ventana y mira hacia fuera. Su presencia es un poco desconcertante. No sé qué esperar.

—Me han dicho que no estás comiendo —dice finalmente, con un tono sorprendentemente amable—. Necesitas mantenerte fuerte.

Es lo último que espero que diga.

—En algún punto entre el «serás mi prisionera» y el «oh, es broma, ¿qué tal mi esposa?», perdí el apetito —pongo los ojos en blanco.

—Cuidado, mujer —dice con un ronroneo grave que me enciende la piel.

No puedo dejar que vea que me ha afectado. Resoplo y me cruzo de brazos.

—¿Por qué te importa? Solo soy un peón en este juego. Lo sabes. Lo único que necesitas es un cuerpo caliente.

Se vuelve para mirarme.

—Quizá no tengas que luchar tanto contra esto. —Apoya su mano sobre la mía—. Nos ha llegado la noticia de que tu familia sabe que te casas conmigo hoy. Que comience la aventura.

Dios mío. ¿Tan pronto lo saben? Me estremezco, sin estar preparada para la repentina oleada de ansiedad que me atenaza. La habitación parece demasiado pequeña, el aire demasiado denso. Jadeo, intentando calmar mi respiración, pero el pánico se apodera de mí. Casi puedo sentir las manos de mi hermano alrededor de mi cuello, exprimiendo el aire de mis pulmones. Lo intentó una vez, pero uno de sus corpulentos capitanes lo apartó de un empujón y le dijo que mi padre lo mataría por perder los estribos conmigo.

Ahora no hay barreras. Aunque celebré el día que enterramos a mi padre, sabía que eso significaba que ahora era presa fácil para Javier. Aún puedo sentir sus manos alrededor de mi cuello. Mis ojos desorbitados mientras arañaba sus dedos y boqueaba en busca de aire. El calor en mi cara y los moratones que tuve en el cuello durante semanas.

Me cuesta respirar. Me recuerdo a mí misma que eso no volverá a pasar.

Hay muchas formas de matar a un hombre, y he ensayado casi todas. Él *no volverá* a hacerme daño.

La expresión de Lev cambia. Frunce el ceño y me coge la mano.

—Isabella, respira. Mírame.

Intento concentrarme, pero es difícil. Siento que las paredes se me echan encima y tengo el pecho oprimido.

—No puedo... no puedo respirar.

—Escucha mi voz —dice, con un tono firme y tranquilizador—. Inspira despacio, aguanta el aire y luego espira.

Sigo sus instrucciones; mis respiraciones son temblorosas, pero se van calmando poco a poco. No aparta los ojos de los míos. Después de lo que parece una eternidad, el pánico empieza a remitir.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

Suelto un suspiro, aún ligeramente atrapada en el ataque de pánico. Me suelto de él e intento restarle importancia.

—Nada. Estoy bien.

—No, no estás bien. He mencionado a tu familia. ¿Hay algo que debas contarme?

Hay muchas cosas que necesito contarle y aún más que no.

Niego con la cabeza.

—Se me pasará. —Me vuelvo para mirarlo. Es hora de contarle parte de la verdad. Si vamos a conquistar juntos, necesitará saberlo. Trago saliva con dificultad—. Basta con decir que mi familia no se parece en nada a la tuya.

Su mirada se oscurece y se inclina más hacia mí.

—Eso ya lo sé. Pero cuando seas mía, no podrán tocarte. Pueden intentarlo, pero no lo permitiré. —Baja la voz—. Ninguno de nosotros lo permitirá.

Por un momento, nos quedamos ahí, en silencio. No estoy segura de qué parte de lo que me dice es mentira y qué parte es verdad. Sigue siendo el hombre que me está obligando a este matrimonio, pero ahora mismo, también es el hombre que me ha ayudado a superar un ataque de pánico.

—¿Por qué eres amable conmigo? —pregunto, con la voz apenas por encima de un susurro.

Él aparta la vista y mira por la ventana.

—Vas a ser mi *esposa*.

En mi mundo, eso no explica nada. En el suyo, no hay nada más que decir.

Quizá Lev no sea solo un monstruo. Quizá esté tan atrapado como yo.

Sus palabras quedan suspendidas en el aire y, por primera vez, veo una grieta en su armadura.

No necesito que un hombre me proteja. Nunca lo he necesitado y nunca lo necesitaré. Para mí es importante cuidar de mí misma.

—Aunque sea tu esposa, no quiero tu compasión —digo, aunque a las palabras les falta su veneno habitual.

—Lo sé. —Abre la boca como si fuera a decir algo más, pero entonces niega con la cabeza—. Ya estamos listos. Vístete.

Con eso, se da la vuelta y sale de la habitación, la puerta cerrándose suavemente tras él. Me quedo de pie junto a la ventana, con la mente hecha un torbellino de emociones contradictorias.

Miro alrededor de la habitación. Siento como si acabara de correr una maratón.

Alguien ha dejado un vestido blanco envuelto en plástico para mí. Después de ponérmelo con cuidado, me planto frente al espejo, la seda de mi vestido de novia suave bajo mis dedos. Es precioso, un intrincado diseño de encaje y satén que se ciñe a mis curvas en todos los lugares adecuados. Pero para mí, no es más que un símbolo de mi cautiverio.

Lev se ha superado para asegurarse de que esta boda sea perfecta. La habitación está llena de las flores que usaremos para la boda, su aroma empalagoso y denso en el aire. Echo un vistazo a la puerta,

sabiendo que hay guardias apostados justo fuera, listos para saltar a la menor señal de rebelión.

Un golpe en la puerta me sobresalta. Su hermana, Polina, entra. Sabía que encontraría compasión en ella, y probablemente por eso él no quería que la conociera enseguida.

—¡Oh! Es precioso, Isabella. Alta y esbelta, con el pelo rubio platino, no se parece en nada a sus hermanos, pero esta familia es diferente a las demás. Quizá lo único que hace que los hombres se parezcan entre sí sean los ceños fruncidos y los músculos.

Lleva un pequeño ramo de rosas y su expresión es una mezcla de compasión y resignación.

—Estás preciosa —dice en voz baja, entregándome el ramo.

—Gracias —respondo, tratando de mantener la voz firme—. No está mal para una boda falsa. —Me río, pero suena un poco ahogado.

Polina me dedica una sonrisa triste.

—Oh, de falsa no tiene nada.

Asiento. No me refería a eso.

Se aclara la garganta.

—Puede que esto no tenga sentido para ti ahora, pero te lo prometo: mis hermanos no son tan malos como pueden parecer. No voy a poner excusas por lo que hacen, pero... bueno, da igual. Quizá te sorprenda.

Sus palabras me dan un atisbo de esperanza. No parece una mentirosa. De todos modos, no importa. Aún podemos gobernar juntos si declaramos una tregua.

Seremos mucho más *fuertes* si forjamos una alianza...

—Es culpa mía —le digo—. Fui yo la que rompió las reglas. —Me encojo de hombros—. Podrían haberme matado.

Ella hace una mueca.

—He oído hablar mucho de ti. Sé que eres *fuerte*. Se necesita una fuerza increíble para hacer esto. No lo olvides.

Asiento, respirando hondo.

—No lo haré.

—Vale —dice, quitando una mota de polvo invisible del largo de su vestido, que cae hasta el suelo en ondas plateadas—. ¿En qué puedo ayudarte?

Observo mi mata de pelo y mi cara.

—Puedo decirte cómo forzar cualquier cerradura o encontrar una salida en las situaciones más difíciles. Puedo enseñarte a volverte invisible y a mantener la resiliencia bajo presión. —Me doy un tirón en mi enredo de pelo—. Pero algo me dice que un moño despeinado no va a servir para esta ceremonia, y no sé distinguir el iluminador de la base de maquillaje o del corrector, así que... ¿Echas una mano a una amiga?

Ella da una palmada con alegría.

—Dios mío, sí. ¡*Sí*! Esto es como darle a un maestro pintor un lienzo en blanco frente a un amanecer impresionante. Es un honor para mí. —No puedo evitar sonreír. Su entusiasmo me levanta el ánimo. Suspira y me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja. —Tú y mi hermano vais a tener *los* niños más *preciosos* del *planeta*.

Niños. Vaya. Apenas he superado la parte en la que tendremos que consumar esta mierda, algo que, he de admitir, tengo muchas ganas de hacer. Pero... ¿niños?

Me maquilla la cara con unas pociones mágicas o lo que sea y, cuando termina, asiento con agradecimiento.

—Impresionante —murmuro. Tengo los ojos más brillantes y la tez impecable. Los labios más carnosos y un poco sensuales. Incluso me

ha puesto una cosa brillante en las mejillas, así que cuando me giro de lado, siento que resplandezco.

—Eres *tan guapa* —dice con nostalgia—. Ahora, nos están esperando. Los hemos hecho esperar un buen rato, así que ahí tienes un guiño a tu herencia colombiana. No se equivoca. Los colombianos tienen lo que podría llamarse un concepto relajado del tiempo. La «*hora típica*» colombiana significa que una novia puede llegar veinte o treinta minutos tarde a su propia boda.

Los preparativos al otro lado de la puerta han cesado, así que este es un momento tan bueno como cualquier otro. Además, a saber cuánto durará este maquillaje.

Polina me guiña un ojo. —Acabemos con esto de una vez.

Siento que está de mi parte.

Quizá tenga más opciones de las que él cree.

La ceremonia se celebrará en un gran salón, cada centímetro del cual grita riqueza y poder. Lev está de pie en el altar, con todo el aspecto de un líder formidable de la Bratva. Su traje está perfectamente entallado, su postura es rígida y sus ojos están fijos en mí mientras avanzo por el pasillo.

El corazón me da un vuelco en el pecho cuando su mirada se clava en la mía. Dios, ¿por qué tiene que ser tan irresistiblemente guapo? Esa mezcla de chico malo despiadado, macho dominante y carisma seductor hace que sea imposible apartar la mirada. Mis instintos de autoprotección me gritan que corra, mientras que mis instintos primarios se rinden en sumisión a este macho alfa que promete cuidar bien de lo que le pertenece.

Me obligo a sostenerle la mirada, a no mostrar miedo. Cada paso parece una marcha hacia mi perdición, pero mantengo la cabeza alta. No le daré la satisfacción de verme derrumbarme.

Sí, puedo ser un poco dramática, pero lo llevo en la sangre.

Un sacerdote está de pie frente a nosotros, nervioso, como si presintiera la tensión en la sala. No hemos hecho nada de esa pompa y circunstancia de caminar dramáticamente por el pasillo.

—Esto no cambiará nada —le digo en voz baja, interpretando mi papel.

La respuesta de Lev es gélida, con la mandíbula tensa. —Lo cambia todo. Como mi esposa, estarás atada a mí en todos los sentidos.

¿Ah, sí, señor Todopoderoso? Je.

El sacerdote habla y habla sin parar, pasando las páginas de un libro muy gastado y con las hojas rotas. El oficiante comienza la ceremonia, su voz un murmullo monótono de fondo. Apenas oigo las palabras; mi mente está centrada en mis planes. Necesito reunir información, encontrar aliados y esperar el momento oportuno para hacer mi jugada. Este matrimonio no es más que un medio para lograr un fin.

Cuando llega el momento de intercambiar los votos, Lev me coge la mano. Su agarre es firme. Posesivo. —Yo, Lev, te tomo a ti, Isabella, como mi legítima esposa —dice, con voz firme e inquebrantable—. Para tenerte y protegerte, desde hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Recordaré eso, señor Romanov.

Trago saliva con dificultad, conteniendo el grito que me sube por la garganta. Nunca pensé que estaría aquí. Allá vamos.

—Yo, Isabella, te tomo a ti, Lev, como mi legítimo esposo —digo, las palabras con un sabor amargo en mi lengua—. Para tenerte y protegerte, desde hoy en adelante, en lo bueno y en lo malo, en la riqueza y en la pobreza, en la salud y en la enfermedad, hasta que la muerte nos separe.

Se intercambian los anillos, el frío metal se desliza en mi dedo. Me quedo mirando el recordatorio físico de que estoy encadenada a él.

Oh. Qué tierno. Una miniesposa.

Cuando el oficiante nos declara marido y mujer, Lev se inclina y sus labios rozan los míos en un beso casto. Me preparo. Me recuerdo a mí misma que debo mantenerme distante, no permitir que tenga ningún poder sobre mí, pero el contacto me provoca un escalofrío por la espalda. Está bueno, y yo no estoy muerta. Y ahora que estamos casados... no se sabe qué me hará a continuación.

Cuando acaba la ceremonia y nos giramos para mirar a los presentes, el aplauso es ensordecedor. Al mirar a Lev, su expresión es inescrutable.

Esto no es más que el principio, me recuerdo. El juego no ha hecho más que empezar.

Su mano me roza el codo. Reprimo un escalofrío ante su contacto, aunque mi cuerpo hormiguea y mi corazón late más deprisa. Trago saliva, recorriendo rápidamente la sala con la mirada para anclarme. Me encuentro con la mirada de Polina y me guiña un ojo. Le devuelvo el guiño, respiro hondo y avanzo al lado de mi *marido*.

Un medio para un fin. *Un medio para un fin*, repito en mi cabeza. Puedo hacerlo.

Mientras caminamos juntos por el pasillo, uno al lado del otro, juro en silencio que encontraré una salida. Puede que Lev crea que ha ganado, pero no sabe de lo que soy capaz. Esperaré mi momento, reuniré información y fuerzas... y cuando sea el momento adecuado, haré mi jugada.

—Buf —murmuro en voz baja—. Supongo que estar secuestrada y obligada a casarse con un ruso le abre el apetito a una.

La mano grande, áspera y cálida de Lev aprieta la mía un poco. Sus ojos brillan al mirarme. —Lo entiendo. Supongo que mantener de

rehén a una princesa colombiana de carácter explosivo también me ha abierto un poco el apetito.

No puedo evitarlo. Una comisura de mi labio se contrae. Me ha dicho que estamos juntos en esto, pero no estoy tan segura. Necesito pruebas fehacientes antes de creérmelo.

Sin embargo, estoy más que complacida. Es agradable saber que no he sido la prisionera más fácil de mantener. No he perdido mi toque. Quizá no sea tan difícil de leer como él cree.

—Estás muy elegante —digo con aprecio cuando se quita la chaqueta del traje y me conduce al comedor. Puedo lanzarle un hueso.

La sala está decorada con grandes jarrones de flores en tonos rojos y naranjas intensos. El aire está impregnado de los cálidos aromas de la canela y el clavo, lo que hace que me duela un poco el corazón. No echo de menos a mi familia, pero sí quiero a mi tierra. Los colores y los olores me recuerdan a los mercados de Colombia.

Volveré allí.

Hay una pequeña mesa para dos un poco apartada del resto, y me lleva hasta ella.

—¿Que estoy muy elegante? —dice con una sonrisita—. Diría lo mismo de ti, pero tú nunca perdiste tu brillo. Incluso cuando estás enfadada, eres preciosa. —Suspira—. *Especialmente* cuando estás enfadada. Estás radiante, pero no hace falta mucho para que te brillen los ojos, ¿verdad?

Lo miro fijamente antes de responder. No hay ni rastro de malicia o sarcasmo en su tono.

Me aparta una silla mientras yo permanezco inmóvil. —¿Acabas de hacerme un *cumplido*?

—En absoluto —dice, negando con la cabeza. Salgo de mi parálisis y me acomodo en la silla, lanzándole una mirada curiosa—. Solo una

observación —termina.

—Claro —digo, recordando cómo mi padre despotricaba sobre mi aspecto y gritaba que tenía que mantenerme alejada de los depredadores y de los hombres que se aprovecharían de mí. No me permitía llevar nada ajustado ni remotamente atractivo. No podía maquillarme ni ponerme bikini, y el día que me pilló probándome un brillo de labios, me partió el labio. Su «protección» no tenía nada que ver conmigo, sino exclusivamente con su propio orgullo.

A primera vista, podría parecer que el aprecio que Lev me tiene es algo que yo desearía. Pero sé que la realidad es otra.

—¿Hay noticias de mi hermano? —pregunto, esperando que no se dé cuenta de cómo me tiembla la mano al coger la copa de vino. Antes de responder a mi pregunta, me hace una él.

—¿Vino? —Parpadeo al ver la etiqueta, sorprendida. *Marqués de Villa de Leyva.* Un guiño a mi tierra natal.

—Mmm, por favor —digo. Me sirve una copa generosa, y yo cierro los ojos e inspiro. Mi padre murió cuando yo tenía dieciocho años. Mientras otros bebían este mismo vino para honrar su muerte, yo lo hice por una razón muy distinta: para celebrar el fin de la tiranía. De la primera capa, al menos. —¿Y bien? ¿Algo?

—Sí. Javier tiene a unos cuantos socios merodeando cerca, pero ninguno ha hecho ningún movimiento todavía.

Sonrío a las cámaras que disparan sus flashes. Levantamos las copas de vino, una junto a la otra, como si se besaran, y chocamos los bordes. —Lo hará —digo, sonriendo a la cámara—. Consígueme los nombres de los que están aquí y te diré exactamente cómo. No somos invulnerables. O pensará que me has capturado en contra de mi voluntad y que nuestro matrimonio fue una jugada de poder, o que lo he traicionado y me he entregado al enemigo para planear un ataque contra él. —Me encojo de hombros—. En ambos casos, tendría razón. Aun así, tenemos que tener cuidado.

Él asiente, pero no responde mientras su familia entra en la gran sala. Me fijo primero en Viktor, porque es tan enorme que es difícil pasarlo por alto. Me pregunto ociosamente si reserva dos billetes de avión cuando vuela. Su mujer, Lydia, está a su lado; una mujer despampanante y con curvas, de espeso pelo castaño ondulado, que lleva un vestido rojo que resalta cada una de sus formas y tiene un escote peligrosamente pronunciado, hasta el ombligo. Repara en mí y se sonroja, saludándome con un gesto de los dedos. Yo le sonrío y levanto mi copa hacia ella.

Un brindis por las mujeres que se casaron con alguien de esta familia porque no tuvieron otra opción.

Aleksandr, el alto de pelo negro, está sentado hablando con su madre, con su mujer, Harper, al otro lado. Los conozco sobre todo por lo que he investigado. Harper era una Bianchi antes de casarse con un miembro de esta familia, y sé a ciencia cierta que dispara mejor que cualquiera de los presentes.

Encuentro a todos los hermanos del almacén, pero falta alguien... Mmm. ¿Quién falta? Ah, claro, Nikko, el asesino. Su mujer, Vera, suele estar en algún sitio haciendo trabajo de campo, y aunque él estuvo aquí antes, es probable que se haya ido de viaje con ella.

Y Mikhail. ¿Dónde está Mikhail? El hermano mayor y líder de todos; necesito vigilarlo.

Espera... ahí está. Entrando ahora mismo.

Hay más gente: personas que no conozco y que no importan para mis propósitos. Primos y tías y tíos, o socios y personal a sueldo, hombres de menor importancia y poder de la Bratva Romanov, hombres y mujeres de negocios. Quién sabe, ¿y a quién le importa?

El que más importa está sentado a mi lado.

Mikhail asiente y nos hace a mí y a Lev una pequeña reverencia informal antes de coger su copa de vino y carraspear. Su mujer, Aria, con unas finas gafas sobre la nariz y su salvaje melena de pelo

rizado momentáneamente domada en un moño, me observa con curiosidad.

—Cuéntame otra vez sobre Aria —le susurro a Lev—. No pude encontrar mucho sobre ella en internet, salvo que se le dan bien los ordenadores y que está casada con Mikhail.

Lev se inclina. Susurrar así resulta de algún modo íntimo, como si fuéramos amigos. Aliados. Y aunque estamos casados, no somos ni amigos ni aliados... todavía.

Pero podríamos serlo.

—Aria es la mejor jáquer del mundo —dice sin rastro de exageración. Lo afirma como un hecho, lo que, en mi opinión, da veracidad a su declaración—. No hay nadie a quien no pueda encontrar, nada que no pueda hacer. Considera los cortafuegos y los cifrados más impenetrables del mundo como un insulto y un desafío personal.

—Oh, vaya. —Uuuh. Eso sí que es increíble. Cuanto más lo pienso, más sentido tendría para mí apoyarme en la familia Romanov y en todo lo que ofrecen. Aquí, las habilidades de cada uno construyen un frente sólido, mientras que en mi familia, uno solo ve las fortalezas de otro como una amenaza personal a su seguridad.

La mejor jáquer del mundo... la mejor jáquer del mundo. Mmm. Podría hacer algo con eso.

Doy un sorbo al vino y miro a Mikhail.

—Un brindis —dice, carraspeando mientras espera a que el conjunto de invitados se calle—. Desde que Lev se unió a nuestra familia, ha tenido que darse a valer. Demostrar su valía siendo más joven y más pequeño que el resto. —A Mikhail se le contraen los labios—. No fue nada que le exigiéramos, sino algo que hizo por su cuenta porque Lev es tenaz y para él era importante demostrar lo que valía.

La sala se sume en el silencio. Viktor mira a Lev con orgullo, y Aleks se endereza en su asiento. —Y algunos de nosotros pensábamos que éramos mejores por pura edad y fuerza bruta, hasta que Lev nos enseñó que no era así.

Lev sonríe, pero hay tristeza en sus ojos. Yo también he soportado el dolor de no ser suficiente para mi familia por mi lugar en el orden de nacimiento y sin que tuviera nada que ver con mis verdaderos talentos, mis dones, lo que podía hacer o quién soy.

—Sé lo que es eso —le murmuro en voz baja.

—¿Tener que hacerte más fuerte que cinco hermanos? —pregunta Lev, con la ceja arqueada en tono de broma—. ¿Tragarte infinitos vídeos de YouTube sobre cómo vencer a alguien más grande y fuerte que tú en un combate, como David derrotando a Goliat? ¿A cuántos de tus hermanos mayores tuviste que darles una paliza?

Me encojo de hombros y me estiro, imitando el gesto de pulirme las uñas.

—A todos —digo con un bostezo.

Él resopla. —Pensaba que solo tenías un hermano.

—Bueno, sí, pero eso son todos.

Mikhail continúa y los ojos de Lev brillan un poco. Me susurra al oído: —Me gustaría oír esa historia alguna vez.

Le susurro de vuelta: —Parece que ambos tenemos algunas historias que compartir.

—Y ahora —dice Mikhail, levantando su copa—, hemos visto al más joven de nosotros llegar a la cima. Ha luchado contra todos los adversarios que se le han cruzado y ha demostrado incansablemente ser el hermano más leal, más dedicado y más fiable que podríamos desear.

—¡Oye! —dice Aleks con falsa indignación.

Mikhail lo ignora, y su madre, una mujer majestuosa de precioso pelo plateado y ojos azules centelleantes, se ríe. —No es una competición, hijo.

—Oh, claro que lo es —me susurra Lev—. Puede que tenga que dejarte preñada de trillizos. ¿Te apuntas?

Hundo el rostro en la copa de vino y finjo no haberlo oído. Me encanta el sexo. *Me. Encanta.* Lo juro por Dios, la gente a la que no le gusta es que no lo hace bien. Pero la idea de que otros pequeños humanos ocupen mi cuerpo… bueno, todavía no estoy preparada para eso, sobre todo si dichos humanos llevan sangre Romanov.

¿En qué me he metido?

—¿Tenéis algo así como… competiciones de cría?

Lev parece sopesarlo. —Bueno, esa es una forma muy basta de decirlo.

Siento cómo se me disparan las cejas hasta la raíz del pelo. —¿Hay otra forma de decirlo?

—Mmm —dice, pero señala con la cabeza a Mikhail, que está terminando. Vamos a aparcar esta conversación, pero ya.

—En nombre de toda la familia Romanov, queremos darte las gracias, Lev, y darte la bienvenida, Isabella. Aunque nuestro futuro sea incierto, que sepas esto: al casarte con un miembro de la familia Romanov, ahora eres una de las nuestras, y te damos la bienvenida.

Siento un cosquilleo en la nariz y, sorprendentemente, un nudo en la garganta.

Supongo que quizá, probablemente, *tenga* que decir algo así, pero eso no significa que no me lo esté tragando con patatas.

Todos vitorean y chocamos las copas. Levanto la mía para que Lev me la rellene.

Pero Mikhail sigue de pie. —En un plano más práctico —empieza—. Nuestros enemigos estarán al acecho.

Todos sabemos, sin que lo diga, que dichos enemigos son *mi familia*.

—Os buscarán en cuanto corra la voz de que os habéis casado. He decidido que lo mejor para todos es que os vayáis de luna de miel a un lugar secreto. Cuando terminemos aquí, Aria os dará todos los detalles. Ni siquiera yo sé adónde vais.

—¡Altamente encriptado! —dice Aria con una sonrisa—. Pero os prometo que he encontrado un sitio perfecto. Os va a encantar.

Lev no puede disimular su sorpresa. —¿Una luna de miel?

Me remuevo en mi asiento, sin mirarlo a los ojos. Sé lo que pasa en una luna de miel. Él sabe lo que pasa en una luna de miel. Lo que sea que ocurrió cuando me interrogó en el sótano no hizo más que avivar mi apetito. ¿Nos vamos?

—Sí, una luna de miel. Os iréis una semana y, durante ese tiempo, vigilaremos de cerca cualquier acontecimiento.

No necesito que me diga cuáles podrían ser exactamente esos acontecimientos. Lo sé tan bien como él.

—Por ahora, un brindis por los recién casados. —Levanta su copa y pronuncia algo en ruso.

—¿Qué significa eso? —le pregunto a Lev.

—Significa: «Que la feliz pareja tenga muchos niños y practique mucho para conseguirlos».

Lo miro boquiabierta y me doy cuenta de que sonríe con suficiencia.

—¡Has mentido!

Se encoge de hombros. Brindamos, bebemos, se abren las puertas y entra un tropel de personal.

—En *mi* familia, las bodas son prácticamente actos de guerra.

—¿Por qué no me sorprende?

—Mmm. Durante la boda de mi primo Eduardo, alguien envenenó en secreto el champán del brindis. Varios invitados se retorcían de dolor después del brindis. Otra vez, cuando yo era pequeña, secuestraron y golpearon al hermano de una novia justo antes de que empezara la ceremonia. Tuvimos que aplazar la boda y negociar su liberación. En otra ocasión, durante una celebración, un tío mayor que era un gilipollas se disfrazó de camarero y lanzó un ataque por sorpresa. —Le doy un sorbo a mi vino—. Mi familia está *jodidísima*.

—Entendido —murmura en su copa de vino—. No esperes un regalo de bodas.

Me quedo mirando las bandejas de comida.

—Pareces sorprendida —dice Lev mientras observo al personal moverse de un lado a otro, sirviendo ensaladas y aperitivos. Colocan ante nosotros bandejas de plata con comida exquisita. Parpadeo, asombrada.

—Lev, ¿eso es... *bandeja paisa*? —Siento un nudo en la garganta. Alguien se ha encargado de preparar el banquete de bodas tradicional de mi tierra. La bandeja incluye filete a la parrilla, chorizo, chicharrón y una variedad de otros alimentos que me hacen la boca agua: arroz con frijoles, aguacate y plátano frito. Otra bandeja de *arepas*, unas deliciosas tortitas de harina de maíz fritas, acompaña al resto. Incluso tienen tamales y empanadas—. Guau.

—Pensé que podrías celebrar un día como hoy con comida que te resultara familiar. —Se encoge de hombros.

Lo miro fijamente. Tiene más matices de los que esperaba.

—Gracias. —No hace falta que me lo pidan dos veces: me sirvo un plato bien grande y me lanzo a por ello. Mikhail ha dicho que nos vamos en una hora, así que nos quedarán unos cuarenta minutos. Él

come también, y aunque han traído algunos platos rusos más tradicionales, prueba de todo lo de Colombia.

—¿Qué te parece? —le pregunto.

¿Me importa lo que piense?

—No es ruso —dice con un brillo en los ojos—. Pero entiendo que una comida así te eche pelo en el pecho.

—Perdona —murmuro entre dientes—. Has visto mi pecho y es absolutamente lampiño.

Se inclina, coge un trozo de mi plátano frito y se lo mete en la boca. —Te he visto entera y, en efecto, puedo confirmar que no tienes pelo *en ninguna parte* —siento un espasmo en el vientre y el calor se acumula entre mis piernas—. Pero espero poder hacer una inspección más a fondo esta noche.

Si fuera más inocente, probablemente me sonrojaría. Solo me sirvo otra copa de vino.

Polina nos hace foto tras foto y no para de hablar de nuestros futuros bebés. Lev resopla, pero se nota que está encantado. Sus hermanos lo felicitan uno por uno. Tengo la creciente sospecha de que su familia lo ha oprimido, igual que a mí la mía. Puede que sean más cercanos y menos hostiles, pero él ha tenido que demostrarles su valía.

Quizá tengamos más en común de lo que pensábamos.

El tiempo vuela hasta que el traqueteo de las aspas de un helicóptero llama la atención de todos.

—Es hora de irse —dice Mikhail. Se inclina y le susurra algo a Lev, que asiente con seriedad.

—Sí. Lo sé. ¿A qué demonios viene eso? Probablemente algo sobre mantenerme a raya o lo que sea. Buena suerte con eso.

—Tomad —dice su madre, trayéndonos un plato cubierto—. No podéis iros sin el postre.

—Gracias —digo amablemente mientras lo cojo. Algo se remueve en mi interior al oír el sonido de las aspas del helicóptero.

Estoy escapando. Marchándome. Y aunque lógicamente sé que no es verdad —acabo de prestarle juramento a un hombre que es un enemigo declarado—, mi hermano no podrá encontrarme. Ni siquiera los hermanos de Lev sabrán dónde estamos.

Todos se ponen de pie y nos vitorean mientras nos dirigimos a la salida. Voy descalza, después de haberme quitado las cuñas, que me apretaban horrores, y, cuando levanto el bajo del vestido, Polina da un gritito.

—¡Toma! —dice, entregándome unas bailarinas negras—. Coge estas. Mamá compra tantos zapatos que ya no sabe qué hacer con ellos. Las he cogido de su armario. Todavía tienen la etiqueta puesta.

Las cojo, conmovida por el gesto. —¡Gracias!

Se inclina hacia mí. —Y también he metido en la maleta todo lo demás que me pediste.

Benditas hermanas. Se me hace un nudo en la garganta. —En serio, gracias. Te debo una.

Me las pongo. Son cálidas y suaves, y me sientan como un guante. Se me vuelve a hacer un nudo en la garganta. Lev mantiene la puerta abierta delante de él.

—Podría llevarte en brazos si te duelen los pies —dice en voz baja, con el ceño fruncido—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —le digo, cogiéndole la mano y saliendo con él hacia el helicóptero. Pero no lo estoy. En absoluto. Estoy desarmada y recelosa, una combinación decididamente desconcertante.

—Ven aquí —dice, negando con la cabeza, y antes de que me dé cuenta de lo que pasa, me levanta en brazos—. No puedo pasarte el umbral en brazos, así que esto tendrá que bastar.

Todo el mundo nos aclama a nuestras espaldas y noto que de verdad me sonrojo.

¿Estoy viendo al hombre que se oculta tras la máscara? ¿Al hombre que se oculta tras el monstruo?

CAPÍTULO 12

LEV

Por fin se ha acabado toda esa puta formalidad.

Hemos dado el primer paso y estoy jodidamente preparado para el siguiente.

Tenemos cosas que hacer.

Polina le pone una bolsa en la mano a Isabella y le da un beso en la mejilla, y luego a mí. —Hacéis estas cosas de la forma menos convencional, chicos, pero me encanta tener otra hermana. Sé bueno con ella. Tiene una energía *excelente*.

¿Ah, sí? Signifique eso lo que coño signifique. Pongo los ojos en blanco. Ya la he perseguido dos veces cuando intentaba escapar, e incluso ahora estoy atento a cualquier método de huida que pueda utilizar, porque sabe tan bien como yo que, una vez que suba al helicóptero, no habrá escapatoria.

Me he tomado muy a pecho el recordatorio de Mikhail. Sé exactamente cómo mantener a Isabella encadenada a mí.

Aunque, por ahora, se está portando bien.

Le doy un abrazo rápido a Polina. —Gracias.

—Toma —le digo a Isabella, señalando la bolsa—. Ha metido ahí ropa para que te cambies. —Clavo la mirada donde está sentado el piloto—. Se va a cambiar. Cierre los putos ojos. —Lo mataría con mis propias manos y pilotaría esta cosa yo mismo antes de dejar que viera un centímetro de su piel desnuda.

Isabella me guiña un ojo y se desliza fuera de su vestido de novia con un suspiro de alivio. —Mmm. Pensé que nunca lo pedirías. —En segundos, su vestido es un montón en el suelo y lleva puestos unos ajustados pantalones cortos de ciclista negros y una camiseta de tirantes—. Esto es mucho más cómodo. ¿Vamos a algún sitio cálido?

—Eso me han dicho.

Yo también me visto rápidamente y guardo nuestra ropa de ceremonia en mi bolsa. A continuación, nos ponemos los auriculares para ahogar el ensordecedor ruido de las aspas del helicóptero y nos abrochamos el cinturón. Me reclino en el asiento y respiro hondo. Estoy jodidamente preparado para unas vacaciones.

Un crepitar suena en mis oídos. —Nos comunicaremos a través de los auriculares. Es el piloto. Ya he volado con él antes, pero se presenta a Isabella: —El señor Romanov y yo servimos juntos en el ejército ruso. Le debo la vida a Mikhail. En otras palabras, puede confiar en mí. Sonríe. Mikhail no hace nada a medias.

—Tenemos por delante un vuelo de dos horas. Por favor, disfruten del viaje y avísenme si necesitan cualquier cosa.

Sí, no voy a necesitar más ayuda que la de asegurarme de que el tipo nos lleve sanos y salvos a donde sea que vayamos. —Gracias —le digo.

El batir de las aspas es amortiguado pero constante mientras nos elevamos en el aire, y las nubes se deslizan rápidamente bajo

nosotros. Miro a Isabella para ver cómo está, pero tiene el ceño fruncido.

Toco el botón del comunicador de los auriculares, pero ella habla primero.

—Lev —dice con el ceño fruncido—. Mikhail no pidió *dos* helicópteros, ¿verdad? Algo no va bien.

Miro por la ventanilla y veo la aeronave que se aproxima rápidamente. Definitivamente no es de los nuestros.

No somos los únicos que nos hemos dado cuenta. Abajo, puedo ver a Mikhail con el brazo en alto, gritando a todo el mundo que se ponga a cubierto. *Mierda.* Nos atacan.

Instintivamente, toco los auriculares, conectando con nuestro piloto.

—Helicóptero hostil aproximándose. Maniobras evasivas ya —ordeno con voz cortante.

El piloto espabila y obedece de inmediato, virando bruscamente a la izquierda. Nos damos una sacudida hacia delante en los asientos, pero su maniobra nos hace ganar tiempo. Escaneo rápidamente el interior de nuestro helicóptero. Mi hermano no nos enviaría solos y desarmados por el aire.

Ahhh.

Encuentro las armas de emergencia escondidas bajo el asiento. Saco un subfusil MP-9 equipado con un silenciador y le paso una pistola Glock 19 a Isabella. Le brillan los ojos. Está jodidamente *emocionada* con este giro de los acontecimientos, sonriendo de oreja a oreja como un niño en una tienda de chucherías. Juro por Dios que creo que acabo de casarme con una psicópata.

—Agáchate y prepárate —le digo, con un tono que no admite discusión mientras alargo la mano hacia la puerta.

—No, yo me encargo —asiente, con la mirada centrada y decidida—. Es Javier o uno de sus amigos, lo sé. ¿Quiere despedirse con estilo? ¡*Adelante*!

A medida que el helicóptero enemigo se acerca, vuela por encima de nosotros, inclinándose ligeramente hacia abajo para poder ponerse en paralelo a nosotros, a unos treinta metros a babor. Vemos a tres hombres en la puerta, preparando sus disparos con unos rifles largos de aspecto temible.

El piloto continúa volando de forma evasiva, tratando de dificultar que acierten a nuestro helicóptero o que se acerquen, pero su piloto es persistente e iguala nuestras maniobras con gran destreza.

—Tenemos que evitar que le disparen limpiamente a nuestro piloto o al rotor de cola —le digo a Isabella—. Cúbreme.

—¡No! ¡Déjame a mí! No me dispararán.

Ya tiene la mano en el mecanismo de cierre de la puerta.

Joder.

No puedo creer lo rápido que se mueve; lo veloz y ágil que es.

Asiento.

—¡Cúbreme! —grita de nuevo mientras abre el pestillo de la puerta lateral. No tiene que pedírmelo dos veces. Es *mi mujer.*

El viento ruge y el helicóptero se mece con la turbulencia, arrastrando su pequeño cuerpo hasta casi sacarla del helicóptero, pero ella se estabiliza y vuelve a meterse. Me coloco a su lado.

Al primer cabrón que veo, aprieto el gatillo. El fuego brota de mi arma y las balas le alcanzan en el pecho. Suelta su agarre y cae en picado. Los ojos del segundo se abren como platos y duda, dándome todo el tiempo que necesito para abatirlo. El tercero se inclina hacia fuera, apoyando los pies en un patín de aterrizaje y agarrando un asidero del marco de la puerta, pero Isabella se inclina a mi

alrededor y le dispara en la mano, haciendo que pierda el agarre y caiga.

Su helicóptero se cierne peligrosamente cerca. Un cuarto pistolero le apunta directamente. Disparo y le doy justo en el entrecejo. Su cara explota en una niebla rosada de carne picada. Cae. Otro helicóptero se acerca por nuestro lado de estribor.

—Hay otro helicóptero —le grito para que me oiga por encima del rugido del viento—. ¡Tenemos que acabar con ellos!

—¡Pues que se atrevan, joder! —grita—. Vamos a hacer algo arriesgado. Confía en mí. —Le hace una seña al piloto para que acerque nuestro helicóptero al suelo.

—¡Haga lo que le dice! —grito por mi auricular. Incluso con los auriculares, el ruido es ensordecedor.

A medida que nos acercamos al suelo, Isabella grita: —¡Prepárate para saltar!

—¿Estás puta loca?

—¡Confía en mí! —me mira directamente a los ojos—. Marido.

Joder.

—Vamos a saltar —dice—. Mantente firme y no permitas que nos matemos, joder.

Cuando el helicóptero roza el suelo, me coge de la mano. Saltamos juntos y aterrizamos con fuerza en la hierba de lo que parece ser algún tipo de parque. La ayudo a levantarse y la pongo de un tirón detrás de mí.

Esto los ha pillado por sorpresa. Usamos el factor sorpresa a nuestro favor. Se quedan mirando, conmocionados, durante un segundo mientras su helicóptero pasa zumbando, pero probablemente eso era todo su plan.

Corremos hacia los árboles más cercanos. El helicóptero enemigo da la vuelta, aterriza y deja a cuatro sicarios más en el suelo, justo delante de nosotros, antes de que podamos ponernos a salvo.

Una mujer delgada y ágil se lanza directa hacia Isabella, pero ella ni siquiera pestañea ante la amenaza. Un codazo en el cuello aplastándole la laringe, un rodillazo en el estómago; derriba a su atacante y le mete dos balas en el cráneo. Su vida se acaba en un instante. Otro me dispara y falla. Aprieto el gatillo, agradecido de que mi hermano no escatime en armas. Su pecho explota.

Dos menos.

Levanto la vista y veo a Isabella a horcajadas sobre la espalda de un tercer atacante, clavándole una daga en el cuello mientras la sangre salpica por todas partes. Definitivamente, tiene potencial de psicópata.

Tres menos.

El cuarto apunta a mi mujer; siento un inmenso placer al apretar ese gatillo. En cuestión de segundos, hemos eliminado a cada maldito hombre y mujer que se ha atrevido a atacarnos. Nunca tuvieron la más mínima oportunidad. Aseguramos el helicóptero enemigo.

Me dirijo rápidamente a la cabina. —¡Ríndase! —le grito al piloto, con la pistola clavada en su sien. Él frunce el ceño y no responde. Isabella aparece detrás de mí, con el rostro empapado en sangre como una máscara de hermosa furia, cual ángel vengador.

—*¡Retírese, imbécil!* —grita—. *¡Sabe quién soy y sabe de lo que soy capaz!*

No tengo ni idea de lo que acaba de decir, pero él desde luego que sí. Con un quejido, se gira para mirarnos. Por un momento, creo que se ha rendido, pero en el último segundo, se abalanza sobre ella. Aprieto el gatillo.

Me mira con ojos desorbitados. —Mi *héroe* —dice con una sonrisa maliciosa, mientras sus ojos brillan con un fuego y un hambre en los que podría ahogarme.

—¿De dónde has sacado el cuchillo? —pregunto.

—Se lo he quitado a esa zorra. —Se ríe, con una sonrisa triunfante aún más amplia.

—Dámelo, ahora —le ordeno.

Isabella deposita de mala gana la hoja en mi mano extendida.

Respirando con dificultad, cojo los auriculares. —Estamos a salvo, vuelva aquí y recójanos.

Pasa un momento. Otro. Mi teléfono está que arde con llamadas y mensajes de mis hermanos. No puedo ocuparme de ellos ahora mismo. Necesito un minuto para serenarme.

Cuando por fin volvemos a subir a nuestro helicóptero, el piloto se queda mirando, con los ojos como platos, la escena que tiene ante él; el rostro de Isabella empapado en sangre, una máscara de pura y genuina alegría, no es algo que pensara ver en su vida. Su mirada se vuelve inmediatamente y se centra en lo que tenemos delante mientras nos elevamos hacia un cielo azul salpicado de nubes. —Me aseguraré de que le den una bonificación por esto —le digo. Me vuelvo hacia Isabella, que intenta recuperar el aliento, pero sus ojos siguen ardiendo con intensidad. Le encanta la puta adrenalina.

—Buen trabajo —le digo.

—Tú también, *mi querido jefe* —responde, con una pequeña sonrisa a regañadientes dibujada en los labios—. Si estuviéramos en un avión, te follaría hasta dejarte sin sentido ahora mismo. Ha sido jodidamente *excitante*.

El piloto se atraganta.

—Ignórelo —espeto. Lo desconecto de nuestra conversación. Puede hablarnos si lo necesita, pero no nos oirá.

Bien. Necesitamos un minuto.

Me vuelvo hacia ella, le rodeo el cuello con la mano por detrás y la atraigo hacia mí de un tirón. Sin mediar palabra, la beso, nuestras bocas chocando. La combinación de cortisol y adrenalina que recorre nuestros cuerpos eleva nuestros sentidos a un punto febril. Ella gime, su lengua lamiendo la mía, y así, sin más, estoy duro como una puta roca. La beso hasta que nuestras respiraciones se sincronizan. Sabe a whisky, adrenalina y sangre, y quiero más.

—¿Cuánto falta? —le pregunto al piloto.

—Una hora y cincuenta minutos.

Nos reclinamos en nuestros asientos. —¿Qué le has dicho al piloto? —le pregunto mientras le paso un rollo de gasa y un poco de suero salino de un botiquín para que se limpie. Quiero saberlo. Joder, qué valiente es.

Isabella sonríe. Es tan guapa que se me rompe un poco el corazón. —He dicho que sabes quién soy y que sabes de lo que soy capaz.

Le sonrío. De alguna manera, en medio de la refriega, los dos nos hemos despojado de un poco de nuestra animosidad. Supongo que es inevitable, ya que hemos sido aliados durante un rato.

—¿Quién eres? ¿Y de qué más eres capaz?

Inclinándose, me acuna la barbilla con su mano pequeña y cálida. —Soy Isabella Romanova. Y soy capaz de dominar el mundo.

No puedo evitarlo. Me inclino y la beso de nuevo.

Nos echamos hacia atrás y, finalmente, nuestra respiración se calma.

Nuestro ascenso es impresionante mientras nos elevamos por encima de las nubes, y las casas bajo nosotros se vuelven rápidamente tan pequeñas que parecen casitas diminutas que

podrías encontrar en un mapa aéreo; las nubes, finas briznas de vapor.

—Sudeste —dice Isabella con un gesto de cabeza. Apenas puedo oírla, pero sé leerle los labios. Tiene razón. Nos dirigimos hacia el mar. Pasado un tiempo, no hay más que la profunda inmensidad azul del océano bajo nosotros. Ella frunce el ceño, y yo también observo los detalles. Ni siquiera Mikhail sabe a dónde vamos.

Activo el micrófono para que el piloto pueda oírme. —¿Puede decirnos adónde se dirige?

—Lo siento, señor —responde estoicamente—. No puedo decírselo hasta que aterricemos. Es demasiado arriesgado.

—Me parece justo.

Observo al piloto de cerca. Lo conozco; ha sido investigado... Aun así, nunca antes he estado *casado*. No tenía una esposa de la que cuidar. Miro a mi lado y veo la cabeza de Isabella inclinada. Está dormida.

No puedo arriesgarme a dormirme, no hasta que hayamos aterrizado y estemos instalados.

Miro la figura durmiente de mi mujer a mi lado, y se me hincha el pecho al saber que ha pronunciado sus votos conmigo. Parece surrealista. Nunca he conocido a nadie más bella ni peligrosa que Isabella Morales.

Y es *mía.*

A diferencia de nuestros aviones privados, aquí arriba no tengo wifi. Me reclino en el asiento y cruzo los tobillos. Es la mayor sensación de paz que he tenido en mucho tiempo.

Estoy tenso y alerta cuando Isabella se remueve y abre los ojos. Parpadea sorprendida, pero no habla mientras se orienta rápidamente. La observo mientras se mira la mano, donde le he

puesto una gruesa alianza de oro hace unas horas, como si se estuviera recordando a sí misma que no ha sido un sueño.

Miro fijamente el anillo, como si me lo estuviera grabando en la memoria. Me lanza una mirada curiosa, pero no hace ademán de apartar la mano. Le doy un apretón y coloco su mano sobre mi rodilla, posando la mía encima de la suya.

Me da igual que sea una Morales. Me da igual que sea una enemiga jurada. Me da igual haberla obligado a casarse conmigo y que nuestro matrimonio sea sin amor. Es mi mujer y le prometí que cuidaría de lo que es mío.

—Faltan unos minutos —dice el piloto.

Cuando empezamos el descenso, aparece una isla a la vista: un paraíso exuberante y verde rodeado de aguas cristalinas. Es impresionante y remota; el escondite perfecto.

—¿Dónde estamos? —susurra—. Pensaba que quizá era Islandia o Nueva Escocia, pero es imposible saberlo desde esta altura. Y parece que hace calor, no frío. Gracias a Dios —murmura.

—Mmm. Es imposible saberlo incluso ahora. Hay miles de islas remotas y deshabitadas.

Aterrizamos en lo que parece un helipuerto privado, cerca de una gran mansión. Está en lo alto de un acantilado con vistas a las rocas escarpadas del océano, pero al este hay una playa de arena blanca. Joder, esto parece el puto paraíso, y pienso disfrutar de este respiro como un cabrón antes de que nos devuelvan al fuego.

—Las Bermudas —murmura—. Apuesto a que estamos en una de las islas de las Bermudas. A solo unas horas de Nueva York, es el único lugar que se me ocurre que podría ser cálido y soleado en esta época del año. —Observo cómo sus labios se curvan en una sonrisa —. *Encuéntrame ahora, Javier.* Cuando flexiona sus preciosas y delicadas manos de uñas bien cuidadas, imagino por un breve instante que las tiene afiladas como garras, listas para despedazarlo

con sus propias manos. Parpadeo y vuelve a parecer delicada y preciosa.

No... delicada es la palabra equivocada. Isabella nunca parece delicada. En forma. Esbelta. Asombrosamente bella y decididamente femenina. ¿Pero delicada? Jamás.

Cogemos las maletas y salimos del helicóptero.

—Gracias —le digo a nuestro piloto.

Él asiente y, sin mediar palabra, vuelve a subir para regresar. Cojo nuestras maletas y camino hacia la gran mansión que tenemos delante mientras el helicóptero se eleva, con las aspas cortando el aire, y se marcha.

—¿Crees que estamos solos?

Niego con la cabeza. —Joder, eso espero.

—¿Nadie que te cocine? ¿Que te haga la cama? Sé disparar un arma, Lev, pero las tareas domésticas...

—Mi madre me crió para ser un hombre, no un niño —le digo con una sonrisa—. Sí, puedo encargarme de esta mierda.

Isabella se encoge de hombros y sonríe. —¿No necesitamos personal, verdad? Hay un cierto atractivo en estar solos en una isla.

Pero cuando entramos en la mansión, sí que parece que estamos solos. Este lugar es una obra maestra de la arquitectura moderna, que de alguna manera encaja perfectamente con la belleza natural de la isla. Unos ventanales de suelo a techo ofrecen vistas panorámicas del océano, y el interior está amueblado con una decoración elegante pero sencilla.

—Mi madre chasquearía la lengua ante tanto blanco y beis, ¿sabes? —dice con una sonrisa—. Aunque me gusta la inspiración oceánica de los detalles. —Los muebles de exterior de mimbre blanco presentan una decoración de conchas y tonos azules y verdes

pálidos. Las líneas limpias y sencillas le dan al lugar un aspecto elegante y pulcro.

Lo único que me importa es que esté bien amueblado y aislado, perfecto para mantenerla cerca y a salvo.

Al entrar, la observo mientras inspecciona nuestro entorno. Sus ojos se abren un poco más y sé que está impresionada, aunque no quiera demostrarlo. Un lugar como este debe de contrastar con lo que está familiarizada en su casa.

Saco el móvil y no me sorprende ver que tengo cuatro rayas de cobertura y wifi. Mi hermano nunca me enviaría a un lugar donde no pudiera localizarme en el momento en que quisiera. Le envío un mensaje.

Mikhail
¿¿¿Qué coño ha pasado???

Hemos derribado un helicóptero enemigo. Haré que me diga quiénes eran más tarde, pero obviamente sabemos que era el cártel.

Mikhail
Mierda. Me alegro de que hayáis llegado bien.

¿Todo bien en casa?

Mikhail
Estamos bien. Un par de gilipollas intentaron montar jaleo aquí, pero Viktor se encargó. Mamá ni se ha enterado.

Perfecto. ¿Hay personal aquí?

Mikhail
No. Pensé que estaríais mejor y lo disfrutaríais más si estuvierais totalmente solos. Dejé instrucciones específicas cuando el personal se fue para asegurar que tuvierais una estancia relajante. Nada de qué preocuparse. Encontraréis todo lo que necesitéis en recepción. Os lo habéis ganado, joder.

Gracias.

Mikhail
Seguimos en contacto.

Me vuelvo hacia Isabella. —Estamos solos. Mikhail dice que hay instrucciones para nosotros en la entrada.

Ella sonríe. —¿Solos, en una isla preciosa, escondidos de nuestros enemigos y abandonada a mi suerte con mi marido sexi y dominante que ha jurado consumar nuestro matrimonio y dejarme embarazada? —Se da un golpecito en la barbilla—. Mmm. Déjame pensar. —Finge pensar un minuto antes de levantar los puños y gritar—. ¡Toma ya!

La veo correr hacia la recepción, donde normalmente el personal nos registraría. Coge una hoja de papel blanca. —Ooh, mira, Lev. Esto es de lo que hablaba Mikhail. —Lee con su preciosa voz.

Bienvenidos a la Mansión de la Isla Kuznetsov. Hemos preparado las siguientes comodidades para ustedes.

Encontrarán la cocina bien surtida con ingredientes de alta calidad, así como un puñado de comidas gurmé que pueden prepararse o recalentarse

fácilmente, una variedad de aperitivos y bebidas, vinos finos, champanes y licores.

También hay una cafetera de expreso y una barra de café completamente surtida.

La ropa de cama, las toallas y cualquier otra cosa que puedan necesitar están en el armario del pasillo, y su dormitorio ha sido preparado.

Hemos dejado algunos toques personales por toda la mansión para mejorar su estancia. Encontrarán una selección de libros y películas, así como artículos de lujo de spa. Por favor, usen el jacuzzi y la piscina con precaución, pero tan a menudo como deseen.

Si desean explorar la isla, en el cobertizo exterior encontrarán guías detalladas y equipo para hacer esnórquel, kayak, pádel surf y senderismo. En el exterior, también encontrarán una zona de pícnic apartada en la playa, una hamaca para dos y un cenador junto al bar exterior.

Tenemos una zona de entrenamiento de última generación, así como una sala de recuperación. Verán todo indicado en el mapa.

Todo está automatizado –la iluminación, la climatización y los sistemas de seguridad–, pero si surgiera cualquier necesidad, por favor, marquen el número proporcionado para recibir asistencia inmediata o contactar con el personal de seguridad que hemos apostado en una isla cercana.

Enhorabuena y disfruten de su estancia.

Isabella sonríe ampliamente. —¿Hemos muerto en el helicóptero y hemos aterrizado en el paraíso? —Por un momento, me la quedo mirando, sin apenas poder creer que esta mujer es mi esposa y que la tengo para mí solo durante toda la semana.

—Averigua todo lo que puedas —me había ordenado Mikhail—. Cualquier cosa y todo lo que te cuente.

Le sonrío, esperando que no parezca que estoy enseñando los dientes. Supongo que no sonrío muy a menudo.

—No soy el tipo de hombre que va al cielo cuando muere —digo, negando con la cabeza. No puedo evitar dedicarle una sonrisa arrogante.

Ella da un paso hacia mí, con una mirada ardiente. —Bien —dice con voz grave y lenta—. Los pecadores se lo pasan mejor, y disfrutaré de la compañía.

CAPÍTULO 13

ISABELLA

Mi nuevo marido me besa.

Me dejo.

Sienta bien dejarse llevar por un rato, relajarse y disfrutar de esto. Se me cierran los ojos y su mano me acaricia la nuca. No soy el tipo de chica que se rinde fácilmente, pero sabiendo lo que tenemos que hacer y quiénes somos…, me entrego a ello.

Cuando nos separamos, estoy excitadísima, y no soy la única.

—Eres preciosa. Hay algo salvaje que te enciende la mirada.

Le sonrío y le guiño un ojo.

—Un roto para un descosido. Y ahora, ¿me vas a hacer el gran recorrido o qué?

—Conformémonos con el recorrido corto. Por ahora solo quiero encontrar nuestra habitación y dejar las maletas.

—Sí, necesito una ducha después de todo eso.

—Una cama no estaría mal.

Miro a mi alrededor. Este sitio es jodidamente precioso. Siento como si alguien me hubiera dado un folleto satinado en una agencia de viajes y yo me hubiera metido de lleno en la foto. No he visto nada igual en mi vida.

La verdad es que nunca he estado de vacaciones, pero, joder, nos lo hemos ganado con creces.

Intento coger mi maleta, y Lev gruñe y me la quita de la mano.

Le frunzo el ceño.

—Tío, ¿crees que no puedo llevar mi propia maleta?

—Isabella —dice con un gruñido que hace que se me pongan los pezones duros.

Excelente. Mi nuevo marido tiene la capacidad de ponerme cachonda con la voz. Supongo que ese es su superpoder.

—No es cuestión de si *puedes* o no. Joder, déjame llevar la maleta de mi mujer.

—Vale, vale.

Lo miro de reojo mientras avanzamos por el pasillo hacia donde el mapa indica que está nuestra habitación.

Tenemos que acostarnos, eso lo sé seguro. Mencionó algo sobre una rivalidad entre él y sus hermanos por tener hijos y no sé qué más, como si necesitaran repoblar toda Nueva York con los viriles genes de los Romanov. Y la lógica me dice que el sexo es el camino para conseguirlo.

Aunque no me entusiasma demasiado la idea de dar a luz a corto plazo, no me importarían unas cuantas sesiones de práctica.

Además, y esta es la pura verdad… está bueno. Pero bueno a otro nivel, de esos que te revolucionan el útero, de los de «¿puedo

sentarme en tu cara, señor?»

Puede que haya pensado en estar encadenada en su sótano más de un par de veces. Y la forma en que nos compenetramos en el helicóptero... fue perfecta. Preciosa. Emocionante.

Caminamos por el pasillo. Podría pensarse que sería raro estar en un complejo turístico vacío, como si hubiera fantasmas por aquí o algo así, pero no me resulta extraño en absoluto. En cierto modo, es agradable.

Me gusta estar a solas con él.

—¿Tienes hambre? —pregunta. Nuestros pasos no hacen ruido sobre la gruesa moqueta. Evidentemente, se han preparado para nuestra llegada, ya que todavía veo las leves marcas de la aspiradora por delante de nosotros.

—La verdad es que no. ¿Y tú?

—No. *Mierda*. Acabo de acordarme de que nos hemos dejado la tarta en el helicóptero.

Me encojo de hombros.

—Bah, no como tarta. No pasa nada. Ha sido un buen detalle y todo eso, pero ya soy lo bastante dulce sin necesidad de carbohidratos extra.

—Claro que sí —resopla él.

—Y de todos modos —digo, observando su reacción—, acabo de casarme con mi enemigo, así que en realidad no hay motivo para celebrar.

—Mmm. Buen punto. Sinceramente, esta villa es prácticamente una cárcel. Se le parece mucho. Es como si siguieras encadenada en mi sótano.

¿Por qué eso solo hace que lo desee más? Estoy *sedienta*. Sí. Estoy jodidamente sedienta, y aquí estoy, avanzando por un pasillo hacia

el dormitorio con el mayor objeto de deseo de Nueva York.

Trago saliva e intento apartar la mirada, pero no puedo evitar admirarlo. Vestido completamente de negro, luce los músculos definidos de sus hombros y brazos, que se marcan con el esfuerzo de llevar nuestras maletas, pero no se encorva. Su cuerpo es una obra maestra de la perfección masculina, y yo estoy aquí para disfrutarlo.

Ya no tengo que luchar contra él. No tengo que esconderme de él. Tengo que convencerlo de que se asocie conmigo. Tengo que convencerlo de que ensamble la bien engrasada maquinaria de su familia y la mía... y luego hacer que todo funcione.

Puedo hacerlo. Debo hacerlo. No tengo otra opción.

—Según el mapa... esta es la nuestra.

Giro el pomo y la puerta se abre. Reprimo un jadeo.

—*Dios mío*. Esto es precioso. La suite nupcial de la villa de la isla es un sueño. Unos ventanales que van del suelo al techo ofrecen una vista impresionante del océano, de un azul tan brillante que me recuerda a un collar de aguamarinas que solía llevar mi madre. Las olas besan la orilla. Unas vaporosas cortinas blancas se mecen con la brisa marina. En el centro hay una lujosa cama de matrimonio con sábanas blancas e impecables, y sobre la mesita de noche, una bandeja de bienvenida con pétalos de rosa en forma de corazón rodeando una botella de champán en una cubitera de plata, con dos copas de cristal al lado.

Recorro la habitación con la mirada, intentando asimilarlo todo: un cuarto de baño espacioso, tipo spa, con una bañera exenta con vistas al mar y una ducha de cristal a ras de suelo. Toallas blancas y gruesas en una estantería junto a frascos de cristal con lociones y jabones. Una cesta con toallitas y más pétalos de rosa. Cada maldito detalle evoca lujo y paz.

—Dios mío —digo, contemplando la inmensidad del océano azul desde el balcón—. No puedo imaginar nada más hermoso.

Pasa un instante mientras sus ojos oscuros se encuentran con los míos.

—¿De verdad? —su voz es un ronroneo grave—. Yo sí.

Trago saliva. ¿Es aquí donde el Lobo Feroz se quita la máscara y me devora entera?

Me recuerdo a mí misma que soy fuerte. Soy rápida. Puedo entrar y salir de espacios reducidos con facilidad. Pero la lógica me recuerda que ahora no hay forma de escapar de él.

Tenía razón. La mejor manera de mantenerme encadenada a él era atarme con unos votos, y estoy segura de que el hecho de que Mikhail nos enviara a esta isla tenía más que ver con mantenerme como rehén que con darnos una luna de miel. No puedo huir. Incluso si pudiera escaparme de él en mitad de la noche, ¿qué haría? ¿Nadar? ¿Hacia dónde? Nuestras dos familias saben que ahora estoy casada con él.

Pero no quiero dejarlo, me recuerdo. Mi instinto siempre ha sido huir. Y ahora... el mayor desafío consiste en *quedarme*.

Enfrento su mirada. Me humedezco los labios.

—¿Mmm? ¿Qué es más hermoso que esto? —pregunto, intentando adoptar un tono seductor, pero, en cambio, mi voz suena débil y un poco apagada.

—Tú. Desnuda —dice, marcando cada palabra al quitarse una prenda de ropa—. A cuatro patas en medio de esa puta cama.

Se quita la camiseta por la cabeza de un tirón y la lanza hacia nuestro equipaje. A continuación, se desabrocha el cinturón. Se me seca la boca. Lo observo mientras lo saca de las trabillas de los vaqueros. Cuando lo hace restallar en sus manos grandes y expertas, la presión y la necesidad crecen entre mis piernas.

Lo necesito. Lo deseo.

—¿A cuatro patas? ¿Como un animal? —bromeo.

—Como mi esposa.

—Te gusta llamarme así.

Niega con la cabeza. —No tienes ni idea.

Tiene la mirada encendida y, cuando se baja los vaqueros, puedo ver su larga erección a través de los bóxers. Joder, está tan excitado como yo.

Los ojos de Lev arden mientras me mira fijamente, y la intensidad de su mirada hace que la presión entre mis piernas palpite. Reprimo un gemido. Se acerca, con los músculos del torso tensos, y me atrae hacia él. Su cuerpo está caliente al tacto, cincelado; el hombre es un puto dechado de perfección masculina. Sus labios encuentran mi oreja, y el calor de su aliento abanica mi cuello.

—Desnúdate —ordena con voz grave y autoritaria. Me quedo helada. Como no obedezco de inmediato, me da una palmada en el culo. Chillo.

Me tiemblan las manos mientras me quito la camiseta por la cabeza. La dejo caer al suelo mientras sus ojos recorren mi cuerpo. El calor de su mirada me calienta como si me estuviera tocando.

Me quito los pantalones cortos y lo miro fijamente. —¿Yo también puedo tocar?

Entorna los ojos. Su voz restalla como un látigo. —¿Qué te he dicho?

Uf, *joder*. El coño se me contrae y reprimo un quejido. Estoy tan expuesta ante él así...

Me muestro como una mujer segura de sí misma, pero los años de recato forzado me lo inculcaron a base de bien y no puedo evitar sentirme increíblemente expuesta.

No estoy acostumbrada a ser vulnerable ante nadie, y mucho menos ante un hombre.

Es mi marido.

Mierda.

—Todo, Isabella —retumba su voz.

Trago saliva y le sostengo la mirada mientras me desabrocho el sujetador. —¡A la porra! —mascullo al tiempo que lo tiro al suelo. Odio esas putas cosas. Engancho los pulgares en la cinturilla del tanga y lo deslizo por el culo y los muslos. Sus ojos se oscurecen de lujuria mientras absorbe cada centímetro de mi cuerpo desnudo y vulnerable.

—Buena chica —dice, su voz un ronroneo áspero.

Uf. Ah, eso me gusta.

—Dilo otra vez —suplico—. Por favor.

Se inclina hacia mí y me agarra el pelo con el puño antes de dar un tirón. Con su boca en mi oreja, susurra: —¿Te gusta que te llame buena chica? ¿Te gusta que te diga que me complaces? —Me recorre la columna con sus dedos ardientes.

—Sí.

Sí, quiero. ¿A qué viene eso?

—Me encanta lo peleona que eres. Me encanta cómo luchas. La tengo dura desde el helicóptero. —Se inclina y me besa la mandíbula, su voz un retumbar grave—. Ahora, ponte en esa cama como te he dicho.

Camino hacia la cama, sosteniéndole la mirada, y me subo. Al colocarme a cuatro patas como me ha ordenado, una oleada de excitación me inunda. La forma en que me mira, como si estuviera muerto de hambre y yo fuera su próxima comida, me enciende.

Sin embargo, no se precipita. Se toma su tiempo, moviéndose detrás de mí. Rodeándome. Asimilándolo todo.

Inclino la cabeza. Oigo el susurro de la tela mientras se quita los bóxers. La cama se hunde bajo su peso cuando se sube, y sus manos me agarran las caderas con una fuerza posesiva que me hace jadear.

—Abre más las piernas —exige, su voz no admite discusión.

Obedezco, separando las rodillas hasta que estoy completamente abierta para él. Estoy mojada, joder, muy mojada. Sus dedos me recorren la columna, haciéndome temblar, antes de que una mano me rodee para ahuecarme un pecho, apretando lo suficiente como para hacerme gemir.

—Ahora me perteneces, Isabella —murmura, su voz densa de deseo —. Y te voy a recordar exactamente lo que eso significa.

—A ver qué sabes hacer. —Sonrío para mis adentros, pero mi descaro me vale un azote seco.

Gimo.

Se coloca en mi entrada y siento su dura longitud presionar contra mi humedad. Sin previo aviso, embiste contra mí, llenándome por completo en una sola y poderosa estocada. Grito mientras él marca un ritmo implacable, sus caderas golpeando las mías con una fuerza que me deja sin aliento.

—Eso es —gime—. Cógela toda.

Me abro más y apoyo el pecho en la cama.

Sus manos se mueven para agarrarme las muñecas, inmovilizándolas mientras me embiste. La sensación es abrumadora. Joder, me encanta la forma en que toma el control. No puedo moverme, no puedo pensar, solo sentir la intensidad de su posesión.

Cuando se inclina sobre mí, su pecho presiona mi espalda, y vuelvo a sentir su aliento caliente en mi oreja. —Eres mía, Isabella. *Dilo.*

—Soy tuya —jadeo, mi voz apenas un gemido sin aliento.

—Más alto —exige, sus embestidas volviéndose aún más enérgicas.

—¡Soy tuya, Lev! —grito, mi cuerpo temblando con la fuerza de mi orgasmo mientras me invade.

—Así me gusta —gruñe, su propia liberación inminente—. Eres mía, y nunca voy a dejarte marchar.

Me embiste una última vez, gimiendo mientras se corre profundamente dentro de mí. Su agarre en mis muñecas se tensa momentáneamente antes de soltarme, y sus manos se mueven para acunar mi cuerpo contra el suyo mientras nos desplomamos en la cama.

Por un momento, nos quedamos ahí, con la respiración entrecortada y los cuerpos húmedos de sudor. Luego me gira para que lo mire; sus ojos se suavizan ligeramente mientras me aparta un mechón de pelo de la cara.

—Eres increíble —murmura, sus labios rozando los míos en un beso sorprendentemente tierno.

Le sonrío, sintiendo una extraña mezcla de emociones. Siento como si hubiera tirado de una cremallera y me hubiera deshecho por completo.

—Lev —digo en voz baja. Quiero contarle mi plan. Quiero contárselo todo.

Pero no lo hago. Quizás aún no soy lo suficientemente valiente. Quizás necesito conocerlo más antes de hacerlo.

Quizás...

—¿Mmm? —dice, con los ojos cerrados como si estuviera listo para dormir. Ha sido un día largo.

Estamos cansados.

—Vamos a dormir —susurro, sintiendo de repente los párpados muy pesados.

Me pregunto cómo sería confiar en él de verdad. Me pregunto cómo sería... experimentar el amor de verdad.

Su respiración se ralentiza. La mía se acompasa a la suya. Estoy calentita y cómoda, y la cama es tan blanda que me quedo dormida.

A la mañana siguiente me despierto con la cabeza de Lev entre mis piernas.

Oh, *Dios* mío. ¿Estoy soñando?

Me encuentro en un precioso complejo turístico con el amanecer al otro lado de la ventana y una playa de arena blanca. El hombre más bueno que he conocido en mi vida está entre mis piernas, adorando mi clítoris como si su vida dependiera de ello y yo fuera la reina que puede concederle la salvación.

—Las manos sobre la cabeza —ordena con un gruñido grave desde entre mis piernas, para que no me olvide de que él es quien manda. Obedezco de inmediato, y mi mente divaga sobre lo que haría si no lo hiciera.

Probablemente me gustaría.

Solo por divertirme, estiro el brazo y le tiro del pelo. Como si fuera una señal, me clava los dientes en la tierna piel de mi muslo interno. Chillo.

—¿Qué te he dicho? —gruñe—. ¿Necesito atarte a la cama y azotarte el culo antes de hacer que te corras? ¿O vas a ser mi niña buena y correrte en mi cara?

Joder. Me cago en la leche. —Seré una niña buena..., *al menos esta vez* —digo con toda la dulzura que puedo. Me lame el clítoris perezosamente, reprimiendo su propio gemido. —Joder, qué bueno

—susurra con reverencia—. Estás deliciosa. Me encanta esto. Dios mío.

Me lame una y otra vez. Mis caderas se sacuden y sufren espasmos, el placer me inunda el bajo vientre. Estoy caliente y siento un hormigueo, y ni siquiera me he corrido todavía.

—Sabes a sol y a sexo, como si el whisky y el pecado hubieran tenido un bebé.

Suelto una risita y me muerdo el labio. —Eres tan romántico, bicho raro.

Me muerde el muslo de nuevo y grito.

—Ahora sí que la has liado, niña mala —dice, lanzándome una mirada severa. Niega con la cabeza, con los ojos en llamas—. ¿Faltándole al respeto a tu marido?

Está de rodillas, agachándose para coger algo del suelo. Oh, Dios mío, había venido preparado. Tiene en la mano el cinturón de uno de los mullidos albornoces. Con un hábil movimiento, me ata las muñecas al cabecero y lo enrolla a su alrededor, asegurándolo.

De vuelta abajo, me da una palmada en el coño.

Jadeo. —¡No puedes azotarme ahí!

—¿Que no puedo? —dice, inclinándose y azotándome de nuevo—. ¿De verdad quieres poner a prueba esa teoría? Mi cinturón no está lejos. Puedo ir a por él si de verdad quieres que te demuestre lo fácil que me resultaría azotarte el coño.

Es raro que me quede completamente patidifusa, pero lo ha conseguido. Lo miro, temblando al oír su risa sombría, antes de que vuelva a colocarse entre mis piernas. Mis caderas se sacuden, ansiosas por la presión cálida y húmeda de su lengua. Él gime, con los músculos tensos, sujetando su polla dura mientras se la casca y me lame el coño.

Esto es lo más jodidamente porno que he visto en mi vida, y me pone a mil.

—Tienes mi permiso para correrte. Esta vez —dice. Me lame de nuevo y mis caderas se elevan. Me succiona el clítoris entre los labios.

Me hago añicos. El primer espasmo de éxtasis recorre mis venas, cabalgando a través de mí. Me lame el clítoris, y yo me sacudo y grito, con las muñecas apretadas por las ataduras, las caderas levantándose mientras me corro en su cara. Me agarra el culo y lo aprieta con fuerza.

—Joder —dice para sí en un susurro reverente—. Todavía se está corriendo. —Me lame una y otra vez. Mi orgasmo es interminable. Creo que dejo de correrme y luego entro en un segundo orgasmo mientras introduce sus dedos en mi canal, bombeando. Le empapo la mano, y aun así me corro. Una y otra vez, llego al clímax contra su boca hasta que estoy agotada y no puedo moverme.

Todavía estoy atada a la cama cuando me coge las piernas, las abre de par en par y se coloca sobre mí, hundiendo su polla gruesa, caliente y palpitante entre ellas.

Me corro de nuevo mientras embiste dentro de mí, una y otra vez, hasta que no puedo más. Estoy tan débil como una muñeca de trapo, tumbada en la cama mientras él gime, se tensa y se derrama dentro de mí. —Joder —dice—. Nunca había visto nada parecido. No tienes ninguna inhibición. Es la cosa más jodidamente bonita que he visto en mi vida. *Dios*, mujer.

—Tú tampoco has sido precisamente el señor Timidez al correrte, cavernícola.

Eso me gana una sonrisa genuina del tipo.

—Vaya. Una sonrisa. ¿Qué harás si te doy *el desayuno*?

Resopla. —¿Comérmelo? Pero tú no vas a darme el desayuno. He esperado mucho tiempo para esto. Quédate aquí. Quiero desayunar en la cama contigo.

Me desata las muñecas y me reclino en las almohadas, todavía caliente y dócil después de correrme así. —De acuerdo —digo—. Si insistes. —Menos mal que piensa darme de comer, porque la verdad es que no me veo capaz de caminar ahora mismo.

—Pronto descubrirás que no suelo hacer sugerencias.

—Mmm —digo pensativa mientras se pone unos bóxeres y se dirige a la puerta—. Pues tú pronto descubrirás que yo no suelo obedecer.

El ardor de su mirada convierte en gelatina los huesos que me quedan. —Ya trabajaremos en eso.

—Espero que sí.

Niega con la cabeza y se dirige a la puerta.

—¿Por qué te pones bóxeres? —le pregunto a su espalda—. No hay nadie aquí.

—Te puedo garantizar que hay cámaras de vigilancia en el pasillo, y no tengo ningún interés en que mis hermanos me vean el paquete.

Dios. —Me parece justo. Entonces, ¿tampoco puedo pasearme desnuda por ahí?

Espero la que seguro será una respuesta gratificante. —Tendría que matarlos si te vieran desnuda, así que sí. —Se da la vuelta a medio salir por la puerta—. Y *tú* no podrías sentarte en una puta semana.

Joder. Me he corrido dos veces, y ahora me he vuelto a poner cachonda.

Me quedo medio dormida antes de que vuelva con más comida de la que podría comer en una semana, pero estoy muerta de hambre, y la fruta madura y los huevos revueltos están deliciosos.

—¿Qué quieres hacer en nuestro primer día?

—Echar un vistazo al gimnasio y luego ir a la playa. —Me encojo de hombros—. Follarme a mi marido otra vez.

—Tienes razón —dice, asintiendo.

—¿Sobre qué?

—Definitivamente, no necesitas tarta para montar una fiesta.

Sonrío. —Ya, y probablemente sea hora de hablar de anticonceptivos.

Parpadea. —¿Anticonceptivos? A la mierda los anticonceptivos. Estamos casados.

Me le quedo mirando. Dios mío. —¿Qué? Todavía no estoy preparada para tener hijos, Lev. —Ya he revisado mis maletas y he confirmado que llevo las pastillas conmigo. Fue una de las primeras cosas que le pregunté a Polina, y ella me las consiguió.

—Lo entiendo. No tiene por qué ser hoy. —Hace una pausa—. Cuidaré muy bien de ti como mi esposa, Isabella.

El corazón me late con fuerza. —Aun así... no estoy segura de lo que siento respecto a tener hijos.

—¿Por qué? —pregunta él mientras sus ojos escudriñan los míos.

Aparto la mirada, incapaz de articular mis sentimientos. —No lo sé.

Me digo a mí misma que no quiero tener los tobillos hinchados ni ardor de estómago ni estrías. Pero la verdad es que en realidad no sé por qué no quiero tener hijos. Hay una parte de mí que, en el fondo, *sí* que quiere. Me encanta coger a los bebés en brazos, besar sus dulces cabecitas. La forma en que te aprietan el dedo mientras duermen y lo adorables que son cuando sonríen y gorjean. No es que no quiera *bebés*..., solo que quizá no *ahora*.

Y siempre me imaginé teniendo hijos con un hombre al que amara de verdad. Mi voz suena un poco más tensa de lo que pretendía cuando le espeto: —Es que no quiero tener hijos ahora mismo, ¿vale?

Su rostro se pone serio. —Mi familia se lo esperará.

—¿En serio? —pregunto, con la curiosidad picada. Dios, por *supuesto* que se lo esperan.

—Al tener hijos, fortalecemos nuestras raíces. Crecemos en número. —Niega con la cabeza—. Aunque quiero que seas tú la que *quiera* los hijos.

Frunzo los labios. —¿Y eso por qué?

Un músculo se le tensa en la mandíbula. Antes de responder, coge nuestros platos, los apila y alinea las servilletas antes de colocarlos en una bandeja.

—Porque los hijos no son mercancía. —Caray. He tocado un punto sensible—. Mi padre nos trataba así, como trofeos que ganar y poner en una estantería, y eso no está bien.

Trago saliva, mirándolo. —Quieres que yo *quiera* un bebé —repito.

—Por supuesto.

Bueno, ahora sí que se está pasando. Lo miro con el ceño fruncido. —¿Tú *quieres* ser padre?

Sus ojos oscuros se vuelven sinceros. —Sí. Muchísimo.

No es justo que consiga derretirme así. ¿Qué tiene un hombre que dice que quiere ser papá? Me trago el cosquilleo de la garganta y aparto la mirada.

—Aunque tú tuvieras uno malo... —Supongo que le estoy contando más de lo que pensaba.

Giro la cabeza, sin saber cómo continuar. ¿Cómo funcionaría eso de ser yo la reina de Colombia, él de la Bratva y estar *embarazada*?

Quizá sea el momento de contarle mi plan. Quizá sea el momento de que sepa que casarse conmigo tiene claros beneficios... *si* jugamos bien nuestras cartas.

Me le quedo mirando, insegura de si puedo confiar ya en él.

¿Llegará a haber un momento en el que pueda?

CAPÍTULO 14

LEV

Tengo que reconocérselo a Mikhail.

En primer lugar, este sitio es jodidamente increíble.

En segundo lugar, mi mujer es jodidamente increíble.

Teníamos que conocernos y necesitábamos llegar a un punto de confianza, pero no contábamos con el lujo del tiempo del que disfruta la mayoría de la gente. ¿Que nos dejaran caer en medio de la nada, en un paraíso absoluto, y tener que confiar el uno en el otro? Está funcionando.

Tras tres días en la isla, hemos disfrutado de la zona de playa privada, llevando refrescos a la arena. Besándonos bajo el dosel a la sombra. Bañándonos desnudos en el mar, sin nada más que el cielo azul ante nosotros y el graznido ocasional de una gaviota.

Vive para el sexo y, si tiene algún límite infranqueable, joder, todavía no se lo he encontrado.

Hemos aprovechado al máximo el jacuzzi y la bañera de hidromasaje. Incluso me ha hecho hacer una puta rutina de yoga... Dijo algo de que me abriría los chakras, sean lo que coño sean. Después ha intentado guiarme en una meditación, pero la he placado y me la he follado en medio del estudio de yoga.

No ha parecido molestarle demasiado.

Es agradable no tener la tecnología constantemente al alcance de la mano, con notificaciones compitiendo por nuestra atención. Aunque quiero a mi familia con todo mi corazón, está bien tomarse un pequeño descanso de ellos.

Y el sexo con Isabella es alucinante. No hay nada que no haga, es una salvaje. Y a mí me flipa. Cada vez que grita debajo o encima de mí, porque le encanta cabalgarme, me siento como *Superman*.

—Hemos gastado casi toda la comida precocinada —dice Isabella—. Está tumbada en la playa en bikini, con los ojos cerrados. Dejo que mi mirada recorra su precioso y bien contorneado cuerpo. Impresionante.

Hemos caído en una rutina: entrenamos juntos en el gimnasio, nadamos o hacemos senderismo durante el día, y después pasamos las tardes holgazaneando en la playa. Unos días comemos ligero; otros, nos damos un festín. Tiene mucho apetito y no es nada tiquismiquis. Todo parece entusiasmarla. Tiene una sed de vida que me alegra el día. Le encanta explorar y hablar del futuro..., pero hay un elefante en la habitación que tenemos que abordar.

Dos, si soy sincero.

Ya llegaremos a eso.

—*Mi querido jefe* —dice, con los ojos cerrados—. El sol pega con fuerza, pero esta mujer no se quema. Solo se vuelve más dorada.

—¿Sí?

—¿Qué cenamos?

—Creo que tenemos que cocinar juntos. ¿Sobreviviremos?

Abre un ojo y me dedica una sonrisa pícara.

—Eso depende. ¿Puedes mantener las manos quietas?

Bueno, eso lo decide todo. No.

Aunque da igual. Somos los únicos aquí. Tenemos una tarea que hacer, que implica que yo conozca su cuerpo íntimamente y que ella conozca el mío. El vínculo y toda esa mierda.

La hago girar y la beso hasta que sus labios están hinchados y mi polla dura se presiona contra ella.

—¿Qué significa *mi querido jefe*?

Me sonríe.

—¿Todo este tiempo y no sabes lo que significa? ¿En serio?

—¿Todo este tiempo? No ha sido tanto. —Sí que lo ha sido, aunque no en días ni minutos ni horas, pero la vida antes de Isabella fue hace una vida entera.

—Ha sido suficiente —dice con un guiño—. *Mi querido jefe* significa eso, «mi querido jefe».

Joder. Debería haber estudiado español.

—¿Me has estado llamando «tu jefe» todo este tiempo? ¿Es una especie de broma? —Me tumbo de nuevo en la arena a su lado, esparciendo un poco sobre su piel.

—¡Eh! No es culpa mía que no sepas lo más básico de español.

—¿Perdona? ¿Le estás replicando otra vez a tu marido? —Le enarco una ceja. Ella se gira sobre un codo y me lanza una mirada curiosa, levantando su propia ceja a cambio.

—Depende. ¿Qué vas a hacer al respecto?

—Obviamente, te voy a levantar de esa toalla, te voy a llevar hasta ese muelle y te voy a tirar al agua. ¿Qué coño si no iba a hacer? Mocosa.

Se pone a cuatro patas y reprimo un gemido cuando hace una de esas posturas de yoga que hizo en el estudio, levantando el cuello y arqueando la espalda como una gatita. Joder, qué guapa es. He olvidado cómo coño llama a esa postura, pero sé que esto es solo una distracción. Quiere que vea sus tetas en ese diminuto top y su precioso culo pidiendo a gritos un azote.

Gimo.

—¿Qué coño haces? —Me pongo de rodillas.

Y entonces se pone en pie y sale corriendo, y yo voy maldiciendo detrás de ella porque es más pequeña que yo, pero mucho más rápida. Eso no significa que no vaya a pillarla, joder. A los dos se nos da bien este juego.

La arena vuela bajo sus pies descalzos mientras grita y corre a lo largo de la playa. La sigo. Incluso mientras la persigo, sé en el fondo de mi alma que nunca la alcanzaré de verdad. Siempre seremos ella y yo juntos, luchando por sobrevivir, y siempre habrá una persecución.

No hay ni un hueso de sumisión en el cuerpo de Isabella, y a mí me flipa. Me encanta el reto que me plantea. Me encanta cómo corre. Me encanta perseguirla.

Finalmente, tengo una oportunidad. Tropieza y eso la frena un momento, dándome la ocasión de atraparla. Flexiono las rodillas, le meto el hombro en el torso y le doy una palmada en su culito. Ella chilla y se ríe. Me encanta el sonido de su risa. Para alguien que ha pasado por tanto, es increíblemente resiliente. Vive la vida con mucho entusiasmo, y eso me encanta.

Camino hacia el muelle con ella sobre mi hombro.

—Ahora sí que la has liado.

—¡Bájame! —Me golpea la espalda.

—¿Quieres que te baje?

—¡Lev! ¿Qué haces? —grita.

—Sabes perfectamente lo que estoy haciendo. Camino por el muelle hacia el agua. Ella se resiste, pataleando, gritando y empujándome, pero no la suelto. No hasta que llegamos al final del muelle. Le doy una palmada en el muslo, lo que la hace chillar, y luego la bajo de mi hombro y la acuno en mis brazos para poder besarla. —Eres tan guapa —digo con una sonrisa antes de echarme hacia atrás y lanzarla. Se agita y grita, y luego chapotea en el agua antes de salir a la superficie boqueando en busca de aire.

—¡Imbécil! —grita, con el pelo empapado pegado a la cara—. ¡Eso no es justo! —Chapotea, salpicándome, pero yo tengo la ventaja arriba en el muelle—. Venga, entra, Lev —canturrea. Está tan guapa con el pelo cayéndole sobre su preciosa cara, goteando agua. Podría salir en una postal de vacaciones en la playa.

—Vamos —dice—. El agua está genial, *capullo*.

Me reclino, disfrutando de las vistas, cuando de repente su cara se contrae y grita.

—¡Algo me ha picado!

Me lanzo al agua detrás de ella sin pensármelo dos veces. De repente, veo una medusa alejándose nadando y el pánico me invade. La saco del agua de un tirón y nado hacia el muelle. Su pierna tiene una marca roja e hinchada donde la han tocado los tentáculos. Nado rápidamente hacia ella, acunándola en mis brazos mientras la llevo de vuelta a la orilla.

—Aguanta, Isabella —murmuro, con la voz temblorosa por la preocupación—. Ya te tengo.

Hace una mueca de dolor, su respiración sale en jadeos entrecortados.

—Me duele, Lev. Joder, cómo duele. —Isabella tiene un umbral de dolor alto, pero la picadura de una medusa es brutal.

La tumbo con cuidado en el muelle, inspeccionando rápidamente la picadura.

—Lo sé. Tenemos que neutralizar el veneno. Recuerdo haber leído sobre las picaduras de medusa y la mejor forma de tratarlas. Le echo arena en la pierna y la froto para quitarle cualquier resto de tentáculos, pero tengo que llevarla de vuelta al complejo para coger el botiquín de primeros auxilios.

La llevo de vuelta rápidamente y ella se muestra valiente. Puedo sentir la tensión del dolor, pero no susurra ni una palabra de queja.

—¿Qué se hace para esto?

—Necesitamos algo para neutralizar la picadura y las toxinas. Habrá un botiquín de primeros auxilios.

La siento en un taburete de la cocina y rebusco entre los suministros, encontrando una botellita de vinagre en el armario.

—Esto servirá. Extiende la pierna.

Jadea cuando el vinagre entra en contacto con la piel.

—¿Se supone que tiene que quemar?

—Un poco, pero debería ayudar —le aseguro.

Se le llenan los ojos de lágrimas, pero se mantiene fuerte.

—Gracias, Lev.

La miro y odio que esté sufriendo.

—Siento mucho que haya pasado esto. Vamos a ponerte cómoda. Un poco de hidrocortisona ayudará.

La cojo en brazos, la llevo al salón y la coloco con cuidado en el sofá, apoyándole la pierna en alto.

—Voy a por hielo para bajar la hinchazón.

Me dedica una sonrisa débil.

—Se te da muy bien esto, ¿sabes?

Suspiro.

—He practicado mucho cuidando a gente testaruda.

Mientras le aplico la bolsa de hielo en la pierna, hace una mueca de dolor, pero luego se relaja.

—Gracias.

Le beso la frente. Este es mi trabajo. Se supone que tengo que cuidar de ella.

De vuelta en la habitación, se recuesta con el pie en alto.

—Esto *es* culpa tuya —dice, pero noto que en realidad no me culpa —. Si no me hubieras tirado al agua...

—Si no fueras una mocosa, no habría tenido que tirarte. —Sin embargo, me siento culpable—. No pensé que habría medusas.

—Supongo que tendrás que compensármelo —dice alegremente.

—En serio, ¿cómo lo sientes? —pregunto, mirándole el tobillo hinchado.

—No voy a huir de ti en una buena temporada. Sé que estás desolado. Pero la buena noticia es que no creo que esté muy herida. Estoy bien. No sé tú, pero yo me muero de hambre. Vamos a preparar la cena.

Pongo las manos en jarras y la fulmino con la mirada.

—*Yo* iré a preparar la cena. Tú te vas a quedar aquí con esa pierna en alto.

—Puedo estar de pie perfectamente —espeta.

—¡Eres jodidamente testaruda!

—Un clavo saca otro clavo —replica—. No me gusta que me sirvan. Me gusta cocinar mi propia comida.

—Bueno, pues vas a tener que acostumbrarte.

—¿O qué? —me desafía. Ya estamos otra vez.

—O voy a atarte a ese puto sofá. La fulmino con la mirada, totalmente dispuesto a hacerlo.

En lugar de desafiarme, pone un pequeño puchero, lo que es más efectivo de lo que esperaba.

—Lev, no soy una inútil.

—Por fin, solo un poquito. Isabella, eres mi mujer. ¿Puedes dejar que te cuide de una puta vez?

Me mira fijamente y no habla durante un largo rato.

—¿Quieres cuidarme?

—Es un poco diferente a intentar siempre decirte lo que tienes que hacer, ¿no crees? —digo.

—Supongo que sí. Pero prométeme una cosa.

—¿El qué?

—Si *tú* te haces daño, vas a dejar que te cuide. Esto funciona en ambos sentidos.

—Claro. Pero a mí no me pasa nada.

—Eso ya lo veremos —dice en tono de broma.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa, Lev, que vamos a cocinar.

—Isabella —digo, exasperado.

—Por favor —dice dulcemente. ¿Cómo se supone que voy a decirle que no cuando me lo pide así?

Me agacho y la levanto. Hay que reconocer que no protesta diciendo que puede caminar ni nada por el estilo; simplemente se deja llevar.

—Me gusta que me lleves en brazos —dice con voz queda, con un atisbo de vulnerabilidad inusual en ella.

Me gusta.

—¿Ah, sí?

—Hay algo en eso de que un hombre fuerte me lleve en brazos que me hace sentir... no sé, protegida. Y ni siquiera yo puedo evitar que eso me guste, al menos un poquito —admite.

—Pues a mí me hace feliz protegerte —susurro, besándola.

—Puedo ayudarte a cocinar —dice, con la voz sorprendentemente firme—. Estoy perfectamente bien, Lev. Me duele, sí, pero eso no importa. Me da igual.

¿De verdad es tan cabezota? Así va a ser mi vida con ella. Tengo que admitir que me gusta. No soy el tipo de hombre al que le gustan las cosas fáciles. Me gustan los desafíos y me gusta luchar.

—Esta noche preparo yo la cena, pero te prometo que tendrás muchas oportunidades de cocinar para mí. A lo mejor puedes cortar las verduras sentada en un taburete o algo.

Le brillan los ojos y se le contraen los labios. —A lo mejor no eres tan malo.

La acomodo en una silla. —Siéntate. Pon esa pierna en alto.

—Nunca antes un hombre había cocinado para mí —dice con un matiz de asombro en la voz.

—¿En serio? La mayoría de nosotros cocinamos. ¿Quién coño te da de comer?

Ella ladea la cabeza y una mirada melancólica le cruza el rostro. —El servicio. —Se encoge de hombros—. Casi siempre cocinaba yo.

Rebusco en el contenido de la nevera y los armarios. —¿Echas de menos Colombia?

—Sí y no. Echo de menos lo que antes había en Colombia, no lo que es ahora.

—¿A qué te refieres? —Saco el pollo envasado al vacío y luego rebusco en los armarios. Pico cebolla y ajo en la encimera de la cocina mientras ella me cuenta.

—Cuando era pequeña, mi padre estaba muy ocupado con sus negocios. Pero a mí no me importaba. Nada de eso. Por aquel entonces me daba igual. Tenía amigos y un precioso jardín para jugar. Me gustaba leer, montar en bici e ir a nadar al lago que había junto a mi casa. Sí, una pequeña parte de mí sabía que mi padre hacía cosas que probablemente no debía. Oía cosas sin querer. Y cuando él y mi madre se peleaban... —Aparta la mirada y al principio no responde. Le doy su espacio mientras echo la cebolla y el ajo picados en la sartén caliente—. Le pegaba. No era raro en un hombre como él, pero yo odiaba cuando ella lloraba. Odiaba cuando él se enfadaba. Y me prometí a mí misma que a mí nunca me pasaría eso.

Esto no me sorprende, pero no me gusta.

—De niña sabía que era socialmente aceptable, al menos en los círculos de mi padre, tratar a las mujeres como ciudadanas de segunda. En Colombia no hay que buscar mucho para encontrar eso, incluso aquí en América en algunos sitios. —Asiento, comprendiendo lo que quiere decir.

—Las cosas cambiaron cuando empecé a desarrollarme. Ya no era una niña a la que se pudiera apartar de en medio, sino alguien que atraería la atención. Eso era un problema para mi padre. —Aparta la vista—. Mi madre no era tonta, pero estaba totalmente sometida a mi padre y esperaba que yo hiciera lo mismo. No le gustaban los conflictos, excepto cuando perdía los estribos. Quería que yo evitara la peor parte de su ira, así que intentó enseñarme a ser callada y obediente. —Los labios se le contraen y sus hermosos ojos se encuentran con los míos—. Puedes imaginarte lo bien que salió eso.

Sonrío mientras la cebolla y el ajo chisporrotean en la sartén. —Probablemente tan bien como decirle a mi propia hermana que hiciera eso.

—Me enseñó algunas cosas. Y estoy agradecida por tener esas habilidades. Sé cocinar y me gusta tener mi espacio limpio, como a ti, así que en ese sentido, nos llevaremos muy bien. Pero tengo mis propias ideas, Lev.

—Lo sé.

Durante un largo momento, el único sonido en la cocina es el chisporroteo de las verduras y el hervor suave del agua de la pasta. —Intenté cocinar para toda mi familia como sorpresa. Mi padre estaba teniendo un mal día —dice con una sonrisa pesarosa—. Eso es lo que solía decir mi madre. *Tu padre está teniendo un mal día.* Como si eso le diera carta blanca para comportarse como un niño. En fin, hice lo que creía haber visto hacer antes, pero la sartén que usé era demasiado pequeña y el aceite salpicó la llama. Provoqué un pequeño incendio en la cocina. Mi madre se enteró antes que mi padre y se echó la culpa.

Su voz se apaga. Su madre no le cae bien, o quizás no la ha perdonado por los pecados del pasado. No lo sé, pero no le gusta contar estas historias. A mí no me gusta oírlas, pero necesito hacerlo. Necesito conocer cada hilo que teje la tela de quien es ella hoy, porque esto no es una relación pasajera. Esta mujer es mi esposa.

—Cuando vio el fuego, le gritó y montó en cólera. No le pegó, pero rompió cosas. —Aparta la mirada. Cuando vuelve a mirarme, le brillan los ojos—. Odiaba que se estuviera echando la culpa por mí, así que le dije la verdad. Fue entonces cuando le pegó... por mentir.

Sazono el pollo, lo coloco en la sartén y lo miro con el ceño fruncido. —Mi padre tampoco era un buen hombre. Lo entiendo.

No ofrezco detalles sobre lo mío porque esta es su historia, no la mía, pero al parecer, ella quiere saber.

—Cuéntame. ¿Cómo era Stanislav Romanov en realidad?

Por supuesto, sabe su nombre completo. Ha investigado a mi familia. —O a su manera, o nada... lo típico. —No la miro mientras remuevo la olla de pasta porque no me gusta hablar de esto.

—Lev —insiste, sirviéndose una copa de vino—. Esto es cosa de dos, *mi querido jefe.*

Ahora que sé lo que significa en realidad, tiene un peso diferente.

—Tenía su propia forma de tratarnos. Era violento.

—No te he preguntado cómo trataba a todo el mundo —dice con esa forma suya de ir directa al grano—. He preguntado cómo te trataba *a ti.*

No hay nada de malo en contárselo, así que no sé por qué he dudado al principio. —Sabes que mis hermanos y Polina fueron adoptados. Mi padre lo hizo a propósito, creyendo que había ventajas en acoger a gente que había sido maltratada y luego tratarla bien.

Ella asiente, comprendiendo. —Es una de las reglas más básicas de la gestión —dice con una sonrisa—. *El perro es fiel a la mano que lo alimenta.*

—Sinceramente, no recuerdo mucho de antes de que me adoptaran. Mi familia era pobre y me quedé huérfano. No tenía hermanos, solo

a mi madre. Cuando murió de una enfermedad en Moscú, los Romanov me acogieron. Pero yo era el más joven, y se esperaba mucho de mí, más de lo que podía manejar de niño. Al menos, eso es lo que me dice mi madre.

Su mirada se suaviza mientras escucha, pero, por suerte, no me compadece. Se limita a tomar otro sorbo de vino de esa forma tan elegante y bella que me encoge un poco el corazón.

—A medida que me hacía mayor, nada de lo que hacía era suficiente. Atribuía segundas intenciones a todo lo que hacía y se tomaba las cosas como algo personal.

Ella niega con la cabeza. —¿Qué les pasa a estos padres narcisistas? —dice.

Me río, pero ha dado en el clavo. No tiene ninguna gracia. —Sí. La verdad es que no me gusta poner etiquetas a las cosas, pero supongo que es una descripción acertada.

Le doy la vuelta al pollo y lo muevo por la sartén, disfrutando de los aromas de la cocina. Me rugen las tripas. —¿Vino? —pregunta ella.

—Sí —cojo una copa y le doy un sorbo—. Durante mucho tiempo, mis hermanos mayores me trataron como mi padre les enseñó. Viktor era al que había que temer, demasiado grande para que mi padre pudiera controlarlo, así que se lo entregó a Kolya. Mikhail era el mayor y teníamos que obedecerlo. —No sé por qué hablo en pasado. Todavía lo hacemos. Mikhail estaba al mando. Ollie siempre iba a lo suyo, y Nikko, aunque era mayor, era un aliado. Cuando era adolescente, Nikko me enseñó a disparar. A los quince años, maté por primera vez.

Ni siquiera se inmuta, se limita a escucharme como si estuviera hablando de pesca. Es entonces cuando valoro estar con una mujer que lo entiende. Mi realidad no la horroriza porque la suya es muy parecida. Los detalles son distintos, pero el resultado es el mismo.

—Durante mucho tiempo sentí que tenía que demostrar mi valía. Demostrar que era leal, que era fuerte.

—¿Cómo te afectó esa agresión de hace unos años? —pregunta. *Joder*. Por supuesto que sabe lo de la agresión. Ha hecho los deberes. Sabe que me sorprendieron, me pegaron una paliza y me hospitalizaron. Hace mucho que nos vengamos de aquello, pero todavía me quedan las cicatrices.

—Sinceramente, puede que esto sea difícil de entender, pero estoy agradecido de que ocurriera.

Ella niega con la cabeza. —No es nada difícil de entender. Para un hombre como tú, fue un momento decisivo, ¿no?

Dios. Entiende más de lo que yo creía.

La miro y asiento. Quizá no hace tanto que nos conocemos, así que ¿por qué siento que nos conocemos de toda la vida? A lo mejor los humanos nos parecemos más de lo que pensaba.

—Exacto. Fue exactamente eso. Tenía dos opciones: lamerme las heridas, dejar que el trauma me frenara... —se me quiebra la voz; estoy más sensible de lo habitual.

Ella termina la frase por mí. —O dejar que te moldeara hasta convertirte en quien eres hoy. Decidido a que nadie vuelva a hacerle eso a nadie a quien ames.

La sartén echa humo. Apago el fuego y la retiro, sirviendo el pollo en un plato. Echo la sartén en el fregadero y abro el grifo; el vapor llena la estancia.

—Qué pinta —dice—. Siempre he querido probar el pollo ennegrecido.

Resoplo.

Sirvo la pasta en un plato, le añado un poco de mantequilla y parmesano y abro la nevera para sacar una ensalada preparada.

Empezamos a comer.

—¿Por qué te metes las hojas verdes por la garganta de esa manera? —pregunta con curiosidad, tomando un bocado delicado de pasta.

—Porque las odio, joder.

Se queda con la boca abierta. —¿No te gusta la lechuga?

Niego con la cabeza y me paso la ensalada con un buen trago de vino. —Odio las putas verduras.

—¿Pero qué tienes, diez años?

Le dedico una sonrisa de superioridad. —Te he hecho la cena. No tiene por qué gustarme la verdura, solo tengo que comérmela.

—¿Por qué? Eres adulto.

Flexiono el bíceps y me encojo de hombros. Por eso.

Se inclina hacia delante y su voz se vuelve grave y seductora mientras me aprieta el bíceps. —Porque te gusta follar.

—En efecto.

Sonríe, una de esas sonrisas que le iluminan toda la cara. —Por suerte para ti, a mí también.

Me alegro de que no le hayamos dado más vueltas a la conversación. No es necesario. Ella lo entiende, y yo también.

Al cabo de un rato, la botella de vino está vacía. Ella suspira.

—Mi hermano no va a parar, Lev. Solo hay una forma de detenerlo.

—Lo sé —me inclino hacia delante y le aparto un mechón de pelo suelto detrás de la oreja—. ¿Estás segura de esto?

Ella asiente. —Nunca he estado tan segura de nada en toda mi vida.

CAPÍTULO 15

ISABELLA

No se trata solo de venganza. No se trata solo de establecerme como la jefa de Los Sangre Dorada. Es mucho más profundo que eso.

Me levanto y llevo nuestros platos al fregadero.

—Yo me encargo —dice—. Siéntate.

—Se supone que debo caminar con esto, ¿no? —pregunto, insegura.

—No, se supone que tienes que dejarlo descansar. Que baje la hinchazón. Eres fuerte y estás sana. Mañana estarás bien. Pero, por ahora, déjame que me ocupe yo de esto.

—Está bien, si insistes. —Por ahora, le dejaré que se salga con la suya.

—¿Cuándo crees que vendrán a por nosotros? —pregunto.

—Dentro de dos días —me dice—. Me necesitan de vuelta en Nueva York.

—¿Qué ha pasado?

Niega con la cabeza.

—No es tanto lo que ha pasado, sino lo que podría pasar a continuación: ese es el problema. Tú lo has dicho mejor que nadie: tu hermano no va a dejarlo pasar.

Trago saliva.

—Desde luego que no. ¿Ha hecho algo Javier?

—Todavía no, pero la amenaza es inminente, y todos lo sabemos.

—Si me dejaras ver las comunicaciones y lo que habéis encontrado, podría descifrártelo.

Todavía no confía en mí. Lo noto en su mirada. Quiere hacerlo. Y yo quiero que lo haga. Pero aún sospecha que mi lealtad a Colombia y a Los Sangre Dorada está muy arraigada. Necesito convencerlo de que confiar en mí es lo correcto.

—Lev, esto es lo que tenemos que hacer. Al estar juntos, tenemos el potencial de unificar a nuestras familias.

—Pero no con tu hermano en el poder.

—Él me verá como una amenaza e intentará matarme. Va a suponer que te estoy contando los secretos de su familia. Y tengo toda la intención de hacerlo. No se equivoca.

—Mikhail me dijo que te sacara toda la información que pudiera.

—No tendrás que esforzarte mucho —le digo, con el corazón desbocado por lo que estoy a punto de revelar—. Pero solo te lo diré con la condición de que hagamos esto juntos. Quiero que conozcas mi plan.

Me coge en brazos y vamos al dormitorio. El espacio es lujoso, con techos altos, sábanas de seda y una vista impresionante del océano.

Nos desnudamos y nos tumbamos, desnudos, en un cómodo silencio. Entrelaza sus dedos con los míos antes de que yo continúe.

—Esto es lo que me gustaría hacer. Primero, consolidamos nuestra alianza. Asiente, trazando un dedo sobre mi hombro, a lo largo de mi cuerpo. Me estremezco, deleitándome con el tacto de su piel.

—¿Cómo propones que lo hagamos? Sé específica.

—Te contaré todo lo que sé.

Si no tuviera un plan, si no supiera que todo saldrá bien, sentiría que estoy traicionando a mi familia. Pero no soy yo la que ha traicionado a mi familia. Mi hermano aprendió del mejor, y no tiene en mente el bienestar de la gente de mi país.

—Una vez que consolidemos nuestra alianza, acabaremos con Javier. Sé exactamente cómo hacerlo, pero admito que esto es algo que no puedo hacer sola.

Asiente.

—Sí. Pero, hasta ahora, parece que tu hermano va a ponerlo fácil.

Le dedico una sonrisa.

—Eso es lo que él querría que creyeras. Pero no es verdad. Probablemente tiene a mucha más gente escondida a tu alrededor de lo que piensas. ¿Habéis estado en contacto con vuestro topo?

—No puedo hablar de eso contigo.

Dejo escapar un resoplido de enfado.

—¿Esperas que te lo cuente todo y tú no puedes contarme nada? ¿Cómo va a funcionar eso?

Se lo piensa, dándole vueltas. Sé que el problema es que no es una decisión que dependa solo de él. Corre el riesgo de ser desleal a su familia y, a diferencia de mí, eso significa algo para él.

—Baste decir que sí lo hemos hecho. Y dice que hay bastantes hombres de tu hermano en nuestra ciudad, razón por la cual tenemos que volver.

Me deslizo a su lado, me inclino y le acuno la polla con la mano. Se la acaricio con pereza hasta que su miembro se endurece en mi palma.

—Sí, pues este es el plan. Te diré todo lo que sé. Tengo algunos métodos de infiltración que mi hermano desconoce. Amigos infiltrados. Tendré que ser discreta. —Trago saliva—. La hermana de Carlos será una de ellos. Pero su vida corre un grave peligro, y no puedo usar su información hasta que sepa que está a salvo.

Se acerca y me acaricia con el pulgar el pezón endurecido. La excitación me recorre.

—Sí. Por supuesto.

—Tu hermano Ollie. Es el encargado de las relaciones internacionales. ¿Ha pasado tiempo en Colombia? —Me inclino y le lamo la punta del pezón plano. Inspira con un siseo y asiente.

Muerdo.

—Tendrás que enviarlo de vuelta.

Recupera el aliento.

—Cuéntame primero el plan entero. Me levanta para que me siente a horcajadas sobre él. Me encanta sentir sus piernas cálidas y fuertes bajo mi cuerpo. Apoya las manos en mis caderas.

Trago saliva.

—Te contaré todo lo que sé sobre mi familia, pero tienes que prometérmelo. Lo *primero* que haremos es acabar con el tráfico. Lev, te daré las llaves del reino. Una vez que Javier desaparezca, sé exactamente cómo hacer que el resto me siga. Estoy segura de que

puedo hacerlo. —Deslizo mi coño, caliente y húmedo, por su costado.

Asiente, su cuerpo fundiéndose con el mío.

—Sigue.

—Después de que hayamos consolidado nuestra alianza y acabado con Javier, desmantelaremos la operación de tráfico. Haré grandes promesas al resto de los hombres del cártel. Tienes que entender que no te son leales. Son unos despiadados. Solo me quedaré con los que me sean leales a mí.

Me mira fijamente, y la comprensión amanece en sus ojos. Me deslizo sobre su polla.

—Y entonces... —Mi corazón late más deprisa, como el repique incesante de un tambor—. Embiste. Jadeo—... nuestras familias se convertirán en una.

Me inclino sobre él, recorriendo su pecho con un dedo. Hacemos el amor, nuestros cuerpos moviéndose juntos en una danza de pasión y poder, sellando nuestra alianza con cada caricia, cada beso.

Embiste con tanta fuerza que mi cabeza se echa hacia atrás con un grito. Mi voz se ahoga cuando prácticamente le ruego:

—¿Y reinaremos juntos?

—Juntos —dice, y yo echo la cabeza hacia atrás, sintiendo su fuerza, su compromiso. Aquí es donde empieza todo.

—Juntos reinaremos. —Mi orgasmo me abruma mientras él se corre dentro de mí. Gime, sosteniéndome la mirada. Nuestros cuerpos se encienden. Observo cómo se abre su boca mientras mi propio éxtasis me inunda.

—Juntos reinaremos —me susurra. Siento que tiene más fuerza que cuando pronunciamos nuestros votos.

Pero estoy demasiado desencantada como para creer que sea tan sencillo.

¿Quién y qué se interpondrá en nuestro camino?



—Voy a echar de menos este lugar —digo—. Es precioso.

El piloto me tiende la mano para ayudarme a subir al avión, pero la retira rápidamente cuando Lev lo fulmina con la mirada. *Nadie* toca a su mujer.

Eso me encanta.

Dejamos la isla a regañadientes, pero motivados porque sabemos que tenemos trabajo que hacer.

—Yo también. Aunque en casa también es precioso —dice, dándome un beso en la mejilla.

A nuestro regreso, nos ponemos manos a la obra. Día tras día, nos adaptamos a una nueva normalidad. Entrenar, sudar, ducharnos y desayunar.

Trabajar.

Me da dos días para averiguar todo lo que pueda sobre los planes de Javier. Todo lo que le he contado ha corroborado lo que habían dicho sus hermanos. Agradezco la manifiesta falta de lealtad de mi familia, o no podría vivir con ello.

Aunque tengo que hacer esto.

De camino al cuartel general en La Cala, doy un sorbo a mi café con hielo, hecho como siempre lo hago: solo, sin azúcar, con mucho hielo y un chorrito de leche de avena. Tamborileo con los dedos en el salpicadero, reflexionando sobre lo que he descubierto de Javier.

—Oye, tengo una pregunta para ti —le digo—. He estado pensando en esto. Es el momento—. Te he contado muchas cosas sobre mi familia. Ahora necesito saber más de la tuya.

—¿No creías que ya lo sabías todo sobre mi familia?

—No me refiero a tus hermanos, Lev. Me refiero a tu futura familia. ¿Qué quieres? ¿Cuáles son tus sueños? Te he contado los míos con todo detalle. Sabes exactamente lo que quiero. Yo no sé nada de lo que quieres tú.

Frunce el ceño. —Es la primera vez que alguien me lo pregunta. Pero, desde luego, no es la primera vez que me lo pregunto a mí mismo.

—¿Ah, sí? Venga, cuéntamelo. —Doy un sorbo a mi café.

—Siempre he querido una familia. Siempre he querido sentar la cabeza. Por eso me compré una casa aquí mismo, en La Cala. Ya sabes que mi familia lo es todo para mí.

Asiento. —Lo sé.

—Quiero paz. Quiero acostarme por la noche sabiendo que mi mujer está a salvo y que mis hijos son felices. Quiero acostarme cada noche sabiendo que lo he hecho lo mejor que he podido.

Le aprieto la mano.

—A pesar de lo que pasó, ya nada de eso importa —digo.

No es una persona que se abra con facilidad. Pasamos días en la isla hablando de mis esperanzas y mis sueños, de mi pasado y de las duras pruebas por las que he pasado. Pero su historia he tenido que sacársela con sacacorchos. Y ahora que la conozco... quiero darle lo que desea.

—Lev, sabes que no soy la clase de mujer que se queda en casa criando niños. Voy a ser la jefa de los LSD.

—Lo sé —dice en voz baja—. Pero no vas a gobernar sola.

Caigo en la cuenta. Mis esperanzas y sueños, entrelazados con los suyos, podrían funcionar. Esto podría funcionar.

Preguntarle por sus esperanzas y sueños es la primera vez que me he permitido pensar en el futuro de esta manera. Toda mi vida, desde que supe que iba a suceder a mi hermano, supe que iba a acabar con él y a traer la libertad a mi gente. Pero nunca pensé más allá de eso. Me imaginaba a mí misma como la líder, a la que todos los demás debían obedecer. Me imaginaba el fin del reinado de terror de Javier. Pero nunca me permití el lujo de ver nada más allá de ese momento. Y entonces lo supe...

—¿Qué pasa? —pregunta—. Te pones muy callada y seria cuando estás sumida en tus pensamientos. ¿En qué piensas?

Niego con la cabeza, sin atreverme a hablar. Tengo un nudo en la garganta del tamaño de una roca. Si hablo...

—Isabella, ¿qué pasa? —pregunta bruscamente.

Y entonces necesito contárselo. Por alguna razón, necesito contarle a Lev exactamente de lo que me estoy dando cuenta por primera vez.

—Siempre he estado dispuesta a morir por mi gente. Nunca imaginé que llegaría más lejos. Nunca imaginé que estaría... aquí. *Viva*.

No es que no quiera tener hijos *nunca*. No es que no quiera ser madre y criar a mis hijos con un hombre al que pueda amar. Y me pregunto si podría enamorarme de un hombre como Lev. Sé que ya está ocurriendo.

Pero nunca me he permitido soñar más allá del objetivo inmediato. Nunca me he permitido pensar más allá de la supervivencia. Y ahora que puedo...

—Esa es la señal más auténtica de lealtad —dice en voz baja—. Me dijiste que tu familia no era leal.

—Hasta que llegué yo, no lo ha sido. —Pienso en la hermana de Carlos, en la niña de las trenzas que hacía saltar piedras en el arroyo cercano a mi casa, buscando un poco de libertad. Pienso en mi prima Rosella, a la que se llevaron de su casa. Javier no la rescató, aunque tenía medios para hacerlo, porque odiaba a su hermano. Dejarla morir fue su mayor acto de venganza.

Pienso en mi madre. Ni siquiera sé si me quería, pero ahora sé que su falta de amor era un mecanismo de protección.

Estoy harta de que se considere a las mujeres inferiores. La familia Romanov dista mucho de ser perfecta, pero los Romanov son los únicos en nuestros círculos que valoran a las mujeres. Sí, no son una organización benéfica, pero aquí, en la familia Romanov, ellas gobiernan con su talento e inteligencia. Aria es la mejor hacker del mundo. La mujer de Aleks, Harper, puede superar a cualquiera disparando. No conozco a la hermana de Lydia, Vera, pero Lydia es una fuerza a tener en cuenta.

Aquí, la familia Romanov es la única que puede ayudarme a hacer realidad mis sueños.

Ya no estoy sola. Eso es a la vez una bendición y una maldición.

—Déjame hacerte una pregunta —dice Lev, cogiéndome la mano. Su mano es mucho más fuerte que la mía—. Mi familia es ahora la tuya. ¿Sigues dispuesta a morir por tu familia?

—Moriré defendiendo lo que más me importa. Te di mis votos, no por amor, sino por deber. Y el deber está por encima de todo.

—Es una buena respuesta, Isabella. Es una respuesta honesta, y eso es todo lo que te pido. Haré todo lo posible por dártelo todo. Ese es mi deber para contigo. Mi obligación.

Lev es estoico y reservado. Pero bajo esa superficie, tiene mucho más que ofrecer. Otros pueden ver al más joven de la familia como alguien inferior, pero yo sé que no es así. A él no le han regalado nada. Ha tenido que luchar por todo: honor, valor, respeto.

Llegamos a la casa de su familia y, al igual que el tiempo que he pasado con él, siento como si hubiera pasado otro año. ¿Acaso no acabamos de casarnos?

—Hoy vas a conocer a Kolya.

—Tu mentor. ¿Cuál es su historia?

—Mi padre le salvó la vida en la guerra y, por un sentido del deber y la obligación, se vino a casa con nosotros. Se podría decir que ayudó a criarnos, aunque es más como un hermano mayor que una figura paterna. Nos enseñó disciplina y a luchar.

—Es fuerte, entonces.

Lev se ríe. —Se podría decir que sí.

Por alguna razón, me siento un poco insegura. Nunca me siento así, pero supongo que creía saber cuál era mi lugar en la familia Romanov. Cada vez que conozco a otro de ellos, me lo vuelvo a cuestionar todo.

—¿Qué piensa de mí? —intento mantener un tono indiferente, pero fracaso. Me tiembla un poco la voz.

—¿Qué más da?

No me importa lo que la gente piense de mí. Entonces, ¿por qué he hecho esa pregunta? —Quiero saber a qué atenerme.

—Eres mi esposa, y eso es lo único que importa.

La cálida mano de Lev vuelve a cubrir la mía. Aparcamos frente a la casa y no hay nadie fuera. Es un día de otoño precioso e inusualmente cálido. Las hojas son de un naranja tostado y crujen, un oscuro y vívido recordatorio del cambio de estación. Lev y yo estamos al borde de algo monumental, y ambos lo sabemos.

—Quiero saber qué me espera. ¿Es hostil? ¿Agresivo?

—Nada de eso —dice él—. Es firme como una roca. Nada le inmuta. Su dominio del estoicismo me convirtió en quien soy hoy. Pero es mucho más importante que sepas la verdad, Isabella.

Lo miro. No me había dado cuenta de lo emotivo que me resultaba todo esto hasta ahora.

—¿El qué? —pregunto. La adrenalina de mi deber me ha impulsado hasta donde estoy ahora, pero ahora que estoy a punto de traicionar a mi familia, me atenaza el miedo.

—Eres mi esposa. Te hice mis votos. Nunca me he tomado nada más en serio en mi vida. Quiero a mis hermanos, a Kolya y a mi familia con todo mi corazón. Pero tú eres con quien hice los votos. Nadie te hará daño. Nadie te faltará al respeto. ¿Te ha quedado claro?

Mi voz es poco más que un susurro cuando respondo: —Cristalino, *mi querido jefe*. Entremos. —Suelto un suspiro—. Tengo algunas cosas que contarles.

La habitación, tenuemente iluminada, bulle de tensión cuando Lev y yo entramos cogidos de la mano. Los hermanos de Lev están sentados alrededor de la gran mesa de roble, con expresiones que son una mezcla de curiosidad y escepticismo. Kolya está apoyado en la pared, con los brazos cruzados y los ojos entornados; su pelo canoso le da un aspecto de madurez, aunque sus ojos le hacen parecer más joven.

Respiro hondo y miro fijamente a cada par de ojos.

—Isabella, te presento a Kolya —dice Lev—. Kolya, mi esposa, Isabella.

Él asiente en silencio.

—Gracias por reunirse con nosotros —empiezo, con voz firme—. Tengo información crucial para ustedes que puede ayudarnos a desmantelar la red de tráfico de personas de Javier y a asegurarnos su operación de drogas.

Aleks enarca una ceja. —¿Y por qué deberíamos confiar en algo de lo que usted diga?

Lev me aprieta la mano, una advertencia silenciosa. Asiento, reconociendo el escepticismo. —Entiendo sus dudas, pero, por favor, no juzguen hasta que hayan escuchado lo que tengo que decir. Como todos los cárteles, la operación de Javier se basa en rutas y horarios específicos. Por ejemplo, el próximo cargamento debe llegar la semana que viene por el puerto norte. Sus pisos francos se encuentran aquí, aquí y aquí —digo, señalando puntos en el mapa extendido sobre la mesa.

Nikko se inclina hacia delante, su interés se ha despertado a pesar de su recelo. —¿Cómo sabe usted todo esto?

—He pasado años recopilando información sobre su red —respondo —. También tengo conocimiento de sus finanzas. Utiliza estos bancos para blanquear dinero, y estos contables son cómplices. —Deslizo una lista sobre la mesa—. Con esta información, podemos golpearle donde más le duele.

Kolya se separa de la pared, con expresión endurecida. —Esa es mucha información detallada. Casi demasiado detallada. ¿Cómo sabemos que no nos está tendiendo una trampa?

Lev aprieta la mandíbula. —Kolya, ahora está con nosotros. Sus intereses coinciden con los nuestros.

Pero él no había terminado. —O está jugando a largo plazo, Lev, y preparándonos para caer directamente en las manos de Javier... o en las suyas.

Mikhail asiente. —Tiene razón, Lev. ¿Cómo podemos confiar en ella? Ha estado en el otro bando durante demasiado tiempo.

Lev explota y golpea la mesa con el puño. —¡Está arriesgando todo para ayudarnos! Ahora es mi esposa y parte de esta familia. Mostrad un poco de respeto.

Mikhail se levanta, su cara a centímetros de la de Lev. —¿Y si te equivocas, hermanito? ¿Y si nos está mintiendo a todos?

La tensión crepita en la habitación mientras Lev y Mikhail se fulminan con la mirada, listos para pelear. Nikko se levanta, dispuesto a intervenir, pero la voz de Mikhail atraviesa el caos.

—¡Basta! —Su orden es tajante, sin admitir réplica—. Consideraremos esta información con cuidado. Pero, Lev, debes entender nuestra cautela en este asunto. No podemos permitirnos que nos pillen desprevenidos.

El pecho de Lev sube y baja de rabia, pero retrocede, respirando hondo. Le pongo una mano tranquilizadora en el brazo.

Mikhail continúa: —Hay una cosa más. —Señala una pantalla. Se enciende—. Este es Dmitri, el hombre cuya vida corre peligro por su culpa. Es nuestro topo en la operación de Javier. Él corroborará o refutará las afirmaciones de Isabella.

Dmitri asiente y mira nervioso a la cámara. Lanza miradas furtivas por encima del hombro. —Todo lo que ella ha dicho... Es verdad, todo. Parece que conoce la operación de Javier al dedillo.

La sala se sume en el silencio mientras los hermanos de Lev asimilan las ramificaciones. Kolya es el primero en hablar, con tono reticente. —Muy bien, Isabella. Nos ha convencido por ahora. Pero le advierto solemnemente que, si algo sale mal, la responsabilidad será suya... y de Lev.

Lev gruñe. —¿La estás amenazando?

Kolya permanece en silencio, mirando a Mikhail con seriedad.

Asiento, con la determinación firme. —Lo entiendo. Pero créanme, deseo destruir a Javier tanto como ustedes.

El agarre de Lev en mi mano se relaja ligeramente, una muestra silenciosa de apoyo. —Entonces seguimos adelante con su plan —declara, mirando a cada uno de sus hermanos a los ojos—.

Golpeamos a Javier donde más le duele y tomamos el control de sus operaciones.

Kolya me observa, su recelo aún evidente pero ahora atenuado por la contemplación. —Si dice la verdad, entonces es usted más valiosa de lo que pensábamos.

La mirada de Mikhail se suaviza, pero su cautela no se disipa del todo. —De acuerdo. Cogeremos esta información y actuaremos en consecuencia. Pero si esto sale mal, estoy de acuerdo con Kolya, sufrirás las consecuencias, Lev.

Lev asiente bruscamente, con su postura protectora inquebrantable. —Entendido, pakhan. Pero sabed esto, todos vosotros: Isabella está bajo mi protección. Cualquier amenaza hacia ella es una amenaza hacia *mí*, y la defenderé sin importar quién intente hacerle daño.

Mikhail se gira hacia la pantalla. —Bien. Háblenos más sobre las debilidades de Javier. ¿Qué más se puede explotar?

Dmitri se aclara la garganta y me mira con nerviosismo antes de hablar. —La organización de Javier se está desmoronando desde dentro. La moral está por los suelos. Hay un disentimiento y unas luchas internas constantes entre sus lugartenientes sobre qué partes del negocio son más importantes, sobre todo entre Carlos y Mateo. Ambos compiten por puestos de mayor poder en LSD, y esa división es algo que podemos usar a nuestro favor.

Asiento, con expresión resuelta. —Carlos está más interesado en expandir las operaciones de droga, mientras que a Mateo solo le importa hacer crecer el negocio de la trata de personas..., además, es más leal a Javier, pero carece de su crueldad. Si podemos poner a Carlos en contra de Mateo, sembraremos el caos en las filas de Javier.

Aleks se acaricia la barbilla, pensativo. —¿Una lucha de poder podría jugar a nuestro favor? Pero ¿qué podríamos hacer para provocar un conflicto así?

—Sé cómo podemos hacerlo —digo con firmeza—. La semana que viene llega un cargamento. Si lo interceptamos, puedo ayudarles a que parezca un trabajo interno. Carlos culpará a Mateo, y viceversa.

Kolya interrumpe, aún cauteloso. —¿Y cuál es su papel en todo esto?

—Ayudaré a coordinar el ataque y a asegurarme de que las pruebas adecuadas apunten a Carlos —explico—. Tengo las habilidades y los conocimientos para burlar su seguridad. Como ya he dicho antes, deseo la caída de Javier tanto como ustedes.

Lev mira por la sala; las expresiones de sus hermanos son una mezcla de escepticismo y aceptación a regañadientes. —Confiad en ella. Yo lo hago.

Mientras se preparan para salir de la habitación, Aleks se acerca a Lev y le dice en voz baja: —Espero que sepas lo que haces, hermanito. El futuro de nuestra familia depende de ello.

Lev le sostiene la mirada, la determinación ardiendo en sus ojos. —Sé exactamente lo que hago. Y creo en Isabella. Me ha demostrado su valía.

La sala empieza a vaciarse, pero Kolya se queda atrás y me lanza una última mirada. —Veremos si su lealtad es verdadera. No nos dé ninguna razón para dudar de usted.

Me mantengo erguida, con la barbilla levantada en un gesto desafiante. —No lo haré.

Con la tensión aún flotando en el aire, Lev y yo nos quedamos solos en la habitación. Me atrae hacia sus brazos y me da un beso en la frente. —Lo has hecho genial. Entrarán en razón.

Me apoyo en él, con el corazón acelerado por el enfrentamiento. —Eso espero. Tenemos que acabar con Javier. No solo por nosotros, sino por todos a los que ha hecho daño.

Lev asiente, con expresión feroz. —Lo haremos. Juntos.

Lo miro, sintiéndome a la vez decidida y vulnerable. —Tenemos que conseguirlo, Lev. No se trata solo de nosotros. Se trata de todas las vidas que Javier ha destruido y que destruirá si no lo hacemos.

Él asiente, comprendiendo el peso de mis palabras. —Lo conseguiremos. *Juntos*.

Respiro hondo, preparándome para los días que se avecinan. La batalla ha comenzado.

Ya no hay vuelta atrás.

CAPÍTULO 16

LEV

—¡Poneos más rectas! —espeta Isabella. Harper echa los hombros hacia atrás y Polina hace lo mismo—. Mantened el abdomen contraído. Tenéis que aseguraros de que tenéis el control. —El sol de la madrugada arroja un brillo dorado sobre el patio exterior de la casa de mi madre, donde un grupo de mujeres está reunido, con los rostros llenos de determinación y resiliencia.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunto.

—Ya te lo he dicho —dice Isabella, poniéndose de puntillas para besarme la mejilla cuando me acerco a ella—. Estas mujeres necesitan clases de defensa personal. Soy la persona perfecta para este trabajo.

Parece una diosa colombiana, vestida con ropa ceñida y el pelo recogido elegantemente en la nuca. Irradia confianza y fuerza, habilidades que está transmitiendo a las mujeres de mi familia.

—Muy bien, chicas —dice Isabella, con voz cargada de autoridad. Frente a ella están Polina, vestida con ropa de deporte —pantalones

cortos y una camiseta de tirantes—, Harper, la mujer de Aleksandr, Aria y, para mi sorpresa, mi madre. Parece más joven con el pelo recogido en lo alto de la cabeza. Nunca la había visto antes con mallas de yoga y una sudadera.

—Por lo que he oído, va a haber más amenazas contra esta familia —dice mi madre con ferocidad—. Voy a estar preparada para defender a quien sea necesario. Incluido tú —dice—. Ekaterina Romanova no se anda con tonterías.

No puedo evitar picarla. Meto las manos en los bolsillos. —¿Así que no confiáis en que os protejamos?

—Si ni siquiera puedes protegerte a ti mismo, colega —dice Harper, guiñándole un ojo. En lo que a disparar se refiere, no le falta razón. Esa mujer podría quitarle una manzana de un disparo de lo alto del Empire State... desde aquí.

—Tú sí que puedes protegerme, *mi querido jefe* —dice Isabella con voz condescendiente. Se va a ganar un azote en el culo por eso más tarde. Le guiño un ojo y se sonroja. Reprimo una sonrisa.

—Muy bien, chicas —dice Isabella con autoridad y confianza, volviéndose hacia ellas—. Hoy vais a aprender algunas técnicas básicas de defensa personal. Estas habilidades pueden ayudaros a protegeros en situaciones peligrosas.

Harper bota sobre las puntas de los pies, con los dedos crispados como si prefiriera tener una pistola en las manos en lugar de aire.

Isabella se yergue. —Voy a demostrar el primer movimiento, un escape de muñeca muy simple pero efectivo. Si alguien os agarra la muñeca, dirigid el brazo hacia su pulgar —dice, haciéndome un gesto—. Cariño, ¿puedes venir a ayudarme, por favor? Quiero que me agarres la muñeca.

—¿Así? —Camino hacia ella y la observo atentamente—. De acuerdo. Solo espero que no me hagas daño. —Le guiño un ojo. Si me hace daño, se va a enterar más tarde, y lo sabe.

—Tú puedes —dice ella.

Le agarro la muñeca y ella ejecuta el movimiento con fluidez, liberando su muñeca de mi agarre. Las otras mujeres imitan sus movimientos, unas con más maña que otras. Isabella se mueve entre ellas, ofreciendo correcciones y ánimos. —Buen trabajo, Aria. Mantenga el codo pegado al cuerpo. Polina, intente girar la muñeca con más fuerza.

Se acerca a Harper. —Saque las muñecas. Bien. Ahora gire. —Harper sigue sus instrucciones y su muñeca se libera. Levanta la vista hacia Isabella, con expresión de asombro— ¡Ostras! ¡De verdad funciona!

Isabella le sonríe. —¿Lo ve? Sabía que podía hacerlo.

Doy un paso atrás y observo desde un segundo plano mientras pasan a aprender cómo librarse de un estrangulamiento. Isabella explica y muestra la técnica y, por suerte, esta vez no me pide que la demuestre.

Me gustaría estrangularla de una *forma placentera* en la intimidad de nuestro dormitorio, no delante de mi madre, muchas gracias. —Apuntad a los ojos, la garganta o la entrepierna, las zonas sensibles que pueden daros la oportunidad de escapar.

Las mujeres practican con renovada confianza y el patio bulle con sus risas, comentarios y las directrices precisas de Isabella.

Mi mujer. Ella pertenece a este grupo de mujeres y parece sentir lo mismo que yo: la camaradería, el poder. Finalmente, anuncia un descanso.

Se apoya en mi hombro y yo le paso un brazo por la cintura. —Necesitan saber que pueden defenderse. Es importante.

—¿Es que no confiáis en que os cuidemos? —La estoy picando. Sé que quiere ser capaz de protegerse a sí misma, y yo me siento muchísimo mejor sabiendo que puede hacerlo.

—Claro que sí —dice—. ¿Pero has olvidado la picadura de medusa?

—¿Medusa? —resoplo—. Quiero ver a tu hermano en una tumba poco profunda. ¿Y tú? ¿Estás preparada para defenderte cuando llegue el momento? —le pregunto.

Me mira a los ojos y asiente. —Lo estoy. Y también estoy preparada para defender a nuestra familia.

Nuestra familia.

Es la primera vez que usa esa frase conmigo. Me inclino y le beso la frente. —Sé que lo estás.

Me sigue al interior. —¿Qué vas a hacer?

—Tengo que reunirme con Kolya. Quédate aquí y luego te veo para cenar. ¿Te parece bien? Podemos ir a ese sitio indio que querías probar.

—Suena genial.

La reunión con Kolya se alarga más de lo que había planeado. Repasamos cada detalle y, al final, voy a buscarla.

—Mamá, ¿has visto a Isabella? —le pregunto. Mi mensaje no ha obtenido respuesta.

—Creo que ha vuelto a salir —dice mi madre—. Dijo algo sobre que quería tomar el aire.

A Isabella no le gusta estar mucho tiempo dentro y a menudo sale a caminar para despejarse.

Al principio no la veo. Me cuesta un rato localizarla, pero entonces oigo su voz. Bajo los escalones hacia una pequeña zona pavimentada donde mi madre tiene algunos muebles de jardín. Isabella está de pie en un rincón apartado del jardín, hablando en voz baja por teléfono. No logro entender las palabras, pero está encorvada, hablando en un susurro.

¿Qué coño? Me pongo en guardia de inmediato. ¿Con quién está hablando? ¿Por qué se esconde aquí? Si quería hablar con alguien,

¿por qué no podía tener esta conversación delante de mí?

Sé que tengo problemas de confianza. Después de años siendo quien soy, estallan de vez en cuando. Siento como si todo empezara a desmoronarse. Las advertencias de Kolya y mis hermanos no han ayudado. He corrido un riesgo extremo al casarme con ella, e incluso ella lo sabe.

—¿Isabella? —se da la vuelta de golpe y se me queda mirando, paralizada por la sorpresa. Tiene los ojos como platos y la boca entreabierta. Dice algo en español por el móvil y luego se lo guarda en el bolsillo.

La miro fijamente. —¿Con quién coño estás hablando? —pregunto, tratando de reprimir mi enfado.

—No es nada.

Ah, no, por ahí no paso.

—No es «nada». Es obvio que necesitabas privacidad y parece que aquí tenemos un problema serio. ¿Con quién demonios estabas hablando?

—Creía que confiabas en mí —espeta.

Aprieto la mandíbula. —Confío en ti.

—Entonces, confía en mí cuando te digo que estaba hablando con alguien con quien tenía que hablar. Te prometo que todo lo que te he dicho es verdad.

¿Por qué dice eso? Yo no estaba cuestionando si me había dicho la verdad. Doy por hecho que lo ha hecho. —Entonces, dime con quién hablabas.

Aparta la mirada y niega con la cabeza. —Tenía que hablar con la hermana de Carlos. Somos amigas.

—No puedes ser leal a tu familia y a la mía al mismo tiempo —salto.

—¿Perdona? —replica—. ¿Quién ha dicho que esté siendo desleal a nadie? Sabes cuáles son mis intenciones. Sabes lo que me costó darte esa información sobre LSD. Firmé mi sentencia de muerte en el instante en que te lo conté todo, Lev.

Aparto la vista. —Lo sé —niego con la cabeza—. Lo siento. Es que cuando te pones así de evasiva...

—¿Es culpa mía? —dice, incrédula.

—Sí. Lo has hecho a escondidas. No me has dicho con quién hablabas. ¿Qué demonios esperas que piense?

—Está hablando con alguien con quien no puede hablar abiertamente, pero ha prometido contármelo todo, así que confiaré en ella. Mira, solo quería mantener esta conversación en privado.

Aprieto la mandíbula. Presionarla no me va a llevar a ninguna parte. La conozco demasiado bien.

—Bien, Isabella. Vámonos. Quiero pedirle que me enseñe el móvil, que me muestre a la persona con la que hablaba para que pueda demostrarlo, pero ahora mismo me parece una cabronada. Les prometí a mis hermanos que la vigilaría. Les prometí que no dejaría que nos traicionara.

Pero en mi fuero interno… no puedo evitar preguntarme:

¿De verdad puedo confiar en ella?

CAPÍTULO 17

ISABELLA

Desde que me vio con el teléfono, Lev se ha mostrado extrañamente distante. Me cuesta asimilar que sea el mismo amante tierno y apasionado que me cuidó en la playa; el que *quiere* cuidarme cuando nuestras noches están llenas de pasión y nuestros días, de planificación, entrenamiento y preparativos para lo que sé que será un enfrentamiento monumental.

La tensión va en aumento. Lo sé, y ambos podemos sentirla, como el traqueteo de una montaña rusa al subir antes de llegar a la cima y desvelar lo que nos espera. Solo espero que no nos precipitemos hacia la muerte.

He intentado que hable conmigo, pero no quiere, lo cual encaja totalmente con su forma de ser. Supongo que no puedo culparlo. Parecía sospechoso. Sin embargo, soy protectora con mi amiga, y para mí también es importante que ella confíe en mí.

Faltan pocos días para el ataque planeado contra Javier, y Lev apenas ha pasado por casa. Le envío un mensaje, esperando que pueda sentir mi ira contenida.

—¿Vienes a casa a cenar?

No recibo respuesta hasta una hora después.

Lev
—Quizá.

Estrello el móvil contra el sofá y pongo las manos en jarras.

Parece que somos un viejo matrimonio intentando superar una nueva etapa, pero, en realidad, solo estamos tratando de averiguar quiénes somos, al borde de algo nuevo que nos cambiará la vida.

En un momento, siento que puedo confiar plenamente en él. Creo que quiere lo mejor para mí y que los dos gobernaremos juntos. Al siguiente, contengo la respiración, esperando a que todo se vaya al garete.

Una parte de mí sabe que tengo que demostrarle mi lealtad, pero, joder, necesito que él también me demuestre la suya.

Pues vale.

Cojo el móvil y le envío otro mensaje.

—Quiero una respuesta. ¿Vienes a casa o no?

No me molesto en ocultar la rabia de mi tono. A fin de cuentas, sigo siendo su mujer; confíe en mí o no, debería responder a mis mensajes.

Lev
—No me toques los cojones.

Le voy a tocar algo más que los cojones. No respondo.

Cuando dan las siete, voy con paso firme a la nevera. He entrenado cuatro horas hoy y juro que me duele hasta el último músculo del cuerpo. Me duelen las pantorrillas, me palpita la espalda, pero me hago más fuerte con cada día que pasa. Javier no sabrá ni qué le ha

golpeado. Cada vez que mi cuerpo quiere rendirse, cada vez que quiero abandonar, pienso en esas mujeres en mi tierra. Pienso en lo que significará cuando ocupe mi legítimo puesto como líder de LSD.

Cojo unas sobras, las echo en un plato y lo meto en el microondas. Pita un momento después y como sin saborear la comida.

Quiero que esto se acabe de una vez. Y quiero que Lev y yo volvamos a estar en la misma onda, joder.

Por supuesto, en el fondo de mi mente, una vocecita dice: *«¿Alguna vez lo estuvimos?»*

Lo pareció en la isla. Lo pareció cuando cocinábamos juntos, compartiendo nuestras esperanzas y sueños.

Entonces, ¿por qué esta distancia ahora?

Tiro el plato al fregadero.

—¿Vas a tirarlo en el fregadero sin más? ¿No lo vas a meter en el lavavajillas?

Me giro en redondo, más enfadada porque haya entrado en la habitación sin que me diera cuenta de que porque me esté recriminando por un estúpido plato sucio.

—Sí, ya lavo yo bastantes platos aquí. Es un puto plato. ¿Cuándo has llegado?

—Ahora mismo. ¿Qué has cenado?

Me encojo de hombros.

—No tengo ni idea.

Parece desconcertado. Se me retuerce el corazón al ver la adorable arruga entre sus cejas y sus labios curvados hacia abajo. La sombra de la barba incipiente en su barbilla y el retumbar de su voz.

Se rasca la barriga y resulta inquietantemente pueril.

Maldita sea. Estoy *colada* por este hombre exasperante.

—En serio, ¿cómo no sabes lo que has comido?

—Porque me gusta todo lo que hay en esa nevera. He entrenado durante horas y estaba muerta de hambre. Buscaba comida para llenarme la barriga, no manjares —resoplo y me aparto el pelo de un manotazo—. Denúnciame.

Llevamos cuatro días sin follar y estoy un poco de mal humor.

—Joder, tía. Estás de un humor de perros. ¿Necesitas que te lo quite a hostias? Parece que estás con las hormonas revueltas o algo.

Tiene suerte de que solo tenga un vaso de agua en la mano y no una pistola. Le tiro el agua directamente a la cara guapa y arrogante.

Se queda boquiabierto, con el agua corriendo por sus mejillas en riachuelos. Ojalá me sintiera más vengativa, pero solo me siento como una niña que no se ha salido con la suya.

—¿Pero qué *coño*?

Viene hacia mí con paso amenazante, pero me mantengo firme.

—Solo un completo *gilipollas* le echa la culpa del mal humor de una mujer a la regla.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—No he dicho regla. He dicho hormonas.

—¡Es lo mismo!

Levanta las manos al aire.

—¿Cuándo coño te he dado la impresión de que soy un buen tipo?

¿Cuándo me lo ha dicho? No ha hecho falta.

Cuando me llevó en brazos después de que me picara una medusa. Cuando me preparó la cena. Cuando escuchó con compasión mientras le contaba las putadas por las que me hizo pasar mi familia. Cuando me defendió ante sus hermanos. A mí, Isabella Morales-Romanova.

Nadie me había defendido en toda mi vida.

—Tienes razón, Isabella. La luna de miel *se ha acabado*.

El cambio duele. Los momentos íntimos que compartimos, los planes provisionales para nuestro futuro juntos. Se han desvanecido de la noche a la mañana. Quiero acercarme a él. Quiero aferrarme a la cercanía que teníamos antes.

Se detiene en seco a pocos metros de mí, me fulmina con la mirada y coge un paño de cocina, pasándoselo por la cara. Me desinflo un poco. Quería que opusiera más resistencia.

—Me sacas de quicio. Joder, tía —se da la vuelta. Veo la contención que le supone no arremeter contra mí; sus músculos se tensan—. Tengo muchas cosas en la cabeza y tú actúas de forma evasiva. No puedo evitar preguntarme qué coño estás ocultando. Joder, Isabella. No me busques las cosquillas.

—No he compartido *una* conversación contigo y ¿decides cuestionar cada interacción que hemos tenido? ¿Cada palabra que he pronunciado? ¿Crees que te estoy manipulando? ¿A qué estás jugando?

Aprieta la mandíbula y no responde.

—¿Crees que *yo* te estoy utilizando?

Se me hace un nudo en la garganta. Estoy a punto de perderlo todo. Absolutamente *todo.* ¿Por qué estamos discutiendo siquiera?

—Necesito saber que sigues siendo leal a nosotros y no a LSD —espeta él.

—¿Qué más puedo hacer para demostrártelo? ¿Mmm? *¿Qué más quieres?* ¿Sangre?

Quiero zarandearlo hasta que le castañeteen los dientes. Quiero gritar hasta quedarme afónica. Me siento impotente y enfadada, atrapada entre una familia que me odia y otra que no confía en mí.

—Estabas usando un teléfono de prepago. Ese no es tu móvil habitual.

Levanto las manos, exasperada, a punto de estallar. Casi desearía que alguien me echara un cubo de agua *a mí*. —¡Pues claro que sí! Si alguien se enterase de que estaba hablando con Renata, podrían rastrearme. Pero a ti te da igual, Lev. Estás demasiado cegado por tu desconfianza como para atender a razones —se me quiebra la voz; me enfurece. Las lágrimas me nublan la vista, lo que me cabrea aún más—. He estado intentando encontrar una forma de protegernos a los dos. No he hecho nada malo. Pero tú te niegas a escucharme.

Es como si las nubes se hubieran apartado y la oscuridad se estuviera abriendo paso, anunciando una tormenta. Demostrarle mi lealtad será una tarea titánica, pero estoy decidida a intentarlo. Estoy con los Romanov hasta el final. Estoy metida de lleno en los planes que él y yo hicimos para gobernar juntos.

—¿Mi desconfianza? —resopla—. ¿*Mi* desconfianza?

Levanto las manos. —¿Pero qué coño dices?

—Si confiaras en mí, habrías tenido esa conversación con Renata delante de mí.

Suelto un bufido. —Alucinante —pongo los ojos en blanco—. ¿Y qué más? ¿Quieres que te enseñe todos los mensajes que envío? ¿Quieres dar el visto bueno a con quién puedo hablar y con quién no?

Me clava la mirada. Sin decir palabra, se da la vuelta y se aleja.

—¡Oye! Aún no hemos terminado.

—*Yo* sí.

Observo cómo se aleja. Me duele el corazón. Quiero que volvamos a ser un equipo. —¡Pues *yo* no!

—No voy a seguir discutiendo por esto. Por el amor de Dios, sí. *Sí.* Tienes que demostrar tu lealtad. Pero, por lo que me acaba de contar Aleks, tendrás tu oportunidad mucho antes de lo que crees.

Trago saliva. Un escalofrío me recorre la espalda. —¿Qué se supone que significa eso?

Lev me mira por encima del hombro con expresión sombría. —Javier se ha puesto en marcha.

Estoy en la cima de esa montaña rusa y el camino que tengo por delante parece jodidamente peligroso. No puedo ver adónde lleva. ¿Y si me salgo de las vías?

Entra furioso en su despacho y va a cerrar la puerta, pero pongo el pie para impedírselo. La habitación es lujosa e intimidante, con muebles de madera oscura, ricos sillones de cuero, mapas, monitores y un enorme e imponente escritorio. Me frunce el ceño desde su escritorio, pero no responde. Se inclina y enciende su portátil. Veo cómo el agua de su cara gotea sobre un mapa.

Normalmente me encanta esta habitación porque es una extensión de *él.*

—Por Dios, Isabella. Déjalo ya.

—Quiero respuestas. ¿A qué te refieres con que Javier se ha puesto en marcha?

Se aleja de mí y se pasea de un lado a otro, con semblante oscuro y preocupado.

—Nuestro hombre no sabe dónde está. Nadie lo sabe.

Es como si alguien me hubiera echado hielo por la espalda. Me estremezco. —¿Nadie? Javier es una serpiente que se arrastra hacia

nosotros y nadie puede verla.

Niega con la cabeza. —Nadie. Solo podemos suponer que viene hacia aquí y que está listo para atacar.

Joder.

Por supuesto que lo está.

Mi mente va a toda velocidad. —Renata podría averiguarlo.

Lev se detiene y, en su mirada, se debate un conflicto. Su camiseta sigue empapada de agua y su pelo le cae como si fuera un surfista que acaba de salir a la superficie. Frunce el ceño. —He estado oyendo cosas. Sospechamos que Javier está detrás de varios ataques a nuestras operaciones.

—¿Qué? No se arriesgaría a una guerra abierta.

La voz de Lev se tensa, cargada de sospecha. —¿Estás segura de eso? ¿O solo dices lo que crees que quiero oír? ¿Cómo de bien lo conoces?

Me quedo quieta, mirándolo fijamente. —Te estoy diciendo la verdad. ¿Crees que te mentiría después de todo lo que hemos pasado?

Él se aparta, pasándose una mano por el pelo húmedo. —Ya no lo sé. Tu hermano no se detendrá ante nada para acabar con nosotros. Su voz se apaga.

Me acerco a él. —¿Y qué ves tú cuando me miras, Lev? ¿A la mujer que lo ha arriesgado todo por estar contigo? ¿A la mujer que ha luchado a tu lado? ¿O a alguien a quien han enviado para destrozarte?

No me mira a los ojos. —No sé en quién confiar.

Me tiembla la voz. Odio que lo haga. —Si dejamos que nos separen, ya habrán ganado antes de que empiece la batalla.

—Entonces no puedes guardarme secretos —espeta.

—¡No lo he hecho! —Sé que no lo he hecho.

—Según Aleks, tienes tres teléfonos de prepago, una peluca y el cuchillo que encontré en la mesilla de noche.

Me quedo mirándolo. Parpadeo. —Los teléfonos eran para llamar a mis contactos en Colombia sin levantar sospechas sobre los Romanov. El cuchillo es para protección básica y, desde luego, no tengo intención de usarlo. Y la peluca... por Dios, denúnciame si pensé que sería divertido jugar un poco a los disfraces. Se me encienden las mejillas al pensar que Aleks lo ha visto—. Me has estado espiando.

—Es mi trabajo.

Entrecierro los ojos, clavándolos en él. —¿Ah, sí? —Aprieto los dientes—. ¿Cuánto tiempo, Lev? ¿Qué hará falta para que confíes en mí?

—No lo sé —dice, negando con la cabeza, y, por primera vez, parece que está luchando contra su propia duda. Apoya las manos en las caderas—. Ven aquí.

—No estoy jugando a...

Me coge de la muñeca y tira de mí contra su pecho. Choco contra sus duros músculos. Su aroma familiar hace que me den ganas de llorar.

—¿Qué haces?

—Solo hay una forma de sacarte la verdad.

Oh, no, si se cree que...

Sus labios se estrellan contra los míos. Nuestras lenguas se encuentran. Su dominio y mi deseo chocan. Reprimo un gemido, mojada al instante.

Se aparta y me sostiene la mirada. —Debo saber si tu lealtad es verdaderamente solo para mi familia.

La frustración y el dolor crecen en mi pecho. —¡Ya te lo he dicho, Lev! ¡Estoy contigo! Pero sigues dudando de mí, apartándome. ¿Cómo vamos a poder avanzar si no confías en mí?

—¿Cómo puedo confiar en ti cuando sigues ocultando cosas que apuntan a tu culpabilidad? Es como si estuvieras aquí, pero tu corazón siguiera en Colombia.

Mis emociones amenazan con ahogarme. —¡Eso no es justo! ¿Qué más quieres de mí?

Suelta un bufido y me toca el hombro. —Quiero creerte, Isabella. Pero cada vez que bajo la guardia...

—No tienes que demostrarme nada. Puedes confiar en mí. Nunca te he traicionado. Deja de tratarme como si lo hubiera hecho.

Los ojos de Lev destellan con una mezcla de ira y vulnerabilidad. Me coge del brazo y nuestros alientos se mezclan en el aire caldeado.

Vuelvo a intentarlo. —Muéstrame quién eres detrás de esa armadura. Déjame entrar.

Estampa sus labios contra los míos en un beso brusco y exigente. Me rasga la ropa mientras la habitación se llena con los sonidos de nuestra necesidad desesperada. Han pasado días. Parece una eternidad.

Me empuja contra la pared y sus manos recorren mi cuerpo como si buscaran una reafirmación silenciosa. Me agarra el culo y yo le rodeo la cintura con las piernas, atrayéndolo hacia mí. Nuestros movimientos son frenéticos, impulsados por la necesidad de demostrarnos algo. El uno al otro.

Hunde la cara en mi cuello. Me estremezco, absorbiendo su olor. Le lamo el cuello, saboreando el gusto salado de su piel caliente, y él gime. —A veces desearía que no fuéramos así. A veces desearía que

fuéramos gente normal, con trabajos normales y que se preocupara por mierdas como: ¿deberíamos coger un perro? o ¿cuándo es el próximo puto partido de fútbol?

Hago un sonido de asco. —Eso suena tan básico y aburrido de *cojones*. Le beso la parte inferior de la mandíbula mientras el calor sube por mi vientre y una necesidad primitiva me araña el pecho. Lo deseo dentro de mí con tanta fuerza que podría llorar.

—Quizá lo normal está infravalorado —me susurra al oído.

—Superemos esto —le susurro de vuelta—. Y luego lo intentamos, *mi querido jefe.*

—Trato hecho, *mi reina*. El corazón se me desboca en el pecho. *Mi reina.*

—¿Has vuelto a darle al Duolingo? —Sonrío contra su cuello y él me da una palmada en el culo. Cierro los ojos y gimo.

—Aleks tiene una nueva ama de llaves que habla español. La he estado interrogando.

Eso es jodidamente adorable. Le empujo el pecho y le frunzo el ceño. —¿Es joven y está buena?

Me sujeta con una mano mientras me arranca el top con la otra. Le agarro la camiseta y se la quito por la cabeza. Me quedo mirando la anchura de sus hombros, los músculos fibrosos de su cuello y espalda. Le beso los tatuajes de los brazos.

—No —resopla—. Es como una abuela de sesenta años.

Lo beso. Mi lengua se encuentra con la suya. Él emite un sonido gutural, masculino, de aprobación que me provoca cosas deliciosas.

—Ah, bien, a lo mejor puede prepararme un *tres leches.*

Me echa la cabeza hacia atrás y me besa el cuello, y yo gimo. —Creía que no comías tarta.

Trago saliva, la sensación áspera y caliente de su lengua me vuelve loca. —Por el *tres leches*, hago una excepción.

Sonríe. Me derrito. Joder, mi marido es un puto dios. Sin decir palabra, me sube a su escritorio, apartando papeles y mapas. Los bolígrafos rebotan en el suelo y algo en mi interior se estremece ante su descuido. *Me desea.*

Con una mano agarrándome el muslo, usa la otra para abrir la enorme ventana que tengo detrás, dejando entrar el aire fresco de la noche y el sonido lejano de la ciudad. Me estremezco ante la exposición, la conciencia de que toda una ciudad está justo ahí fuera. Veo nuestro reflejo en uno de sus enormes monitores y sonrío.

Me arranca la ropa y me gruñe al oído. —Eres mía, Isabella. ¿Lo entiendes?

Gimo, mis uñas clavándose en los tatuajes de su espalda. —Sí, Lev. Soy tuya. Solo tuya.

Sujetándome con una mano, se baja la cremallera de la bragueta con la otra. Contengo la respiración al ver su polla gruesa y palpitante. Lo quiero *dentro de mí.* No puedo ni respirar hasta que esté dentro de mí.

La cabeza se me va hacia atrás cuando me abre los muslos de un empujón. Me agarro a sus hombros, pero tengo las manos resbaladizas de sudor. Me resbalo. Me caigo y él me coge con sus manos fuertes y expertas.

Nuestros cuerpos se mueven juntos en un ritmo feroz, el mundo exterior desaparece mientras nos perdemos el uno en el otro.

Su teléfono suena una y otra vez.

—Tengo que cogerlo —me dice al oído. Abro la boca para protestar. —No digas ni una puta palabra o te castigaré.

Me muerdo la lengua y sonrío mientras él pulsa su teléfono y activa el altavoz.

—¿Sí?

Me embiste con tanta fuerza que un espasmo me recorre. Cierro los ojos. Alguien le habla en ruso y él responde con gruñidos. Inclino la boca hacia su pecho y le lamo un pezón. Él inspira con un siseo y me tira del pelo.

¿Cómo no me había dado cuenta de lo sexi que era oírle gruñir en ruso? Me embiste una y otra vez, atendiendo la llamada, gruñendo al teléfono y finalmente colgando de un golpe, sin perder nunca el ritmo.

Cuando termina la llamada, su autocontrol se rompe. Lo aparta todo y me dedica toda la intensidad de su atención. Echo la cabeza hacia atrás y grito mi liberación mientras él ruge y se corre dentro de mí.

Me ahogo en la dicha, ciega a todo salvo a la sensación de su cuerpo caliente contra el mío, el torrente de éxtasis en mis extremidades, su semen caliente entrando en mí a raudales. Me corro de nuevo, un segundo clímax pisándole los talones al primero. Grito hasta quedarme afónica. Me desplomo contra él, caliente, húmeda y completamente laxa. No puedo *moverme.* Los perros del infierno podrían estar pisándome los talones y me derrumbaría delante de ellos.

Nuestra respiración es pesada, nuestros corazones laten como uno solo a un ritmo acelerado. Me rodea con sus brazos. Me pregunto vagamente cómo sigue en pie.

—Creía que tenías preguntas para mí —bromeo, con los ojos cerrados y una sonrisa en los labios—. Pensaba que ibas a interrogarme con la polla.

—Pero tenías que venir y hechizarme —me susurra al oído con voz ronca—. ¿Tienes algo que contarme?

Hago una pausa. Sé lo que quiero decirle, pero es demasiado pronto.

¿Verdad?

Te quiero, Lev Romanov.

No puedo respirar cuando no estás aquí.

Haces que me duela el cuerpo de la mejor de las maneras.

Te quiero.

Me acurruco contra su pecho, sintiendo los rápidos latidos de su corazón.

—No —susurro—. ¿Tienes algo que preguntar?

Suspira. —No. No quiero perderte, Isabella.

—Vamos a hacer que esto funcione.

Asiente, pasándome los dedos perezosamente por el pelo enredado. —Tengo que irme. Esa llamada era urgente. Tengo que reunirme con uno de mis hombres.

—¿Javier? —pregunto.

—Sí.

Trago saliva. —¿Puedo ir?

Niega con la cabeza y me aprieta contra su pecho. —Ojalá pudieras. Por ahora estás más segura aquí.

Por ahora.

No quiero verlo marchar.

No puedo explicarlo, pero siento que si le dejo salir por esa puerta... nunca volverá.

CAPÍTULO 18

LEV

A LA MIERDA. Puede esperar a la mañana.

No quiero dejarla. No así.

Me duermo con Isabella en mis brazos. Sueño que hemos vuelto a la isla, solo nosotros dos. Me doy la vuelta y ella se gira hacia mí, con la mano en el vientre.

—Tengo buenas noticias —me dice.

—¿Vas a tener un bebé?

Ella asiente. —Ya no quiero tener miedo de esto. No quiero tener miedo de nosotros. Estoy preparada para dar el siguiente paso.

Una explosión repentina hace añicos nuestra paz. Los cristales de la ventana vuelan por la habitación. Ella grita y cae al suelo. La cubro con mi cuerpo.

Me despierto bañado en un sudor frío. Isabella está a mi lado, completamente despierta. —¿Lev? ¿Qué ha pasado? ¿Estás bien?

Joder, solo ha sido un sueño. *Solo un sueño.*

No estoy bien.

Cojo el vaso de agua de la mesita de noche y bebo un sorbo mientras ella, a mi lado, se vuelve a dormir. Le miro el vientre plano.

No está embarazada.

¿Adónde se me ha ido la cabeza? Dios, tenemos que librarnos de Javier. El camino que tenemos por delante es jodidamente complicado.

Miro al techo, incapaz de volver a dormirme, cuando mi móvil vibra. Echo un vistazo a la pantalla.

Dmitri Petrov... nuestro topo en el LSD de Javier.

Dmitri
¿A qué hora nos vemos?

¿Está con Isabella?

Sí

Dmitri
Tiene que asegurarse de que no nos oiga. ¿Nos vemos en la sede?

¿Ahora?

Dmitri
¿Sí?

Miro la hora. Son las tres de la madrugada.

Voy de camino.

Salgo de la cama y la arropo con las sábanas.

Deseo con todo mi ser poder confiar en ella. Quiero que seamos exactamente lo que dijo que quería: un equipo. Inseparables.

Eso significa dejar atrás toda esta mierda.

Eso significa afrontar lo que venga.

Llego a la sede en un tiempo récord. Dmitri está sentado fuera, en un banco. Hace frío esta noche; se nota un frescor en el aire. Mi aliento se condensa frente a mí.

Nos saludamos con un gesto de cabeza en silencio.

—Hola, jefe.

Le hago un gesto con la cabeza y me siento a su lado en el banco.
—Hola. ¿Cuándo ha vuelto?

—Javier me mandó aquí hace unos días.

—¿Sigue sin tener ni idea de quién es usted?

Niega con la cabeza. —Ni idea. No se imagina lo divididos que están. Solo confía en sí mismo.

Asiento. Eso también corrobora lo que ha dicho Isabella. —¿Y qué le ha ordenado que haga?

—Me han enviado aquí para asegurarme de que nada salga mal con el cargamento que llega mañana por la noche.

Suelto un bufido y me río sin alegría. —¿Qué podría salir mal?

Él también suelta una risa ahogada. —Ya ves. Pero antes de que hagamos ningún movimiento... tengo que enseñarle algo.

Sé lo que voy a ver antes de que me lo enseñe. No sé si puedo fiarme, pero solo hay una razón por la que me ha llamado aquí en mitad de la noche, donde mi mujer no puede oírnos.

Cojo el paquete que me entrega en silencio.

Maldigo en voz baja mientras reviso la transcripción, la comunicación, los mensajes.

—Saben que está aquí...

—No solo saben que está aquí, jefe. La enviaron ellos. Ha estado trabajando con Carlos Cabrera desde antes de que usted la conociera. ¿Tiene alguna prueba de que se haya puesto en contacto con él?

Un escalofrío me recorre el cuerpo. Esto no puede estar pasando.

—No, pero... —mi voz se apaga.

Dmitri espera pacientemente.

—Ha estado en contacto con la hermana de él.

—Eso ya lo sabía.

—Pero ¿ha escuchado lo que decían?

Siento náuseas.

—Su presencia aquí forma parte de una maniobra táctica mayor.

Niego con la cabeza. —Nada de esto la implica. Está haciendo suposiciones.

Con el ceño fruncido, Dmitri me enseña el registro de una llamada. —Mire, jefe. Este es el registro de su llamada con Carlos.

Miro la marca de tiempo. La hora exacta en que la pillé escondida con su móvil de prepago.

Dijo que estaba hablando con Renata. Me mintió.

Asiento. —Gracias. ¿Le ha dicho esto ya a alguien más?

—No, señor.

—Que siga así.

Una sombra cruza su rostro, pero asiente. —Siento ser el portador de malas noticias.

—Ha hecho su trabajo.

Me marcho.

CAPÍTULO 19

ISABELLA

Me despierto con náuseas. Recorro la habitación con la mirada y palpo la cama a mi lado como para confirmar lo que ya sé: se ha ido.

Aunque no es nada fuera de lo común que me despierte sola, después de lo de anoche...

—¿Lev? —pregunto, conteniendo la respiración mientras espero a que responda. Se me encoge el corazón. Miro hacia donde normalmente conecta su móvil para cargarlo, pero no está.

Dios mío, estaba agotada anoche. Me siento en la cama y bebo un sorbo del vaso que hay a mi lado. No ayuda. Tengo un sabor agrio en la boca y se me hace un nudo en el estómago.

—¿Lev? —vuelvo a preguntar, aunque sé que no está aquí. No sé por qué me siento tan sola. Este sitio es tan inmenso, tan vacío y desolado. Me froto el vientre y, por primera vez en mi vida, considero cómo sería si *me quedara* embarazada.

¿*Podría* estarlo? Los anticonceptivos a veces fallan. Frunzo el ceño, preguntándomelo, mientras me dirijo al baño. Pero unos minutos después, tras haberme lavado los dientes y la cara, me siento como nueva. Qué extraño.

Seguro que son los nervios.

Cojo el móvil y le escribo un mensaje.

¿Dónde estás?

No hay respuesta. Mi instinto me dice que algo no va bien. Me quedo mirando el móvil, esperando su respuesta, cuando aparece la notificación de otro mensaje.

Renata
Isabella, ¿estás en casa?

Frunzo el ceño al mirar el móvil.

Sí. ¿Por?

En casa. Este es mi hogar.

Renata
Carlos se ha ido. Javier va a mover ficha. Van a por ti, como estaba planeado. ¿Confías en Lev?

Odio tener que pensármelo antes de responder.

Sí.

Pero después de anoche... no estoy tan segura.

Renata
¿Sabes dónde está ahora mismo?

Miro el móvil con el ceño fruncido. ¿Qué está haciendo? Renata es mi mejor amiga en este planeta, pero ¿qué demonios está haciendo ahora mismo?

No, ¿por qué?

Los puntitos que indican que está respondiendo parpadean en la pantalla. Desaparecen. Vuelven a aparecer, y me estoy impacientando.

¿Qué demonios está pasando?

Renata
Mis fuentes me dicen que está con otra mujer. Sé que es solo una figura decorativa y un medio para trabajar con los Romanov, pero quería que lo supieras. Ten cuidado al confiar en él.

¿Solo una figura decorativa?

¿Solo un medio para trabajar con los Romanov?

Anoche me hizo el amor. Me hizo gritar de éxtasis y me marcó el cuerpo con los dientes y las manos. Me he memorizado los detalles de su cuerpo, la forma en que su mirada se vuelve tormentosa o esperanzada, dependiendo de su estado de ánimo. Sé exactamente dónde tiene el más leve atisbo de un hoyuelo en la mejilla derecha, un indicio de barbilla partida y lo larga que se le pone la barba cuando no se afeita en un día.

Conozco el sonido de su voz cuando está divertido o enfadado o curioso, o cuando simplemente está tranquilo. Conozco su forma de dormir, con el brazo bajo la cabeza y una pistola en la mesilla de noche porque, incluso en el descanso, está dispuesto y es capaz de defenderme.

Sé que le echa poca sal a la comida y demasiada mantequilla al pan. Sé cómo controla cada céntimo que entra y sale de su cuenta bancaria, a pesar de que es inmensamente rico como todos los hombres Romanov. No se fía de nadie y siempre está alerta.

Sé lo que quiere. Lo que espera. Lo que sueña y, sobre todo, que desea la normalidad de una familia a la que volver.

¿Solo una figura decorativa?

¿Nos están utilizando nuestras familias a los dos?

¿Qué mujer?

Renata
No tengo ni idea. Investígalo.

Oh, joder, que si lo haré.

Vale, lo haré. Gracias. ¿Tú estás bien?

Renata
No sé... Carlos empieza a sospechar. Anoche estaba receloso. Pasé la noche en casa de Gia.

Aprieto la mandíbula. Como a mi mejor amiga le pase algo por esta mierda...

Ten cuidado.

Miro la hora. Tengo una hora antes de que se suponga que debo dar otra clase de defensa personal en la sede de la familia Romanov.

Será mejor que vaya antes y haga algo de trabajo de investigación. Hacer algunas preguntas.

Mujer.

¿Está en contacto con otra mujer?

Dios mío, juro que lo castraré con un cuchillo de carne.

Preparo café y lo sirvo en una taza. Cuando abro la puerta, no me sorprende encontrar a tres guardias plantados como una barrera en mi camino.

—No puede pasar, señora Romanova.

Por supuesto que me van a decir esto.

Hago un sonido de disgusto.

—Para empezar, por Dios, yo no soy ninguna *señora Romanova.* De esas ya hay muchas. Soy Isabella, gracias, aunque puede llamarme «señorita». —Lo miro por encima del hombro, reuniendo toda la autoridad que puedo y canalizándola en una sola mirada fulminante —. ¿Ha visto a mi marido?

—No desde anoche, señora —dice un tipo alto y fornido con la cabeza rapada—. Dijo que la mantuviéramos a salvo.

¿Mantenerme a salvo o mantenerme *aquí*? Después de lo que ha dicho Renata, no sé cuál es la verdad.

Vuelvo a mandarle un mensaje, pero no responde.

Les dije a las chicas que hoy les daría la segunda clase, así que es irrelevante que él esté aquí o no. Voy a mantener mi promesa.

—Apártese —le espeto al guardia.

—No, señora.

—Por Dios, hay una diferencia entre *señorita* y *señora*. No soy ninguna anciana. —Me mira de arriba abajo—. Si mi marido viera cómo acaba de mirarme, se quedaría sin esos putos ojos.

Aparta la cabeza de mí todo lo rápido que puede. Aunque no voy de farol. Lev lo mataría.

¿Lo haría?

¿O todo esto ha sido parte de una actuación?

Pero Lev no actúa. No forma parte de su carácter. Su audaz honestidad es una de las cosas que más amo de él.

Amo.

Si me está engañando, voy a matarlo.

—Apártese —le espeto al guardia—. No le conviene bloquearme el paso ahora mismo.

—Si se va, tendré que decírselo al señor Romanov.

—¡Vaya! Hágalo. Quizás así se digne a dar la puta cara.

Aparto al guardia de un empujón. Intenta agarrarme, pero lo detengo encendiendo la cámara de mi móvil y grabándolo.

—Adelante. Vuelva a tocarme. A ver qué dice mi marido cuando vea este vídeo que le voy a enviar.

El guardia levanta las manos.

Paso furiosa a su lado hacia el Lexus plateado y pequeño que Lev me regaló cuando volvimos a casa después de nuestra luna de miel y me dirijo directamente a la casa de los Romanov.

Echo un vistazo al móvil.

Sin respuesta.

Si sigue vivo, soy capaz de matarlo yo misma.

Cuando llego, mi suegra, Ekaterina, está en el escalón de la entrada, saludándome con un gesto adorable. Se me hace un nudo en la garganta y tengo que apartar la mirada. No quiero que nadie me vea llorar. Nunca antes nadie se había alegrado tanto de verme.

Me recompongo rápidamente y salgo del coche.

—¡Buenos días! —dice—. He preparado bollos y café para todas, pero la mayoría de las chicas están listas para empezar ya. ¿Quiere coger algo de comer?

—Mamá. —Polina sale fuera con sus mallas de deporte y una camiseta de tirantes—. Mírala. ¿Te parece el tipo de mujer que desayuna bollos?

Su madre se ríe a carcajadas.

—Desde luego que no. —Me guiña un ojo—. Lev y usted son la pareja perfecta. ¿Se preparan batidos de proteínas juntos?

No puedo evitar resoplar ante eso.

—No tienes ni idea.

¿La pareja perfecta? Reprimo un suspiro. Podríamos serlo.

—Muy bien, chicas —les digo a todas mientras estamos formadas fuera—. La última vez, repasamos cómo zafarse de un agarre de muñeca. También hablamos de cómo ganar ventaja golpeando los puntos más vulnerables. La mayoría de los hombres son más grandes y fuertes que la mayoría de las mujeres, por lo que depender de la fuerza bruta o pelear en la mayoría de los casos no será útil. Sigamos repasando técnicas que sí podrían serlo.

Me muevo al centro de la habitación, mis ojos recorriendo los rostros ansiosos de las mujeres reunidas frente a mí. Polina, esbelta y grácil y con ganas de aprender. Aria, con las gafas sobre la nariz, alerta y preparada. Harper, con su espeso pelo castaño recogido en una coleta, una pistola en una funda a su lado. Incluso la Lydia de Viktor se ha unido a nosotras.

—Hoy aprenderemos a escapar de un abrazo de oso por la espalda. Es una técnica común en una situación de rehenes, así que es importante saber cómo reaccionar de manera efectiva.

Le hago un gesto a Polina para que dé un paso al frente, demostrándole cómo posicionar las manos.

—Si alguien te agarra por detrás en un abrazo de oso, lo primero que quieres hacer es bajar tu centro de gravedad. Dobla ligeramente las rodillas y baja las caderas. Esto hace que al atacante le sea más difícil levantarte.

Ella observa mientras continúo.

—A continuación, crea espacio. Usa los codos para golpear hacia atrás en las costillas o el estómago del atacante para que afloje su

agarre. También puedes pisarle un pie o usar el talón para golpear una espinilla.

Doy un paso atrás.

—Ahora, poneos por parejas y practicad.

Camino entre ellas, ofreciendo sugerencias y ánimos.

—Bien. Recordad mantener vuestros movimientos rápidos y enérgicos. Queréis crear dolor y sorpresa para que os suelten. Mantened siempre la cabeza fría para tener la ventaja. Los hombres a menudo recurrirán a la fuerza bruta al capturar o herir a una mujer. Sed más listas.

Las observo ganar confianza, sus movimientos más fluidos. No puedo evitar sentir una sensación de orgullo junto a una creciente sensación de fatalidad.

¿Qué pasará ahora? ¿Estamos preparadas?

¿Dónde demonios está Lev? Tengo un montón de malditas preguntas para él.

—Buen trabajo, chicas. El corazón me martillea en el pecho. Contengo la respiración, incapaz de mirar por encima del hombro. Conozco esa voz.

No sé qué pensar.

Me giro y miro fijamente a Lev. Me sostiene la mirada. Un pozo de preguntas emerge, burbujeando hacia la superficie. Tengo tanto que necesito preguntarle. Tanto que necesito saber.

¿Responderá a mis preguntas?

Trago saliva y miro al frente, tratando de controlar el temblor de mis miembros.

—Buenos días, preciosa —dice, dirigiéndose hacia mí. El corazón se me templa a mi pesar.

Quizá Renata se equivocaba. Quizá...

Oigo el silbido al mismo tiempo que él. Nos miramos en una fracción de segundo de reconocimiento antes de que grite:

—¡A cubierto!

Una explosión hace añicos la quietud. Estallan gritos a nuestro alrededor mientras el banco de piedra del jardín explota. El humo entra a bocanadas y nos envuelve. Caigo al suelo y tardo un segundo en darme cuenta de que él está encima de mí, protegiéndome bajo su pesado cuerpo. No puedo ver lo que está pasando.

—¡No os mováis! —ruge, no solo para mí, sino para todas—. Nos atacan.

El humo sigue y sigue llegando, y finalmente caigo en la cuenta.

—Lev, ha sido una detonación para distraer, pero el resto son bombas de humo. ¡Ya vienen, déjame levantarme!

Se levanta de un salto y ambos cogemos nuestras pistolas. Me atraganto con el humo que nos rodea, pero mantengo la cabeza fría como les dije a las chicas. Me tiro al suelo para poder respirar mejor y giro la mirada a mi alrededor.

—¡Asegúrate de que todas estén a salvo! —grito—. ¡Tu madre, tu hermana!

—¿Dónde está todo el mundo? —grita Lev.

—¡Harper!

—¡Aquí!

—¡Lydia!

—¡Aquí!

Exhalo un suspiro de alivio.

—¿Mamá? —grita Lev.

—¡Aquí!

—¿Polina? —No hay respuesta—. ¡Polina!

Mierda.

Me arrastro por el suelo, buscando cualquier cosa que me dé una pista, cuando veo a través de la niebla y el humo un par de piernas de hombre y a una mujer vestida con mallas de deporte.

—¡Suéltala o disparo! —grito. Ruedo por el suelo a través de la niebla y me deslizo directamente hacia sus piernas. Él cae encima de mí y me da un codazo en el cuello. Chillo cuando me agarra la muñeca, pero rápidamente le supero en la maniobra para que no pueda retenerme.

Hay un grito repentino y un golpe seco, y mi marido aparece como transportado por arte de magia, con una expresión aterradora en su rostro a través de la nube de humo.

—Esa es mi mujer —dice antes de amartillar su pistola, apuntar a la cabeza de nuestro asaltante y apretar el gatillo.

—Eh, y tu hermana —masculla Polina mientras miramos el cadáver de su posible secuestrador.

—Lo siento —le digo, poniendo mi mano en su hombro.

—Bah, puedes quedártelo —dice con un guiño, pero Lev no nos oye. Ya está a por el siguiente.

Trabajamos en equipo. Abato a un hombre con un chaleco táctico mientras Lev le clava el cuchillo a otro que va a por su madre. Observo con orgullo cómo Aria se las ingenia a la perfección para zafarse de una llave de estrangulamiento antes de sacar la pistola y apretar el gatillo. Ekaterina no se queda atrás, se libera la muñeca de un agarrón y saca un cuchillo de una funda en la bota para rajarlo.

Lev pide refuerzos a gritos por el móvil, y los hombres de los Romanov irrumpen en el jardín trasero. Durante unos largos instantes, no se oye más que el sonido ensordecedor de los disparos, los gritos aterrorizados, el choque de las armas y los quejidos y súplicas de nuestros asaltantes. Estoy jadeando sobre el cuerpo de un hombre que me resulta vagamente familiar —un amigo de mi hermano, supongo— cuando la polvareda empieza a asentarse.

Mikhail mira desafiante a la multitud. —¿No falta nadie? Veo la sombra de alguien detrás de él. No la ve, y no tengo tiempo de advertirle. Ruedo sobre mi hombro derecho, adopto mi postura y aprieto el gatillo, pero cuando mi bala da en el blanco, resuena otro disparo, seguido de otro y otro.

Joder. Harper es la puta ama con una pistola. Está en el otro extremo del patio y aun así le ha dado justo entre ceja y ceja.

—Joder —masculla Mikhail.

Los reunimos a todos. —Estás herido —le digo a Lev. Tiene un tajo en la mejilla y le gotea sangre de un corte en la frente.

—Estoy bien —espeta—. ¿Y tú?

No, no estoy bien. Tengo náuseas, me siento rara, acabamos de sufrir un ataque, ¿y tú estabas con otra mujer?

Niego con la cabeza. Estamos heridos y aturdidos tras este ataque. Los hombres de los Romanov se gritan unos a otros en ruso. Lev maldice.

—Joder —masculla—. ¿Qué sabes de las tácticas de Javier?

—Es un cabrón muy astuto —espeto—. Renata me ha dicho esta mañana que sus hombres estaban aquí. Un ataque directo como este es coherente con su estilo habitual, pero... —mi voz se apaga.

—¿Pero qué? —Lev se está impacientando.

—Será más sigiloso —me vuelvo hacia Mikhail—. ¿No falta nadie?

—No —suelta un suspiro—. Pero Javier no ha terminado, ¿verdad?

Niego con la cabeza. —Ni de coña. Ha sido una advertencia. Quiere mantenernos en vilo.

—Hijo de puta —gruñe Lev.

—Podríamos enviarlas a un piso franco —dice Ollie en voz baja, con los brazos cruzados sobre el pecho detrás de Mikhail—. Lo tenía preparado.

—Yo no voy a... —una fuerte oleada de náuseas me invade de repente, haciéndome perder el equilibrio bruscamente. Casi me desmayo. Solo con pura fuerza de voluntad, me obligo a recobrar la compostura, a enderezarme y a empezar de nuevo— Yo *no* voy a ir al piso franco —espeto.

Lev aprieta la mandíbula.

—Polina —le hace un gesto con la cabeza a su hermana.

—¿Mmm?

—Hazle la prueba.

Polina se queda mirándolo. —Lev, yo...

—Hazlo —espeta él.

Lo miro fijamente, con la mandíbula desencajada. —¿Hacerme la prueba de... qué? —los demás nos están mirando. Lev no me mira a los ojos. Un sofoco me recorre el pecho cuando empiezan a dispersarse.

—Todos al comedor —ordena Mikhail. Baja la voz—. Os dejaremos solos.

¿Qué coño está pasando aquí?

La mandíbula de Lev se contrae y se relaja. El humo de la bomba se ha disipado y nos hemos quedado aturdidos, cubiertos de sangre, pero por lo demás ilesos. Lo miro fijamente.

—Habla conmigo.

Se pasa una mano por el pelo. ¿Por qué parece tan culpable?

—La tomaba todos los días en la isla.

Traga saliva. —No, no lo hacías.

—Sí, lo hacía. Dijiste que ya no la necesitaría, pero aun así la tomaba, porque...

Mi voz se apaga cuando su rostro se ensombrece.

—No eran anticonceptivos. Me deshice de esa mierda. No has tomado anticonceptivos desde entonces.

Lo miro fijamente, sin apenas creer lo que me está diciendo. —¿Has manipulado mis anticonceptivos? —mi voz es un susurro bajo. Siento que me ahogo. Niego con la cabeza de un lado a otro, sin creer que pudiera caer tan bajo—. Y también sé lo que has hecho a mis espaldas.

Veo cómo frunce el ceño. —¿De qué coño estás hablando?

—Saliste en mitad de la noche. ¿Crees que yo no tengo espías también? ¿Cómo iba a saber algo sobre Javier, eh? ¿Qué coño te pasa, Lev? Creía que te gustaba estar conmigo.

Se acerca a mí y se pasa una mano por la cara mientras un médico corre hacia nosotros. —Señor, siéntese, por favor. Vamos a atenderles a los dos.

Lev mantiene una conversación en voz baja con ellos.

—¡Perdona! ¡Estoy sentada aquí mismo! ¿Qué diablos...?

Pero no responden.

Observo cómo limpian a Lev. Observo cómo Polina se va y vuelve unos instantes después, con los ojos como platos y el rostro pálido.

—Tienes que hacer pis aquí —me dice al oído, entregándome una pequeña bolsa de papel con un vasito dentro. Gracias a Dios que tiene formación médica, porque si no, me moriría, literalmente.

Esto no puede estar pasando.

—Yo me encargo —le cojo la bolsa. Nunca me he hecho una de estas pruebas, pero necesito saberlo.

Primero.

Lev me lleva a un lado y se pasa una mano por el pelo. Ha palidecido y sus ojos tienen una mirada atormentada. —Tienes que saberlo. Manipulé tus anticonceptivos. Ahora que te conozco... ahora que sé quién eres, no haría algo así. Ahora que... sé que te quiero.

Lo miro fijamente. Está hablando un idioma que conozco, pero es como si no pudiera entenderlo. Parpadeo.

—Te dije que encontraría una forma de encadenarte a mí. Los votos solo fueron el principio.

—Y aun así me has engañado —susurro, negando con la cabeza.

Su rostro se contrae y niega con la cabeza. —Nunca, Isabella. Eso es una puta mierda. ¡Nunca te he engañado! No lo haría. Manipulé tus anticonceptivos porque quería que tuvieras un hijo mío. Quería atarte a mí de una forma que no pudieras disolver —niega con la cabeza.

—¿Cómo los manipulaste?

Aparta la mirada. —Cambié tus pastillas.

Él... ¿*qué*?

Lo fulmino con la mirada y entrecierro los ojos. —Tu hermano te ha incitado a hacer esto, ¿verdad? —cuando no responde, ya tengo mi

respuesta. Lo miro con incredulidad, demasiado atónita como para enfadarme siquiera.

Todavía.

—Te dije que no quería un bebé. Dijiste que estabas de acuerdo en que los niños no son una mercancía.

Y él me ha dicho lo importante que es para él tener hijos, ser padre. Si los quiere, ¿son de verdad una mercancía?

Pero es *mi cuerpo.*

Lo aparto para pasar y me dirijo a un baño. Hago eso de mear en el palito.

Miro cómo aparecen las dos líneas rosas.

Me quedo mirando, incrédula.

Embarazada.

CAPÍTULO 20

LEV

DESDE LUEGO, no fueron mis mejores momentos.

Joder, me va a matar.

¿Pero eso de que la he engañado? ¿De dónde coño ha salido eso?

Isabella está de pie frente a mí, con los puños apretados a los costados, pero parece estar atravesando un torbellino de emociones. —¡Embarazada! —grita antes de llevarse las manos al vientre—. ¿Está bien el bebé? —susurra—. ¿Cómo has podido hacerme esto? —brama antes de negar con la cabeza y tragar saliva—. Tengo que ver si el bebé está bien. Oh, *Dios* mío. Te juro por Dios que, como descubra que me has engañado, voy a asesinarte, a enterrarte, a resucitarte y a volver a matarte, y luego voy a quedarme con todo tu puto dinero para rematar, porque me lo debes, ¡maldito hijo de puta!

Vale, de acuerdo. Está claro que ahora mismo no está en sus cabales.

—Escucha. Mátame luego. Te ofreceré mi puto cuello si quieres. Pero primero tenemos que averiguar de qué demonios estás hablando.

—¿Con quién estuviste anoche? —espeta—. ¿Mmm?

Pongo las manos en jarras y la fulmino con la mirada. —Tú primero. ¿Con quién has hablado y en qué coño estás pensando?

—¡*Tú* primero!

—¡Bien! Estuve con Dmitri. Tenía un montón de mierda que contarme sobre lo que has estado haciendo.

—¿Yo? —niega con la cabeza, incrédula—. Pues *yo* he hablado con alguien que me ha dicho que me has puesto los cuernos —dice, con un brillo de advertencia en los ojos que me indica que está a punto de hacer una locura. Podría inmovilizarla, pero es una experta en librarse de cualquier atadura.

—¿Quién te ha dicho eso? Es mentira.

—Claro, cómo no ibas a decir eso —se burla—. Viniendo de un hombre que me jodió los *anticonceptivos*.

—Ah, muy bonito. Tiene narices que lo diga alguien que está en contacto con Carlos Cabrera.

Me mira fijamente. —¿*Qué*?

—Me has oído.

Isabella se levanta y se pone a caminar de un lado a otro. Cavilando. —Vamos a olvidarnos del bebé por un momento porque conozco a mi hermano y sé que vendrá pronto. —Me señala con un dedo—. Aunque sigues estando jodidamente *frito*. *Idiota*.

Le gruño. —Continúa.

—Esto es lo que él hace. Esto es exactamente lo que hace mi familia. Enfrentan a todo el mundo entre sí. Javier no tiene la capacidad de acabar de verdad con los Romanov, con todas vuestras alianzas y vuestra fuerza. Lo que hará es enfrentarnos el uno al otro.

Frunzo el ceño. Tiene sentido, pero es probable que sea exactamente lo que diría si fuera culpable. Aun así, necesito que me lo aclare. —Vale. Sigue.

—Entonces, alguien te ha dicho que estaba en contacto con Carlos. ¿Con qué propósito? ¿Dónde están las pruebas? Por el amor de Dios, ¿crees que Carlos deja que Renata tenga un teléfono a su nombre? Por supuesto que mi contacto con ella parecerá un contacto con él. —Me mira mal—. ¿Has *visto* a Carlos? Es un flacucho y feo hijo de puta. No le dejaría ni respirar el mismo aire que yo, y mucho menos que me *tocara*. —Se estremece como si se hubiera topado con otra medusa—. *Qué asco*.

Joder. Ahí le ha dado. Aun así... —He leído una transcripción. Decían que te envió aquí tu hermano.

Se ríe sin alegría. —Típico de Javier, intentando quedar bien. Por supuesto que te hizo creer eso. —rueda los ojos—. ¿Crees que si Javier me hubiera enviado aquí, habría hecho que me escondiera en tu almacén vestida de hombre y que luego me *casara* contigo?

Tiene razón. Por supuesto que no.

—Lev —dice con dulzura—. ¿No ves lo que están haciendo? Tu hombre te dijo que yo era desleal. Mi contacto me dijo que *tú* lo eras. ¿Cómo puede ser cierta alguna de esas dos cosas? Esto es exactamente lo que quieren que pensemos. —frunce el ceño—. Espera. ¿Lo del embarazo es verdad?

Me encojo. Dios, soy un capullo, y quiero creerla. —Sí.

Inspira por la nariz. —Me voy a hacer otra prueba, y te juro que te mataré más tarde. Pero primero vamos a resolver esto. ¿Quieres saber cómo hacemos que den la cara? ¿Que salgan de su escondite?

—¿Cómo?

Se inclina hacia mí. —Les damos lo que quieren. Rompemos públicamente. Dejamos que piensen que han ganado. —asiento.

Tiene sentido—. Fingamos que han ganado. Aunque fuera cierto que me engañaste y que yo... —Se le quiebra la voz. Traga saliva—. Y que yo te traicioné. Incluso si eso fuera verdad, tú y yo romperíamos igualmente.

Estamos haciendo el puto paripé y aun así siento como si alguien me clavara un cuchillo en las costillas. —Sí —susurro—. Cierto.

Quiero abrazarla. Quiero besarla. Quiero demostrarle que las pruebas de Dmitri son falsas, que nos han tendido una trampa.

Quiero demostrarle que tener un hijo mío no la destruirá, no *nos* destruirá.

Quiero que sepa que no lo hice solo porque mi hermano me lo pidiera, sino porque *quiero* un hijo con ella.

Quiero compensárselo todo, también, porque, joder, soy un puto capullo.

El único camino a seguir, entonces... es separarnos.

—Te quiero —digo con los labios mientras me alejo un paso de ella. Parpadea y una lágrima gruesa le resbala por la mejilla.

Quizá no todo esté perdido.

—Y yo te quiero a *ti* —susurra—, aunque nunca te perdonaré que me hayas dejado preñada, pero vamos, en la puta *vida*.

—Te lo compensaré —prometo—. Venga. Ha llegado el momento.

Isabella inspira hondo. Se le hinchan las fosas nasales y aprieta las manos en puños a los costados. —¡Mentiroso! —grita—. ¿Cómo has podido? Creía que te quería. ¡Creía que podía confiar en ti, puto trozo de mierda!

La voz se le quiebra al final. O es muy buena actriz, o está poniendo en esto más sentimientos reales de lo que yo preveía.

Joder.

Esto es una mierda.

Es buena.

—No te vas a ir —le digo—. Ahora vas a tener a mi hijo.

Eso no está muy lejos de la verdad. Jesucristo, ahora me siento como un gilipollas.

La idea de que se aleje de mí para siempre es como un cuchillo en mi corazón. Sé que tomamos esta decisión juntos, que merezco que me deje. Nunca debería haberle tocado los anticonceptivos.

Debería haberle dicho que no a mi hermano. No importa que sea mi hermano mayor y el *pakhan*; no importa una mierda.

Lo que siento por ella va mucho más allá del deber y la protección, y algo me dice que ella siente lo mismo.

Tengo un trabajo que hacer y pienso hacerlo de puta madre.

—¡No se te ocurra alejarte de mí! —digo, y no necesito fingir. Le estoy suplicando que no se marche, aunque sé que es exactamente lo que ambos debemos hacer.

Pasa furiosa a mi lado y me hace la peineta. No estoy tan seguro de que eso sea parte de su actuación.

Nikko está en el umbral de la puerta, con los labios apretados. —¿Qué ha pasado? —pregunta después de que Isabella pase hecha una furia a su lado. Cierra la puerta con un clic.

Suelto un suspiro y niego con la cabeza. —Le manipulé los anticonceptivos. Está embarazada y no quería estarlo.

Enarca las cejas, pero no me juzga. —Oh. Vaya. Sí, eso lo explica todo.

Aun así, sabe quiénes somos. —Espero que tengas un sofá cómodo en el que no te importe dormir.

—Sí, bueno, no he sido el único en cagarla. Tampoco puedo fiarme de ella. —Me doy la vuelta, asegurándome de que todo el mundo me oiga y me vea. Suspiro—. Me voy a casa.

Nikko niega con la cabeza. —Hermano, tienes que hacer que te miren la cabeza.

Necesito que me miren la cabeza, de acuerdo, pero no por las razones que él cree. —Ya me encargaré de ello. Es solo superficial. Vigílala. Sé que aquí está a salvo.

Sé que aquí no está una mierda a salvo, y si alguien piensa que me voy de verdad, es que ha perdido el puto juicio. Sin embargo, eso es lo que tienen que creer.

Camino hasta donde está aparcado mi coche, me inclino y hablo con mi guardaespaldas. —Va a coger mi camiseta. Póngasela. Póngase esta gorra. Salga derrapando del camino de entrada y vaya a casa. Finja que es usted yo. Haga todo lo que yo haría. ¿Entendido?

Él asiente. Nos cambiamos de ropa rápidamente. La suya me queda demasiado ajustada, pero servirá. —¿Quiere que sea un señuelo? ¿Usted se queda?

—Exacto.

Me quedo en la sombra de un seto muy crecido y lo veo alejarse en el coche, luego me escabullo detrás de la única zona de la casa que no tiene cámaras apuntando. Ni siquiera los drones de Aria me verán.

Bajo por la puerta trasera al sótano de mi madre, donde me esconderé hasta que Javier ataque. Y sé que va a ser pronto.

No puedo escribirle. No puedo hablar con ella. No puedo contactar con ella. Ni siquiera puedo verla en ninguna de las cámaras de vigilancia. Joder, odio esto. Necesito saber que está bien.

Necesito saber que mi futuro hijo está bien.

Mi móvil vibra con un mensaje de Mikhail.

Mikhail
¿Dónde está usted?

Conduciendo de vuelta a mi casa. ¿Está todo bien?

Mikhail
Vienen.

CAPÍTULO 21

ISABELLA

Paseo de un lado a otro por el despacho de los Romanov, con el peso de todo oprimiéndome.

Estoy embarazada.

Javier nos está utilizando para enfrentarnos.

Lev y yo hemos roto públicamente.

Me quiere.

Estoy embarazada.

La decisión de romper con él fue una jugada calculada y necesaria... Pero, aun así, el dolor persiste, como una herida reciente que solo ahonda mi determinación para enfrentarme a la amenaza que se cierne sobre nosotros.

No me dejaré frenar. *Soy Isabella Morales Romanova y nadie me frenará.*

—Vamos a buscarte algo de comer —dice Polina—. Y necesitas que te cuiden. ¿Estás bien?

Asiento, secándome las lágrimas de las mejillas. No tengo que fingir que tengo el corazón roto, porque lo *tengo*.

Quizá sean las hormonas del embarazo. Quiero a Lev. Quiero volver a estar bien con él. Quiero que no sea un capullo que me lo jode todo.

Quiero a mi marido.

Mientras tanto, mi mente trabaja sin descanso para encontrar cualquier pista que pueda cambiar las tornas a nuestro favor. Analizo cada posibilidad.

¿Cuál es el plan de ataque de Javier? Va a venir aquí, eso lo sé. Atacará a los Romanov y probablemente vendrá directo a por mí. Ellos son sus enemigos, pero yo lo traicioné. No hay mayor crimen que se pueda cometer.

Siento que la clave para ir un paso por delante de él está en la punta de mis dedos. Justo fuera de mi alcance. Sé que aquí hay más de lo que parece a simple vista... pero ¿el qué?

No puedo pensar más allá de la extraña mezcla de náuseas y hambre que afecta a mi concentración.

Polina me trae algo de comida, pero no hace preguntas ni me presiona. Sabe cómo son sus hermanos.

Me echo una siesta, medio esperando no poder conciliar el sueño, pero supongo que el embarazo te agota más de lo que una cree. En esta habitación de invitados se está calentita y a gusto. Cierro los ojos.

Algo ocurre durante mi siesta, como si mis ondas cerebrales se activaran y pensamientos dispares se entrelazaran mientras duermo. Porque me despierto con la respuesta a una pregunta que no estaba segura de haberme hecho.

Es el mapa.

El mapa.

Cuando estábamos en su despacho haciendo el amor, los mapas crujieron bajo nosotros. Había lugares marcados donde Javier había atacado. Lev lo ha estado estudiando detenidamente.

Ese mapa. Necesito volver a mirar ese mapa.

Llamo a Aria. Responde al primer tono.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Estoy bien, necesito ver el despacho de Lev. ¿Tenéis cámaras ahí dentro?

—Cielo, no se ponen cámaras en los despachos de los chicos Romanov. ¿Estás de broma? Me matarían.

—Vale, de acuerdo, bien. ¿Hay alguna forma de que *puedas* entrar?

Se ríe. Es una risa un poco malvada, y me encanta. —Por supuesto.

Suelto todo el aire. —Hay un mapa sobre el escritorio... Necesito verlo.

—De acuerdo. Dame diez minutos. Pero esto *no* ha pasado.

Unos minutos después, suena mi móvil. —Lo tengo. Abre el móvil y pulsa el triángulo blanco.

Hago lo que me dice y una imagen nítida aparece en mi móvil. —Ahí está. —Toco la pantalla y me quedo mirando el mapa, señalando una serie de lo que parecen marcas aleatorias. Renata me dijo que había un mapa, pero yo no sabía de qué hablaba. Parecía algo al azar, trivial, pero no lo es.

Este es un mapa de The Cove. Cuando lo vi por primera vez, pensé que tenía algo que ver con el plan de Lev, pero ahora sé que tiene

que ver con el de Javier. —¿Estos símbolos —le digo a Aria— te suenan de algo?

—Sí —dice ella, emocionándose—. Parecen coordenadas. Quizá un código.

—Tenemos que descifrar este código. Podría llevarnos al corazón de su operación. Aunque no lo veo muy claro desde aquí.

—No puedo acercarme más —dice Aria con un suspiro.

—De acuerdo. Tengo que volver a nuestra casa.

Todavía la llamo *nuestra casa.* Ya no es *la casa de Lev.* En mi corazón, lo sé... aquí es donde pertenezco. Con él. Juntos.

—Escucha, Isabella. No podemos permitirnos ningún error. Esta es nuestra oportunidad para contraatacar.

—Lo sé —susurro. Javier está en movimiento; eso ya lo sé. Necesito hablar con Lev.

¿Dónde está?

Paseo por la habitación, con el estómago revuelto por unas náuseas cargadas de ansiedad. Quiero que esto termine ya. Sé de qué crueldad es capaz Javier, y no permitiré que a los Romanov, a *ninguno* de ellos, les hagan daño mientras yo pueda evitarlo.

—He conectado con Lev por una red segura —dice Aria—. Nadie sabe que estáis hablando.

El aire chisporrotea entre nosotros. —¿Lev?

—¿Estás bien? —susurra él.

—Sí —susurro de vuelta.

—Viene a por nosotros. Pero es todo lo que sabemos. No sabemos dónde ni cuándo.

El corazón me martillea. —Creo que yo sí. Había un mapa en tu despacho y creo que es un código. Sabemos que el cargamento está al llegar. Nuestro plan es interceptarlo y hacer que parezca un trabajo interno, ¿verdad? Para que Carlos y Javier sospechen el uno del otro.

—Sí, pero han cambiado el lugar de entrega del cargamento y nuestras fuentes se han secado. Dmitri no tiene ni idea. Dice que Javier está furioso y no se fía de nadie.

Niego con la cabeza. Es exactamente el tipo de cosa que mi padre habría hecho.

—Sí —susurro—. Es el candidato perfecto para pensar que uno de sus hombres lo ha traicionado. Escucha, ese mapa de tu despacho... necesito volver a verlo.

—¿Por qué?

—Es solo una corazonada. Escucha, tú eres el que sabe cómo descodificar información y crear estrategias. Miremos esto juntos.

—Ese mapa era solo el primero. Un borrador. El más detallado está en el almacén. En el almacén. Donde nos conocimos. Donde me secuestró y me llevó a su casa.

—¿El almacén?

—Sí —dice suavemente—. ¿Vamos?

Asiento. —Pero no se lo digas a nadie. Recuerda que nos odiamos. —Frunzo el ceño—. ¿Qué demonios llevas puesto?

Él se mira la camiseta demasiado ajustada y niega con la cabeza. —No preguntes. Vayamos al almacén. Primero, sal tú y dile algo a mi madre para que se crea que ya no estamos juntos.

—Dios mío, pobrecilla tu madre.

—Estará bien. Estoy organizando un cambio de transporte de camino al almacén.

Aun así...

Hace una serie de llamadas, salpicadas de un buen número de tacos airados en ruso. No sé qué dice, pero sé que hemos mantenido nuestra farsa. Todo el mundo piensa que hemos roto.

Ha llegado la hora.

Bajo las escaleras, haciendo ruido con los pies para llamar la atención. Él hace tiempo que se ha ido, atravesando las habitaciones traseras y las escaleras con su ropa prestada para que nadie sospeche que es él.

Salgo con paso decidido por la puerta principal.

—¿Isabella? —Ekaterina está en el escalón de la entrada, con una mirada hastiada y cansada—. ¿Adónde va, querida? Lev no querría que se fuera.

Niego con la cabeza. —No puedo quedarme. Estaré bien. Yo... Es complicado, Ekaterina. —Se me quiebra la voz. Apenas tengo que actuar. *Es* complicado.

Su mirada se encuentra con la mía y, en ese instante, un entendimiento surge entre nosotras. —Cuídese mucho —dice en voz baja—. Es fuerte. Es resiliente. Nadie podrá quitarle eso nunca.

Le cojo la mano. —Gracias —susurro y me inclino hacia ella—. Volveré. —Me aprieta la mano sin decir nada. Camino hacia el coche que me espera.

Sé que están mirando. Todos ellos. Los Romanov. La gente de mi hermano.

Mis amigos.

Mi marido.

Me meto en el coche y me pellizco el puente de la nariz. Estoy temblando. Hay tanto en juego. Todo, *todo* lo que importa depende de lo que ocurra a continuación.

Miro por la ventanilla cuando noto un olor familiar. Se me eriza la piel. Miro el interior del coche. ¿Por qué huelo un aroma familiar que... me recuerda a mi hermano? El empalagoso olor de *Zegna Intenso*, la colonia insignia de mi hermano, me inunda las fosas nasales. Siento que la sangre se me congela en las venas cuando me encuentro con la mirada de mi conductor en el espejo retrovisor.

—¿Va a alguna parte, *princesa loca*? —dice Javier, con una mirada asesina—. ¿Quizá al... almacén? ¿Sí? ¡Sí! Vamos. Necesito presentarme a su nuevo marido.

CAPÍTULO 22

LEV

Se supone que el coche tiene que recogernos en unas coordenadas en la zona este de la ciudad para que Isabella pueda hacer un transbordo rápido.

Pero nunca llega.

Joder.

Espero cinco minutos.

Diez.

¿Dónde coño está? Hago un surco en el suelo junto a mi coche de tanto pasear de un lado a otro cuando me llega un mensaje de un número desconocido.

¡Joder!

> Almacén, señor Romanov. Lo estamos esperando.
> Venga solo o ella muere.

Me hierve la sangre.

Isabella sabe defenderse sola, eso lo sé. No es ninguna damisela indefensa atada a las vías del tren esperando a que yo la rescate.

Pero es mi *mujer.* Y está embarazada.

Los mataré, joder.

Me meto en el coche, sabiendo que voy directo a una trampa. Podría llamar a mis hermanos, pero mi mujer está en peligro. Si sospechan que he llamado a alguien, se la cargarán.

Como le hagan daño... como le toquen un solo pelo de la cabeza...

Llego en un tiempo récord, aparco el coche y compruebo mis armas. Llevo dos pistolas semiautomáticas, completamente cargadas, y un cuchillo en la bota. Cierro la puerta de un portazo.

—¡Javier! —grito—. ¡Sal y enfréntate a mí! ¿O vas a ser un puto cobarde? La rabia me hierve en las venas mientras avanzo con paso firme hacia la parte delantera del almacén. La última vez que estuve aquí, conocí a mi mujer y me la llevé a casa como a una traidora. Esta vez, mataré a los cabrones que amenazan su seguridad y me la llevaré a casa como mi reina.

Juntos reinaremos.

La puerta se abre de golpe y el propio Javier Morales aparece de pie con los ojos entornados, mirándome fijamente.

—Qué amable por tu parte pasarte por aquí, Lev. Tenemos mucho de qué ponernos al día, cuñado.

—Sí —digo amablemente—. Desde luego. Quiero ver a quién ha traído consigo. Miro a mi alrededor y no veo a nadie. ¿Has traído compañía?

—¡No! —grita Isabella desde detrás de él—. Está solo porque Carlos lo ha traicionado, Lev.

—Cállate, zorra —le gruñe a mi mujer. Es en ese momento cuando dejo de pensar con la cabeza.

Salvo la distancia que nos separa en un instante y lo golpeo tan rápido y tan fuerte que su cabeza se sacude hacia atrás. Se recupera, con la rabia en los ojos, y se abalanza sobre mí, pero me agacho y esquivo su puñetazo. Vuelvo a la carga. «A mi mujer no le hablas así», gruño, asestándole el primer y satisfactorio puñetazo en el estómago. Lo golpeo una y otra vez. La sangre brota de su nariz.

Le lanzo un cuchillo a Isabella y ella coge el mango en el aire. El orgullo me inunda. Él me da una buena, un fuerte golpe en el abdomen. Me doblo, intentando recuperar el aliento, cuando me gruñe: «Fuiste tú quien puso a Carlos en mi contra».

Lo miro, demasiado aturdido para hablar.

—¿Yo? Si ni siquiera conozco a ese tipo.

Él aprieta los dientes.

—Es culpa tuya. Viniste a visitar a tu hermano a Colombia. Él trabaja con mis enemigos y le prometieron a Carlos más dinero y atención. —Escupe en el suelo—. Si no fuera por ti, yo sería el cártel más poderoso del mundo entero.

Vaya. Isabella tiene razón. Este capullo es un gilipollas completamente delirante.

—Tu familia podría serlo —replico, con la mirada fija en la suya—. Pero con tu hermana al mando, *tú* no. —Le doy un puñetazo tan fuerte que los nervios de mi mano vibran.

El hombre se tambalea hacia atrás, agarrándose el estómago, pero no le doy ni un momento para recuperarse. Cojo un tubo de metal y lo blando con todas mis fuerzas; el golpe sordo del impacto resuena por todo el almacén. Cae de rodillas, con la sangre goteando de un corte en la sien.

—Has cometido un gran error al venir aquí —gruño, levantando de nuevo el tubo.

Isabella corta la cuerda que le ata las muñecas. Se coloca detrás de él, con los ojos encendidos en una mezcla de miedo y determinación. Javier intenta arrastrarse para huir, pero yo le doy una fuerte patada en las costillas que lo manda por los aires.

—Esto es por hacerle daño. Lo levanto del suelo solo para volver a tirarlo con fuerza—Sin piedad —gruño, e Isabella asiente, comprendiendo la gravedad de nuestra situación. Juntos, somos una fuerza de la naturaleza, brutales e imparables.

Javier intenta levantarse de nuevo, pero Isabella es más rápida. Le hace un corte en el brazo y él grita de dolor mientras la sangre brota de la herida. Él le lanza un golpe a ciegas, alcanzándola en la cara con el dorso de la mano, pero yo ya estoy allí. Dejo caer el tubo sobre su hombro con un crujido espantoso y él aúlla de agonía.

—¡A mi mujer no la pegas! —rujo.

Isabella, con la mejilla ya hinchada por el golpe, se mueve con fría precisión. Le hunde el cuchillo en el muslo, retorciéndolo con saña. Su grito es un lamento agudo de pura agonía, y casi siento lástima por él. Casi.

—¿Crees que puedes pegar a mi mujer, faltarle al respeto y salirte con la tuya? —siseo, inclinándome cerca de su oído—. ¿Crees que eres más fuerte que nosotros? ¿Que has ganado mintiendo sobre quiénes somos y lo que hemos hecho? Estás muy equivocado.

Gorgotea algo ininteligible, con burbujas de sangre saliéndole de los labios. Lo agarro del pelo, tirando de su cabeza hacia atrás y dejando su garganta al descubierto.

—Hazlo —le ordeno a Isabella.

—Gobernaste con terror —sisea ella—. Tu reinado ha terminado, Javier.

El cuerpo de Javier se sacude furiosamente mientras se da cuenta de lo que está a punto de ocurrir.

Sin dudarlo, Isabella le pasa la hoja por el cuello con un movimiento rápido y entrenado. La sangre brota a borbotones y sus ojos se abren de par en par, llenos de conmoción y horror. Se desploma en el suelo, retorciéndose, mientras su vida se escapa en un creciente charco carmesí.

Nos quedamos allí, jadeando, cubiertos de sangre, con los ecos de la brutal pelea todavía resonando en nuestros oídos. Isabella se arrodilla frente a él.

—Morirás sabiendo que *yo* soy la nueva líder de Los Sangre Dorada. Has perdido, Javier. Y nuestro padre también.

Me mira, con el rostro endurecido, pero la mirada se le suaviza.

—Vamos a coger ese maldito mapa y a llamar a tus hermanos —dice en voz baja—. Antes de que venga nadie más.

Asiento, arrojando el tubo a un lado.

Trabajamos codo con codo. Los ágiles dedos manchados de sangre de Isabella danzan sobre el mapa, trazando rutas y descubriendo mensajes ocultos mientras mi mente traza las implicaciones estratégicas de cada descubrimiento.

Pasan los minutos; cada segundo es crucial. Estamos agotados, pero seguimos adelante. Hemos puesto fin a la primera parte del reinado de terror de Javier. Tenemos que acabar con él por completo.

El agotamiento nos invade, pero continuamos, impulsados por el destello de esperanza que nuestros esfuerzos combinados han reavivado. Finalmente, llega el gran avance.

A Isabella se le abren los ojos de par en par al descifrar la última pieza del código. —Lev, es esto. Estas coordenadas llevan a un complejo oculto. Es donde tienen a los prisioneros y están planeando su próximo movimiento. —Niega con la cabeza—. Lo hemos tenido delante de las narices todo el tiempo.

Entrecierro los ojos con feroz determinación. —Tenemos que movernos rápido. Reuniremos a nuestras fuerzas y atacaremos antes de que tengan la oportunidad de contraatacar.

Llamo a Mikhail. Isabella me pone una mano en el brazo y susurra: —Podemos hacerlo. Juntos.

Me inclino y la beso mientras Mikhail responde a la llamada. Le sostengo la mirada.

—Javier está muerto. Carlos se dirige a la ubicación que te voy a enviar.

Tecleo en el móvil y le envío las coordenadas.

—Aria andaba cerca —dice con orgullo—. Tenemos a nuestros hombres a dos manzanas. Aguanta, se están acercando.

El corazón me late demasiado deprisa. No quiero dejarla marchar. He estado a punto de perderla. Si Javier no hubiera querido que sintiera el dolor de su muerte, la habría perdido.

En medio del caos y la urgencia, encuentro fuerza en ella. Forjados a fuego, a través del dolor, siento que somos invencibles. Juntos, nos enfrentaremos a cualquier tormenta y, después, crearemos nuestro futuro juntos.

Dejamos atrás el cuerpo sin vida de nuestro enemigo, pasando por encima del suelo empapado en sangre.

—Ya estamos aquí —dice Mikhail—. Mantente a la escucha. Isabella cierra los ojos. Estamos cerca. Jodidamente cerca. Apoya la cabeza en mi hombro y le paso el brazo por su esbelta espalda.

—Tienen a Carlos a la vista. Ollie y Nikko están allí, y Viktor no anda lejos. Lleva a una mujer rubia con él...

Isabella abre los ojos de golpe. —¡Renata! ¡Dios mío! ¡Tened cuidado con ella!

Mikhail maldice. Se oyen los inconfundibles sonidos de un tiroteo, amortiguados por el teléfono, pero los ojos de Isabella están llenos de terror. Se tapa la boca con las manos y susurra una oración en español. Mi corazón late al compás del suyo.

Quiero darle paz. Calma. Seguridad.

Las llaves de su reino.

—¡Lo tengo! —grita alguien al fondo.

—Ese es Carlos —susurra Isabella—. Cierra los ojos y una lágrima le resbala por la mejilla. ¿Pero qué hay de Renata? Dios mío, ¿cómo ha podido traerla?

La trajo porque era su última baza, supongo. Aprieto la mandíbula.

—¿Y la mujer? —le pregunto a Mikhail. Mi corazón se acelera junto al de Isabella.

No hay respuesta.

—¿Renata? —dice Isabella, con la voz ahogada—. ¿La tenéis? —Ahora llora sin disimulo. Isabella se hace la valiente, pero cuando ama, ama profundamente. Ha pasado por tanto, mi valiente y hermosa mujer.

Contiene la respiración, y yo contengo la mía junto a la suya. La aprieto contra mi pecho. Su respiración es entrecortada, pero su corazón late tan fuerte como siempre.

Finalmente, una voz responde al otro lado de la línea.

—La tengo.

Es Ollie.

—¿Tienes a Renata? ¡Pónmela al teléfono! —exige Isabella.

Se oye una serie de cuchicheos y voces bajas antes de que una voz femenina y débil conteste al teléfono. —¿Isabella?

—¡Renata! ¿Estás bien?

—*Sí, estoy bien, no te preocupes por mí. ¿Se fue? El tipo grande mató a Carlos. Gracias a Dios. Diles, Isabella*.

Los ojos de Isabella brillan con alivio y determinación.

—Joder, mujer. ¿Qué dice? —pregunto con impaciencia.

Isabella deja escapar un suspiro entrecortado. —Dice que está bien. Ha preguntado si Javier ya no estaba. Ha dicho que «el tipo grande» ha matado a Carlos, gracias a Dios. Ese sería Viktor. —Traga saliva—. Y luego ha dicho que les diga...

—¿Decirnos qué?

Isabella niega con la cabeza, con los ojos dolidos pero victoriosos. —Diles a Los Sangre Dorada que sus líderes están muertos. Diles que ahora nos deben su lealtad a ti y a mí.

En la penumbra del almacén, enciende la cámara y esboza una sonrisa triunfante.

—Soy Isabella Morales Romanova —declara—. Y este es mi marido, Lev Romanov. Javier Morales ha muerto. Hoy termina una era. Mañana empieza una nueva. Quiero que todos los leales al cártel de Los Sangre Dorada se presenten ante mí de inmediato. Nos reuniremos esta noche.

Una vez enviado el mensaje, baja la cámara con una expresión fiera y decidida.

—Lev. Llévame a casa.

CAPÍTULO 23

ISABELLA

Cuando baja la cámara, veo cómo se relaja la tensión de sus hombros. Todavía no hemos salido del pozo tras la muerte de Javier, pero ha conseguido lo que se propuso. La determinación está grabada en las líneas de su rostro y sé que está lista para afrontar lo que venga.

Puede hacerlo.

Podemos hacerlo.

El silencio en la habitación es casi ensordecedor; el aire, denso por el peso de nuestros actos. La miro de reojo, cauteloso pero aliviado.

—¿Ni un remordimiento por tu hermano? —le pregunto, estudiando su rostro.

—Ninguno —responde sin dudar—. ¿Dudas persistentes? ¿Remordimiento por mi hermano? —se burla, negando con la cabeza —. Es como si no me conocieras en absoluto. Este era el final de una era que necesitaba terminar. Mi hermano era un ser humano terrible que no merecía ni el poder ni los elogios que cosechó. —Sus ojos

son fríos, resueltos—. Odié lo que tuve que hacer, pero solo habría hecho daño a más gente. —Vuelve a negar con la cabeza—. Tenía que hacerse.

—Lo entiendo —digo en voz baja—. Siento que se llegara a esto, pero estoy orgulloso de ti. ¿Crees que le quedaba algún seguidor leal?

—El tiempo lo dirá, pero sospecho que no —dice—. Era el tipo de líder que los demás querían ver muerto.

Parece agotada y veo que el peso de todo empieza a caer sobre ella.

—Ahora, Lev —dice con un profundo suspiro—, llévame a casa. Por favor.

Le sostengo la mirada, sintiendo una oleada de protección.

—¿A qué casa, preciosa? —le pregunto, depositando un beso en su frente.

Sus ojos se cierran con el beso.

—Primero a la de aquí, en América. Después tendremos que viajar a Colombia.

Asiento y la rodeo con un brazo de forma protectora.

—El equipo de limpieza está en camino. ¿Alguna petición especial para el cuerpo?

Lanza una última mirada al cuerpo sin vida de su hermano.

—Asegúrate de que lo entierren. Mi madre lo querría.

Nos dirigimos a la salida, pasando por encima de los restos de la batalla. Al final, no era más que carne y hueso, ya no tenía poder sobre ella... ni sobre nadie.

Y al salir a la noche, sé que hemos cruzado una línea de la que no hay vuelta atrás. Pero juntos, afrontaremos lo que venga.

Cuando nos acercamos a la salida, suena mi teléfono. *Viktor*.

—¿Está todo asegurado? —le pregunto.

—Todo despejado, Lev. Ni rastro de más amenazas.

Suelto un suspiro. Mi mujer tenía razón. Se destruyeron primero por dentro. Nosotros solo dimos el golpe de gracia.

Aun así, la reunión de esta noche promete ser interesante.

Salimos a la oscuridad de la noche, donde nos espera un convoy de todoterrenos negros con los motores al ralentí.

Bien. Ya era hora de que alguien reconociera que mi mujer pertenece a la realeza.

Ayudo a Isabella a subir al vehículo más cercano y me deslizo a su lado.

El viaje de vuelta a nuestra casa transcurre en silencio, cada uno perdido en sus pensamientos. Isabella apoya la cabeza en mi hombro y siento cómo la tensión abandona lentamente su cuerpo. Compruebo si sigue despierta. Apenas, pero se mantiene firme. Es fuerte, pero hasta los más fuertes necesitan un respiro.

Cuando llegamos a casa, la luna empieza a salir. Nuestros hombres aseguran rápidamente el perímetro y entramos. Por instinto, compruebo si estamos a salvo, pero nadie nos ha seguido.

No queda nadie que pudiera hacerlo.

Una vez dentro, llevo a Isabella a nuestra habitación. Se sienta en el borde de la cama, con la mirada perdida. Me arrodillo frente a ella y le cojo las manos.

—Lo has hecho genial, Isabella —le digo en voz baja—. Lo has hecho genial.

Ella asiente, con una pequeña sonrisa cansada en los labios.

—Todavía no hemos terminado, Lev. Esta noche debemos enfrentarnos a ellos. Pero por ahora... —Su voz se apaga—. Solo necesito un momento. Un pequeño descanso.

Le aparto un mechón de pelo de la cara y le beso la frente.

—Descansa. Estaré aquí mismo.

Se recuesta en la cama y yo me siento a su lado, observando cómo su respiración se acompasa y se sumerge en una siesta muy necesaria. Permanezco alerta, con la mente ya trazando estrategias para la reunión de la noche. Le pido a Aria que nos envíe una lista de todos los hombres leales a los LSD.

Una hora más tarde, Isabella se remueve. Se incorpora, con un aspecto más decidido que nunca.

—¿Es la hora?

—Es la hora, preciosa. ¿Hambre? ¿Sed?

—Mmm.

—Deja que yo me encargue.

Le preparo unas tostadas con mantequilla y una taza de té caliente, dos de sus cosas favoritas.

Nos preparamos para la reunión. Ella nos instala en el despacho y comienza la videoconferencia. Conectamos también a Mikhail y a Aleks.

El ambiente está cargado de expectación. Los miembros del Cártel de Los Sangre Dorada miran en silencio.

Isabella respira hondo y da un paso al frente.

—A partir de hoy, todo cambia —anuncia—. Ya no estamos atados a las viejas costumbres. Bajo mi liderazgo, nos haremos más fuertes. Aquellos que deseen continuar bajo mi liderazgo pueden

presentarme su caso. Yo determinaré quién continuará conmigo y quién no después de una serie de entrevistas y pruebas.

Oh. Qué jugada más astuta. Solo aceptará a los hombres que considere leales.

Me pongo a su lado; mi presencia refuerza sus palabras. Juntos, exponemos una visión de futuro en la que la lealtad y la fuerza nos llevarán a un poder sin precedentes.

Al final de la reunión, parece que la sala se ha llenado de un renovado sentido de propósito.

—Mañana, me pondré en contacto con cada uno de ustedes. Como saben, mi matrimonio con Lev Romanov nos sitúa en una posición de liderazgo única entre países. *No* consideren ningún tipo de represalia. Los Romanov están dispuestos y son capaces de defenderse. Los que son leales a mi hermano son desleales a mí.

Algunos le rinden pleitesía y otros se marchan en silencio. Todos los de la lista están presentes. Ella no está preocupada.

—Antes de irme de Colombia, establecí relaciones sólidas con cada uno de ellos. Los perros leales no muerden la mano que les da de comer, ¿sabes?

La miro incrédulo.

—¿Cómo lo hiciste?

Se encoge de hombros.

—Tenía algo de dinero. Mi padre no me dejó sin blanca. Pagué deudas de juego. Facturas médicas. Hice que se encargaran de algunas hipotecas y borré el historial de algunos de los que estaban en la lista negra de mi hermano. Llevó tiempo, pero mereció la pena. ¿Notaste alguna hostilidad abierta entre ellos?

Niego con la cabeza. —No, y no me explicaba por qué. Ahora lo entiendo. Pensé que simplemente se les daba mejor ocultarlo.

Colgamos todas las llamadas y nos desplomamos juntos en nuestro dormitorio.

Isabella me aprieta la mano con fuerza. —Lo hemos conseguido, Lev —susurra—. Esto es solo el principio.

Asiento, sintiendo el peso de lo que hemos logrado y de lo que todavía nos queda por delante.

—Lo conseguimos. *Juntos*.

CAPÍTULO 24

ISABELLA

Esa noche, duermo mal y sueño de forma intermitente. Puede que la mayor amenaza contra nosotros haya desaparecido —por ahora—, pero sé tan bien como cualquiera que la batalla que nos espera es la que de verdad importa.

Me despierto cada pocas horas. Pongo la mano sobre mi vientre plano y bebo un sorbo del vaso de agua que Lev ha dejado en mi mesita de noche. Me revuelvo en la cama y siento el peso de su mano en mi costado.

Debería estar enfadada con él..., debería estar jodidamente furiosa. Y puede que lo esté, en algún lugar muy por debajo de la superficie. Me daré espacio para sentir, para procesar y para lidiar con lo que sea que ocurra. Al menos no esperaba que esto fuera un camino de rosas. Pero ahora mismo, todo lo que siento es... alivio.

Javier ya no está.

Y aunque puede que le queden algunos leales —y nos encargaremos de eliminarlos a todos, hasta el último—, ya no tiene poder sobre mí.

Sobre ninguno de nosotros.

Me toco el vientre. Es demasiado reciente y todavía estoy de tan poco tiempo como para que no parezca real. Pero he de admitir que... no me siento como pensaba que lo haría.

Le dije que no quería tener hijos. Le dije que no quería ser madre. Pero ahora que está pasando, me sorprende descubrir que no lo siento como la sentencia de muerte que creía que sería.

Un bebé. Hijos. Quizá una niña con los ojos de su papá y mi carácter. Quizá un niño con ese hoyuelo en la mejilla. Aquí, en la familia Romanov, mis hijos tendrán gente que los quiera. Tíos y tías, una abuela y primos... un padre que de verdad los desea y una madre que hará cualquier cosa por ellos.

Me seco las mejillas.

Puedo dirigir a Los Sangre Dorada y tener una familia también.

¿Verdad?

—¿En qué piensas? —La voz de Lev es áspera y ronca en el silencio de la madrugada. Me da una palmada juguetona en el culo— Deberías estar durmiendo, mujer.

—Tú también deberías —replico. Suspiro y cierro los ojos. Acerco mi culo más a él. Él gime y me abraza con más fuerza. Un escalofrío de placer me recorre ante la calidez y el peso de su brazo sobre mí. No necesito que un hombre me proteja, pero, joder, qué bien sienta tener uno que lo haga.

—Duerme, preciosa —dice en voz baja—. Mañana tenemos un montón de mierda que hacer.

Y pasado mañana, y al siguiente.

Cierro los ojos. En silencio, pasa los dedos por mi pelo. La tensión se escapa de mi cuerpo con cada suave caricia. Lo he echado de menos. Lo deseo.

Estoy total y locamente enamorada de él. Me concentro en mi respiración. Mi acelerado corazón empieza a latir más despacio. Cierro los ojos y vuelvo a quedarme dormida.

Cuando me despierto horas más tarde, la brillante luz que entra por la ventana me indica que ya ha amanecido de sobra. El olor a beicon y a café me despierta. Estiro los brazos por encima de la cabeza y me siento en la cama, esperando una oleada de náuseas. Por suerte, solo siento una leve náusea, pero ese beicon huele a gloria bendita.

Me estiro y pongo los pies en el suelo de madera, mientras el recuerdo de lo ocurrido la noche anterior me atormenta.

Debería sentir más remordimientos por haber matado a mi hermano. Fue brutal, fue salvaje... y tenía que pasar. Lo sabía. Había practicado para ese momento durante años y, cuando llegó la hora, no dudé.

Pero eso no significa que me gustara.

La puerta del dormitorio se abre con un crujido. Lev está de pie, ensombrecido en el umbral, una silueta contra el marco.

—Buenos días —dice con ese retumbar profundo de su voz que me provoca un escalofrío.

—Buenos días. —Reprimo un bostezo.

—¿Café?

—Ya sabes que sí.

Pasa un instante en el que el silencio se cierne entre nosotros, y ninguno de los dos se mueve. Tenemos tanto que decir que parece que las palabras nos fallan.

Entonces, ambos hablamos a la vez.

—Debería estar cabreada contigo...

—La he cagado... —Su voz suena ahogada. Arrepentida.

—Sé por qué lo hiciste, pero no deberías haber...

—Hice lo que creía que tenía que hacer, pero...

—Quizá tener un bebé no sea lo peor del mundo...

—Te quiero.

Bueno. Con eso basta.

Lo miro fijamente, atónita. —Supongo que acabas de sacar el as. La banca gana.

La comisura de su labio se eleva, pero luego se pone serio. —Te lo prometo. Seré el mejor marido y padre que pueda.

Trago el nudo que tengo en la garganta. No puedo hablar más que en un susurro. —Ya lo eres.

Lo alcanzo con la mano mientras él cruza la habitación a grandes zancadas, invadiendo mi espacio y empujándome hacia atrás. Acojo el peso de su cuerpo sobre el mío. Atesoro el sabor de sus labios. Suspiro, hundiéndome en este momento robado de paz y perdón, rarezas en familias como las nuestras.

Enreda sus dedos en mi pelo y sujeta mis muñecas con sus manos fuertes y ásperas.

—Te he echado de menos —murmuro, mi cuerpo despertándose como si hubiera agitado una varita mágica frente a mí. Mi coño se contrae y un bajo zumbido de necesidad vibra a través de mí.

—He estado aquí todo el tiempo.

Lo alcanzo y tiro de él hacia mí. Rodamos juntos. Lentamente, nuestra ropa cae al suelo en un montón hasta que quedamos desnudos. Me deleito con los duros planos de sus abdominales y la ancha extensión de sus hombros. La forma en que me mira como si yo fuera la persona más preciosa del mundo.

El ardor de su mirada, oscura e intensa, nunca abandona la mía mientras se inclina sobre mí. El calor de su piel abrasa la mía, cada caricia una promesa. Su boca en la mía subraya lo que siente por mí, y mi respuesta, una aquiescencia... a *nosotros.*

Se me corta la respiración mientras sus manos recorren mi cuerpo como si grabaran cada curva y ángulo en su memoria. Reprimo un gemido cuando sus dedos trazan la curva de mis pechos, mis pezones erectos, acercándome más mientras me arqueo hacia él, una súplica silenciosa por más.

Su mano me abarca toda la espalda mientras me sujeta contra él, y sus labios trazan un camino por mi cuello. Se detiene en mi clavícula, mordisquea la piel sensible y continúa su viaje hacia abajo. Cada beso que me regala es como una súplica silenciosa de perdón. Cada suspiro que se me escapa es un paso más hacia la rendición.

Mis manos encuentran su espalda, mis dedos se clavan en la firmeza de sus músculos tatuados, atrayéndolo más hacia mí. Los jirones de mi resistencia se desvanecen como cenizas, llevados por un soplo de brisa. Aquí, solo estamos nosotros, perdidos para el mundo. Ajenos a las diferencias que nos separan y a la fricción que hay entre nosotros. Aquí, nos convertimos en uno solo.

Cuando su boca se aferra a mi pezón, suelto un jadeo y mis caderas se elevan, pidiendo más. Me deleito con el sonido oscuro y rotundamente masculino de su risa contra mi piel.

—Todavía no —grazna él, y la grave reverberación de su voz me recorre la columna.

Reprimo un gemido mientras mis nervios se encienden bajo su contacto. Estoy atrapada en un torbellino de contradicciones: quiero que esto dure para siempre, y lo quiero dentro de mí *ya*. Quiero luchar y sentir que me domina, y quiero someterme y fundirme con él.

Me separa las piernas con una rodilla, la dura longitud de su erección presionándome, un recordatorio de que me ve entera y de que le puto encanta lo que ve.

Pues ya somos dos.

Se alza sobre un codo y desliza la mano libre por mi humedad, encuentra mi clítoris y lo rodea lentamente mientras su boca se cierra sobre mi pezón. Me arqueo y gimo.

—Lev —suplico, ahogada por la necesidad—. Me desliza los dedos por el sexo y presiona el pulgar contra mi clítoris palpitante.

—Paciencia —gruñe.

Me muerdo el labio para reprimir un quejido.

Jamás en mi vida me he rendido a un hombre.

Jamás he querido hacerlo.

Pero en ese instante, necesito toda la fuerza que tengo para calmar mi necesidad frenética de que me llene y de reunirme con él y, en lugar de eso, me fundo en la creciente oleada de excitación y deseo.

Deslizo las manos por la extensión de su poderoso cuerpo. Se coloca sobre mí y me sostiene la mirada durante un largo momento antes de entrar en mí de una estocada rápida, perfecta y satisfactoria. Grito, perdida en el placer. Nos movemos juntos como uno solo, unidos y sin miedo, las únicas personas que quedan en la Tierra. Cada embestida nos une, cada aliento que tomamos es una fusión.

A medida que mi placer aumenta, él acelera el ritmo, empujándonos a ambos al límite. Le clavo las uñas a lo largo de la espalda, aferrándome a él, perdida en la sensación, adorando su cuerpo y entregándole el mío. Me encanta la forma en que me agarra las caderas como si no estuviera lo suficientemente cerca y me necesitara más.

Los segundos antes del clímax son el paraíso. Con una última y posesiva embestida, ambos volamos hacia el éxtasis. Grito su nombre mientras las olas de placer me arrasan. Él gime de placer al derramarse dentro de mí.

Apoyo las palmas en su espalda y él me sujeta contra sí. Nos quedamos así, todavía recuperándonos de la enormidad de la rendición mutua y la felicidad compartida.

Paso un dedo perezoso por sus hombros, ahora húmedos por el esfuerzo. Él hunde la cara en mi pelo e inspira.

Mientras volvemos lentamente a la realidad, con nuestro deber cerniéndose sobre nosotros, me presiona los labios contra la sien.

—Te quiero.

Trago el nudo que tengo en la garganta y asiento.

—Lo sé.

Él se ríe a carcajadas y niega con la cabeza.

—Nunca dejas de sorprenderme.

Le revuelvo el pelo y lo atraigo hacia mí, besando la barba incipiente de su mejilla.

—Bien. Necesitas un poco más de emoción en tu vida —suspiro—. Yo también te quiero. Pero de verdad, *de verdad*, necesito comer algo e ir al baño, y me preocupa lo que haya pasado mientras dormía.

Es hora de ir a Colombia.

CAPÍTULO 25

ISABELLA

En esta época del año, Colombia solo tiene una hora de diferencia con nosotros, pero conozco al cártel y sé que se mueven rápido.

—Preparémonos —dice Lev—. Tenemos que volar a Colombia, Isabella. Hablaremos durante el desayuno. —Reprimo un gemido por la pérdida de su peso sobre mí cuando se pone en pie—. Vamos a ver qué puedes comer.

Parpadeo. Sabía que tenía que suceder, pero la realidad de todo ello me está dejando un poco en shock. Sí, va a ser interesante dirigir un cártel estando casada con el rey de la selva.

Pero supongo que eso mantendrá las cosas interesantes.

Resulta que puedo comer de todo. Ha preparado beicon con huevos, patatas y tostadas. Unto con mantequilla un trozo crujiente de pan de masa madre tostado y murmuro con aprobación ante su sabor intenso y ácido. Le siguen unas lonchas de beicon crujiente y salado, huevos revueltos y patatas doradas. Definitivamente, me he ganado este apetito.

—Oh, Dios mío, esta es la mejor comida que he probado en mi vida.

Lev me sirve otra taza de café. —¿Has probado alguna vez el café hecho en una hoguera? ¿El beicon aún chisporroteando en la sartén de hierro fundido antes de que el sol salga por la montaña? Cómete eso después de una caminata de quince kilómetros el día anterior y pensarás que estás en la gloria.

—Mmm —digo, untando otra tostada—. La verdad es que no, pero me apunto a viajar. Pero solo si hay agua corriente. Y quizá wifi. Aire acondicionado en verano y calefacción en invierno. Después, no sé... quizá cuando el bebé ya camine.

No se me escapa la mueca que hace cuando digo *bebé*.

—Sobre eso... —empieza, rascándose el bíceps. Me quedo mirando la tinta bajo sus dedos, la oscura caligrafía que reza *Memento Mori*.

—¿Qué significa eso? —lo interrumpo.

Él mira el pergamino pensativo. —«Recuerda que morirás». Me lo recuerdo a mí mismo cada día.

Parpadeo. —No es nada macabro.

—No lo es —dice, negando con la cabeza—. Solo significa que agradezcas estar vivo. Hoy. Hoy podría ser tu último día.

Pienso en los ojos sin vida de Javier. En las lápidas de Colombia con los nombres de mis padres.

Pienso en la vida que florece dentro de mí y me pregunto si no es que todo cobra sentido.

—Te he interrumpido. ¿Ibas a decir algo sobre el bebé? —Todavía estoy con la comida. Está deliciosa y estoy recuperando las fuerzas.

Lev asiente con seriedad y sus cálidos ojos se encuentran con los míos. —Tenemos que tener cuidado, Isabella. La vida en la que nos estamos metiendo no solo es peligrosa para nosotros, sino para

cualquiera que traigamos a ella. Si vamos a tener una familia..., tenemos que estar seguros.

Me detengo a medio bocado mientras el peso de sus palabras se asienta sobre mí. —Quieres decir que si vamos a tener más hijos.

Él asiente, con expresión seria. —Quiero que estén a salvo. Quiero que *tú* estés a salvo.

Dejo el tenedor y, cruzando la mesa, le cojo la mano. —Lev, conozco los riesgos. Y sé que nuestro mundo no es perfecto. Pero estamos construyendo algo nuevo, algo mejor. Juntos. Y protegeremos a nuestra familia con todo lo que tenemos.

Me aprieta la mano, con la mirada enternecida. —Sé que lo haremos. Pero va a llevar tiempo. Tenemos que ser listos con esto.

Asiento, comprendiendo la gravedad de nuestra situación. —De acuerdo. Iremos paso a paso. Por ahora, nos centraremos en tomar el control y hacer los cambios que necesitemos. El resto llegará cuando sea el momento adecuado.

Los labios de Lev se curvan en una pequeña sonrisa. —¿Eres indomable, verdad?

Sonrío, cogiendo mi taza de café. —¿Por eso te casaste conmigo, no?

—Entre otras razones —dice, encogiéndose de hombros—. Tuvo algo que ver con que nos estuvieras espiando, si no recuerdo mal. —Me guiña un ojo.

Parece apropiado que nos conociéramos en el almacén y que acabáramos con Javier exactamente en el mismo lugar. Una forma de cerrar el círculo, por así decirlo. Y ahora, lo que necesitábamos, lo que yo esperaba..., todo se extiende ante nosotros.

Tengo que mantenerme centrada y apoyarme firmemente en la fuerza de mis nuevos aliados. —Hablemos de nuestros planes.

Terminamos de desayunar y la conversación deriva hacia nuestros planes para el día. Discutimos nuestra estrategia para Colombia, los aliados con los que tenemos que contactar y los cambios que implementaremos. A pesar de los desafíos que nos esperan, siento una sensación de emoción y propósito.

Me gusta eso.

Después del desayuno, Lev y yo hacemos las maletas rápidamente, preparándonos para nuestro viaje. Mientras doblo la ropa y la meto en la maleta, no puedo evitar sentir una mezcla de emoción y nerviosismo. Este viaje a Colombia es el primer paso para consolidar nuestro poder y asegurar el futuro que queremos, fusionando nuestras familias.

Pero primero, acabaremos con el tráfico de personas.

Joder, qué ganas tengo.

Echo un vistazo a lo que he metido en la maleta. Cualquier otra cosa que necesitemos, la encontraremos en mi tierra natal.

Mi tierra natal.

Me invade una oleada de nostalgia cuando pienso en volver a donde crecí, donde me crié..., mi gente. Nunca olvidaré los paisajes exuberantes y vibrantes, las colinas onduladas y la belleza de los Andes. La libertad y la paz que sentía cuando montaba a caballo por el campo. El viento en mi pelo.

La música y el baile de nuestras fiestas tradicionales, el sentimiento de orgullo y alegría que me producía celebrar mi herencia como si participara en una danza ancestral en la que yo era solo una visitante.

Mis recuerdos me traen tanto consuelo como dolor, recordatorios de lo que he forjado y lo que he perdido.

Pero lo que está por venir sigue emocionándome.

—¿Estás bien? —pregunta Lev, con la mano en la parte baja de mi espalda—. ¿Necesitas galletas saladas, limonada o algo?

Le sonrío. —¿Cómo sabías que esas cosas pueden ayudar?

Se encoge de hombros. —Tengo una hermana, una madre e internet. Le sonrío, pero se ha olvidado de una cosa: su interés en mi bienestar. Ahora lo sé.

—Estoy bien. Es solo que han pasado tantas cosas, y tengo sentimientos encontrados sobre volver a casa, a Colombia.

Él asiente. —Tiene sentido.

Inclinándose, me da un beso rápido en la mejilla, pero es todo lo que necesito. Tomo aire y me yergo, lista para partir. Terminamos de hacer las maletas en un tiempo récord.

Lev me rodea con sus brazos por detrás, apoyando la barbilla en mi hombro. —¿Estás lista para esto?

—Sí, pero necesito saber. ¿Dónde está Renata?

—Está con Ollie —dice, abriéndome la puerta del coche y haciéndome un gesto para que entre.

—Con Ollie —repito, pero no ofrece más detalles.

—Está bien —dice—. Te lo prometo.

Es mi mejor amiga y está en manos de unos hombres que, hasta el mes pasado, eran de la mafia rival. Pero tiene razón, debo confiar en él.

—¿Puedo hablar con ella?

—Pronto.

Me acomodo en el asiento. Es un día fresco de otoño, pero el asiento está caliente. —¿Has puesto la calefacción del coche?

—Es el asiento calefactable. Hasta ahora no sabía lo mucho que necesitaba esto en mi vida.

Me reclino y asiento, extrayendo fuerzas de su presencia. —Vamos a ello.

Él atiende varias llamadas en su móvil mientras yo observo cómo el mundo despierta a nuestro alrededor. Es un nuevo día, un nuevo comienzo. Y con Lev a mi lado, me siento casi invencible.

Sin decir nada, me pongo la mano en el vientre. La idea de tener un bebé con él... no es tan mala como pensaba.

Llegamos al avión en un tiempo récord. No se anda con tonterías: ni helicópteros ni vuelos comerciales. Es un avión privado que ha conseguido esta misma mañana.

Subimos al avión y, mientras despega, contemplo por la ventanilla el paisaje que se encoge bajo nosotros.

Lev me coge la mano y me la aprieta con suavidad. —Por nuestro futuro —dice, con la voz cargada de determinación.

—Por nuestro futuro —repito, sonriéndole.

Mientras el avión se eleva hacia el cielo, cierro los ojos y me armo de valor para lo que me espera.

Necesito prepararme. Necesito saberlo todo. Con los ojos aún cerrados, pregunto por las consecuencias de anoche.

—¿Hubo algún herido?

—Viktor le disparó a Carlos varias veces y lo dio por muerto. Luego llamó para informarnos; cuando volvió a por él, su cuerpo ya no estaba; lo encontraron un rato después arrastrándose por el bosque, no está claro si sobrevivirá. Se ha confirmado la muerte de Javier. El equipo de limpieza se encargó de él.

—¿Adónde se llevan a Carlos?

Abro un ojo a tiempo para ver una sombra cruzar sus facciones. Con nuestro cambio de lealtades, es hora de que me dé información confidencial. Llevará tiempo construir un espacio cómodo de confianza. Pero estamos aprendiendo. Paso a paso, poco a poco.

—A una casa de seguridad al norte de The Cove.

El corazón se me acelera. Confía en mí. Se está implicando en esto tanto como yo.

Asiento. Podría pedirle las coordenadas y los detalles. Podría pedirle que me pusiera en contacto con quien lo retenga.

O podría confiar en que actuará como crea conveniente dentro de los confines de su familia, al igual que yo con la mía.

Sin mediar palabra, me coge la mano y me la aprieta. —Gracias por confiar en mí —dice en voz baja.

Asiento. —Gracias a ti por hacer lo mismo. —Le lanzo una mirada de reojo—. ¿Significa esto que firmamos una tregua?

Me devuelve la mirada, con una ceja arqueada mientras sus labios se curvan hacia abajo. Me estremezco. Me encanta el Lev serio. —Por ahora. No creas que no voy a azotarte el culo por la que has liado.

Me quedo con la boca abierta, justo cuando una oleada de emoción me electriza los nervios. —¿Qué? ¿*Yo*? *Tú* fuiste el que me jodió los anticonceptivos.

Él gruñe. —Lo sé. Creía que ya habíamos hecho las paces con eso...

—Discúlpeme, señor, pero creo que puedo sacarle este tema durante al menos nueve meses más.

Finge que se lo está pensando. —Justo. —Se encoge de hombros—. Aun así, te voy a poner sobre mi rodilla.

Trago saliva con dificultad. Pero el brillo de sus ojos me dice todo lo que necesito saber. Sabe que me gusta esto. Sabe que lo deseo. Y

ambos sabemos lo que tenemos que hacer.

Llegaremos a ese punto.

—¿Están todos bien en casa?

—¿En casa? —repite, como si necesitara aclarar a qué *casa* me refiero. Ahí es donde la fusión de dos familias podría volverse un poco complicada.

—Sí. En casa de tu madre —digo en un susurro.

—Sí —dice—. Todos están bien. Es por ti por quien están preocupados.

Miro por la ventanilla las nubes cada vez más dispersas y el cielo azul pálido para que no vea que se me aguan los ojos. Quiero mantenerme fuerte, pero ni siquiera yo puedo ignorar por completo estas malditas hormonas del embarazo. Me seco los ojos.

—¿Ah, sí? —pregunto.

No consigo ocultar mis emociones. Sin decir nada, su brazo me rodea los hombros y me acerca más a él. Me pasa una mano por la nuca y me besa la frente.

—Sí —susurra—. Les he dicho que has estado genial. Les he dicho que eres valiente. Y les he prometido que te cuidaría muy bien.

Sonrío, pero niego con la cabeza. —Más vale que las chicas no piensen que esta escapadita a Colombia las libra de nuestro próximo entrenamiento.

—Mmm —asiente él con seriedad—. Por supuesto que no. —Aun así, le tiemblan los labios.

Le doy una palmada en el pecho. Sé que me está tomando el pelo. —¡Lo digo en serio!

—Sé que lo dices en serio. Volveremos a tiempo.

Me apoyo en él. —Polina fue una puta bestia cuando atacaron.

Él deja escapar un resoplido que es mitad risa y mitad gemido. —Vosotras vais a hacer que el resto de nosotros quedemos obsoletos.

Reprimo un bufido. —Ni de lejos, aunque tengo toda la intención de utilizar la destreza de Aria en apoyo de mi plan para la dominación mundial.

—Estoy seguro de que a ella le encantaría. —Me aprieta el hombro.

—¿Pero y a Mikhail?

—Has demostrado tus dotes de liderazgo y tu honestidad. Siento que alguno de nosotros lo haya dudado alguna vez. No te preocupes por Mikhail. Ahora somos aliados.

El poder de la Bratva Romanov y el talento de los Sangre Dorada serán dinamita pura. Tendremos que ser precavidos y usar métodos de comunicación infalibles, para empezar. Pero el potencial de lo que nuestras familias podrían hacer juntas es casi alucinante.

—Querré coordinar nuestros esfuerzos para reconstruir y sanar —le digo.

—Y nosotros querremos hacer lo mismo.

Todos lo querremos: nuestras familias. Nuestras facciones rivales.

Lev y yo.

Cinco horas más tarde, después de unos cuantos aperitivos más, algunas siestas y establecer nuestros planes, aterrizamos en Colombia a primera hora de la tarde.

—¿Tienes amigos aquí? ¿Aliados? ¿Familiares? —pregunta Lev mientras recogemos nuestras maletas.

Asiento. —Por supuesto, pero no estoy aquí por ellos. No será un viaje para visitar a amigos y familiares, sino para asegurar a mis hombres. Es hora de afirmar mi autoridad y dejar claro que el tráfico

de personas ya no forma parte de nuestras operaciones. Tendremos que aplastar cualquier disidencia.

—Por supuesto. ¿Y prevés que la haya?

Suspiro. —Es inevitable. La clave es sacarla a la luz y acabar con ella, en lugar de dejar que se cueza a fuego lento y cause división.

—¿Y después qué?

Asiento. No he venido aquí en una especie de misión de rescate mercenaria. He venido para consolidar a los recién nacidos Sangre Dorada y hacerlos míos.

—Empezaremos por ahí. Cuando vea quiénes siguen siendo leales, estaré mejor preparada para dar nuestro siguiente paso.

Lev se inclina y vuelve a besarme.

—Vas a ser una líder excelente.

Le guiño un ojo.

—Tú también.

Bajo del avión y me envuelve la luz brillante y cálida de mi tierra natal, y siento un poco de nostalgia. Es tan diferente aquí, tan hermoso, aunque creo que acabaré aprendiendo a amar The Cove a mi manera.

Por desgracia, no puedo fiarme de todo el mundo aquí. No ahora, no después de la muerte de Javier. Aunque mantendremos mi implicación en secreto, la agitación siempre sigue a la caída de un líder. Debo instalarme en la casa familiar y poner nuestros asuntos en orden, pero lo primero es lo primero: vamos en coche a la sede del cártel.

Necesito imponer mi dominio rápidamente. Convoco a los líderes y a los miembros más poderosos de los Sangre Dorada y organizo una reunión en la casa familiar. Hoy mismo tengo una reunión con un abogado para gestionar las propiedades y los bienes que ahora

controlo como única superviviente de la familia Morales, la responsable de continuar con nuestro legado. No será el legado que mi padre quería.

Llegan veintidós hombres. Dos se han descarriado, pero no he llegado a este puesto a ciegas. Juan-Carlo, un hombre mayor que me tomó bajo su protección cuando era solo una niña, me ha mantenido informada. Los dos que se han descarriado le estaban robando a Javier y esperan las consecuencias. Ya me ocuparé de ellos más tarde.

—Gracias por venir —les digo a los hombres reunidos ante mí. Lev está sentado a mi lado, con la espalda recta como una tabla. No se me pasa por alto cómo los hombres lo miran con una mezcla de respeto y miedo; su reputación, y la de la Bratva Romanov, le ha precedido.

Qué suerte la mía. Hay algo en conocer a este hombre al que temen, este hombre que es mío, que me acelera el corazón. Le aprieto la mano por debajo de la mesa. Él me pasa el pulgar por el dorso de la mía. Trago saliva y me aclaro la garganta.

Empiezo, con voz autoritaria:

—Tras la muerte de mi hermano, asumiré el puesto de jefa de los Sangre Dorada. Con efecto inmediato, todas las operaciones de tráfico de personas terminan. Nos desvincularemos por completo de cualquier tarea o conexión. Quien sea sorprendido desafiando esta orden responderá directamente ante mí. —Miro a Lev— Ante nosotros dos.

No esperaré ni un segundo más para acabar con este negocio deleznable.

Dejo que el peso de mis palabras cale.

—Tenemos muchas otras vías de ingresos lucrativas que explorar.— Un murmullo se extiende por la sala; algunos asienten, otros parecen inseguros.

Lev se pone en pie; su presencia es una promesa silenciosa de apoyo. Cuando su voz profunda resuena con autoridad, los hombres se yerguen.

—Isabella y yo estamos unidos en esta decisión. Esperamos lealtad y compromiso con estas nuevas directrices. Quien no esté de acuerdo es libre de marcharse, pero que entienda que la oposición no será tolerada.

Es crucial que sepan que Lev y yo gobernaremos juntos. Podrían intentar desafiarme a mí sola, aunque usurpar mi puesto sería difícil, ya que ninguno de ellos tiene sangre Morales. Pero *nadie* se atreverá a desafiarme con el poder de la Bratva Romanov a mis espaldas.

Miro a Lev a los ojos al pronunciar mis siguientes palabras.

—He asegurado una alianza con la Bratva Romanov. La fuerza combinada de nuestras familias nos convertirá en una potencia.

Nos cogemos de la mano delante de todos. Me enderezo.

—¿Alguna pregunta?

Respondo a un puñado de preguntas, pero, por suerte, estos hombres me eran leales a mí y pocos lo eran a mi hermano, el dictador. Sinceramente, está yendo mejor de lo que esperaba.

Durante los días siguientes, trabajamos sin descanso. Me esfuerzo al máximo por ser firme, pero justa con Lev a mi lado. Poco a poco, me gano a regañadientes el respeto de los pocos que al principio se mostraban escépticos, aquellos a los que no había convencido antes de la muerte de Javier. Con la mente estratégica y el apoyo incondicional de Lev, la transición es más fluida de lo que había esperado.

En pocos días, nuestra red de tráfico se desmorona como un puente viejo y destartalado. Disfruto viendo cómo liberan a los cautivos mientras, simultáneamente, trabajamos en nuestras otras fuentes de

ingresos. Consolidar la nueva normalidad del cártel llevará tiempo, pero los primeros días son prometedores.

Con la cantidad de trabajo que tenemos que hacer, nos quedamos un poco más de lo previsto. No tardamos en encontrarnos con nuestro primer obstáculo. Sinceramente, me siento aliviada, porque es imposible que superemos esta transición sin oposición. Prefiero sacar las toxinas a la superficie ahora y limpiarlas para siempre.

—Una pequeña facción se resiste a nuestro nuevo rumbo —me dice Juan-Carlo, pasándose una mano por su cara curtida. Sus cálidos ojos marrones denotan cautela—. Enfréntese a ellos directamente y públicamente. Son demasiado cobardes para continuar.

Asiento y convoco una reunión.

Cuando todos están reunidos, ocupo mi lugar como su líder. Me pongo en pie y me dirijo a ellos.

—Me ha llegado la noticia de que algunos de ustedes no están contentos con mi decisión de poner fin a lo que mi hermano empezó. —Bebo un sorbo de un vaso de agua con limón, esperando que las náuseas disminuyan. Necesito mantenerme fuerte ante la adversidad, cueste lo que cueste. Nadie aquí necesita saber todavía que estoy embarazada. Podrían verlo como una vulnerabilidad que podrían explotar, y aún no he determinado quién es leal.

Maldita sea; sin embargo, se me antoja un buen y contundente plato de empanadas doradas y una siesta por la tarde, pero el deber me llama.

Uno de los disidentes se pone en pie, con la voz cargada de desafío cuando se dirige a mí. Sé exactamente quién es: Luis Esperanto.

—¡Nos está arruinando! Su plan elimina el cuarenta por ciento de nuestros ingresos. —Escupe en el suelo, con los ojos centelleando. Abro la boca para hablar cuando Lev se levanta, con las manos apretadas en puños.

Pongo una mano tranquilizadora en su hombro.

—¿Arruinarnos? —resoplo, mi voz cortando la tensión—. Esperanto, lo que de verdad nos está arruinando es aferrarnos al negocio sucio y deleznable del tráfico de personas. Es una mancha en nuestro legado, un legado que *no* permitiré que se empañe más. Si tanto le preocupan nuestros ingresos, quizás debería centrarse en expandir las innumerables otras empresas que tenemos en lugar de quejarse como un cobarde. —Le sostengo la mirada directamente. No es del tipo que acepta órdenes ni una reprimenda de una mujer, pero no le doy otra opción. Coloco ambas manos sobre la mesa frente a mí.

—Y permítame dejar una cosa perfectamente clara —continúo, clavando mis ojos en los suyos. Pongo todo el peso de mi poder como líder de los Sangre Dorada en mi mirada—. Esta organización evolucionará, con o sin usted. Adáptese o quédese atrás. Si no es capaz de ver el valor de forjar un camino más honorable, por no mencionar el potencial de medios mucho más lucrativos que nos esperan cuando eliminemos las distracciones y aprovechemos el poder de nuestros recursos, entonces no es solo un estorbo: es un lastre. Y los lastres, Luis, no tienen cabida en mi operación.

—¿Me está amenazando? —espeta.

Lev vibra a mi lado, haciendo un gran esfuerzo por contenerse.

—Ay, cariño —digo, con la voz cargada de condescendencia—. Apenas es una amenaza. Es mucho más prescindible que las mujeres de las que alardea con tanta naturalidad. —Ladeo la cabeza —. ¿Cuándo fue la última vez que *usted* dio a luz a un heredero? — Algunos de los hombres se ríen por lo bajo.

Hago una pausa, dejando que mis palabras calen. —Así que le sugiero que acepte el nuevo rumbo o se busque otro trabajo. Porque, créame, no me quitará el sueño deshacerme de un lastre.

Abre la boca y vuelve a cerrarla, y al final se sienta con un bufido de rabia.

Lev se pone de pie a mi lado. Asiento.

—Vuelva a hablarle así a mi mujer y haré que se arrepienta... Suplicará la muerte antes de que termine. —La voz de Lev es un gruñido bajo y peligroso que irradia una rabia palpable. Los hombres se mueven, inquietos, y un murmullo se expande entre ellos. Sus ojos, fríos y letales, se clavan en el disidente, prometiendo dolor y castigo.

Le doy las gracias con la cabeza y continúo, con un tono glacial. No pienso tolerar estas gilipolleces.

—Déjenme ser clara. No toleraré la disensión, de ninguno de ustedes. Que estén aquí ahora mismo es un acto de misericordia por mi parte.

El labio del hombre se tuerce en una mueca de desprecio, pero antes de que pueda responder, Lev vuelve a hablar. —Este es el nuevo orden. O se adapta o estaré encantado de acompañarle a la salida.

La expresión de su rostro dice lo que no pronuncia en voz alta: estaría más que encantado de acompañarlo.

—Algunos se resisten al cambio —afirmo, con voz alta y clara—. Pero el cambio es necesario para que crezcamos. Y creceremos.

Nadie habla durante unos largos instantes. —¿Qué va a ser? —pregunta Lev, con un tono sombrío y una mirada de acero. Al darse cuenta de la inutilidad de la resistencia, el hombre asiente con la cabeza, refunfuñando.

—Estará atento a cualquier disidencia entre ellos —le digo en voz baja a Juan-Carlo—. Y me informará directamente a mí.

Pero con cada día que pasa, a medida que demostramos con los datos que hemos recopilado que el poder de la alianza de la Bratva Romanov nos hará prosperar, la disensión disminuye. Los hombres aquí presentes han anhelado formar parte de algo más grande. Mi

hermano me hizo un favor al sembrar la disensión y la rivalidad entre sus hombres. Ahora que les he dado esta oportunidad, están agradecidos.

Ser miembro del cártel más fuerte de Colombia con la capacidad de influir en América del Norte es una oportunidad que nadie aquí se tomaría a la ligera.

Con todo esto, mi respeto por Lev y el suyo por mí crece. Hemos capeado el temporal de la resistencia y hemos salido fortalecidos.

Una noche, después de un día particularmente agotador tratando asuntos del cártel, me atrae hacia sí, sus ojos se suavizan al mirarme.

—Lo has conseguido —murmura, con la voz llena de admiración y un toque de orgullo—. La transformación se está produciendo. Acabo de hablar por teléfono con Mikhail y está jodidamente *emocionado* con lo que está pasando aquí abajo.

Sonrío. Bien. Y no hemos hecho más que empezar. —Lo *hemos* conseguido —le digo—. Y aún nos queda mucho trabajo por hacer, pero podemos hacerlo.

La vida no es un cuento de hadas. Ambos lo sabemos, pero, para empezar, ninguno de los dos éramos personas de cuento de hadas.

El camino que tenemos por delante está plagado de desafíos, y ya nos enfrentamos a muchos de ellos. Pero en nuestra unión hay una fuerza que hace que la lucha merezca la pena.

Suspiro, sintiendo que el peso de las batallas del día se aligera un poco mientras coloco la mano sobre mi vientre, símbolo de la nueva vida que estamos cuidando juntos. Apoyo la cabeza en su hombro, encontrando consuelo en su apoyo inquebrantable.

—Se *están* produciendo transformaciones —digo con una sonrisa—. Y de todo lo que ha pasado y pasará... la nuestra es mi favorita.

EPÍLOGO

LEV

—Creo que quiero usar... *tonos neutros.* Algo relajante. ¿Sabes? Blanco, marfil, beis... —Isabella pasea la mano por la habitación y se la pone en la barriga. Ladea la cabeza y se vuelve para mirarme—. ¿Qué te parece, papi?

Isabella se pavonea por la habitación, con un brío en su andar que lo dice todo sobre su nuevo papel como la reina indiscutible del LSD. Sus tacones repiquetean en el suelo de madera.

—Vaya, no has tardado mucho.

—¿Mucho? —pregunta ella, con una mirada curiosa—. Me encanta cuando me miras así.

—Esperaba que estuvieras mucho más centrada en el contingente colombiano de nuestro reino —digo en tono de broma. Me inclino y le doy un beso en la mejilla. —Incluso con esos tacones de vértigo puestos, sigue siendo mucho más pequeña que yo. No es que eso la frene en lo más mínimo.

—¿Creías que dirigir un cártel me llevaría todo el día? Por favor, Lev. Tengo un listón que mantener. La eficiencia lo es todo.

Le sonrío. —¿Cómo ha ido la reunión con el consejo?

—Digamos que no volverán a cuestionar mi autoridad en mucho tiempo —responde con un guiño—. Han aprendido por las malas que subestimar a una mujer es una muy mala idea. Ahora, volvamos a asuntos más importantes. ¿*Neutros* o color? ¿Tú qué crees? —Se echa hacia atrás y se pone la mano en el abdomen con elegancia—. Para el bebé.

—¿Que qué creo? Creo que eres muy graciosa, poniéndote la mano en la barriga así, como si estuvieras de nueve meses y a punto de romper aguas. —Solo han pasado dos semanas desde que volvimos a The Cove desde Colombia, y ya está metida de lleno en su papel de futura mamá y reina del cotarro.

—¡Tengo barriguita! —protesta, aunque sus cálidos ojos oscuros me miran con picardía—. En serio, Lev. Actúas como si fuera normal que yo tuviera esta tripa.

Pongo las manos a ambos lados de su esbelta figura y me agacho para besarle la diminuta barriga. —Parece que te has comido un burrito y que quizás tienes un poco de indigestión.

Me aparta de un manotazo, pero no puede evitar la sonrisa que se extiende por su rostro. —Pero ni siquiera te estaba preguntando por mi barriga. *Aún* —se corrige—. ¿Qué te parece lo de usar una estética agradable, tranquila y neutra?

—¿Has vuelto a hablar con Polina?

—Por supuesto —dice con aire de suficiencia—. Nunca he tenido una hermana. Tengo años que recuperar. —Yo no estaba preparado para lo que me haría sentir ver a Isabella con mi hermana y mi madre. En cierto modo, he dado por sentada una familia como la mía, algo que ella nunca ha tenido. Después de todo lo que le he hecho, ofrecerle

el consuelo de una familia y un hogar me parece lo mínimo que podía hacer.

Me encojo de hombros. —Creo que deberías hacer lo que te dé la real gana. A mí me da igual. Si quieres rayas de arcoíris, o una aventura submarina o esos elefantitos tan monos, adelante.

Resopla y frunce los labios. —¿Elefantitos *monos*?

—Ya sabes —digo, encogiéndome de hombros—. Esos de dibujos animados que ponen en todas las bolsas de regalo para bebés y esas mierdas.

—Una vez más, nos topamos con otra cosa raramente americana. Nosotros no solemos hacer estas cosas tan elaboradas y temáticas.

Asiento y me meto las manos en los bolsillos. —Tonos neutros, entonces. ¿Hay alguna tradición colombiana que *sí* deba conocer?

Me posa la mano en el brazo. —Me encanta que lo preguntes.

—Necesito saber estas cosas. Quiero decir, podría buscarlo en Google, pero...

—Mucho mejor preguntarle a tu mujer. Me gusta esa dinámica.

Salimos de la habitación de la mano. He aprendido que, en ciertos aspectos, es mejor preguntarle a mi mujer. El tira y afloja entre nosotros es algo que me entusiasma. No quiero perder nunca esa chispa, ese fuego. Pero Isabella sabe lo que quiere y eso me encanta de ella.

—A ver —dice pensativa, mientras caminamos hacia la cocina—. El bautizo, por supuesto. Es un acontecimiento muy importante en mi país. Tenemos la ceremonia y después una gran celebración.

Asiento. —Hecho. —Saco comida y la pongo en la encimera mientras ella corta lechuga.

—Sí que hacemos *baby showers*.

—Por supuesto. —Cojo platos y lleno dos vasos de agua.

—En Colombia, elegimos a los padrinos quince días antes de que nazca el bebé. Tendremos que hablar de eso, Lev.

Pongo los cubiertos y asiento. —¿Quieres que Renata sea la madrina?

Echa la lechuga cortada en un cuenco y lo lleva al fregadero para lavarla. —Sí.

Renata sigue retenida por Ollie. Aunque Isabella ha dicho que confía en ella, no protestó cuando le dijimos que tendríamos que investigarla a fondo. Eso me dice que ella también quiere asegurarse de que su mejor amiga no está comprometida.

—Justo. Puedo encargarme de eso.

Saca un recipiente con arroz y frijoles y empieza a calentarlo. Me he acostumbrado al arroz con frijoles por aquí, un plato básico en su dieta y un guiño a sus raíces. —Me gustaría que hubiera comida tradicional en el *baby shower*. Empanadas, tamales y arepas, por favor. Y me gustaría ayudar a prepararlas.

—Tiene sentido. Es importante que me ayudes a entender qué y cómo quieres celebrar las tradiciones de tu familia.

Nos sirve arroz y frijoles a los dos. —Claro. —Extendiendo la mano sobre la mesa, me aprieta la mía—. —Gracias. Supongo que debo perdonarte, ¿no? Tu forma de arrastrarte es bastante conmovedora, *mi querido jefe.*

Retiro la mano y pongo los ojos en blanco. —¿Ah, sí? No se equivoca. Un hombre no juega con los anticonceptivos de una mujer, la deja embarazada y sigue con su vida como si no la hubiera cagado, pero bien.

Sin embargo, hemos hecho las paces con todo. Hemos luchado a brazo partido para llegar hasta donde estamos, y seguiremos haciéndolo, pero hemos llegado hasta aquí. Está embarazada y ya

no está furiosa conmigo por haberla puesto en esta situación. Habla de la llegada del bebé con mucha ilusión. Va a ser una madre estupenda para nuestro bebé.

Hemos unido a nuestras dos familias. Y aunque todavía nos queda un largo camino por recorrer para desenmascarar a todos nuestros enemigos y acabar con las amenazas que penden sobre nosotros, ambos sabemos una cosa: siempre tendremos que mantener la guardia alta. Siempre habrá otra amenaza, otro peligro. Pero con nuestras familias unidas, somos mucho más fuertes que nunca.

—¿Algún drama? —pregunta, dándole un buen bocado a su comida.

—Siempre. Ollie y Renata son como un barril de pólvora a punto de estallar. Él todavía no se fía de ella.

Isabella frunce el ceño. —Tendré que hablar con ella. Pero bueno, ya sabes... —se da unos golpecitos en la barbilla, pensativa—. Ahí hay potencial.

La miro fijamente, sin pestañear. —¿Estás de broma, no? ¿Te parecía que *nosotros* éramos como el agua y el aceite? Ellos son como la gasolina y una cerilla encendida, Isabella.

Se encoge de hombros y le da un sorbo a su agua. —Bah. Tampoco es que no me lo esperara. A las colombianas nos gusta escupir fuego. Y un poco de drama es parte del lote —sonríe con dulzura.

Niego con la cabeza. —No voy a discutir eso. Aunque la expansión es algo bueno. Claramente.

Isabella asiente, con los ojos chispeantes de emoción.

Ay, madre.

—Hablando de eso, ¿qué te parecería expandir nuestro pequeño imperio? Estoy pensando en algún lugar tropical. He oído que Hawái está en su punto para un pequeño negocio.

—Hawái.

—Mmm —dice, pensativa—. Hay tanto *potencial.*

—Ya te voy a dar yo a ti potencial. Niego con la cabeza.

Me arquea las cejas y se levanta lentamente de la mesa. Al parecer, incluso con su inexistente barriguita de embarazada, la mujer todavía puede *correr.*

Pero no me importa. Puede correr todo lo que quiera. Incluso puede esconderse.

Siempre la perseguiré.

La emoción de la captura me enloquece.

Isabella Morales *Romanova* es mía y siempre lo será.

FIN

PREESTRENO

SALVAJE: ROMANCE OSCURO DE MATRIMONIO ARREGLADO CON LA BRATVA

CAPÍTULO 1

OLLIE

Hay dos tipos de personas en este mundo: los que mienten bien y los que son un desastre mintiendo.

Santiago Morales es de los segundos.

El puto cobarde está de rodillas en el suelo empapado de lluvia, con un fino reguero de sangre que le cae de una herida en la frente. Tiene las mejillas hundidas, los ojos castaños oscuros hundidos y asustados. El primo hermano de Isabella Morales es un esqueleto andante, atormentado por el terror del diablo al que sirve, bajo la custodia del diablo al que teme.

Menuda putada.

Pero joder. Hasta yo daría de comer a los hombres que trabajan para mí. El tipo parece que ha vivido a pan, agua y una dieta constante

de ahogamientos simulados. Carlos Carrera era un puto tirano narcisista.

—Por favor —suplicó Santiago en un inglés macarrónico—. —No lo sé.

Las nubes cambiantes de la tormenta sobre el cielo de última hora de la tarde dejan al descubierto sus ojos aterrados. Me revienta cómo tiembla. Sabe dónde está Renata, y merece morir.

La sangre me retumba en las venas.

Renata Carrera es *mía,* y prenderé fuego a este puto mundo hasta reducirlo a cenizas antes de dejar que nadie le toque un pelo. Otros dirán que la deje ir, que la deje correr y esconderse, pero la bestia que llevo dentro la quiere encadenada a mí.

Camino en círculo alrededor de Santiago mientras sus ojos enrojecidos y desorbitados me siguen. Se humedece los labios secos y agrietados y traga como si intentara reunir valor.

—Tienes que entender —le digo a Santiago con una voz falsamente tranquila—. Toda nuestra operación depende de encontrar a Renata. Si no la encontramos, estamos en un punto muerto. Ella tiene información sobre nosotros que es increíblemente sensible al tiempo. Me inclino y le doy una palmadita en la mejilla. Se estremece como si blandiera un látigo—. —¿No te parece lógico? ¿Eh?

A las ocho de esta mañana, en The Cove, encontraron a nuestros hombres que tenían a Renata bajo custodia, con balas entre ceja y ceja.

Mejor, en realidad. Habría tenido que matarlos por dejarla escapar.

Renata es mucho más que un peón en este juego. Es la reina que se me escapó entre los dedos, y cada segundo que no la tengo, más crece mi necesidad de tenerla.

—No lo sé. Lo juro por Dios, ¡no lo sé! —solloza. Aprieto la mandíbula y le fulmino con la mirada—. —Hostia puta, que me vaya

de este mundo con los cojones intactos, sea como sea.

Entorno los ojos y me planto frente a él, con los brazos cruzados. Emociones como estas nunca me conmueven. Algunos creen que soy el callado porque "las aguas mansas son profundas" o alguna cursilada poética de esas.

Yo callo porque me suda la polla hacer de buenazo. Es más fácil cerrar el puto pico. Hace que la gente se lo pregunte.

—Puedes matarme —dice el cobarde, apartando la mirada. Fanfarroneando como un campeón. —Haz conmigo lo que quieras; te juro que me da igual. Pero tienes que creerme, no lo sé.

Suelto un suspiro y niego con la cabeza.

Ladra un perro y una mujer enfadada grita algo ininteligible en el mercado a nuestra espalda. Ha venido de perlas que el mercado esté hoy en plena ebullición, porque el murmullo de la gente de atrás tapa nuestro trabajo. Aunque nos vieran, seguirían andando. A nadie en este barrio le importamos una mierda, y saben que es mejor ni acercarse a asuntos del cártel.

Le miro y vuelvo a negar.

Me da igual que esté cubierto de sangre. Me da igual ordenar a mis hombres que lo pongan de ejemplo, que lo entierren a pedazos por todas partes y que corra la voz de su muerte a los cuatro vientos. Solo me importa buscar respuestas, y voy a encontrarlas cueste lo que cueste.

A lo lejos, aúlla una sirena, tapando por un momento la charla del mercado.

Suelto un suspiro cansado—. —No tiene por qué ser así, Santiago. — Los dos hombres que he traído conmigo se mantienen impasibles detrás de mí. Leales al cártel de los Morales, ahora lo son a la Bratva Romanov por asociación desde que mi hermano se casó con Isabella.

El de mi izquierda tiene el pelo canoso y una barba recortada con esmero. Lleva la ropa planchada, y la tinta del brazo derecho superior indica su afiliación con *Fuerzas Militares de Colombi*a—el ejército colombiano.

El que está a su lado es más joven pero más grande; se le marcan los músculos cuando cierra los puños. Me recuerda a mi hermano Viktor: corpulento, musculoso, intrépido. A los dos les repugnan los traidores, y no les culpo ni un puto poco.

Uno le suelta algo al otro en un español rapidísimo, y ambos niegan con la cabeza. Hablo español, pero mal, así que solo pillo la idea general. Han dicho que esto se está alargando demasiado. Que estarían encantados de ayudarme.

Hubo un tiempo en que el hombre que sangra bajo la lluvia, suplicando por su vida, consideraba a estos dos sus hermanos. Habrían muerto por Santiago y su familia.

Quieren justicia.

Les da igual dónde esté ella. Solo les importa dar un escarmiento a este capullo para que a nadie más se le vuelva a ocurrir.

—Si me dices lo que necesito saber, te saldrá a cuenta. —Ahora el que miente soy yo. Va a llevarse una bala entre ceja y ceja haga lo que haga.

—¡Por favor, señor! No puedo decirle nada. Carlos fue el que me lo dijo. ¡Él es el que la persigue, es a él a quien debe encontrar!

¿Carlos? Aunque sé español, niego con la cabeza. Esto no cuadra.—Carlos Carrera está muerto.

Encontraron a Carlos Carrera muerto antes de que yo viniera aquí. Confirmado. Lo enterramos junto a Javier.

Se da cuenta de su error y sacude la cabeza de inmediato. Balbucea en un español tan roto y rápido que no pillo del todo. Tampoco ayuda que esté obsesionado con lo que ha dicho.

Carlos.

El puto Carlos Carrera.

El hermano de Renata Carrera. Nuestro enemigo mortal. Si Carlos sigue vivo, tenemos un problema mucho más gordo de lo que creíamos.

Doy un paso hacia él y le agarro del pelo.—¿Crees que soy gilipollas? ¿Me estás diciendo que Carlos sigue vivo? —Ha cometido la cagada de su vida contándome esto.

Los dos hombres se miran con terror. Se les ven los blancos de los ojos. Uno susurra una oración atropellada por puro instinto. Si Carlos está vivo, están jodidos.

No quiero que haya ni una sombra de malentendido entre nosotros, así que les hablo en su lengua. Mi voz retumba en el callejón estrecho tan fuerte que ambos pegan un salto.— *¿Alguno de ustedes sabe algo sobre esto?*

¿Alguno de ustedes sabe algo sobre esto?

—*No, señor*— dicen al unísono.

Santiago llora para sí. Me vuelvo y le clavo la mirada en los ojos.—Estás mintiendo. Lo sé. —Hablo en voz baja, casi suave, asegurándome de que oye cada maldita palabra—. Carlos Carrera está muerto. Y tú sabes exactamente dónde está ella y quién se la llevó.

Niega con la cabeza, todo él hecho un temblor.—¡No lo sé!

Jesús, qué terco. Le lanzo una mirada de hielo.—Enseñadle —ladro a los hombres.

En segundos, sacan capturas del teléfono de Santiago mostrando la llegada de Renata.—Llevamos vigilando. Lo sabemos —dice el mayor, con voz fría e inmutable. La cara preciosa de Renata se distingue pese a la resolución granulada.—Esto se ha tomado hoy.

Santiago palidece ahora que la evidencia de su traición es innegable. Gira la cabeza como si apartar la mirada fuera a borrar esto. Cobarde.

Odio *a* los cobardes.

—Pensaste que podías esconderla e irte de rositas. Pensaste que podrías ser un héroe para los que quieren traicionarnos. —Me inclino más—. Pensaste que podrías mentir y salir vivo.

Solloza, negando de lado a lado.

—¿Sabes qué les pasa a los que nos traicionan?

—¡No! ¡No! —El blanco de sus ojos me recuerda a un animal rabioso. Niego y me irguo.

Se acabó. Si Carlos anda por ahí, tenemos que *movernos* de una puta vez. Estamos como patos en una feria.

Asiento a los hombres a mi espalda. El de pelo cano saca su Sig Sauer P226 Legion y me lo entrega. Me encanta su peso y su equilibrio y lo fácil que es apretar el gatillo. Me gusta el tacto del metal frío en la palma y apenas me contengo para no acariciarlo.

Apunto a la cabeza de Santiago. Balbucea sin parar en español y luego empieza a suplicar en un inglés mal chapurreado.—¡No! No, por favor, tengo familia. No puedes... —

Escupo al suelo—. Les irá mejor contigo muerto que sabiendo que eres un traidor.

—Yo no... no soy...

El disparo resuena en el callejón. Santiago cae al suelo. La cabeza golpea el asfalto con un ruido sordo y repugnante, la sangre salpicándole el rostro macilento.

Se supone que ahora debería sentir algo. ¿Remordimiento, quizá? ¿Arrepentimiento? Algo, lo que sea, que me haga humano y no un robot adiestrado para reaccionar y no sentir... pero no. Solo siento

un leve alivio porque hay un traidor menos y un cabreo de cojones por no haberle sacado más.

Quiero a Renata Carrera para mí.

Frunzo el ceño y me doy la vuelta para irme.

—Recoged esto. Ya sabéis qué hacer con el cadáver. Aseguraos de que todo el mundo sepa lo que les pasa a los traidores.

—Sí, señor. ¿Hablamos primero con Isabella?

—Sí. Preguntadle cuál es la mejor forma de difundir el mensaje, y no os tiréis el puto día con ello.

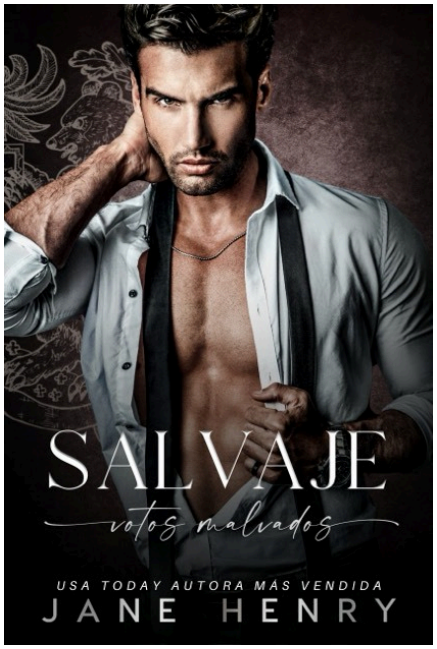
—Sí, señor, sí.

Me interno en las sombras mientras se pone el sol, con la lluvia aporreando el cuerpo patético e inerte de Santiago a mi espalda.

Todo queda a mis espaldas.

Está aquí. Sé que lo está. La siento aquí, joder. Y cuando la encuentre, *ella* también sabrá lo que les pasa a los traidores.

¿QUIERES DESCUBRIR QUÉ OCURRE DESPUÉS? PIDE TU EJEMPLAR DE "SALVAJE: ROMANCE OSCURO DE MATRIMONIO ARREGLADO CON LA BRATVA" HACIENDO CLIC EN LA IMAGEN DE ABAJO. ¡DISPONIBLE EL 19 DE DICIEMBRE DE 2025:





Jane HENRY

Romance for "good girls" who love bad boys

Impulsada por el chocolate negro y un café aún más negro, la autora superventas de USA Today Jane Henry escribe lo que le encanta leer: romances con personajes bien desarrollados e irresistibles que presentan hombres alfa dominantes y heroínas poderosas que los ponen de rodillas. Ha creído en el poder del amor y el romance desde que Bella conquistó a la bestia, y finalmente decidió escribir sus propias historias de amor.

Boletín de Jane
Página web de Jane
